

MÍSTICA RENANA

PREDICADA POR
FRAY JUAN TAULERO



FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

VALENCIA 2026

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

MÍSTICA RENANA

PREDICADA POR
FRAY JUAN TAULERO

VALENCIA 2026

08-08-2026

ISBN: 978-84-09-89404-8

Este libro ha sido editado por fray Julián de Cos, O.P. y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/mistica-renana/>

Foto de portada: pozo del antiguo convento de frailes carmelitas de Valencia, ahora Museo del Carmen.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	13
INTRODUCCIÓN ANTROPOLÓGICA.....	19
LAS TRES DIMENSIONES DE LA PERSONA	19
EXTERIOR - INTERIOR	21
El hombre interior	22
<i>La pureza del hombre interior.....</i>	<i>22</i>
<i>Las criaturas y sus imágenes mentales.....</i>	<i>23</i>
El hombre exterior.....	24
LAS FACULTADES DEL SER HUMANO ILUMINADAS POR LA LUZ.....	25
EL CAMINO ESPIRITUAL DE LA MÍSTICA RENANA	27
1. EL CONOCIMIENTO.....	28
LAS PERSONAS QUE BUSCAN SABER.....	29
CONOCERSE A UNO MISMO.....	30
La clave del autoconocimiento.....	32
El conocimiento de nuestra verdadera motivación	32
El examen de conciencia	33
<i>Examen de conciencia diario.....</i>	<i>35</i>
<i>Breve examen de conciencia de una persona consagrada .</i>	<i>36</i>
Poner nuestros pecados en manos de Dios	36
CONOCER A DIOS.....	37
2. LA BÚSQUEDA.....	40
LA BÚSQUEDA DE DIOS	41
DESEAR A DIOS	42
El deseo de conocer a Dios.....	42
Cómo podemos conocer mejor a Dios	43
EL RETORNO A DIOS	45
EL RECOGIMIENTO	46
La esposa de Dios sigue el ejemplo de María	48
Ejercitar el recogimiento silenciando nuestro interior .	49

La paz humana: esforzarse en pacificar nuestro interior	57
Rechazar todo lo que nos impide el recogimiento	59
Pautas para recogerse	59
EL ABISMAMIENTO	62
3. EL DESASIMIENTO	64
EL VACIAMIENTO	64
Entrar en uno mismo	64
Salir de uno mismo	65
La ayuda necesaria del Espíritu Santo	66
La colaboración de la persona en la obra del Espíritu Santo	67
LA RENUNCIA	68
La renuncia a los placeres cotidianos	69
La renuncia a los dones de Dios	70
Los pobres de espíritu	71
LA INDIFERENCIA	72
Desechar las preocupaciones	73
EL ABANDONO	75
El ejemplo de Cristo	75
El abandono de Cristo en la Cruz	75
La propia nada	77
La nada atrae a la Nada	78
El abandono activo	79
El abandono pasivo	81
4. LA CRISIS ESPIRITUAL	82
LA CRISIS ACTIVA	84
La crisis provocada por la negligencia del orante	84
La crisis provocada por el propio orante que busca la unión con Dios	85
La lucha contra nuestras pasiones	86
La aflicción por nuestros pecados	87
LA CRISIS PASIVA	89
Dios «abandona» a quien le es fiel	89
Dios nos purifica con diversos sufrimientos	92

Qué hacer cuando sentimos que Dios nos ha abandonado	94
La sanación del alma	95
5. LA UNIÓN CON DIOS.....	97
DESCRIPCIÓN DE LA UNIÓN CON DIOS.....	104
EL TRIPLE NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS	106
DIOS BROTA EN EL FONDO DE NUESTRA ALMA	106
LA CHISPA DEL ALMA	107
Contemplar la chispa del alma	108
EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL DE DIOS: EXPERIMENTAR A DIOS	109
EN LA UNIÓN CON DIOS SE EXPERIMENTA LA ATEMPORALIDAD	111
La eternidad	112
EL ÉXTASIS.....	113
EL GOZO DE DIOS.....	116
EL AMOR	117
El amor a Dios.....	117
Los cuatro grados de amor a Dios	118
El Amor de Dios: la experiencia de la consolación	121
LA HUMILDAD PERFECTA.....	122
LA PAZ PERFECTA QUE VIENE DE DIOS	123
LAS EDADES DE LA PERFECCIÓN	124
6. LAS BUENAS OBRAS.....	128
AMAMOS A DIOS LO QUE AMAMOS AL PRÓJIMO	128
EL BUEN OBRAR.....	130
Cómo podemos obrar bien	131
La acción del Espíritu Santo	132
ORAR CARITATIVAMENTE.....	133
LA CONTEMPLACIÓN EN LA ACCIÓN.....	133
La sabiduría interior que guía la acción exterior.....	135
Obrar por amor a Dios	136

La caridad es lo más importante.....	138
OTROS ELEMENTOS FUNDAMENTALES.....	141
LA ORACIÓN	142
EL COMIENZO DE LA JORNADA	143
EL CONTENIDO Y LA FORMA DE LA ORACIÓN	144
LAS CONDICIONES DE LA ORACIÓN PARA UNA PERSONA CONTEMPLATIVA	145
LA ORACIÓN MENTAL.....	146
LA ORACIÓN VOCAL AYUDA A LA ORACIÓN MENTAL	147
LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN EN EL RECOGIMIENTO.....	149
LA ORACIÓN NO ATENDIDA	150
LA ORACIÓN DEVOTA	151
LA ORACIÓN DE LAS LÁGRIMAS.....	152
LA ORACIÓN CONTINUA.....	154
LA MADURACIÓN ESPIRITUAL.....	156
LOS TRES GRADOS DE MADUREZ ESPIRITUAL.....	157
LOS SEIS GRADOS DE RELACIÓN CON DIOS.....	158
EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL.....	160
El don del discernimiento de espíritus	160
La importancia de tener un acompañante espiritual..	161
EL SEGUIMIENTO DE CRISTO.....	163
CRISTO NOS GUÍA A LA UNIÓN CON EL PADRE	163
LAS DOS LADERAS DEL SEGUIMIENTO.....	165
El sufrimiento ascético.....	165
El gozo místico.....	166
EL CAMINO DE LA CRUZ.....	166
LA VOCACIÓN.....	171
DIOS NOS LLAMA	171
BREVE DISCERNIMIENTO VOCACIONAL	173

TRES VOCACIONES EN LA VIDA COTIDIANA	174
Vivir la quietud en la acción y la contemplación	176
LA VIDA RELIGIOSA	178
LOS AMIGOS DE DIOS.....	180
LOS FALSOS AMIGOS DE DIOS	180
La mundanidad y la falsa piedad	181
LOS VERDADEROS AMIGOS DE DIOS	182
El camino que nos lleva a la Luz.....	183
Consejos para ser buenos amigos de Dios	184
LAS VIRTUDES	188
EJERCITARSE EN LAS VIRTUDES.....	188
LA HUMILDAD.....	190
LA PRUDENCIA.....	191
LA FE VIVA	191
LA OBEDIENCIA.....	193
LA POBREZA	193
CINCO VIRTUDES QUE AYUDAN A PROGRESAR ESPIRITUALMENTE.....	195
EL AMOR	198
TRES TIPOS DE AMOR.....	199
El amor sensible (superficial): el amor a las cosas y las imágenes.....	199
El amor sabio (racional): el amor a lo divino	200
El amor fuerte (espiritual): la unión con Dios.....	201
<i>Tres propiedades del amor fuerte</i>	202
DOS GRADOS DE LA CARIDAD.....	203
Primer grado de la caridad: siguiendo nuestro buen discernimiento	203
Segundo grado de la caridad: siguiendo el «camino apofático»	204
LA DEVOCIÓN	206
El aceite de la devoción	207

LA ASCESIS	209
EL DOMINIO DEL CUERPO	209
LAS PRÁCTICAS ASCÉTICAS Y DEVOCIONALES.....	211
VARIOS EJERCICIOS ASCÉTICOS	212
LA ASCESIS QUE DIOS NOS OFRECE	213
LOS EJERCICIOS ASCÉTICOS AUTOIMPUESTOS	215
El peligro de la vanagloria	217
El peligro de dañar nuestra salud.....	218
LA VERDADERA PENITENCIA	219
LAS DEBILIDADES HUMANAS	219
LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES	221
DIOS DEJA AL PRINCIPIANTE A MERCED DE LAS TENTACIONES.....	221
LOS TRES ENEMIGOS DEL ALMA	225
LA DUREZA DE CORAZÓN	226
LA SOBERBIA	228
La soberbia de los ascetas	229
La soberbia de los intelectuales.....	230
La falta de experiencia del Amor de Dios	230
JUZGAR A LOS OTROS	231
LA VOLUNTAD PROPIA.....	232
LOS ACTOS DE PIEDAD	232
LA CONSOLACIÓN DE ORIGEN NATURAL	233
El peligro de dejarse llevar por el consuelo interior ..	233
LA FALSA PAZ INTERIOR	234
LAS SEGURIDADES EXTERIORES.....	236
LAS TENTACIONES DE LOS PERFECTOS.....	236
CÓMO VENCER LAS TENTACIONES	238
La paciencia.....	239
El santo temor	239
DIOS NOS AYUDA POR MEDIO DE LAS TENTACIONES	240

EL PECADO	242
DOS TIPOS DE PECADO	244
Los pecados habituales.....	244
Los pecados ocasionales.....	245
LA EUCARISTÍA	247
LOS MODOS DE RECIBIR LA COMUNIÓN	248
La comunión espiritual	249
EL ALIMENTO MATERIAL Y ESPIRITUAL.....	250
COMULGAR SIN ESTAR BIEN PREPARADO	251
LA COMUNIÓN FRECUENTE	252
LOS FRUTOS DE LA EUCARISTÍA.....	253
LA MEDITACIÓN TRAS LA COMUNIÓN	254

PRESENTACIÓN

Este libro pretende ser un manual sobre la *mística renana*, la cual busca el encuentro con Dios en el fondo del alma. Fue desarrollada por un grupo de dominicos alemanes entre los que destacan fundamentalmente el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327), creador de esta corriente espiritual, y sus dos principales discípulos: el beato Enrique Susón (ca. 1295-1365) y fray Juan Taulero (ca. 1300-1361). Junto a ellos, el belga Juan Ruysbroeck (1293-1381), que era canónigo regular, encabezó otra corriente espiritual denominada *mística flamenca*, muy similar a la renana. De hecho, en algunos manuales se habla de ambas corrientes como si fuesen la misma, refiriéndose a ella como la *mística renano-flamenca*.

Para tratar la mística renana me he centrado en el pensamiento espiritual de fray Juan Taulero. Aunque ahora es poco conocido, tuvo un papel importante a partir de que el cartujo fray Lorenzo Surio (1523-1578) publicara en 1548 sus sermones traducidos al latín (pues Taulero los predicó en alemán), junto a otros escritos de temática espiritual. ¿En qué radica la importancia de Taulero? En que supo exponer con claridad y fidelidad el pensamiento espiritual del Maestro Eckhart, lo cual permitió al gran público acceder a la mística renana.

Así pues, a sabiendas de que la espiritualidad expuesta por Taulero puede ser muy enriquecedora para todo tipo de personas, me animé a publicar este libro, siguiendo los apuntes de la asignatura de *Mística renana* que estoy dando a licenciandos y doctorandos de Teología en Salamanca (San Esteban) y Valencia (UCV). Pero también lo hago pensando en las monjas dominicas, ya que los 84 sermones que se conservan de Taulero fueron predicados en sus monasterios de Alemania. De hecho, si tenemos estos sermones es porque hubo hermanas que se preocuparon de copiarlos y difundirlos, tras ser revisados por el propio Taulero.

Dado que ya traté extensamente sobre la mística renana y sus principales figuras en el manual que escribí sobre la historia de la espiritualidad dominicana¹, no voy a hablar aquí de ello, ni siquiera de

¹ Julián de Cos, *Predicadores. Historia de la espiritualidad dominicana*, Salamanca 2021 (www.dominicos.org). Se puede descargar [aquí](#).

fray Juan Taulero. Por eso, a quien esté interesado, le animo a que descargue este manual y busque ahí la información.

El origen de este libro se halla unos veinte años atrás, cuando cursé las asignaturas de *Espiritualidad ignaciana* y *Espiritualidad carmelitana* en la licenciatura en Teología Espiritual (Comillas), pues, teniéndolas como referencia, desde entonces tuve el deseo de elaborar algún día una asignatura en la que tratase sobre la espiritualidad de los místicos renanos (además de otra sobre la espiritualidad dominicana). Dicho deseo se vio reforzado cuando Salvador Sandoval y yo publicamos los *Sermones* de Taulero², pues vi que este autor me podía ayudar a confeccionar esa asignatura.

Por lo general, se suele acceder a la mística renana por medio de los escritos de su creador: el Maestro Eckhart. Pero éstos resultan en ocasiones demasiado complejos, pues, con el fin de hablar de temas muy elevados, tuvo que crear una nueva terminología o apoyarse en la que ya empleaban las beguinas (laicas consagradas que vivían en comunidad). Con todo, hay grandes expertos, como Silvia Bara Bancel, que han logrado descifrar y exponer con bastante claridad su pensamiento.

Sin embargo, yo me decanté por su discípulo fray Juan Taulero por varios motivos. Por una parte, a sabiendas del problema que el Maestro Eckhart tuvo con la Inquisición, Taulero hizo un gran esfuerzo por explicar con mucha nitidez el pensamiento místico de su maestro, sin emplear apenas expresiones o términos complejos. Esto aporta un gran valor a los sermones de Taulero.

Por otra parte, tuvo muy en cuenta el público al que se dirigía: las monjas dominicas. Sabiendo que muchas de ellas tenían una buena formación teológica (gracias a la importancia que las dominicas le dan al estudio) y, fundamentalmente, que todas –o la gran mayoría– tenían un profundo conocimiento contemplativo (pues su vocación es la de vivir íntimamente unidas a su Amado en lo hondo de su corazón), Taulero no tuvo reparos en hablar con gran detalle sobre temas espirituales. Es importante saber que esto pudo hacerlo no solo porque tenía unos bastos conocimientos de espiritualidad, sino sobre

² Juan TAULERO, *Sermones. El abandono interior y el nacimiento de Dios en el fondo del alma*, Murcia 2022 (www.dominicos.org). Se puede descargar [aquí](#).

todo porque él mismo alcanzó la *perfección espiritual* siguiendo el camino del Maestro Eckhart. Además, lo que el descubría en su interior, lo contrastaba con la experiencia de otras personas de confianza con las que él conversaba. Esto puede deducirse fácilmente por el detalle con el que habla de los entresijos de la mística en su sermones.

Asimismo, llama mucho la atención que grandes maestros espirituales como san Juan de la Cruz (1542-1591)³ y san Pablo de la Cruz (1694-1775)⁴ se ayudaron de los sermones de Taulero para emprender el camino de la mística. También lo hizo fray José Fernández Moratíel (1936-2006), un dominico a quien yo conocí personalmente y admiro mucho. Este hermano mío alcanzó la perfección espiritual tomando como punto de partida dichos sermones y practicando otras técnicas de meditación.

Todo ello me movió a configurar un curso sobre mística renana. Fue el año pasado (2025) cuando me animé a darlo por primera vez, gracias a la oportunidad que me brindaron mis hermanas dominicas de Cochabamba (Bolivia), que me habían pedido que les predicara los ejercicios espirituales anuales. Con su aprobación, lo que hice fue darles un curso de mística renana que, a su vez, les sirvió de ejercicios. Aquella experiencia salió muy bien, porque los sermones de Taulero van al núcleo central de la vida contemplativa. Los diálogos que surgieron tras las charlas fueron sorprendentemente profundos y vivenciales. Algo similar ocurrió cuando hablé de la mística renana a las dominicas del monasterio de Santa Catalina de Siena en Paterna (Valencia).

Aquello me ayudó mucho a impartir la asignatura de *Mística renana* en las facultades de Salamanca y Valencia. Resulta curioso observar cómo los alumnos de teología, acostumbrados a estudiar teóricamente a Dios, se quedan sorprendidos ante una asignatura que resulta ser eminentemente práctica, pues Taulero, siendo un gran teólogo, habla en sus sermones de temas muy espirituales que, si bien están predicados a monjas del siglo XIV, tocan la vida interior de todo creyente.

³ Cf. B. GARCÍA RODRÍGUEZ, «Taulero y San Juan de la Cruz», en *Vida Sobrenatural*, 50 (1949) 349-362; 423-436.

⁴ Cf. PABLO DE LA CRUZ, *Cartas a los pasionistas*, El Pasionario, Torrejón de Ardoz 2009, p. 504.

En efecto, quien se adentra en el pensamiento de Taulero puede comprobar que, con un lenguaje bastante sencillo pero, a su vez, bien cimentado en una sólida teología, habla con gran destreza de los secretos del corazón humano y su camino de maduración, hilando muy fino. Por eso, todo creyente que esté interesado en progresar interiormente, buscando mejorar su relación con Dios, tiene en estos sermones una buena guía para lograrlo.

Como soy partidario de que sean los propios autores los que expliquen su pensamiento, me he limitado a entresacar los textos más significativos de Taulero (tomados de *Sermones*) y los he expuesto de un modo claro y ordenado, siguiendo un esquema muy sencillo. Tras una introducción antropológica en la que Taulero nos muestra su forma de ver al ser humano y, más concretamente, su interior, el libro se divide en dos grandes bloques. El primero versa sobre el camino espiritual que sigue la mística renana y el segundo trata sobre otros elementos fundamentales de dicha corriente espiritual.

Aunque en clase voy comentando párrafo a párrafo –y a veces frase a frase– los textos de Taulero, aquí me limito a hacer unos breves comentarios explicativos al comienzo de la mayoría de los principales apartados. Dado que no he encontrado ningún estudio riguroso sobre la espiritualidad de los sermones de Taulero (lo que no significa que no los haya), a veces he recurrido a textos de otros autores místicos que, en mi opinión, pueden complementar o aclarar lo que Taulero nos dice. Cuando considero que lo expuesto por este autor está suficientemente claro, no añado nada.

Este libro debería llamarse «Espiritualidad renana», porque no sólo habla de *mística* sino también de *ascesis*. Pero he optado por «Mística renana» porque es así como se conoce comúnmente a esta corriente espiritual. La palabra «mística» hace referencia a la acción de Dios en el interior del ser humano. Un «místico» es una persona que, dócilmente, se deja llevar interiormente por Dios en su camino de maduración espiritual, con el fin último de alcanzar la perfección, en la que dicha persona, por obra de la gracia divina, llega a unirse plenamente a Dios y pasa a ser *imagen y semejanza* suya. La mística se complementa necesariamente con la ascesis, que consiste en el esfuerzo que la persona pone de su parte para caminar hacia Dios. La mística no se da sin la ascesis ni la ascesis puede prescindir de la mística. Son

las dos caras de un mismo camino que nos lleva hacia la unión con Dios.

Es preciso repetir aquí algunas indicaciones que hicimos en la presentación de los *Sermones* de Taulero: «...hemos añadido entre corchetes algunas palabras o explicaciones que ayudan al lector a comprender lo que Taulero quiere decir. Asimismo, hemos puesto en mayúscula algunos términos que hacen referencia a Dios, para distinguirlos de los que hacen referencia al ser humano o a las criaturas. Por ejemplo, distinguimos el *Abismo* divino y el *abismo* del fondo del alma, y el *Amor* de Dios y el *amor* a Dios⁵. También diferenciamos entre el *Sacramento* del Cuerpo de Cristo (la Eucaristía) y cualquier otro *sacramento*. Además, hemos dividido los párrafos buscando hacer más fácil y comprensible su lectura. Por otra parte, debemos advertir que, cuando Taulero emplea el término “hombre”, hace siempre referencia al “ser humano”, pues nosotros, para evitar confusiones, hemos puesto “varón” cuando se refiere a una persona de género masculino». Por otra parte, he dejado muchas de las citas a pie de página de *Sermones*.

Antes de acabar esta presentación del libro, quiero agradecer a fray Secundino Castro, O.C.D. su importante ayuda. Fue él quien me impartió la asignatura de *Espiritualidad carmelitana*, por lo que mucho de lo que expongo sobre dicha corriente viene de él. Asimismo, impartiendo la asignatura de *Mística renana*, me topé con una aparente discrepancia entre san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, y recurrí a fray Secundino para resolverla. Él no solo me solucionó este problema, además me ayudó a comprender la imprescindible presencia de Cristo en el silencio contemplativo cristiano.

Deseo de todo corazón que el pensamiento espiritual de fray Juan Taulero ayude a sus lectores a caminar interiormente hacia la unión con Dios.

⁵ Como pasa en los textos clásicos de espiritualidad, Taulero suele emplear genéricamente el término «amor de Dios» –o «amor divino»–, para referirse indistintamente tanto al «Amor de Dios» como al «amor a Dios». Nosotros, basándonos en el contexto, hemos hecho un esfuerzo por distinguir ambos términos, pues consideramos que al lector le va a ser muy útil saber cuándo Taulero habla del *Amor* divino (o «Amor de Dios») y cuándo del *amor* humano dirigido a Dios (o «amor a Dios»).

INTRODUCCIÓN ANTROPOLÓGICA

De la carta de san Pablo a los Romanos:

«Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí!»⁶.

Comenzamos este estudio de la mística renana con un capítulo introductorio en el que Taulero nos explica las dimensiones del ser humano que él maneja. Es fundamental para entender su pensamiento espiritual.

LAS TRES DIMENSIONES DE LA PERSONA

Taulero se apoya en las tres dimensiones del ser humano de las que habla san Pablo al final de su primera carta a los Tesalonicenses: «*Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo*»⁷. Llama la atención que diga «se mantenga» y no «se mantengan». Esto es así porque san Pablo, siguiendo la antropología hebrea, tiene una concepción monista –o unitaria– del ser humano. El espíritu (o la mente), el alma (o el corazón) y el cuerpo (o la carne) forman una unidad. No son tres partes de la persona sino tres dimensiones. Pero es preciso relativizar esta terminología, porque en espiritualidad es normal que se emplee el término

⁶ Rom 7,21-24. Los textos bíblicos los tomamos de: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Sagrada Biblia*, BAC, Madrid 2017. Hemos puesto en mayúscula los pronombres personales referentes a Dios.

⁷ 1Tes 5,23.

«alma» como sinónimo de «espíritu», y así lo hace también Taulero en ciertas ocasiones.

SERMÓN 63,2-3

«Todo hombre, como recuerdo haber dicho ya en otro lugar, lleva en sí como tres hombres: el *exterior o animal*, el *racional* y el *espiritual*.

El primero, el *hombre animal o exterior*, debe ser empujado, en la medida de lo posible, hacia el abandono, y ha de ser introducido en el *hombre interior o racional*, para conseguir que actúe no a impulsos de la sensualidad, sino bajo el gobierno de la razón, y así evite la inclinación al mundo exterior.

El segundo, el *hombre racional*, tiene que llegar a un verdadero y libre abandono y renunciar a atribuirse sus obras a sí mismo. Para ello ha de permanecer siempre en su pura nada, permitir que Dios sea su Señor y el de todas las criaturas, y someterse a Él con toda humildad.

Cuando esto sucede, el tercer hombre [el *espiritual*] se eleva completamente a Dios y es liberado de todo obstáculo, y, de esta forma, puede volver libremente a su Origen, en el que existía eternamente en su estado de no creado. Allí se despoja de toda forma e imagen, en verdadera desnudez [y pasividad⁸]. Entonces Dios le da, “*según las riquezas de su gloria*”⁹, dones tan abundantes que, con ellos, todas sus facultades –inferiores [o corpóreas¹⁰], medias y superiores [o incorpóreas¹¹]– se enriquecen y se fortalecen experiencial y gozosa-

⁸ En la edición de Hugueny-Théry-Corin (Jean TAULER, *Sermons*. Édition integrale. Traduction de E. Hugueny-G. Théry-M.A.L. Corin. Éditée et présentée par Jean-Pierre Jossua. Avec une notice d'Edouard-Henri Wéber sur Jean Tauler et Maître Eckhart. «Sagesses chrétiennes». Les Éditions du Cerf, Paris 1991).

⁹ Ef 3,16.

¹⁰ En el modelo de san Agustín, las potencias superiores son las del alma: el entendimiento, la voluntad y la memoria.

En el modelo de santo Tomás de Aquino, las potencias superiores o incorpóreas son el entendimiento (teórico y práctico) y la voluntad.

¹¹ En el modelo de san Agustín, las potencias inferiores son las del cuerpo.

En el modelo de santo Tomás de Aquino, las potencias inferiores o corpóreas son:

- Las de la vida vegetativa: la generativa (sexualidad), la aumentativa (crecimiento) y la nutritiva (alimentación).

mente. A esto se refiere el Apóstol cuando dice: “*Para que os dé según las riquezas de su gloria*”. En efecto, el Espíritu Santo fortalece al hombre interior con las virtudes y Cristo habita, por la fe, en su corazón¹².

Esta es la fe que todos profesan [*exteriormente*] con la boca, cuando dicen: “Creo en Dios Padre todopoderoso”. En cambio, el *hombre interior* experimenta y gusta esta misma fe de una forma mucho más elevada. Es como si un niño de seis años pronunciara el credo y un maestro de París recitara lo mismo: aunque en el credo que ambos recitarían no habría ninguna diferencia, uno y otro lo entenderían de una forma muy distinta. Igualmente, el *hombre interior* tiene una fe iluminada y la comprende de una forma clara y distinta. Pero el tercer hombre, el *hombre [espiritual,] superior y oculto*, tiene esa misma fe, [aunque la tiene] por encima de la luz [racional], y de las formas y de las imágenes [sensitivas], [la tiene estando sumergido en la Tiniebla divina,] en una oscuridad sin distinción, en una simplicidad absoluta.

[En definitiva, el *hombre espiritual*] tiene una fe saboreada, experimentada, gustada».

EXTERIOR - INTERIOR

Ahora Taulero agrupa al hombre racional y al hombre espiritual, llamándolos *hombre interior*. Y lo hace comentando este pasaje evangélico:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera»¹³.

-
- Las de la vida sensitiva: los sentidos externos (cinco sentidos), los sentidos internos (sentido común, estimativa y memoria), el apetito sensible (deseos sensibles e instintos) y la facultad locomotriz.

¹² Cf. Ef 3,17.

¹³ Mt 11,28-30.

SERMÓN 6,2

«Se llama “yugo” a aquello que se arrastra tras de sí con dificultad; y se llama “carga” a aquello que con su peso oprime a quien lo lleva. El yugo simboliza al hombre interior; la carga, al exterior, al hombre viejo y terrenal. ...

El hombre interior

... El hombre interior, noble, fluye del luminoso Fondo de la Divinidad, hecho a imagen de Dios, noble y puro, y a ese mismo Fondo es llamado e invitado para participar de todo bien y alcanzar por gracia lo que Dios posee por naturaleza».

La pureza del hombre interior

SERMÓN 6,3-5

«¿A quién le es dulce este yugo? ¿A quién deleita este arrastrar y llevar? Únicamente a aquel que aparta su espíritu de todas las criaturas y lo dirige al interior, a ese fondo puro. El alma está situada equidistante entre el tiempo y la eternidad. Si se vuelve hacia el tiempo, se olvida, sin duda, de la eternidad; y de este modo, lo eterno se hace extraño al espíritu y le parece de poco valor. Así ocurre también con los objetos: al ser vistos de lejos parecen muy pequeños, pero de cerca, grandes. Esto es así porque, al verlos de lejos, hay mucha distancia entre los objetos y el que los mira; en cambio, si se contemplan de cerca, la distancia es pequeña.

Tenemos un ejemplo en el sol: siendo sesenta veces más grande que la tierra, sin embargo, en verano, cuando alcanza su cenit, si viertes agua en una vasija y pones dentro un pequeño espejo, verás en él íntegra la imagen del sol, aunque apenas del tamaño de un haba. Pero si algo muy pequeño se interpone entre el inmenso sol y el diminuto espejo, inmediatamente quitará del espejo la imagen del sol. Del mismo modo, si uno interpone cualquier mediación, por pequeña que sea, que impida ver el fondo de la verdad, esta mediación se convertirá en un obstáculo muy certero para que aquel Bien inmenso e inefable que es Dios pueda mostrar su Imagen en el espejo del alma.

Por nobles y excelentes que sean las imágenes, todas interponen un obstáculo entre el alma y la Imagen supraesencial, que es Dios mismo. Por eso, ha de tenerse como cierto que, para que el Sol divino brille en el alma, es preciso que esta esté absolutamente desnuda y libre de todas las imágenes. Pues, si aparece una sola imagen en este espejo, el alma, por medio de ella, se ve privada de aquella otra Imagen verdadera y pura, que es Dios mismo.

Por consiguiente, son unos *principiantes* cuantos no se esfuerzan en alcanzar esta desnudez dentro de sí mismos ni se consagran a la pureza interior, impidiendo que ese fondo secreto pueda manifestarse en el interior de sus almas, reflejando la Imagen [supraesencial]. Dichos principiantes consideran amargo el yugo que [, por el contrario,] el Señor nos dice que es suave.

Y, en verdad, si uno nunca ha entrado en su propio fondo ni ha gustado de él de algún modo, como dice Orígenes, ello es indicio manifiesto de que no lo gustará jamás [mientras no se convierta]. Y yo me atrevería a decir que todo el que no entre en su fondo al menos una vez al día, según sus fuerzas, ese no vive una vida de auténtico cristiano.

Por el contrario, el yugo del Señor es de una suavidad inimaginable para quienes liberan su fondo de todas las cosas y descansan en él, limpiándolo de imágenes para que el Sol de justicia pueda difundir los rayos de su Luz en su fondo íntimo¹⁴. A estos, todo lo que no es Dios les resulta insípido y amargo. Efectivamente, para quienes alguna vez han gustado tal dulzura, este mundo entero es como ajeno y más amargo que la hiel. Pues, cuando este noble fondo ha sido gustado una vez, ejerce sobre el hombre tal atracción que consume las médulas de los huesos y la sangre de las venas. Y donde resplandece la Imagen supraesencial antes mencionada, todas las otras imágenes se borran y desaparecen. ...

Las criaturas y sus imágenes mentales

... ¿Por qué las cosas creadas son para nosotros un obstáculo? Ciertamente, porque, no siendo esenciales para nosotros, nos aferramos a ellas con espíritu de propiedad. Pues si estuviéramos verdade-

¹⁴ Cf. Mal 3,20.

ramente libres y desprendidos de toda imagen, ambición y apego, entonces incluso la posesión de un extenso reino no sería para nosotros impedimento alguno».

El hombre exterior

SERMÓN 6,7

«Pasemos ahora a la segunda parte de ese dicho del Señor, que es: “*y mi carga ligera*”. Por “carga”, como ya dijimos, se entiende el hombre exterior, que está sujeto a todo tipo de aflicciones y pasiones.

¿Quiénes son, Dios dulcísimo, aquellos a quienes tu carga les resulta siempre ligera? Hoy apenas hay alguien dispuesto a sufrir por Ti, cuando padecer y abandonarse son cosas tan necesarias al hombre que sin ellas apenas hay esperanza de progreso.

Se vaya por donde se vaya: este, y no otro, es el camino por el que se ha de ir. Y si decides huir, te anticipo con toda certeza que, [como dice el refrán,] *queriendo evitar la escarcha, caerás en la nieve.*

Por eso, hay que padecer de buen grado, encomendándose a Dios en todas las cosas. Pues también Jesucristo, nuestro Señor, tuvo que padecer para entrar en su gloria¹⁵. Pero podemos preguntarnos: ¿Y qué es lo que han de padecer los siervos de Dios? La respuesta es clara: deben acatar humildemente todos los juicios y decretos de Dios, en el modo en que les sobrevengan, merecida o inmerecidamente, de parte de Dios o de los hombres. Por ejemplo: la muerte de un amigo, la pérdida de bienes temporales o del honor, o la privación del consuelo –interno o externo–, de Dios o de las criaturas. Todas estas cargas y otras semejantes han de ser llevadas suavemente, e incluso los propios defectos que les afligen y que no pueden vencer y extirpar perfectamente».

¹⁵ Cf. Lc 9,22.

LAS FACULTADES DEL SER HUMANO ILUMINADAS POR LA LUZ

SERMÓN 44,3-4

«*“Este vino para dar testimonio de la Luz”*». Aquí debemos tener en cuenta algo importante: cómo hemos de comportarnos frente a esa Luz [divina] si queremos hacernos capaces de percibirla. En este sentido, debemos distanciarnos de todo lo temporal y caduco.

Este testimonio se da tanto en las facultades inferiores [o corpóreas] como en las superiores [o incorpóreas¹⁶]. Facultades inferiores son la concupiscible y la irascible.

[Hablemos en primer lugar de] la *facultad concupiscible*. A ella pertenecen los placeres. [Por ello,] para recibir este testimonio, [el hombre] tiene que distanciarse primero de los deleites sensibles de la naturaleza, en cualquier forma en que estos se le presenten: sea en las personas, en los vestidos o en cualquier otra cosa. Por decirlo en pocas palabras: cada vez que [el hombre] experimente placer o deleite en los sentidos. [Pero tengamos en cuenta que,] en cambio, Dios no prohíbe lo necesario para nuestro sustento. [Pues bien,] a esta vida [de privación sensitiva] se la llama “solitaria”. Puede ser llamada también “desierto en el que resuena la voz de Dios”. Aquí el hombre renuncia a todo deleite interior y exterior de la naturaleza y del espíritu.

En segundo lugar, este testimonio se recibe en la *facultad irascible*, donde se da al hombre perseverancia y fortaleza para que, una vez recibido, este testimonio se haga sólido como una montaña de hierro, no como una caña que se agita de un lado a otro, cosa que el Señor negó que fuese Juan, añadiendo que [este] no era de los que se visten con *molice*, es decir, de los que buscan y aman las comodidades del cuerpo. Es verdad que hay personas que desprecian esos regalos corporales, pero son como cañas sacudidas por el viento, pues, en cuanto reciben una palabra dura, insensata o irónica se agitan y perturban como una caña. ¿Pero qué daño puede haceros una palabra? [Sin embargo,] si el maligno os inspira [con sus malas artes] esto o aquello, entonces lo mismo os invade una tristeza desordenada que

¹⁶ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 10 y 11.

una alegría desmedida, y [como un péndulo] osciláis de un estado de ánimo a otro. Con razón se os llama “pueblo voluble como una caña”.

Este testimonio se da también en las facultades superiores: en el intelecto y la voluntad –o el amor–. En el *intelecto* es “profeta”. Se llama “profeta” al que ve de lejos. El intelecto ve tan lejos que es una verdadera maravilla. Cuando un hombre iluminado, que aún no ha alcanzado este grado [de conocimiento], percibe cosas secretas y divinas, su fondo [del alma] le da testimonio de la autenticidad de esos misterios. Pero el Señor dijo que Juan era “*más que un profeta*”¹⁷, y esto se comprende en ese fondo, donde el intelecto no puede llegar. Por eso podemos decir que “la Luz se ve *en* la luz”, porque en la luz creada interior –que es la *luz de la gracia*–, cuando es ayudada por la *luz de la gloria*, se ve –es decir, se comprende– la Luz divina increada».

Para profundizar en el tema de la antropología: *Sermón 15.2*.

¹⁷ Mt 11,9.

EL CAMINO ESPIRITUAL DE LA MÍSTICA RENANA

El beato Enrique Susón y fray Juan Taulero siguieron muy de cerca al Maestro Eckhart, cuyo camino espiritual [1] comienza con el *conocimiento* de Dios y de nosotros mismos, [2] lo que nos lleva a *buscar* a Dios dentro de nosotros, recogiéndonos interiormente, [3] pero ello requiere *desasirnos* –o desprendernos– de aquello que entorpece nuestra relación con Dios, [4] lo cual nos avoca a una *crisis espiritual*, [5] pasada la cual *Dios se une a nosotros* y [6] nos pide que seamos *caritativos* con los demás.

Estos seis pasos constituyen un *camino de maduración interior* que ha de llevarnos a la perfección espiritual, a lo largo de nuestra vida. Pero en ocasiones Taulero habla de dichos pasos refiriéndose a un modo de hacer *oración mental* que nos conduce a la unión con Dios y la caridad. Aunque hemos circunscrito el *recogimiento* dentro de la búsqueda de Dios, Taulero y otros autores¹⁸ también llaman así a este modo de hacer oración mental, pues gracias a ella encontramos a Dios en lo hondo de nuestra alma.

¹⁸ Destaca el *Tercer abecedario espiritual* del franciscano fray Francisco de Osuna (1492-1540), que tanto bien hizo a santa Teresa de Jesús (cf. *Vida* 4,7).

1. EL CONOCIMIENTO

De la primera carta de san Pablo a los Corintios:

«Pues, ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce solo el Espíritu de Dios. Pero nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos»¹⁹.

Como pasa con otros autores dominicos, siguiendo el pensamiento de santo Tomás de Aquino, los místicos renanos sitúan el primer paso de su camino espiritual en el *conocimiento*, pues «no se puede amar lo que no se conoce»²⁰. Pero no se trata solo de conocer –en la medida de lo posible– a Dios, también debemos conocernos a nosotros mismos: nuestras virtudes y, sobre todo, todo aquello que hay en nosotros que nos aleja de Dios o nos dificulta relacionarnos con Él. Para ello es necesario hacer periódicamente un examen de conciencia y, sobre todo, vigilar los sentimientos, imágenes y pensamientos que bullen en nuestro interior.

Acerca de la importancia del conocimiento, dice el Maestro Eckhart:

«Un Maestro dice –y también nuestros mejores Maestros²¹– que la bienaventuranza consiste en lo

¹⁹ 1Cor 2,1-12.

²⁰ AGUSTÍN DE HIPONA, *De Trinitatis*, 10; citado en TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* II-II, 27, 4. Desde ahora a esta obra la citaremos con sus siglas STh.

²¹ Seguramente se trata de Aristóteles (*Eth. Nic.* X c.7) junto a San Agustín (*Confesiones* X c.23), San Alberto Magno (*In Myst. Theol.* c.1) y Santo Tomás (STh I-II, 3, 4).

siguiente: conocer y saber, pues es condición necesaria de la Verdad»²².

SERMÓN 73,6

«Pero hoy, por desgracia, los hombres no lo hacen. Prestar atención a su interior les resulta una carga insufrible y no buscan dentro, confiados en Dios, sino que prefieren mirar hacia fuera, en total inclinación al mundo exterior. Por esta razón, ni encuentran a Dios ni alcanzan un conocimiento verdadero de sí mismos. Y después de veinte o treinta años de vida religiosa, están tan cerca de la verdadera perfección como lo estaban el primer día de su conversión, atascados siempre en el mismo barro. ¿Quién no ve que esta es una situación lamentable?».

LAS PERSONAS QUE BUSCAN SABER

SERMÓN 83,1

«Hijos míos, acabáis de oír cómo los fariseos enviaron mensajeros a Juan para preguntarle: “¿quién eres tú?”²³, y cómo “él confesó y no negó”, diciendo: “yo no soy”²⁴ y lo que sigue.

En la actualidad no es difícil encontrar “fariseos” como estos, que andan todo el día ocupados en este tipo de cuestiones:

Unos indagan sobre *asuntos triviales*, como qué hace este o aquel, y van por todas partes a la caza de noticias frescas entre reyes, príncipes y señores, o entre seglares y eclesiásticos. En todo esto encuentran un placer especial. ¡Qué vergüenza que entre los propios religiosos algunos se dediquen a estas cosas en lugar de sentir rubor

²² Sermón 68. Texto tomado de: Silvia BARA, Julián de COS (eds.), *Dios en ti. Eckhart, Tauler y Susón a través de sus textos*, San Esteban, Salamanca 2017, p. 67.

²³ Jn 1,19.

²⁴ Jn 1,20. Podemos ver cómo Taulero, con el fin de hablar sobre el *abandono* en este sermón, elimina el final de esta frase: «yo no soy *el Mesías*», cambiando así sustancialmente la respuesta de Juan.

por implicarse en asuntos tan inútiles y mundanos! ¿Qué les importan a ellos las cosas del mundo?

Otros preguntan por curiosidad, deseando saber mucho y comprender *cuestiones elevadas* por el simple capricho de poder hablar de ellas. Esta actitud nada les aprovecha y, además, les impide avanzar hacia objetivos más nobles.

Los terceros preguntan para *tentar a otros y averiguar qué piensan*. Estos, como los fariseos, se acercan con adulaciones y dicen: “Maestro, sabemos que eres veraz”²⁵. Y si encuentran en sus interlocutores su misma manera de hacer y pensar, todo va bien; pero de no ser así, los desprecian. Cuando abordan a los demás, los someten a un interrogatorio interminable con el fin de justificar sus prácticas erróneas. Es imposible hacerles entrar en razón, les digas lo que les digas.

El cuarto grupo lo integran personas que plantean preguntas loables y buscan ardientemente, con el corazón y el alma, la gratísima y amorosa *voluntad de Dios*. Estos, coman o beban, escriban o lean, hilen o tejan, caminen o estén en reposo, todo lo hacen con el deseo de conocer la gratísima voluntad de nuestro amado Dios.

Finalmente, hay una quinta categoría de personas que *nada preguntan*. Estos tocan la cima de la perfección y no sienten necesidad de preguntar. Pero ¿dónde los hallaremos? Ellos no se asombran por nada, pues, según [san] Agustín²⁶ y Aristóteles²⁷, *del asombro proceden las preguntas*; por el contrario, nada les asombra –como ya se ha dicho–, sino que, por encima de toda capacidad de asombro, son iluminados por la Verdad misma».

CONOCERSE A UNO MISMO

¿Qué debemos conocer para madurar espiritualmente? La respuesta es clara: a Dios, que es nuestra meta, y a nosotros mismos, que somos los que debemos caminar interiormente hacia Él. Así se lo explica santa Catalina de Siena (1347-1380) al agustino fray Félix de Massa:

²⁵ Mt 22,16.

²⁶ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De ordine*, PL 32 981.

²⁷ Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 2, 982b.

«Pero, ¿adónde debe mirar la persona y dónde debe poner su meta?: en la celda del conocimiento de sí misma, donde comprende su miseria después de haber visto con el entendimiento sus defectos y que no tiene existencia por sí misma. La persona ve esto de verdad cuando conoce y reconoce dentro de sí misma la bondad de Dios.

Si se conociese únicamente a sí misma, no poseería un conocimiento asentado en la verdad y no sacaría el fruto que se debe de ese conocimiento de sí misma.

Perdería más de lo que ganaría, pues de él sacaría sólo aburrimiento de sí misma y turbación, por lo cual su alma se secaría y, siguiendo el aburrimiento en dicha persona, llegaría a la desesperación.

Si quisiese, por el contrario, conocer a Dios sin conocerse a sí misma, la persona obtendría el maloliente fruto de una gran presunción. Ésta es alimentada por la soberbia, y una alimenta a la otra. Es necesario, por tanto, que, en dicha persona, la luz vea y conozca de veras, y que el conocimiento de sí misma se perfeccione con el conocimiento de Dios, y el conocimiento de Dios con el conocimiento de sí misma.

De esta manera, el alma no llega a caer ni en la presunción ni en la desesperación, sino que, por el contrario, dado que ambos conocimientos se hallan juntos, saca el fruto de la vida. Por el conocimiento de sí misma recibe el fruto de la verdadera humildad, donde se produce el rechazo y repulsa al pecado y a la perversa inclinación, siempre dispuesta a combatir al espíritu²⁸. De ese rechazo nace la paciencia, su hija, que es la médula de la caridad»²⁹.

²⁸ Cf. Ga 5,17.

²⁹ *Carta 51*. Los textos de la cartas de santa Catalina de Siena los tomamos de: CATALINA DE SIENA, *Transforma tu corazón. Cartas espirituales de santa Catalina de Siena*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 2019.

La clave del autoconocimiento

SERMÓN 41,4

«Y vosotros, hijos míos, si queréis conocer bien a vosotros mismos, es decir, si queréis saber cómo sois por [medio de la observación de] ciertos signos, prestad mucha atención a esto: qué cosas son las que suelen despertar en vosotros el amor o el odio, el gozo o el dolor. Cualesquiera que sean, ya sea Dios o una criatura [mundana], esas os poseen interiormente».

El conocimiento de nuestra verdadera motivación

SERMÓN 70,2

«Pero ¿qué es mentir? Respondemos a ello brevemente: es mentira todo lo que una persona manifiesta exteriormente, con signos o con su aspecto externo, con palabras u obras, sin que lo sienta en su corazón. Hay mentira cuando la boca disiente del corazón y el corazón de la boca, [es decir,] cuando ambos se contradicen.

En este sentido, hay muchos que llevan la espiritualidad y la devoción en sus hábitos y en su apariencia [exterior], pero carecen por completo de verdadera santidad [interior]. Sus corazones son mundanos, entregados a las criaturas y están poseídos por ellas. No hablo aquí de gente del mundo [es decir, de personas seglares], sino de “corazones mundanos”, es decir, de aquellas personas que se deleitan, voluntaria y deliberadamente, en las realidades temporales, efímeras y caducas; aquellas personas cuya verdadera motivación no es Dios, sino la búsqueda del placer en aspectos diversos, como el vestido y las joyas. Y cuando se les reprende por ello, se indignan y se enfurecen, ponen excusas extrañas, incluso falsas, diciendo [, por ejemplo,] que aún son jóvenes y deben distraerse, y que lo hacen para servir a Dios mejor, con un ánimo más dispuesto y voluntario. Pero eso es una burda mentira. ¿Cómo van a servir mejor a Dios dando acogida en su alma a cosas que expulsan a Dios de ella? ¿Cómo un Dios amoroso, valioso y glorioso no te va a renovar mucho mejor que esas criaturas míseras y volubles, que antes arruinan al hombre y lo inducen al

error? [En efecto,] esa excusa, como he dicho, es falsa, como se puede comprobar fácilmente.

Hay otros mentirosos, más religiosos que los anteriores. Estos hacen buenos y santos ejercicios, pero en ellos buscan [egoístamente] su propio yo, su interés personal, en lugar de a Dios. Así viven treinta o cuarenta años, incluso más, sin conocerse ni a sí mismos ni su verdadera intención. Pero esta ignorancia no los excusa. Deberían examinar cuidadosamente cuál es su verdadera motivación. Así podrán conocerse más a fondo y descubrir que su verdadera meta es Dios, no ellos mismos, ni su interés, ni el placer, ni su utilidad, ni su recompensa, ni [siquiera] el Reino de los Cielos [en cuanto tal].

Pero para que el hombre conozca su verdadera motivación se necesita un esfuerzo enorme, diligente, constante. Es preciso dedicarse a ello día y noche, estudiarse, ser crítico con uno mismo, explorarse, examinarse y ver cuál es el verdadero estímulo en todas sus acciones. Con todas sus fuerzas, debe dirigir y orientar inmediatamente a Dios todo lo que hace. Al hacer esto ya no miente.

Pero todas las buenas obras que el hombre realiza por una motivación distinta de Dios, en todas ellas se hace reo de la mentira y todas son mentira. Pues todas son buenas [solo] en la medida en que tienen a Dios como fin y meta».

El examen de conciencia

SERMÓN 80

«Hijos míos, os exhorto, os ruego, os aconsejo que, antes de acercaros a confesar [sacramentalmente] con el sacerdote, aprendáis a confesar a Dios, desnuda e íntimamente [mediante un buen examen de conciencia], todos vuestros defectos y pecados, que os sinceréis con Él desde el fondo de vuestro corazón, y frente a Él os acuséis interiormente y ponderéis vuestros defectos con dolor y arrepentimiento de corazón.

No os acostumbréis a confesar [sacramentalmente] de un modo minucioso y detallado vuestras faltas menores, y a expresar vuestras culpas comunes demasiado escrupulosamente. Si le exponéis al con-

fesor detalles insignificantes e irrelevantes para la Confesión, como suele ocurrir, le hacéis perder un tiempo precioso y provocáis su desagrado y contrariedad. Una Confesión extensa y desordenada [sin verdadero arrepentimiento] no borra las faltas, y, como ya he dicho muchas veces, ni los confesores, ni siquiera el Papa mismo, tienen autoridad sobre los pecados que no queréis corregir.

Por eso, haced un profundo *examen de conciencia* sobre vuestro estado. Porque la exposición verbal, extensa y desordenada [de los pecados], sin [una previa] confesión interior, produce escaso fruto en [el perdón de] los pecados que no son mortales y es indicio de que el hombre descuida o no pone mucho interés en la confesión interior. Si [, por el contrario,] se hiciera esta como conviene, esos pecados cotidianos se borrarían interiormente, de manera que, cuando llegara el momento de la Confesión, la memoria apenas podría recordar alguno, o quizás absolutamente ninguno, de forma precisa. [Por eso,] para evitar esto [es decir, para no hacer una mala exposición de los pecados en la Confesión] sería un remedio fácil exponer antes su causa ante Dios en la forma indicada [esto es, por medio de un buen examen de conciencia]. Todo lo dicho se refiere a los pecados veniales. De los mortales, que Dios os libre.

Este examen interior es importantísimo para el hombre, pues tiene dentro muchas pieles recubriendo su fondo, las cuales le han crecido una encima de otra. Esas pieles ocultan el fondo del alma, que permanece desconocido para el hombre. Por eso, este no conoce la verdad, aunque él mismo lo ignore. En efecto, conoce muchas cosas, pero no a sí mismo. Algunos tienen treinta o cuarenta pieles, gruesas y duras como las pieles de los bueyes, que se pegan superponiéndose unas a otras hasta el fondo, como las capas de una cebolla. Estas capas, contra lo que pensáis, no pueden quitarse solo con la Confesión [sin un buen examen de conciencia previo].

Pero ¿qué son esas “pieles”? Son todo aquello en lo que te posees, te buscas y te amas a ti mismo o tu propio interés, aquello cuya verdadera causa y fin no es Dios. Todo eso son *ídolos*, como, por ejemplo, las imágenes de las cosas, el placer propio, la voluntad propia, los deleites de los sentidos y de la naturaleza, que el hombre posee – como Raquel [poseía] los ídolos de su padre, sobre los que estaba sen-

tada³⁰—. A estos hay que sumar la presunción, la falta de abandono, la negligencia y la dejadez de todo lo divino. Esos ídolos son los creadores de todas esas pieles.

Todas estas cosas no pueden decirse en la Confesión, pero el hombre [por medio del examen de conciencia] las examinará atentamente en su interior, las reconocerá humildemente ante Dios y se prostrará de todo corazón a sus pies. Cuando hace esto, cuando se reconoce culpable ante Dios, entonces su remedio es fácil, siempre que, con el auxilio de la gracia [divina], quiera apartarse de ellas en la medida de sus fuerzas».

Examen de conciencia diario

SERMÓN 79,1

«Si viven en un monasterio, una vez acabado el Oficio de Matines, deben permanecer en el coro [de la iglesia de su monasterio] el tiempo que dura una Misa o, al menos, tanto tiempo como puedan sin que su cabeza se embote o sufra perturbación. Entonces, en profundo recogimiento, observen atentamente su corazón y su fondo más interior, examinen sus pecados o defectos, y comprueben cuán desemejantes y alejados están de la perfección, a la que están obligados, y de cuántas cosas tendrán que dar cuenta a Dios un día.

Así, júzguense a sí mismos sin excusa alguna, pero no con un rigor exagerado, no sea que caigan en una profunda desesperación; háganlo, más bien, con una dulce y piadosa energía, para que lleguen a la humildad por la consideración de sus defectos, y fijos los ojos en su propia nada y conscientes de lo que son por sí mismos, digan: “Señor, Dios mío, he aquí lo que soy, una pobre y miserable criatura tuya. Por mí mismo, no tengo otra cosa que innumerables pecados, y por ello soy indigno de tu gracia. Pero te suplico, Señor, te dignes recibirme como un siervo tuyo”. Así, con profunda humildad, deben prostrarse en su fondo a los pies de Dios y confesarse, íntimamente, reos y siervos suyos.

³⁰ Cf. Gn 31,34.

Para ejercer de jueces de sí mismos, deben armarse de paciencia. De este modo, incluso sin ser conscientes de ello, se desnudan fácilmente de todos sus vicios y defectos.

El hombre no debe emprender este ejercicio con tal ligereza que hoy sea todo fervor, pero mañana se haya enfriado. Por el contrario, [este] ha de ser [un ejercicio] constante y diario, de manera que cada uno realice todas sus obras con amor, humildad y verdadera paciencia, acordándose del juicio a que se ha sometido a sí mismo, con los ojos puestos en la Divinidad y convencido de que todas las obras que no proceden de este fondo [del alma] tienen poca o ninguna utilidad. Con ninguna otra arma se combate mejor al diablo y no hay nada que él tema más que el humilde juicio de sí mismo y una gran confianza en Dios».

Breve examen de conciencia de una persona consagrada

SERMÓN 72,8

«Debe examinar qué suele haber frecuentemente en su alma; cuánto ama a Dios y las cosas divinas, ya sea los amigos de Dios, el culto divino o cualquier otra cosa relacionada con Dios; en qué medida tiene su espíritu vuelto hacia Dios; qué es lo que mueve su voluntad, hacia dónde tiene orientadas su vida y su conducta, sus palabras y sus obras; qué siente de sí mismo: qué es lo que más le complace y le proporciona mayor placer, interior y exterior, si es su propio interés, su comodidad, su provecho, sus amigos, sus bienes o su tranquilidad más que Dios o las cosas de Dios».

Poner nuestros pecados en manos de Dios

Solo Dios puede limpiar nuestro corazón y lo hace provocándonos sufrimiento, porque toda purificación y todo cambio son dolorosos.

SERMÓN 76,4

«Por esto, es tarea del hombre juzgarse a sí mismo y echarse a los pies de su Señor rogándole que lo juzgue en la caridad, que la justicia divina se cumpla en él y en todas las criaturas y que prevalezca en él la voluntad de Dios según su amoroso beneplácito, tal y como Él lo ha querido eternamente y lo ha dispuesto en su eterna voluntad, ya sea en el purgatorio o incluso en el infierno, según le parezca bien a Él, dejando en sus manos qué debe sufrir, cómo, cuándo, cuánto y durante cuánto tiempo, gritando solamente: “¡Hágase tu voluntad!”³¹, y dejando completamente a su arbitrio si debe ser grande o pequeño [su castigo], [o si debe estar] cerca o lejos [de Él]».

CONOCER A DIOS

Cuando Taulero habla del conocimiento de Dios, suele referirse al conocimiento que uno adquiere por medio de la relación íntima con Él. Es decir, nos habla de un conocimiento espiritual que es *fruto* de todo un proceso interior de búsqueda, recogimiento y unión con Dios. De esto hablaremos en el siguiente apartado.

Cuando se refiere al conocimiento intelectual *previo* que debemos tener a cerca de Dios, el cual ha de movernos a buscarle, Taulero, en lugar de animarnos a estudiar o a leer sobre Dios, prefiere instruirnos espiritualmente, intentando así estimular el deseo de Dios en nuestro corazón. Probablemente, no habla del estudio de Dios porque en aquella época la mayoría de la gente era analfabeta y, además, era difícil adquirir buenos libros de temática doctrinal o teológica.

Hasta hace unas décadas, en los monasterios femeninos había dos tipos de monjas: las «de coro», dedicadas a la oración y a labores de carácter intelectual, como la administración o la copia de libros, y las «legas», que se ocupaban de realizar los trabajos manuales del monasterio,

³¹ Mt 6,10; 26,42.

como la huerta, la cocina o la lavandería. La mayoría de éstas no sabía leer, pues no lo necesitaban para realizar sus labores. Sin embargo, las monjas de coro sí sabían, pues era necesario para el rezo del Oficio. Éstas tenían a su alcance los libros de la biblioteca de su monasterio. Pero el mejor acceso que tenían las monjas dominicas (tanto las de coro como las legas) para el conocimiento de Dios, era la predicación de sus hermanos dominicos, siempre preocupados en formar teológica y doctrinalmente a sus oyentes.

Para entender el siguiente texto es preciso explicar que en su *Sermón 1* Taulero habla de los tres nacimientos de Jesús: primero fue engendrado por el Padre antes de todos los tiempos, después, cuando llegó su hora, se encarnó en este mundo naciendo de María la Virgen y, en la actualidad, nace todos los días –y a todas horas– en el corazón de las personas santas. Hablaremos de estos tres nacimientos más adelante.

SERMÓN 1,1-2

«Sobre este último –pero muy noble– nacimiento, simbolizado por la última Misa de Navidad, voy a decir, hijos míos, unas palabras, y explicaré también cómo podemos y debemos llegar a él.

Para que este nacimiento pueda realizarse noble y fructíferamente dentro de nosotros, hemos de reflexionar y meditar el carácter propio de aquel primer nacimiento por el que Dios Padre engendra a su Hijo unigénito en la eternidad. En efecto, por la abundancia de las riquezas sobreesenciales de su bondad, Dios no pudo quedarse encerrado en sí mismo: tenía que difundirse y comunicarse a todas las cosas, pues, según afirman [san] Agustín y Boecio, *la naturaleza del Bien es difundirse*. Así pues, Dios Padre se ha difundido engendrando a su Hijo, la segunda Persona en la Divinidad, y después se ha derramado en todas las criaturas. Por eso dice san Agustín: “Porque Dios es bueno, nosotros *somos*, y todo lo bueno que tiene una criatura procede de la sola bondad esencial del Creador”³².

³² AGUSTÍN DE HIPONA, *De doctrina christiana* I c.32, PL 34.

Uno podría preguntarse cuál es la propiedad sobre la que debemos reflexionar, meditar y aprender en la generación del Padre. Escuchad. El Padre, en la propiedad de su persona, se recoge en sí mismo con su divino intelecto. Allí se contempla y allí conoce con claridad meridiana el Abismo esencial de su Ser eterno, y por este conocimiento y comprensión de sí mismo se expresa totalmente. Pues bien, esta Palabra es el Hijo; y este conocimiento de sí es la generación del Hijo en la eternidad. El Padre permanece en sí mismo en virtud de su Unidad esencial y sale de sí en virtud de su distinción personal.

Así pues, Él entra en sí mismo y, contemplándose, se conoce perfectamente [como Padre]; después, sale de sí mismo y genera su propia Imagen [en el Hijo], que ha conocido y comprendido en su interior en virtud de su distinción personal; y refluyendo [o retornando] de nuevo en sí, se conoce y se ama con perfecta complacencia de sí mismo, y esta complacencia fluye interiormente en un Amor inefable, que es el Espíritu Santo. De este modo, permanece dentro [como Padre], sale fuera [como Hijo] y de nuevo se repliega en su interior [engendrando al Espíritu Santo].

Con razón suele decirse que toda salida se hace para regresar. Por eso, así como el movimiento o curso del cielo es el más noble y perfecto de todos, puesto que, en el sentido más propio, retorna al origen y principio del que partió, así también el movimiento o curso del hombre es más noble y más perfecto cuando, salvado todo obstáculo, retorna a su Origen».

Para profundizar en el tema del conocimiento: *Sermón 81*.

2. LA BÚSQUEDA

Del libro de los Salmos:

«Oigo en mi corazón:

“Buscad mi rostro”.

Tu rostro buscaré, Señor.

No me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,

que Tú eres mi auxilio;

no me deseches, no me abandones,

Dios de mi salvación»³³.

Conocer a Dios nos mueve a buscarle, *deseando* estar junto a Él en lo profundo de nuestra alma, donde Él se hace presente con toda su Esencia. Pues el propio Dios desea que nos unamos a Él, ya que es el Origen al que debemos *retornar*.

Esta búsqueda de Dios dentro de nosotros requiere el ejercicio del *recogimiento*. Se trata de un modo de oración mental en el que, cerrando nuestros sentidos a todo lo exterior, concentramos nuestra inteligencia, nuestra memoria y nuestra voluntad en lo más hondo de nuestra alma, para poder contemplar ahí a Dios, sintiendo su amorosa presencia.

El recogimiento requiere penetrar en la infinitud que separa nuestra esencia de la Esencia de Dios. Es lo que Taulero llama *abismarse*. Porque dentro de nosotros hay un Abismo: el Abismo divino. Y, en oposición, hay otro

³³ Sal 27,8-9.

abismo: el abismo de nuestra nada, pues ante Dios somos una nada infinita.

Uno de los textos más paradigmáticos sobre la búsqueda de Dios es éste de san Agustín:

«Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado. De lo que infiero que Vos estabais conmigo y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenían muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra fragancia, y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos. Me disteis a gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma un hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocasteis y me encendí en deseos de abrazaros»³⁴.

LA BÚSQUEDA DE DIOS

SERMÓN 12,1

«En aquel entonces, el Señor subió a la fiesta después de sus discípulos, no públicamente, sino en secreto. Pues, en verdad, donde está Dios, allí hay fiesta. Él no puede negarse ni mantenerse alejado de quien tiene una fe y un deseo sinceros, ya sea que se muestre abiertamente o se mantenga oculto. Sea como fuere, Dios está presente.

Buscar a Dios y desearlo con corazón puro en todas nuestras obras, habitar nuestra morada interior y elevarnos sobre nosotros

³⁴ *Confesiones*, lib. 10, cap. 27. Texto tomado de: AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Espasa Calpe, Madrid 1983¹⁰, p. 222.

misimos, este es el tiempo del que dijo el Señor: *“Vuestro tiempo siempre está a punto”*. Pues siempre nos está permitido subir [a esa fiesta]. Pero el tiempo de que Él se nos muestre claramente y nos infunda su consuelo no siempre está a punto. Éste es suyo y a su arbitrio hay que dejarlo. Mas si lo buscamos puramente, si Dios es el punto que centra toda nuestra atención, sin duda alguna está presente, aunque de un modo oculto. Por esta razón debemos persistir en nuestras buenas obras y prácticas. Si perseveramos, no hay duda de que alguna vez lo encontraremos. Dios está presente, pues, pero la manifestación de su presencia no resulta clara».

DESEAR A DIOS

SERMÓN 11,1-2

«El Señor Jesucristo, nuestro Salvador, que en el día de hoy transforma el agua en vino, no cesa aún de gritar en nuestros corazones que queramos tener sed de Él, pues está dispuesto no solo a reconfortar, sino incluso a embriagar nuestras sedientas almas con el excelente vino de Chipre [que brota] de su divina gracia y de su amor. Por eso, el último día, el principal de la fiesta, Jesús se puso en pie y gritó diciendo: *“Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba”*, a saber, del agua de la vida.

Pero ¿qué sed es esta de la que habla el Señor? No es otra cosa que un ardiente deseo de Dios. Pues, cuando el Espíritu Santo desciende sobre el alma, esta concibe un fuego de amor, como un carbón incandescente, que provoca en ella un incendio de amor que despide chispas ígneas de cariño. Estas, a su vez, despiertan en el alma una sed y un deseo íntimos de Dios. Con frecuencia, el hombre en que suceden tales cosas ni siquiera sabe qué significan o qué es lo que le sucede; él solo siente un ardiente anhelo de Dios y, a la vez, hartazgo y cansancio de todas las criaturas».

El deseo de conocer a Dios

SERMÓN 4,1-3

«El alma racional conoce por su propia luz natural [es decir, con su capacidad de raciocinio] que Dios existe. Pero qué [es Dios], cómo es o dónde está, son datos que escapan por completo a su conocimiento; sobre esto nada sabe. Pero en el alma que es santa y espiritual brota un deseo puro y amoroso que le incita a buscar e indagar diligentemente acerca de su Dios. Desea intensamente saber qué es o quién es Aquel tan oculto y desconocido para ella.

Cuando el alma persevera en esta diligente búsqueda, nace en ella una Estrella que no es sino el esplendor y el rayo de la gracia celestial, una Luz divina que le habla interiormente de este modo: “Ahora, en este momento, he nacido”. Y, al mismo tiempo, dirige al alma al lugar de ese nacimiento, lugar que la luz natural es incapaz de mostrar.

De ahí que todos cuantos pretenden alcanzar con su luz natural ese nacimiento, fallan y se pierden, y no adelantan en la virtud. En esta búsqueda, la luz natural es un guía ciego. Solo la Luz que lo anunció es la que puede revelarlo y comunicar al hombre qué es [el nacimiento de Dios], y cuándo y dónde se realiza. Pero esos infelices no quieren ni pueden aguardar la irradiación de aquella Luz en la que es posible descubrir este nacimiento, pues, lanzándose fuera [de sí mismos], se esfuerzan en hallarlo con su luz natural. Y esto no puede suceder. Deben esperar el tiempo oportuno que aún no ha llegado.

En algunos, este deseo crece tanto y obra en ellos de tal forma, que penetra [en ellos] y les consume la carne y la sangre, y hasta la médula de los huesos. Se ven obligados a emplear todas sus facultades naturales en esa tarea intentando dar satisfacción a su deseo y hallar en verdad ese nacimiento. Pero todas las luces naturales juntas no pueden mostrárselo, pues lo ignoran. ...

Cómo podemos conocer mejor a Dios

... Aquí hay que considerar tres cosas. La primera es aquello que busca, es decir, el deseo; la segunda, el modo de buscar; la tercera, el descubrimiento del nacimiento.

[Estas tres cosas se corresponden con] otras tres que hay en todo hombre: la primera está unida a la naturaleza en la carne y la sangre,

como son los *sentidos corporales* y, por así decir, la propia sensibilidad; la segunda es la *razón* –o *intelecto*–; la tercera, la pura y desnuda sustancia del *alma*. Siendo estas tres cosas muy diferentes, perciben [la realidad] de distinta manera, cada una según la condición de su esencia.

[Pongamos un símil:] la luz del sol, siendo simple en sí misma, no es recibida del mismo modo en el vidrio, según sea este negro, amarillo o blanco. Por el vidrio negro puede entenderse la sensibilidad; por el amarillo, la razón –o intelecto–; por el blanco, el espíritu puro y desnudo. Cuando la sensibilidad se unifica con el intelecto y este con el espíritu, lo negro se torna amarillo y lo amarillo, blanco. Así deviene una pura simplicidad, y es solo en ella donde brilla esta Luz y es recibida en la verdad, cuando ya todas las formas, imágenes y figuras desaparecen. A esta pura simplicidad le es mostrado este nacimiento en la verdad.

El cielo está ahora enteramente sumido en su oscuridad natural. Si [a esta hora³⁵] todo él se convirtiese en un sol puro y esplendente, nadie podría ver otra imagen, a causa de la intensidad de su brillo. Del mismo modo, al resplandecer en el alma esta Luz radiante, todas las imágenes y las formas se desvanecen, y donde ella ha de brillar, allí debe extinguirse y morir la luz natural. [Pues bien,] esta es la estrella que mostró a los tres magos el nacimiento del Salvador, pues no era una estrella natural como las otras, ni como las otras estaba en el cielo de un modo natural.

Recordemos el símil del vidrio negro que representa a los sentidos. Estos captan las imágenes de las cosas visibles, y en ellos las cosas son mucho más nobles que en sí mismas. [Después] viene el intelecto que, despojando a las imágenes sensibles de su sensibilidad, las hace intelectuales. Y así tenemos el amarillo. Si, además, el intelecto se desprende de sí mismo, renunciando a lo que es él mismo, y se transforma en espíritu puro y desnudo, [entonces] todo se vuelve blanco. Es solamente ahí donde brilla esta estrella [que vieron los magos]. Esta es la meta a la que ha de tender, pura y simplemente, la vida de todo hombre.

³⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

[Pues bien, pensemos en que] estas tres cosas [es decir, nuestros sentidos, nuestro intelecto y nuestro espíritu] son los tres dones que ofrecieron los magos [al Salvador. Amén]».

EL RETORNO A DIOS

SERMÓN 10,1

«*Yo soy la Luz del mundo*»³⁶.

Habiendo dirigido Jesús estas y otras muchas palabras a los judíos, tuvo que soportar que estos se le opusieran afirmando que era un samaritano y que tenía un demonio³⁷.

Vamos a decir aquí unas pocas palabras sobre aquella Luz que el Señor afirmó ser Él³⁸.

Esta Luz ilumina todas las luces creadas: el sol, la luna, las estrellas, los sentidos corporales del hombre y la luz espiritual de las criaturas racionales, que es la razón o intelecto, por medio de la cual todas las criaturas retornan y refluyen a su Origen. Pues, si no retornan [a esa Luz original], comparadas, en sí mismas, con esta Luz verdadera y esencial, [las criaturas] son solo densas tinieblas. Por eso, Cristo dice a todo creyente:

“Renuncia por Mí a tu luz, que es verdadera tiniebla comparada con la mía, y contraria a ella. Yo, que soy la Luz verdadera, cambiaré tus tinieblas en mi Luz, mi gozo, mi felicidad, mi esencia y mi vida, y haré lo tuyo como es lo mío”.

Así, puesto en tierra, oró a su Padre, diciendo: “*Padre santo, guarda a los que me has dado, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en Mí*”³⁹. No dijo “para que estén unidos”, sino “para que sean uno en nosotros, como nosotros somos uno”, no por naturaleza [humana], sino por gracia [divina]. Y esto de un modo totalmente incomprensible.

³⁶ Jn 8,12.

³⁷ Cf. Jn 8,12-59.

³⁸ Cf. Jn 8,12.

³⁹ Jn 17,21.

Todos los elementos, como la piedra o el fuego, tienden al lugar que les es propio, a su origen. ¿Cómo es que solo el hombre, la más excelente de todas las criaturas, maravilla de todas las maravillas, por quien Dios todopoderoso hizo el Cielo, la tierra y cuanto ellos contienen, no para estimular sus apetitos, sino para cubrir su necesidad y así servir más libremente a su Creador; cómo es que, insisto, el hombre, despreciando a su Creador, corre tras realidades vanas e inconsistentes, prestas a desaparecer, y no se apresura hacia su Origen eterno, ni tiende a su Fin, ni busca la verdadera Luz de Dios?».

EL RECOGIMIENTO

Antes de internarnos en este importante tema, es necesario especificar los dos modos de hablar sobre nuestro acercamiento a Dios. Uno es el que se refiere a «entrar». En este sentido nos referimos a experimentar cómo nos aproximamos a Dios interiormente. El otro modo es el que hace referencia a «subir». En este caso decimos que nuestro ser asciende desde la dimensión terrena a la dimensión divina. Pero se trata de un mismo movimiento pues, en la medida en que nos adentramos interiormente hacia Dios, nuestro ser asciende hacia Él. Dicho de otro modo, nos adentramos espiritualmente y nos elevamos ontológicamente.

Tras esta breve explicación, centrémonos en el recogimiento. Se trata de la oración por antonomasia de la mística renana, pues nos ayuda a comunicarnos interiormente con Dios y a experimentar –en mayor o menor medida– la unión con Él. Por ello, el recogimiento es el mejor modo de buscar a Dios.

¿Y dónde nos recogemos?: en el fondo del alma, que es lo que santa Catalina llama la «celda interior». Ella pide insistentemente a sus amigos y discípulos que, hagan lo que hagan, habiten interiormente en su celda interior, junto a su amado Jesús. Así se lo dice a su amigo dominico fray Tomás della Fonte:

«Si preguntásemos a aquel dulcísimo, amadísimo y clementísimo Padre, Él nos respondería: “Si queréis sentir y conocer el ardor de mi voluntad, morad siempre en la celda de vuestra alma”.

Esta celda es un pozo que contiene agua y tierra. Por “tierra” entiendo, querido padre, nuestra miseria y el conocimiento de que no tenemos existencia por nosotros mismos, porque nuestra existencia viene de Dios. Y a la “tierra” se añade el “agua viva”⁴⁰, o sea, el verdadero conocimiento de su dulce y verdadera voluntad, que sólo quiere nuestra santificación⁴¹.

¡Oh inestimable e inflamada caridad!

Lleguemos, por tanto, a lo profundo de este pozo, pues, habitando en su interior, por fuerza nos conoceremos a nosotros mismos y también a la Bondad divina. Al conocer que no existimos por nosotros mismos, reconocemos nuestra vileza por medio de la humillación, y entramos en el ardiente corazón de Cristo, consumido y abierto, como ventana que nunca se cierra. Y, así, poniendo la mirada en nuestra libre voluntad, que Dios nos dará, conoceremos y veremos que su voluntad no es otra que nuestra santificación.

¡Amor dulce, ábrenos, ábrenos la memoria para aceptar, retener y comprender tanta bondad de Dios, puesto que, si la comprendemos, la amaremos y, amándola, nos encontraremos unidos y transformados por el amor a la “madre”, la caridad, pasando –o habiendo pasado– por la puerta de Cristo crucificado⁴², que dijo a sus discípulos: “Yo vendré y habitaré en vosotros”⁴³.

⁴⁰ Cf. Jn 4,10.

⁴¹ Cf. 1Tes 4,3.

⁴² Cf. Jn 10,7.

⁴³ Cf. Jn 14,23

Así pues, éste es mi deseo: veros a vos en esta morada y en esta transformación. Esto desea mi alma singularmente de vos y también de todas las personas. Os suplico, pues, que permanezcáis sujeto y clavado a la Cruz»⁴⁴.

Hemos citado aquí a santa Catalina porque puede ayudarnos a entender mejor lo que a continuación nos dice Taulero sobre el «espacio de quietud y silencio» interior.

La esposa de Dios sigue el ejemplo de María

Para aquietar y silenciar nuestro interior es conveniente no prestar atención a sonidos, imágenes y otras formas exteriores. Pues así, cerrando las puertas a todo ello, sentimos cómo Dios nace en nuestra alma. Pero no debemos acallar todas las imágenes. Taulero nos dice que, si así lo deseamos, podemos seguir el ejemplo de la Virgen, que meditaba en su interior lo que contemplaba en su Hijo⁴⁵. En efecto, imaginar pasajes bíblicos protagonizados por Jesús nos ayuda a contemplarle y nos mueve a unirnos a Él. Pero eso es sólo una ayuda, no una obligación. Como tampoco es una obligación hacer silencio interior, del cual nos hablará Taulero más abajo.

SERMÓN 1,7

«Así debe ser toda madre espiritual de Cristo: una virgen pura y casta. Pero si se aparta alguna vez del camino de la castidad, ha de regresar a él de inmediato y recuperar su pureza virginal. Pues el concepto “virgen” significa *esterilidad exterior, con una enorme fecundidad interior*. De este modo, esta virgen de la que aquí hablamos tiene que cerrar sus sentidos exteriores y usarlos únicamente en aquello que fuere estrictamente necesario, a ejemplo de la gloriosa Virgen, que no meditaba sino las cosas de Dios. Pero interiormente daba fecundo

⁴⁴ Carta 41.

⁴⁵ Cf. Lc 2,17-19; 2,51-52.

fruto, como dijo el profeta [David]: *“Toda la gloria de la hija del rey está en su interior”*⁴⁶. Además, [esta madre espiritual de Cristo] ha de llevar una vida retirada, y todas sus costumbres, sentidos, gestos y palabras habrán de ser interiores. Así producirá grandes y copiosos frutos; más aún, a Dios mismo, al Hijo de Dios, al Verbo de Dios, que es y contiene en sí todas las cosas.

María, como se ha dicho, estuvo también prometida. Igualmente, esta madre espiritual de Cristo estará prometida y unida solo a Dios, Creador de todas las cosas, y libre de todas las criaturas, de acuerdo con la enseñanza del Apóstol⁴⁷. Y debe poner su mudable voluntad a los pies de la inmutable voluntad de Dios, para que Él venga en ayuda de su debilidad».

SERMÓN 43,5

«Algunos dicen: “Si cultivamos esta práctica interior, perdemos las imágenes y los ejemplos de la pasión de Cristo”. En modo alguno, hijos míos. Muy al contrario: cuando vosotros entráis en el íntimo fondo del alma –¡os animo a hacerlo cada día!–, único lugar donde nace verdaderamente la gracia, esta trae a vosotros la pasión y la vida de Cristo, despertando en vuestra alma sentimientos de amor. De esta forma, las contempláis en toda simplicidad, con una simple mirada, como si estuviera toda entera puesta ante vuestros ojos, no con multiplicidad, sino como yo os veo a todos de un solo vistazo, como si vierais todas las cosas en una sola, como si todo a la vez estuviera delante de vosotros. De semejante forma las ofreceréis al Padre eterno.

No hay duda: esta mirada simple es mucho más útil que meditar toda la vida de Cristo en la multiplicidad de los sentidos».

Ejercitar el recogimiento silenciando nuestro interior

Taulero nos anima a practicar el silencio contemplativo para así poder sentir la presencia de Dios en lo hondo

⁴⁶ Sal 45,13.

⁴⁷ Cf. 2Cor 11,2.

de nuestra alma. Hacer silencio es dejar la mente en total reposo para que nada nos distraiga ante Dios.

Como decíamos más arriba, esto es solo una ayuda, no una obligación. Y es así, entre otros motivos, porque hay ciertas personas que son incapaces de no pensar en nada, pues no pueden controlar su imaginación; hay otras a las que les gusta usar su mente para meditar; y hay quienes lo hacen porque su vida cotidiana les empuja a hacerlo. Recordemos cómo Taulero ponía el ejemplo de María, que meditaba en su interior todo lo referido a su Hijo. Pero para quien desea aquietar su mente (lo cual requiere esfuerzo y paciencia), el silencio contemplativo puede ser un magnífico medio de conectar interiormente con Dios.

Hablando del silencio contemplativo, vamos a dar la palabra a un fraile del que ya hemos hablado anteriormente. Se trata del creador de la *Escuela del Silencio*⁴⁸, fray José Fernández Moratíel, el cual conoció el camino místico leyendo los sermones de Taulero siendo fraile estudiante en Salamanca. Nos habla de la gratuidad del silencio contemplativo. No hacemos silencio para conseguir nada. No buscamos ningún beneficio. Sencillamente, salimos del ruido y la multiplicidad exterior para adentrarnos en el sosiego y la simplicidad interior, donde sentimos intensamente la presencia de Dios:

«El silencio no es para hacer algo; sencillamente es para hacer nada. No es para escuchar algo; es para descansar de nuestro inacabable hacer, de nuestro incesante escuchar.

El ruido y el hacer tocan una y otra vez los tejidos de nuestro ser, los nervios, las fibras. Así, a su contacto, se van poniendo duros, tirantes, a punto de vibrar al menor roce, al más suave tirón. A veces nuestros nervios están como las cuerdas de un violín a punto de saltar atormentados.

⁴⁸ Se puede conocer esta corriente espiritual [aquí](#).

Por nada retiemblan. Por nada se disparan.

Por nada saltan, tirantes, tensos. Como la piel de un tambor... estallan.

El silencio nos recibe así. Del ruido nos despedimos rotos, desmembrados. En el silencio uno se reblandece y se vuelve suave. Porque el soplo húmedo, vivificador, puede llegar al último rincón, al más lejano escondrijo, a lo más oculto de nuestro ser.

Los nervios dejan de ser nudos, los nervios se sueltan, se ablandan. Se desretuercen.

Los nervios sanan, se curan al contacto con el silencio.

No tan sólo se recuperan nuestros tejidos y nuestras células todas heridas, dañadas, angustiadas... Se cura, también, la ilusión, el amor.

La vida, al volver, arranca de nuestro cuerpo una inmensa gratitud. La vida recupera un paso que es como danza, que es calma, que es salud y futuro, equilibrio y esperanza»⁴⁹.

SERMÓN 66,2

«Las palabras del Apóstol, que dicen: “...solicitos en conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”, se refieren a estas virtudes, que son el verdadero vínculo de la paz. En efecto, como si de un lazo exterior se tratara, estas virtudes atan y unen a los hombres en la paz y la unidad del Espíritu.

Pero ¿cómo se llega a la unidad del Espíritu? El rato que sigue a Maitines, cuando las noches son más largas, es el momento ideal, pues ofrece una oportunidad especial para ejercitarse. Quien aspira a la unidad del Espíritu debe ir a descansar pronto por la tarde, para

⁴⁹ José FERNÁNDEZ MORATIEL, *La oración del silencio*, San Pablo, Madrid 2013, pp. 95-96.

darle a la naturaleza el sueño que necesita. Luego, una vez acabado el rezo [comunitario] de la [media] noche, que llaman Maitines, dedicará un tiempo a ocuparse de su fondo, recogién dose en lo más íntimo de su corazón, es decir, en su centro, para estimular y encender más su amor a Dios y su devoción. Quien tiene el hábito de realizar esta práctica y la ama, que medite paso a paso la vida de Cristo. Pero si no recibe ningún signo particular de Dios, entonces, sin buscarse a sí mismo [es decir, sin buscar su propia consolación espiritual], que empiece sus buenas prácticas [devocionales] en Nombre de Dios, como son: la meditación de la noble pasión de Cristo, de su santísima muerte, de sus santas llagas o del derramamiento de su preciosa Sangre. Y, al mismo tiempo, que esté constantemente atento a su fondo.

Con este tipo de meditación el hombre estimula su amor a Dios. Y como con un montón de carbones o troncos se hace un gran fuego, cuya llama se eleva poderosa a las alturas, así estas piadosas prácticas [devocionales] inflaman vehementemente el espíritu en amor a Dios. En ese momento, hay que dejar las imágenes y pasar, con un amor ardiente, a través del hombre medio [o racional] hasta el hombre más interior [o espiritual]. Este hombre más interior no realiza ninguna actividad, pues lo que hay en él es todo obra de Dios. Él se comporta [pasivamente] como *paciente* y Dios [activamente] como *agente*.

Pero a veces, en este estado de recogimiento, acuden al hombre ciertas imágenes rápidas relacionadas con los ejercicios practicados antes, por ejemplo, de la pasión del Señor, de las propias faltas o de las oraciones que ha de recitar por los vivos o los muertos. Pero el hombre [, sin prestarles atención,] debe pasar a través de ellas y llegar hasta Dios pura, simple y desnudamente.

Una vez que el espíritu [del orante] ha pasado pura y pasivamente a través de todas estas imágenes, entonces la Verdad misma *brilla* sobre el alma como un relámpago⁵⁰ y *atrae* al espíritu hacia ella, pasivamente. Esto sucede muy rápidamente, en un instante, o incluso más rápido que un instante, como el ir y venir de los ángeles a Dios o de Dios, que es un movimiento más rápido que un abrir y cerrar de

⁵⁰ Sobre la rápida acción de Dios en el fondo del alma se habla también en: el sermón 61, n. 6; el sermón 67, n. 5; el sermón 74, n. 4; y, sobre todo, en el sermón 66, n. 2.

ojos. Así sucede aquí. Y cuanto más rápidamente, tanto más noblemente.

Y entonces, como en un relámpago, todo debe ser llevado al fondo mismo de la Divinidad y hacerse [en cierto modo] un solo Espíritu con Dios. Pues *“Dios es Espíritu”*⁵¹ y el espíritu del hombre debe hacerse uno con Él. Los que llegan hasta aquí son *“verdaderos adoradores, que adoran al Padre en espíritu y verdad”*⁵². Aquí nace la paz verdadera y esencial, y son las virtudes antes mencionadas las que conducen al hombre hasta ella».

Sentir la presencia de Cristo en el silencio contemplativo

Nos adentramos ahora en un tema muy importante, pues es necesario entender en qué consiste el silencio contemplativo que se practica en el seno de la Iglesia, que es muy diferente al silencio que se practica en otras religiones. Para ello nos vamos a servir de santa Teresa de Jesús (1515-1582) y san Juan de la Cruz (1542-1591), porque ambos coinciden en lo esencial, esto es, ambos se dejan ayudar por Jesús a lo largo de *todo* su camino interior hacia la unión con Dios, pero lo hacen empleando una metodología diferente.

Más adelante veremos que, cuando santa Teresa alcanza la unión con Dios, se sumerge en un profundo silencio junto a su Amado. Sin embargo, para llegar ahí, prefiere tener presente en su imaginación la humanidad de Cristo. Dice santa Teresa:

«En algunos libros ... avisan mucho que aparten de sí toda imaginación corpórea y que se lleguen a contemplar en la Divinidad; porque dicen que, aunque sea la Humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza o impide a la más perfecta contemplación. ...Esto bien me parece a mí, algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo y que [no]

⁵¹ Jn 4,24.

⁵² Jn 4,23.

entre en cuenta⁵³ este divino Cuerpo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir»⁵⁴.

Sin embargo, san Juan de la Cruz, como Taulero, escogió el camino del silencio contemplativo para recogerse, pues dice así:

«Y llama esta música callada porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces; y así, se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio. Y así, dice que su Amado es esta música callada, porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual. Y no sólo eso, sino que también es “la soledad sonora”.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada, porque, aunque aquella música es callada cuanto a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque, estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sentido espiritual sonorísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas [...].

Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y enajenación de todas las cosas exteriores, la llama “la música callada y la soledad sonora”, la cual dice que es su Amado»⁵⁵.

Como ya hemos dicho, esto no significa que santa Teresa y san Juan de la Cruz se contradigan, sino que ambos se apoyan en Jesús de modo diferente: santa Teresa imaginando escenas evangélicas en las que ella interactúa con Jesús, mientras que san Juan de la Cruz lo hace por medio del silencio contemplativo, en el que experimenta

⁵³ La RAE define así *entrar algo en cuenta*: «Ser tenido presente y en consideración en lo que se intenta o trata».

⁵⁴ *Vida*, 22,1; cf. *Sextas Moradas*, 7. Los textos de santa Teresa los tomamos de: TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, BAC, Madrid, 2003⁹.

⁵⁵ *Cántico espiritual B*, 14,25-26.27. Los textos de san Juan de la Cruz los tomamos de: JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, BAC, Madrid, 2002².

la presencia de Jesús, pues, dicho con sus propias palabras: «su Amado es esta música callada». En efecto, en el silencio contemplativo practicado en el seno de la Iglesia el creyente no siente un vacío total, sino un vacío lleno de Jesús, de tal forma que ha de dejarse guiar por Él en su camino hacia la unión con Dios.

Esto viene perfectamente corroborado en el *Cántico espiritual*, la obra cumbre de san Juan de la Cruz, en la que afirma que todo el proceso de maduración espiritual es cristológico, de tal forma que el Esposo de nuestra alma es el Jesús humano (y divino) de los Evangelios. Según la experiencia de este autor, en el silencio contemplativo el Espíritu Santo (que actúa como una «noticia oscura y amorosa») nos une a Jesús resucitado, cristificando el alma del creyente⁵⁶.

Efectivamente, no silenciarnos nuestro interior para llegar a la nada, como quien entra en una habitación vacía, sino para *sentir* la presencia de Jesús en nosotros, *escuchar* lo que quiere expresarnos y, de esta forma, *sumergirnos* – de algún modo– en su Ser, en su Esencia.

En el silencio contemplativo, Jesús, nuestro Maestro, nos guía hacia el Padre. Por eso el silencio es un *lugar teológico*, un lugar de encuentro con Dios. Dice el padre Moratiel:

«Una “escuela de silencio” quiere significar que tiene un Maestro y ese Maestro no es otro que el habla en el silencio.

El rasgo de la condición de discípulo es la docilidad, la ductilidad. “Discípulo” es el que se vuelve dúctil. Pero uno sólo es nuestro Maestro.

Hubo en Grecia un maestro que sólo enseñaba después de que los alumnos habían estado cinco años en silencio. Sabía que después de ese tiempo se despierta en el corazón humano la otra “ladera”.

⁵⁶ Cf. *Segundo libro de Subida*, 7 y 22.

Cuando la ladera de la superficie se acalla, aparece la docilidad y la frescura de la otra ladera interior. Aparece el otro Maestro. El otro Maestro es el que está en el corazón, el otro Maestro es Jesús. El gran Maestro es realmente Dios.

En nuestra sociedad hay tendencia actualmente a buscar maestros, gurús. Pero Jesús decía: “*si un ciego guía a otro ciego ambos caerán en el hoyo*”⁵⁷. ¿Quién puede guiarnos a esa dimensión de lo Absoluto, a ese clima de la plenitud? ¿Qué maestro nos puede conducir a ese más allá?

El Maestro habla en el silencio. El Maestro no es el que habla bien de la luz, sino el que puede abrir los ojos para ver bien. El Maestro es el que nos devuelve el arte de ver, el que nos devuelve el arte de escuchar. Por eso nuestro silencio no se reduce a una idea, a una palabra, sino que es una profunda experiencia interior»⁵⁸.

Probablemente, quien mejor supo explicar la experiencia de Cristo en el silencio contemplativo es san Francisco de Sales (1567-1622) en su *Tratado del amor de Dios*:

«El principal ejercicio de la teología mística consiste en hablar con Dios y en oírle hasta en el fondo del corazón; como este hablar se realiza por muy secretas aspiraciones e inspiraciones, lo llamamos “coloquio del silencio”; los ojos hablan a los ojos, el corazón habla al corazón; nadie entiende nada, salvo los amantes que están hablando»⁵⁹.

Tras esta larga introducción explicativa, veamos qué nos dice fray Juan Taulero acerca del silencio contemplativo.

⁵⁷ Mt 15,14.

⁵⁸ FERNÁNDEZ MORATIEL, o.c., pp. 107-108.

⁵⁹ Lib. VI, cap. 1. Texto tomado de: FRANCISCO DE SALES, *Tratado de amor de Dios*, BAC, Madrid 1995.

SERMÓN 1,8

«En este silencio apacible, cuando todas las cosas están en el más profundo silencio –en verdadero silencio y verdadera calma– se oye perfecta y verdaderamente esta Palabra. Pues si Dios ha de hablar, el hombre tiene que guardar silencio; si Dios ha de entrar, hay que salir y dejarle sitio. Al entrar el Señor en Egipto, todos los ídolos de aquel país cayeron a tierra⁶⁰. Estos ídolos son cualquier cosa, por buena y santa que parezca, que impide en nosotros el cumplimiento verdadero e inmediato de este nacimiento. A este respecto dice nuestro Salvador: “He venido a traer una espada a la tierra para cortar todo lazo de parentesco del hombre: padre, madre, hermano, hermana, etc. Pues nuestros enemigos serán nuestros parientes”⁶¹, que introducen en nosotros una multiplicidad de imágenes, ahogando esta Palabra en nuestro interior, aunque no nos la arrebatan por completo.

Si bien es cierto que esta quietud no puede durar siempre, la madre espiritual de este nacimiento deberá convertir este apacible silencio en costumbre, para que por la costumbre nazca finalmente el hábito».

Es preciso subrayar cómo Taulero acaba de advertir a sus hermanas contemplativas que se cuiden mucho del excesivo contacto con sus parientes y amigos. Pues estos –generalmente con buena intención– introducen en el interior de la contemplativa «una multiplicidad de imágenes» que la distraen y alejan de Aquel a quien debe contemplar.

La paz humana: esforzarse en pacificar nuestro interior

Más abajo Taulero nos hablará de la experiencia mística que vivimos cuando Dios nos transmite su Paz divina. Ahora, sin embargo, nos habla de la *impasibilidad* (o *apatheia*) de la que hablaban los antiguos monjes del desierto, que se logra luchando ascéticamente contra las ten-

⁶⁰ Cf. Mt 2,13-15

⁶¹ Cf. Mt 10,34-36.

taciones. Así lo dice Evagrio Póntico (ca. 345-399), que vivió en el desierto de Las Celdas (Egipto):

«La caridad es la hija de la impasibilidad; y la impasibilidad es la flor de la práctica [ascética]»⁶².

SERMÓN 36,7-8

«Él no busca caballos de gran tamaño ni bueyes vigorosos, es decir, hombres arrogantes que se apoyan en grandes prácticas devocionales de su voluntad propia; tampoco busca a quienes hacen grandes obras externas con autocomplacencia, sino solo a las ovejas humildes y dóciles, esto es, a los hombres pequeños y abandonados que se dejan buscar por Dios y, donde quiera que son buscados, se esfuerzan en ser encontrados como ovejas.

Si deseas ser una de esas ovejas, ten una paz verdadera y estable en toda circunstancia, sea cual fuere. Cuando has hecho lo que está en tu mano, quédate tranquilo: suceda lo que suceda, por la razón que sea, guarda siempre la paz en tu corazón y no te inquietes; confíalo todo a Dios; abandónate a Él en todo, incluso en tus defectos, según los sentidos, no según la razón; es decir, distanciándote de ellos y mostrándoles tu aversión. En este sentido, uno nunca se abandonará demasiado. Soporta el desagrado que procede de la lucha contra los vicios, pero no consientas a ellos según la razón, pues eso sería un obstáculo enorme.

Guarda la paz en todas las cosas, incluso en los dones de Dios. Ya te los conceda Dios o te los quite, mantente siempre el mismo. Así llegarás a ser un hombre abandonado, dispuesto a recibirlo todo de la mano de Dios con una paz imperturbable: la adversidad y la bonanza, lo dulce y lo amargo.

Esta es la oveja amorosa que el Señor ha buscado y encontrado. No busca Él a las ovejas soberbias, a los hombres que están apegados a las criaturas y tienen en ellas su deleite. Dios deja a las noventa y nueve. Efectivamente, deja en el desierto, donde no hay fruto, a los

⁶² *Tratado Práctico*, c. 81. Texto tomado de: EVAGRIO PÓNTICO, *Obras espirituales*, Ciudad Nueva, Madrid, 1995, p. 167.

noventa y nueve que son cien veces tibios, orgullosos, soberbios y engreídos. Esos hombres “viscosos”⁶³ apenas producen fruto alguno».

Rechazar todo lo que nos impide el recogimiento

SERMÓN 15.1,1

«Entretanto, si alguna práctica, oración u obra exterior se convierten en un impedimento, dejadlas sin temor –confiad en mí–, a excepción de aquellas a las que estáis obligados en tiempos fijos y determinados. [Pues] toda oración vocal, en comparación con esta oración interior, no es sino paja frente al trigo precioso. De esta oración dijo Cristo: “*Los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y en verdad*”⁶⁴. Así, todas las prácticas, palabras, modos y obras que han venido realizándose desde tiempos de Adán hasta el día de hoy, y [que se realizarán] desde aquí hasta el último día del Juicio [final], los cumplen los verdaderos adoradores de Dios en un solo instante por medio de este verdadero y esencial recogimiento».

Pautas para recogerse

SERMÓN 82

«Moisés dijo: “*Escucha, Israel, tu Dios es uno*”⁶⁵. Dios es uno solo y es un Dios simple. Aunque esto es verdad, podemos, sin embargo, sacar gran provecho de los nombres particulares, propios y distintos que se le atribuyen [a Dios], así como de su Esencia. A ellos debemos comparar nuestra nada.

Recuerdo haber dicho en otras ocasiones que, así como al principio debemos centrar nuestra meditación en las realidades temporales de Cristo, como su nacimiento, obras, enseñanza y toda su vida, ahora debemos elevar nuestro espíritu a las realidades superiores e

⁶³ Probablemente se les llama así por el apego que sienten a las cosas.

⁶⁴ Jn 4,23.

⁶⁵ Dt 6,4.

introducírnos, por encima del tiempo [terrenal], en el ser y el modo eternos.

En los atributos de Dios el hombre puede ver reflejado su espíritu de un modo activo [y eficaz⁶⁶].

Así, ve que Dios es *Esencia* pura, Esencia de toda esencia y, sin embargo, no es ninguna de las cosas creadas. Por tanto, todo lo que es, todo lo que tiene ser, todo lo que es esencia y es bien, tiene en sí a Dios. Por eso dice [san] Agustín:

“Si ves un ángel bueno, un hombre bueno y un Cielo bueno, quita el ángel, el hombre y el Cielo, y lo que queda es la Esencia del bien, es decir, Dios. Pues Él es todo en todas las cosas, aunque está muy por encima de ellas. Todas las criaturas tienen bondad, tienen amor; pero no son la bondad ni el amor, etc.”.

[En efecto,] solo Dios es la Esencia de la bondad, del amor y de todo lo que puede llamarse ser. Ahora, el hombre se compara a esta Esencia y en ella sumerge su nada absoluta con todas sus facultades, de un modo activo, sensible y contemplativo. Esta nada [humana], sumergida en el Ser de Dios, es inflamada, renovada y, por así decir, esencializada en la Esencia divina, que es la única esencia, vida y acción de todos los seres creados.

Luego, contemple el hombre el atributo de la simple *Unidad* de esta Esencia. Pues Dios está en el límite último de la Unidad, donde toda multiplicidad es unificada y reducida a la simplicidad en esta Esencia absolutamente una. Para Dios, su Esencia es su actividad, su conocimiento, su recompensa, su juicio, su justicia y su misericordia. Pero todas estas cosas son una sola en Él. Frente a esta Unidad, el hombre pone su incomprensible multiplicidad, con el fin de que esta, [introducida] en la simple Esencia de Dios, se haga simple y se unifique.

Entonces comprobará cuán inefablemente *oculto* es Dios, como dice Isaías: “*Verdaderamente Tú eres un Dios escondido*”⁶⁷. De una forma misteriosa, Dios está mucho más presente en todas las cosas de lo que

⁶⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

⁶⁷ Is 45,15.

están ellas en sí mismas. En el fondo del alma Dios permanece oculto a todos los sentidos, y completamente desconocido. Hasta ese fondo debe penetrar el hombre con todas sus facultades, [y debe ir] más allá de todo pensamiento, [y debe situarse] por encima de su inclinación a exteriorizarse, la cual es tan distante y extraña al alma y a toda intimidad de vida interior, como lo es un animal que no vive más que para los sentidos. Al mismo tiempo, el fondo del alma ha de abismarse en Dios y ocultarse en su templo [interior], lejos de toda criatura y de cuanto es raro, extraño o desemejante a esta esencia. Y hágase todo esto no tanto por medio de la imaginación y el pensamiento, sino de un modo esencial y actual, con todas las facultades y con todo deseo, por encima de los sentidos.

Después de esto, el hombre podrá contemplar la *Soledad* de Dios en su tranquila y silenciosa Unidad, en la cual ninguna palabra ha sido pronunciada y ninguna obra ha sido hecha en el Ser de modo esencial. Allí hay un absoluto Silencio; allí todo es Secreto; allí hay una inefable Soledad, un indescriptible Desierto. Allí no hay nada salvo Dios en su pureza. Allí jamás entra nada extraño, ninguna imagen o modo de criatura. De esta Soledad habla el Señor cuando dice por boca del profeta Oseas: “*La conduciré al Desierto y le hablaré al corazón*”⁶⁸. Esta Soledad es la tranquila, silenciosa y solitaria Divinidad. A ella llegan cuantos sean capaces de recibir, ahora y en la eternidad, la inspiración de Dios. A esta desierta, silenciosa y libre Divinidad, el hombre debe dirigir su fondo desahabitado y vacío de Dios y de todo bien, cubierto de cizaña y lleno de bestias feroces, que son sus sentidos y facultades.

Después, contemplará la divina *Tiniebla*, que por su excesivo brillo es oscura para todo intelecto humano y angélico, como una débil luz se oscurece frente a la irradiación del astro solar. Pues toda inteligencia creada, por naturaleza, se comporta frente a esta claridad como los ojos de la golondrina frente al sol radiante. Por eso, el hombre, como criatura que es, no puede evitar ser arrojado a su ignorancia y ceguera. Ahora, frente a esta Tiniebla divina, ponga el hombre sus tinieblas abisales, carentes de toda Luz verdadera, y que el abismo de sus tinieblas –el de la carencia de toda Luz– invoque al Abismo de la Tiniebla divina, solo conocida por Dios e ignorada por todas las criaturas.

⁶⁸ Os 2,16.

Este Abismo desconocido e innombrable es su *felicidad*.

El alma *ama* más esta Tiniebla y se siente más atraída por ella que por cualquier otra cosa que, en la eternidad bienaventurada, pueda conocer en la Esencia divina. [Amén]».

EL ABISMAMIENTO

Lo que Taulero nos va a narrar a continuación, lo ha conocido por propia experiencia y, muy probablemente, lo ha contrastado con la experiencia de otras personas de confianza, como ciertas dominicas y algunos miembros de su grupo de Amigos de Dios. Sólo así se explica el detalle con el que habla del abismamiento.

SERMÓN 44,4

«...las facultades [superiores e inferiores] no pueden llegar a este fondo [del alma], ni siquiera [acercarse] a mil millas. La extensión que se manifiesta en este fondo carece de imagen, forma y modo, y no tiene un “aquí” ni un “allí”. Es un abismo inmenso, suspendido en sí mismo, sin fondo, como las corrientes del mar. Estas se retiran hacia las profundidades, de forma que parece como si allí no hubiera habido agua, y poco después irrumpen con gran fuerza, como si quisieran tragárselo todo. Así tiende este fondo hacia el Abismo, donde Dios tiene su morada mucho más verdaderamente que en el cielo⁶⁹ o en las criaturas. Si un hombre pudiera llegar [por medio del recogimiento] a [ese Abismo], allí encontraría a Dios, se encontraría a sí mismo –simplemente– “en Dios”: pues Dios nunca se aleja de dicho fondo, y [, así, ese hombre] tendría a Dios presente. Aquí se experimenta y se gusta la eternidad, y no hay pasado ni futuro.

⁶⁹ Entendemos que Taulero hace aquí referencia al cielo físico, al firmamento, pues en las Sagradas Escrituras se afirma repetidas veces, sobre todo en el capítulo cuarto del libro del Apocalipsis, que Cristo tiene su morada en el Cielo sobrenatural, es decir, en el Reino de los Cielos. Este no ocupa ningún espacio físico, es decir, no está «aquí» ni «allí», sino que es una dimensión abismalmente diferente a la dimensión espacio-temporal en la que ahora nosotros vivimos.

Ninguna luz creada puede llegar a este fondo ni brillar en él, pues es exclusivamente el lugar y la morada de Dios. Todas las criaturas juntas no podrían medir ni sondear este Abismo, contentarlo o satisfacerlo; solo Dios puede [hacerlo] en toda su inmensidad. Y la inmensidad de Dios no la llena nada salvo el Abismo de la Divinidad, como está escrito: “*El Abismo llama al Abismo*”⁷⁰».

Para profundizar en el tema de la búsqueda: *Sermón 37*.

⁷⁰ Sal 42,8. Taulero hace unas interpretaciones diferentes de este pasaje en el sermón 41, n. 7 y en el sermón 51, n. 8.

3. EL DESASIMIENTO

Del libro del Eclesiastés:

«¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!

¿Qué saca el hombre de todos los afanes

con que se afana bajo el sol?»⁷¹.

Para lograr recogerse junto a Dios es necesario realizar un ejercicio espiritual que Eckhart define como *desasimiento*. Consiste en soltar, desprenderse o deshacerse de los objetos, pensamientos, imágenes y sentimientos que no dejan espacio a Dios en nuestro corazón. Se trata de *vaciarnos* para que Dios pueda llenarnos. Ello requiere una *indiferencia* de ánimo y una *renuncia* radical. En este paso Taulero le da mucha importancia al *abandono*, es decir, a ponernos totalmente en manos de Dios.

EL VACIAMIENTO

Según Taulero, el recogimiento tiene dos pasos muy importantes: el primero consiste en *entrar* dentro de uno mismo, cerrando las puertas de los sentidos que nos comunican con el mundo exterior; y el segundo radica en *salir* de uno mismo para dejar que Dios nazca en nosotros. Pues bien, para este segundo paso es necesario el vaciamiento.

Entrar en uno mismo

Dice santa Teresa:

«¡Esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios y cierra la puerta tras de sí a todo

⁷¹ Ecle 1,2-3.

lo del mundo! Y entended que esto no es cosa sobrenatural, sino que podemos nosotros hacerlo (con el favor de Dios se entiende todo cuanto en este libro dijere, pues sin Él no se puede nada, nada); porque éste no es silencio de las potencias, sino encieramiento de ellas en sí misma alma»⁷².

SERMÓN 1,3-4

«La potencia unida, como suele decirse, es más fuerte que la dispersa. Como un arquero que se dispone a arrojar su flecha a la diana cierra un ojo y abre el otro para apuntar mejor, así también el que quiere meditar más profundamente sobre alguna cosa, cierra antes todos sus sentidos y los dirige y eleva al centro o fondo del alma, de donde han brotado, como el ramaje de un árbol brota todo de su raíz. Y así, cuando todas las potencias sensitivas e inferiores, y todos los afectos, se unen a las potencias superiores en el fondo supremo del alma, se produce la entrada en sí mismo. ...

Salir de uno mismo

... Ahora queda salir y elevarnos sobre nosotros mismos hacia Dios. Aquí hemos de renunciar a toda voluntad, deseo y obra propios. No debe quedar en nosotros más que una desnuda y pura atención y búsqueda de Dios, sin desear absolutamente nada que nos sea propio, sea esto lo que fuere, y sin la aspiración de ser, devenir o ganar algo. Sea nuestra única motivación ser solo para Dios, ofrecerle un lugar: el más elevado, noble e íntimo, donde pueda llevar a cabo su obra y su nacimiento en nosotros sin encontrar obstáculo alguno de nuestra parte.

En efecto, para que dos cosas se hagan una, es preciso que una se comporte como *agente* y la otra como *paciente*. Para que mi ojo vea la imagen que hay sobre una pared, o alguna otra cosa, es necesario que esté desnudo y libre de toda imagen. Pues, si tiene impresa en sí la forma de cualquier otra imagen, no puede ver. De igual manera, para que mi oído pueda percibir un sonido, tiene que estar vacío y

⁷² *Camino de perfección*, El Escorial, 49,3

libre. En definitiva, todo lo que debe actuar como receptor ha de estar vacío. Al respecto escribe [san] Agustín: “Vacíate para llenarte⁷³; sal, para poder entrar”. Y en otro sitio: “¡Oh alma noble! ¡Oh noble criatura!, ¿por qué buscas fuera de ti a Aquel que está, en la forma más verdadera y simple, todo dentro de ti? Has sido hecho consorte de la naturaleza divina, ¿qué tienes que ver aún con las criaturas?”.

Cuando se prepara así un lugar en el fondo del alma, es imposible que Dios no lo llene por completo, pues Dios y la naturaleza nada dejan vacío. Es más, antes que dejar algo vacío, el cielo se rompería y lo inundaría. Mucho menos soporta Dios el vacío, porque esto repugna especialmente a su naturaleza y a su justicia.

Por tanto, el hombre se encuentra ante una alternativa: si calla, la Palabra de este nacimiento podrá ser pronunciada y oída en él; si habla, Dios tendrá que guardar silencio. A esta Palabra de ninguna manera se le sirve mejor que callando, esperando, escuchando. Si el hombre sale totalmente de sí, Dios entrará totalmente en él. En la medida en que el hombre sale, Dios entra: ni más ni menos».

La ayuda necesaria del Espíritu Santo

SERMÓN 25,1-2

«Hemos de considerar ahora qué debemos hacer para recibir a este venerabilísimo Espíritu Santo. Ciertamente, el mejor modo posible para recibirlo es la obra que Él mismo puede llevar a cabo [en el hombre]. Efectivamente, el propio Espíritu Santo es el que tiene que prepararse su lugar y recibirse en el hombre. Pero ¿en qué consiste esa obra suya por medio de la cual nos hace idóneos y nos prepara para recibirlo? Escuchad.

Dos son las obras del Espíritu Santo en el hombre: una es vaciar y la otra llenar todo lo que encuentra vacío.

Ese vacío es la primera y la principal preparación para recibirlo. Cuanto más vacío esté el hombre, más capacidad tendrá. Si deseas llenar un vaso con una sustancia distinta de la que ahora contiene,

⁷³ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalmos*, 30, sermón III, 11 [v.24], PL 36.

debes vaciarlo primero. Por ejemplo: si quieres llenarlo de vino, tienes que tirar primero el agua. Dos materias o cuerpos no pueden subsistir en un mismo lugar. El agua ha de retirarse para que el fuego pueda prender, pues estas dos sustancias son contrarias entre sí».

La colaboración de la persona en la obra del Espíritu Santo

SERMÓN 25,2-3

«Si alguien pregunta qué hay que hacer para ser partícipe de este Espíritu, le contesto claramente: tiene que dejar un lugar, un espacio libre, para que el Espíritu Santo realice en él su obra y le prepare para ella. Pero ¡qué pocos lo hacen, incluso entre quienes llevan hábito religioso y han sido llamados por Dios a esta tarea de manera especial! Creo que nadie puede poner esto en duda.

Casi todos [los hombres] son esclavos de sus deseos, y unas veces van detrás de esto, otras de aquello, con un amor desordenado, y multiplican los obstáculos apegándose a sus propias ideas, opiniones, planes, modos y reglas. Todos llevan una vida casi puramente exterior. No hay quien se abandone a la acción del Espíritu Santo. Todos buscan lo suyo y hacen su propia voluntad. Por desgracia, en este tiempo peligroso, estas cosas afectan a todos y son poquísimos los que se libran de ellas.

Lo que el hombre ha de hacer es dejar sitio al Espíritu Santo para que obre en él, y no obstaculizar su acción. Exteriormente, en sus palabras y en sus obras, debe ser tan santo y deiforme, tan ordenado, retirado y aquietado como conviene al Espíritu Santo. Entonces, en verdad, en este hombre abismado en su ser, el Espíritu Santo obrará maravillas, incluso sin que él se dé cuenta. Pues, como el alma da vida al cuerpo secretamente, sin que este lo sepa ni lo sienta, así el Espíritu Paráclito opera en el fondo del hombre de un modo oculto y secreto.

Si el hombre quisiera sentir esta actividad del Espíritu Santo, debería orientar sus facultades al fondo del alma, donde el Espíritu de Dios obra e inhabita. Pero, por desgracia, hay muchos que, al sentir en su interior esta acción de Dios, se apoderan de ella con amor desordenado, como si ellos tuviesen algún mérito o como si fuese suya. Así destruyen la obra de Dios, como ocurriría si un experto artista

construyera una hermosa obra y, mientras la tiene delante de sus manos, llegara un inepto e insensato, absolutamente ignorante de aquel arte, y la destruyera por completo, de tal manera que la dejara inútil para cualquier uso. Así actúan estos cuando se apropian de alguno de los dones o de las obras de Dios.

Esto suele ocurrir a causa del deleite y el gozo inefables que se experimentan con esta obra de Dios. Un deleite y un gozo muy superiores a todo el placer que ofrece el mundo y a todos los gozos de la vida presente».

LA RENUNCIA

Cuando santa Catalina de Siena estaba fundando el monasterio de Santa María de los Ángeles, le pidió a una de sus discípulas (la condesa Benedicta) que renunciase a todo para incorporarse lo antes posible a dicho monasterio:

«Así pues, hija, responde a Dios con corazón decidido, pues Él te llama. No creas a tu madre, ni a tu hermana, ni a tu hermano ni a nadie que te lo quisiera impedir. Tú sabes que en esto no tenemos que obedecerles. Así lo dice nuestro Salvador: *«Quien no renuncia al padre, a la madre, a la hermana, a los hermanos y aún a sí mismo, no es digno de Mí»*⁷⁴. Es preciso, pues, renunciar a todo lo mundano y a nosotras mismas, y seguir la bandera de la santísima Cruz.

Por eso te digo, hija mía, que si quieres ser una verdadera esposa de tu Creador, has de salir de la casa de tu padre⁷⁵ y has de disponerte a venir aquí, cuando tengas oportunidad. Pues ya se ha comenzado a construir el monasterio de Santa María de los Ángeles en Belcaro y se hace con rapidez. Si así lo hicieres, entrarás en la tierra de promisión^{76»}⁷⁷.

⁷⁴ Lc 14,26.

⁷⁵ cf. Gn 12,1.

⁷⁶ cf. 2Pe 3,13.

⁷⁷ Carta 112.

SERMÓN 1,6

«Comúnmente se dice: “Niño criado en casa, fuera de ella se comporta como un novillo”. Y este dicho es aquí muy cierto, pues cuantos aún no han salido de sí mismos y no se han elevado sobre su propia naturaleza –yendo más allá de lo puramente natural y de todo aquello que los sentidos pueden aportar por la vista, el oído, el gusto o el tacto– son como bueyes o novillos para captar las cosas de Dios.

¿Por qué ocurre esto? Porque su fondo interior es como una montaña de hierro en la que jamás penetra un solo rayo de luz. En cuanto se quedan sin sensibilidad, sin formas y sin imágenes, nada más saben, nada sienten, nada experimentan. Ellos están aún en casa, y por eso no sienten en absoluto este nacimiento, como Cristo mismo dijo: “*Quien no renuncia a padre y madre y a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*”⁷⁸; y también: “*Quien deje casa, hermanos, hermanas, padre, madre, esposa, hijos o campos por mi Nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna*”⁷⁹».

La renuncia a los placeres cotidianos

SERMÓN 3,2

«Alguien podría decir: ¿Cómo puede vivir un hombre sin satisfacción alguna? Pues siente hambre, y come; tiene sed, y bebe; tiene sueño, y duerme; siente frío, y se calienta. Tales cosas, sin duda, no son amargas, sino agradables a la naturaleza. Y no hay forma de cambiar esto en tanto la naturaleza sea naturaleza. Esto es así. Y aquí hay deleite. Pero el hombre ha de procurar que no penetre ni encuentre acogida en su interior. El deleite debe pasar con los actos [que lo generaron] y no quedarse. El hombre no debe apegarse a él, ni ha de buscarlo, ni ha de querer poseerlo, ni puede descansar en él con afecto y placer. Cualquier satisfacción procedente del mundo o las criaturas debe pasar de largo. Aquí la naturaleza debe ser dominada y vencida por la propia naturaleza.

⁷⁸ Lc 14,26.

⁷⁹ Mt 19,29.

Efectivamente, todo ese deleite y gozo que se siente en compañía de los amigos de Dios y de los hombres buenos, y todo aquello hacia lo que el hombre siente inclinación, ha de ser superado, vencido y eliminado hasta que el propio “Herodes” y toda su servidumbre, que buscan matar al Niño, estén verdadera y realmente muertos en él. Nadie se engañe a sí mismo, sino vigile atentamente el estado de su espíritu, no se dé a una excesiva libertad y no abandone el temor».

La renuncia a los dones de Dios

Si hace poco hemos citado la importancia que santa Teresa de Jesús daba a que nuestra alma cierre «la puerta tras de sí a todo lo del mundo»⁸⁰ para poder recogerse junto a Cristo en el corazón, ahora es preciso citar la *espiritualidad de las manos vacías* de santa Teresa de Lisieux (1873-1897), pues nos ayudará a entender lo que Taulero nos dirá a continuación. En efecto, la santa de Lisieux logró atribuir todas sus cualidades a Dios, teniendo plena conciencia de que ella no podía ofrecerle nada, pues todo lo había recibido de Él. De este modo, presentándose ante Dios sin *nada*, Él lo era *todo* en ella. Así se lo dice santa Teresa de Lisieux en sus *Últimas conversaciones* a la Madre Inés de Jesús:

«Aunque yo hubiese realizado todas las obras de san Pablo, seguiría creyéndome un siervo inútil⁸¹; y eso es precisamente lo que constituye mi alegría, pues, al no tener nada, lo recibiré todo de Dios»⁸².

SERMÓN 13,5

«Ciertamente, si Cristo ha de ser la noble heredad de sus amigos, estos deben imitarlo refiriendo a Dios todo lo que son, todo lo que tienen y todo lo que pueden. De todos los dones que han recibido de Él, no han de quedarse ni siquiera un cabello, ni en lo interior ni

⁸⁰ Cf. *Camino de perfección*, El Escorial, 49,3

⁸¹ Cf. Lc 17,10.

⁸² *Cuaderno amarillo*, junio, 23.6.

en lo exterior. Pues, ya sea que reciban los dones de Dios indirecta o directamente, han de procurar devolverlos a su verdadero Dueño, sin reservarse nada para sí, y buscar con amorosa fidelidad, no los dones, sino al Dador de ellos.

Pero ¿qué hacemos, cuando nuestros sentidos y nuestra naturaleza están tan apegados a sí mismos que solo buscan su propio interés en todo, lo cual oscurece no poco esta noble heredad? Pues bien, cuando nos apropiamos de algún don divino, eso que es divino lo hacemos, por así decir, “creatural” y, por tanto, lo oscurecemos».

Santa Catalina de Siena va más allá, reconociendo *no ser* nada ante Dios. Esto afirma en una oración:

«Yo soy la que no soy, y Tú el que eres»⁸³.

Y esto le dice Dios en *El Diálogo*:

«Por el conocimiento de ti misma te humillarás al ver que “de por ti” no eres, y conocerás que tu ser viene de Mí, que os he amado antes de que existieseis»⁸⁴.

Los pobres de espíritu

SERMÓN 10,4

«Nadie puede acoger esta Luz divina salvo los pobres de espíritu y quienes se hayan despojado y liberado de todo amor egoísta y de la voluntad propia. Hay muchos que han vivido hasta cuarenta años en la pobreza material y, sin embargo, ni siquiera han tocado o sentido levemente este noble fondo. Ellos lo han entendido bien en su intelecto, pero no lo han gustado en el mismo fondo, por lo cual les es desconocido y extraño».

⁸³ Oración 21 («Los dos vestidos»). Texto tomado de: CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, BAC, Madrid 2002, p. 503.

⁸⁴ C. 4., *ibid.*, p 60; cf. C. 134, *ibid.* p. 331. En ambas citas hemos puesto en mayúscula los pronombres personales referentes a Dios.

LA INDIFERENCIA

Es muy conocido el *Principio y Fundamento* con el que san Ignacio de Loyola (1491-1556) comienza la primera semana de sus *Ejercicios Espirituales*. En dicho texto habla de la *indiferencia ignaciana*:

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden.

Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados»⁸⁵.

SERMÓN 63,1-2

«En su cautividad, el Apóstol señalaba a sus amigos el camino del abandono, enseñándoles que no debían entristecerse por nada. Pues algunos hombres se afligen más por las desgracias de sus amigos que por las propias, y creen que esto les excusa. Pero se equivocan, puesto que todo debe dejarse en manos de Dios. Por eso, el Apóstol quería que en toda circunstancia se mantuvieran plenamente abandonados. En efecto, el verdadero abandono nos hace capaces de recibir todos los dones, virtudes, nacimientos, carismas y bienes que Dios jamás haya concedido o vaya a conceder.

⁸⁵ EE 23.

San Pablo quería que ellos estuvieran libres de toda tristeza y abatimiento. ¿Por qué? Porque la tristeza es un gran obstáculo para el hombre: sofoca la vida, oscurece la luz y apaga el fuego del amor a Dios. Por este motivo, en otro lugar hace la siguiente exhortación: *“Alegraos en el Señor siempre; insisto: alegraos”*⁸⁶.

Después, dice: *“Doblo mis rodillas”*. Se refiere a las rodillas interiores, no a las exteriores. La interioridad del hombre es incomparablemente más ancha, elevada y profunda que la exterioridad. Las piernas son nuestro sostén exterior. Pero el hombre debe inclinar y humillar todo su poder y todo su ser bajo la mano poderosa y la fuerza de Dios, y reconocer profundamente la nada de su naturaleza y la nada de su pecado. Somos nada por naturaleza, y nuestra inclinación al pecado nos reduce, asimismo, a la nada. Con nuestra doble nada debemos echarnos humildemente a los pies del Señor.

Pero, al mismo tiempo, esa genuflexión nos enseña a practicar la verdadera obediencia y el *abandono* total en Dios; [la pasividad y⁸⁷] la *desnudez interior*; y la virtud [del *desapego*] que hace posible que no nos atribuyamos los dones de Dios. Estas tres virtudes son como hermanas vestidas con el hábito de la humildad.

En consecuencia, el hombre debe mantenerse en un equilibrio perfecto, en la indiferencia de ánimo, ante cualquier acontecimiento, sea adverso o favorable, tanto en la pobreza como en la abundancia, en la tormenta como en la bonanza, y pensar que todo procede no de las criaturas, sino de la mano de Dios».

Desechar las preocupaciones

SERMÓN 74,2

«Veamos ahora qué dice el Evangelio:

“‘He aquí, tengo preparado mi banquete; he matado mis terneros y animales engordados, y todo está dispuesto; venid a las bodas’. Mas

⁸⁶ Fil 4,4.

⁸⁷ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a sus tierras y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los maltrataron y los mataron"⁸⁸.

Finalmente, concluye: "*Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*"⁸⁹.

Actualmente, hay también una masa enorme de personas de esta clase, que llenan el mundo entero con estos afanes, y no solo entre los seglares, sino también entre religiosos y eclesiásticos. ¡Con cuántos quehaceres y ocupaciones se distrae constantemente el mundo, para acabar ahogado por ellos! Si se piensa bien, la cabeza da vueltas. Tanta es la diversidad y multiplicidad de todas las cosas: vestidos, manjares, edificios, de los cuales podría bastar la décima parte. Sin embargo, el tiempo calamitoso e inestable que nos ha tocado vivir⁹⁰ debería ser solo un paso hacia la vida eterna, y el uso de los bienes temporales, debería ser tan sobrio que bastara para conservar la vida. Sería mejor morir de hambre en mitad del camino que soportar todas estas preocupaciones.

Hijos míos, tened cuidado de vuestra salvación. Dios os ha llamado de este mundo engañoso y corrompido para que le sirváis a Él solo. Él nos exige que apartemos celosamente nuestro espíritu de cualquier vana ocupación, de toda multiplicidad y de cuanto no nos sea realmente necesario, y nos recojamos en nuestro ser íntimo para reflexionar y meditar en él nuestra vocación, es decir, cómo y para qué hemos sido llamados por Dios».

⁸⁸ Mt 22,4-6.

⁸⁹ Mt 22,14.

⁹⁰ Muy probablemente, Taulero hace referencia a los efectos negativos de la peste negra, que produjo la muerte de un tercio de la población de Europa en los años 1347 a 1351 (unos años antes de que predicase estos 84 sermones). Tras ello, debido a la alta mortandad provocada por aquella pandemia, las comunidades religiosas bajaron el nivel de exigencia para el ingreso de postulantes en los conventos, para evitar que estos colapsaran por falta de religiosos. Esto provocó una grave decadencia en la vida religiosa. Por ello, antes de que acabara aquel siglo, en la vida religiosa surgió el *movimiento de observancia*, el cual buscaba retornar a la antigua y genuina observancia regular. Los primeros en comenzar la reforma fueron, precisamente, un grupo de dominicos alemanes, reformando en 1389 el convento de Colmar, en Alsacia, por mandato del Maestro de la Orden, el beato Raimundo de Capua (ca. 1330-1399). Así comenzaba la reforma de la Orden de Predicadores, que fue la primera en acometer el retorno a la observancia.

EL ABANDONO

El ejemplo de Cristo

SERMÓN 62,6

«Poned ante vuestros ojos el amoroso ejemplo de nuestro Señor Jesucristo y contemplad la obra de su Amor, que le llevó a sufrir más que todos los santos, incluso más de lo que han sufrido todos los hombres en este mundo. Vivió sobre la tierra privado de todo consuelo, como jamás ningún hombre lo ha estado, y murió de la muerte más cruel que nadie haya experimentado jamás. Sin embargo, sus facultades superiores [o incorpóreas⁹¹] gozaban entonces de la misma beatitud que poseen ahora.

En verdad, todos los que imitan al Señor por este camino, renunciando a todo consuelo exterior, en una verdadera pobreza y desolación interior, sin buscar ningún apoyo de fuera, conservándose inmunes y desnudos de todo apego a las realidades temporales, estos llegan, por el camino más puro y elevado, [a la perfección espiritual,] donde se descubre y se encuentra el Reino de Dios. Pues su justicia ha decretado que el Reino sea hallado siguiendo las mismísimas huellas del Salvador, es decir, en un verdadero y confiado abandono, en la desolación interior y exterior, en la pobreza y la indigencia espiritual.

Para que todos busquemos el Reino de Dios y podamos encontrarlo verdaderamente, es necesario que renunciemos a nosotros mismos y nos sacudamos de encima todo cuidado y toda preocupación extraña [a Dios]. Pues el Señor dijo: *“El que pierda su vida [por Mí], la salvará”*⁹². Estas palabras se cumplen en el desprendimiento de todo apego y en la verdadera renuncia interior y exterior».

El abandono de Cristo en la Cruz

Recordemos estas palabras de Cristo en la Cruz:

⁹¹ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 11.

⁹² Mt 10,39.

«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»⁹³.

Taulero las interpreta de dos modos. Por una parte, nos dice que el *Padre abandona totalmente a su Hijo* para después resucitarle y elevarle a su derecha. Pero, por otra parte, considera que el *Hijo se abandona totalmente en manos del Padre*, lo cual expresa en la Oración del Huerto y cuando está a punto de morir en la Cruz:

«Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: “Padre, si quieres, aparta de Mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”»⁹⁴.

«Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró»⁹⁵.

Vamos a ver ahora esta segunda interpretación:

SERMÓN 63,8

«Más adelante, el Apóstol añade: “*Para conocer también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo*”⁹⁶. ¿Cuál es esta ciencia de Cristo sino la que burla la astucia del diablo y lo vence al afrontar una muerte cruel y deshonrosa, como ningún hombre ha experimentado jamás, y liberarnos y redimirnos por ella?

Cristo, cuando [en el momento de su muerte] era el más abandonado de todos los hombres, fue el más grato al Padre, sobre todo al gritar: “*¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*”⁹⁷. En verdad, su abandono fue mayor y más doloroso que el que ningún santo haya sufrido jamás. Esta renuncia ya empezó a experimentarla con el sudor

⁹³ Sal 22,2; Mt 27,46.

⁹⁴ Lc 22,41-42.

⁹⁵ Lc 23,46.

⁹⁶ Ef 3,19.

⁹⁷ Mt 27,46.

de sangre en el Monte de los Olivos⁹⁸. Sin embargo, en aquel instante gozaba, según sus facultades superiores, de su Divinidad, como la goza ahora, [Divinidad] que es Él mismo.

Esta es, hijos míos, la ciencia de Cristo, que es superior a todas las ciencias: que el hombre permanezca exterior e interiormente abandonado y privado de todo consuelo y apoyo, y persevere constante en ese estado, como nuestro Señor, que estuvo desprovisto de toda ayuda y consuelo.

Quien se mantiene en ese estado de renuncia, desposeído verdaderamente de todo consuelo, complace más al Padre celestial y le es especialmente grato. En este hombre, Dios todopoderoso reina y gobierna, y en el fondo de tal hombre interior nace una Paz esencial. Esta Paz concedida por Dios no la pueden arrebatarse ni perturbar ni los ángeles, ni los hombres, ni los demonios».

La propia nada

A continuación Taulero nos hablará de la *humildad perfecta*. Se trata de reconocer que no tenemos nada *propio* en lo que apoyarnos. Eso es *lo único necesario* para abandonarnos en Dios, tomando conciencia de que sólo podemos apoyarnos en Él.

SERMÓN 51,2

«Entre los maestros se discute la cuestión de si el conocimiento es más noble que el amor o, por el contrario, el amor es superior al conocimiento. No es nuestra intención discutir aquí sus opiniones. Cuando lleguemos al Cielo, lo comprenderemos claramente.

Entretanto, oigamos al Señor, que dice: “*Una sola cosa es necesaria*”⁹⁹. ¿Cuál es esa *única cosa tan necesaria*? Esta: que reconozcas tu propia nada, y [, en consecuencia, que medites] qué eres tú por ti mismo. Tu negativa a conocer esta *única cosa [necesaria]* suscitó en el

⁹⁸ Cf. Lc 22,44.

⁹⁹ Lc 10,42.

Señor un pavor y una angustia tan grandes que le hizo sudar sangre¹⁰⁰. Por ello, en la Cruz, gritó: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”¹⁰¹, indicando con esto que esa *única cosa tan necesaria* [que debe ser reconocida, esto es, nuestra propia nada] debía ser completamente abandonada por todos los hombres [tal y como la nada de Cristo –es decir, su pura y perfecta humildad– quedó clavada y abandonada en la Cruz, para la salvación de todos los hombres].

Amadísimos hijos, os ruego que dejéis a un lado todo lo que yo mismo o cualesquiera otros maestros os hemos enseñado, que abandonéis toda vida activa y toda contemplación para aprender solo esta *única cosa necesaria*. Lanzaos con todas vuestras fuerzas tras ella, y vuestro esfuerzo no será en vano. Pues el Señor dijo: “*María ha elegido la mejor parte*”¹⁰², es decir, la mejor de todas. En realidad, quien haya alcanzado esta *única cosa [necesaria]* lo ha alcanzado todo, no solo una parte».

La nada atrae a la Nada

Taulero sigue este razonamiento: cuanto más humilde es nuestro corazón, más amor tiene y eso hace que dé más frutos.

SERMÓN 51,7-8

«Si te crees en posesión de algún grado de humildad, estás completamente equivocado. Por eso dijo el Señor: “*Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*”¹⁰³. Por tanto, hagamos lo que hagamos, no debemos darnos importancia alguna. El Señor dijo de nuevo: “*Dejad que los niños se acerquen a Mí, pues de los que son como ellos es el Reino de los Cielos*”¹⁰⁴.

Así, la tierra es el más pequeño de todos los elementos y, por su inferioridad, ha huido lo más lejos posible del cielo. Y en razón de

¹⁰⁰ Cf. Lc 22,44.

¹⁰¹ Mt 27,46.

¹⁰² Lc 10,42.

¹⁰³ Mt 18,3.

¹⁰⁴ Mt 19,14.

esto, el cielo inmenso la persigue con más ahínco, y el sol, la luna y todas las estrellas obran en ella frutos abundantes y mucho más nobles que en los demás elementos que están por encima de ella. [Pensemos en esto:] cuanto más profundo es el valle, mayor cantidad de agua recoge; y cuanta más agua recogen, mucho más fecundos son los valles que los montes.

Los que están dotados de este verdadero desprecio de su “yo”, se sumergen en el Abismo de la Divinidad, donde se pierden por completo a sí mismos.

*“El abismo llama al Abismo”*¹⁰⁵. El abismo creado, en virtud de su profundidad y del conocimiento de su propia nada, atrae hacia sí al Abismo increado. Entonces, un Abismo mana hacia el otro abismo, haciéndose ambos uno solo, y una Nada fluye hacia la otra nada. Dionisio [Areopagita] habla de ello [es decir, de la Nada divina] diciendo: “Dios no es nada de aquello que puede ser nombrado, aferrado o comprendido”.

En este Abismo, el espíritu del hombre se abandona a tal extremo que, si Dios quisiera reducirlo de nuevo a la nada y si él mismo pudiera “aniquilarse”, lo haría de muy buen grado por amor a aquella Nada en la que está completamente absorto y fundido. Pues nada sabe, nada ama y nada conoce salvo este Uno.

Hijos míos, los ojos que contemplan esto pueden ser llamados “bienaventurados” con toda razón. A ellos se refería seguramente el Señor cuando dijo: *“Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis”*».

El abandono activo

Taulero distingue entre el esfuerzo que nosotros hacemos para ponernos en manos de Dios, que es el *abandono activo*, y lo que Dios hace en nosotros para que nos dejemos abandonar en Él, que es el *abandono pasivo*.

¹⁰⁵ Sal 42,8. Taulero hace unas interpretaciones diferentes de este pasaje en el sermón 41, n. 7 y en el sermón 44, n. 4.

SERMÓN 9,7

«Todo el que desea ser grande ante el Señor, como Cristo enseña en el Evangelio, debe ponerse en el último lugar y entonces merecerá oír estas palabras: *“Amigo, sube más arriba”*¹⁰⁶. Quienes se elevan a sí mismos, serán humillados por Dios, esto es seguro¹⁰⁷. Nada hay mejor que pedir al Señor, con espíritu de abandono, el lugar que Él nos tiene destinado eternamente. Pues no hay duda: cuando por amor a Dios nos negamos profundamente a nosotros mismos en cualquier circunstancia, tanto en la pobreza como en la abundancia, entonces entramos en Dios. Todo el que consiga en esta vida aunque sea una sola chispa de ese abandono, podrá prepararse por medio de ella más perfecta y verdaderamente para la acción de Dios e introducirse más profundamente en el fondo [del alma] que Dios inhabita, que si por amor a Dios se quitara las ropas y las diera a los pobres, o incluso comiera piedras y espinas, si la naturaleza pudiera soportarlo. Haber vivido en este abandono un breve lapso de tiempo aprovecha más que pasar cuarenta años autocomplaciéndose en las propias ideas y prácticas.

Finalmente, este camino es el más noble, breve, fácil y útil que pueda ser concebido por la inteligencia del hombre. Por desgracia, muchos infelices, que merecen ser llorados con ríos de lágrimas, incluso religiosos, lo desprecian y prefieren seguir una vida superficial y vana, perdiendo el tiempo precioso de la gracia y despreciando el Bien excelente que podría –y debería– nacer en ellos sin cesar a cada instante. Así pasan muchos años, casi privados de toda gracia, como en un sueño, sin obtener provecho alguno en la virtud. Y después de muchos años, casi al final de la vida, tienen tanto de verdadera perfección como tenían cuando empezaron. Esto, que merece ser llorado más de lo que puede expresarse, horroriza oírlo y verlo en todos los hombres que viven así. Si conocieran el daño irreparable que se hacen a sí mismos por aferrarse a su voluntad propia, se consumirían y arderían hasta las médulas de sus huesos».

¹⁰⁶ Lc 14,10.

¹⁰⁷ Cf. Lc 14,11.

El abandono pasivo

SERMÓN 14,1

«Pero ¿qué es lo que ha de hacerse para morir totalmente a sí mismo? Has de saber que, aunque sufras mil muertes y seas de nuevo restituido a la vida; aunque soportes cada día la tortura de la rueda y te alimentes de piedras y espinas, sin embargo, no conseguirás una perfecta dominación [de las pasiones] por tus solas fuerzas. Pero si la deseas, si la deseas de buen grado, sumérgete en el profundo Abismo de la misericordia divina, con una voluntad humilde y abandonada a Dios y a las criaturas, creyendo que solo Dios puede concedértela por su inmensa bondad, piedad y amor generoso».

Para profundizar en el tema del desasimiento: *Sermón 83*.

4. LA CRISIS ESPIRITUAL

Del libro de Job:

«Dios me abandona a gente injusta,
me arroja a las garras de malvados.
Vivía yo tranquilo y me zarandeó,
me agarró por la nuca y me hizo trizas.
Hizo de mí su diana,
sus arqueros me pusieron cerco;
me atravesó los riñones sin piedad,
esparció por tierra mi hiel»¹⁰⁸.

El desasimimiento nos provoca un gran cambio interior. Cuando nosotros nos vaciamos entramos en crisis. En este caso sería una *crisis activa*, porque la provocamos nosotros. Pero con esa crisis no basta. Es necesario experimentar una crisis espiritual mucho más profunda que solo Dios puede provocar. Esta es la *crisis pasiva* y de ella trata el libro de Job.

Aquí se hace necesario citar al autor que mejor y más bellamente ha hablado de este tema: san Juan de la Cruz. El camino expuesto por este autor da comienzo con la fase inicial del principiante, el cual, tras un tiempo de tranquila maduración, padece la *noche activa del sentido*¹⁰⁹ (provocada por el propio creyente a nivel sensible), después sufre la *noche pasiva del sentido*¹¹⁰ (provocada por Dios para que el creyente rechace todos los gustos sensitivos con el fin de que el corazón disfrute solo de estar con

¹⁰⁸ Job 16,11-13.

¹⁰⁹ Cf. *Subida al Monte Carmelo*, libro primero; *Cántico espiritual*, 2-4.

¹¹⁰ Cf. *Noche oscura*, libro primero; *Cántico espiritual*, 5-8.

Él) y así llega al grado de avanzado, en el que experimenta un apacible tiempo de consolación al que, seguidamente, sobreviene la *noche activa del espíritu*¹¹¹ (en la que el creyente, guiándose por las virtudes teologales, somete a crisis su memoria, entendimiento y voluntad) y de ahí pasa a la peor de las crisis: la *noche pasiva del espíritu*¹¹² (de la que hablaremos a continuación) de tal forma que, si persevera en su confianza en Dios, alcanza la perfección espiritual, es decir, la unión perfecta con Dios.

Si relativizamos la fase intermedia de la consolación, el camino que muestra san Juan de la Cruz tendría tres fases fundamentales: inicio, crisis y perfección¹¹³. Esto es lo que encontramos en Taulero, pues, aunque en ciertas ocasiones éste parece referirse a la «noche del sentido» y en otras a la «noche del espíritu», lo cierto es que en los sermones que se conservan de él no las distingue expresamente.

A continuación Taulero nos habla de la crisis espiritual que sufren los que desean abandonarse en Dios. Éstos necesitan sentir su –aparente– inutilidad para tomar conciencia de que Dios lo es todo en ellos.

SERMÓN 42,3.5

«Leemos en otra parte que los discípulos reparaban sus redes. Esto es lo que debe hacer el hombre cuando ve que su red se ha roto por una excesiva inclinación al mundo exterior: reparar su red por medio de una íntegra y radical vuelta a Dios, como hacen quienes, queriendo enderezar una madera torcida, la curvan en sentido contrario y de este modo hacen recto lo que estaba torcido. Al mismo tiempo, con verdadero conocimiento y profunda humildad, hacen como san Pedro: se quejan al Señor diciendo: “Maestro, he trabajado

¹¹¹ Cf. *Subida al Monte Carmelo*, libros segundo y tercero; *Cántico espiritual*, 12.

¹¹² Cf. *Noche oscura*, libro segundo.

¹¹³ Cf. Federico RUIZ, *Introducción a San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1968, pp. 492-493; Daniel de PABLO MAROTO, *Historia de la espiritualidad cristiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990, p. 231.

toda la noche y nada he capturado"¹¹⁴. [Así es,] toda obra que el hombre hace sin Dios es [como la] "noche" y [, por ello,] no llega a buen puerto. [En efecto,] a veces, suele caer sobre los que están en el camino de Dios una especie de desgana, una somnolencia que vuelve a la naturaleza incapaz para [hacer] el bien. Esto es la "noche". En este caso, el hombre exterior debe actuar con sus manos y pies buscando regresar a [la Luz que habita en] su fondo interior.

Entonces, Simón Pedro dice a Cristo: "[Confiado] en tu Palabra echaré la red"¹¹⁵. Así, todos los pensamientos del hombre, sus palabras y sus obras, deben ser hechos [confiando] en la Palabra de Dios: ya sea que coma, beba, duerma o esté despierto, haga lo que haga, procure hacerlo todo [confiando] en la Palabra de Dios, con obediencia simple, buscando únicamente la gloria de Dios. [...]

A menudo, en la fatiga de la "noche", este hombre cae en la renuncia, en la pobreza, en la privación, en fuertes y densas tinieblas, en la desolación [interior]. En ese momento, ya no tiene apoyos, ni luz; no siente ni gusta de ardor ninguno. En la oscuridad, en la pobreza y en la desolación es capaz de abandonarse tan perfectamente que, si Dios quisiera que experimentara esto eternamente, estaría dispuesto a hacerlo. Por amor a Dios y a su beneplácito, desea soportar voluntariamente esta aridez y esta pobreza, eternamente, sin esperar nada a cambio. [Ciertamente, los hombres que han llegado a este nivel de abandono] son verdaderamente pobres, aunque sean dueños del mundo entero».

LA CRISIS ACTIVA

La crisis provocada por la negligencia del orante

SERMÓN 13,2

«El Evangelio especifica que era invierno cuando se celebró esta fiesta. ¿Cuándo es este invierno? Cuando el frío, la aridez y la dureza se apoderan del corazón, de tal manera que ni la gracia ni Dios ni las

¹¹⁴ Lc 5,5.

¹¹⁵ Lc 5,5.

cosas divinas tienen sitio en él, pues está completamente ocupado por la nieve y la escarcha, es decir, por las criaturas caducas, estériles y corrompidas que toman posesión del corazón por medio del amor y el deleite. Ellas extinguen por completo el fuego de Amor del Espíritu Santo, sofocando toda gracia y produciendo un frío extraño, falto del amoroso consuelo del trato íntimo con Dios».

La crisis provocada por el propio orante que busca la unión con Dios

En el *Sermón 3* Taulero habla de tres «mirras» o penitencias que todo orante ha de sufrir para progresar en su camino espiritual hacia la unión con Dios. La primera es la renuncia a todo placer que procede del mundo; la segunda son las aflicciones que Dios nos envía en la vida cotidiana (de ambas «mirras» hablaremos más abajo); y la tercera es la crisis espiritual generada por el propio orante. A esta última se refiere aquí Taulero.

SERMÓN 3,5-6

«Existe, en fin, una tercera mirra, amarga en exceso, que también Dios concede: angustia y oscuridad interior. Cuantos quieren experimentar esta mirra y abandonarse a ella, consumen su carne, su sangre y hasta su propia naturaleza. Esta obra interior les cambia el color [del rostro] mucho más que las grandes prácticas exteriores. Pues Dios viene por medio de horribles tentaciones y de un modo tan extraordinario y singular que nadie lo conoce, salvo quien lo experimenta. Hay algunos que se encuentran oprimidos por aflicciones, angustias y mirras tan extraordinarias y singulares, que no son capaces de salir airosos de ellas. Pero Dios sabe por qué las permite.

La lengua, en cambio, es incapaz de explicar cuánto daño hace [al hombre] no aceptar esta mirra. Es verdaderamente lamentable cómo la inteligencia humana se siente incapaz de entender con qué incomprensible amor Dios la concede al hombre. Esta mirra había de ser para nosotros de enorme utilidad, pero, como dormidos, la dejamos pasar sin prestarle atención y no sacamos provecho alguno de ella. Entonces muchos se quejan diciendo: “Maestro, me estoy consu-

miendo interiormente en la aridez y la oscuridad”. Y yo les respondo: “Hijo mío, persevera pacientemente en ese estado y te encontrarás mejor que si gustaras la dulzura de la devoción sensible”.

Esta mirra llega por dos medios: los sentidos y el intelecto. Los sentidos experimentan la mirra exterior del modo siguiente. Algunos pretenden saber demasiado y según su sabiduría aseguran que esta mirra procede de alguna circunstancia externa, así que la atribuyen a la fortuna o a la casualidad, estando convencidos de que, si hiciesen esto o lo otro, evitarían la presente tribulación y no caerían en ella, ocurriendo todo según su parecer. Quieren saber más que Dios, darle lecciones y decirle lo que tiene que hacer. Como no saben recibir esta mirra de la mano de Dios, sufren mucho y les sabe demasiado amarga.

Otros rechazan la mirra interior con la sutileza de su inteligencia y se sacuden de encima esta angustia con argumentos intelectuales. Por eso, no es infrecuente que los simples e iletrados progresen mucho más rápidamente y mejor que quienes se ocupan en esas disquisiciones, pues los simples siguen a Dios simplemente y no saben otra cosa sino esperar confiadamente en su Dios. Pero si las personas dotadas de gran inteligencia no fuesen reacias a seguir a Dios en el perfecto abandono, llegarían mucho más noblemente y con mayor gozo a su más íntimo fondo, pues su intelecto les ayudaría de una manera más noble, excelente y libre. Ay, si se abandonaran a Él solo, cualquier gota de sangre [derramada por amor a Dios], incluso la más pequeña, les sería aquí de gran utilidad».

La lucha contra nuestras pasiones

SERMÓN 31,6

«En aquellos que se encuentran en este estado de profunda y dura dominación de las pasiones, suele nacer cierta opresión insoportable, de manera que el mundo entero les parece demasiado estrecho. Como consecuencia de ello, la naturaleza [humana] se siente agobiada bajo un enorme peso, y el hombre es incapaz de saber qué le pasa. Pero yo lo diré.

El despojamiento engendra esa opresión en el hombre porque a su naturaleza le desagrada morir. En esta muerte espiritual se prueba la verdad de aquella afirmación del Apóstol: *“Anunciáis su muerte, hasta que venga”*¹¹⁶. *“Anunciáis”*, dijo, no con palabras o pensamientos, sino renunciando a vosotros mismos por el poder de su muerte, muriendo a vosotros mismos».

La aflicción por nuestros pecados

SERMÓN 9,3-4

«De esta agitación o caza suele nacer en el hombre una gran angustia y una fuerte aflicción. Cuando el hombre se ve inmerso, sin consuelo alguno, en tal angustia, y experimenta esa aflicción dentro de sí, entonces, sin duda, Cristo entra en él. Pero si uno no sigue esta moción e impulso del Espíritu Santo ni siente esta aflicción en su interior, es seguro que Cristo no entrará de ningún modo en la morada de su espíritu. Pues cuantos no experimentan esta agitación y esta gran aflicción, ni se esfuerzan por vivirlas por medio de la propia dominación, jamás llegan a ser hombres probados y nada aprovechan en la virtud mientras permanecen tal como son. Además, como apenas llegan a profundizar en su interior, no alcanzan un conocimiento pleno de sí mismos y no tienen ni idea de lo que yace oculto en su alma.

En el hombre se originan muchas tentaciones, tanto en el espíritu como en la naturaleza. Pero contra ellas no hay remedio más eficaz que hacerles cara y, al mismo tiempo, aceptarlas con agradecimiento y de rodillas, pues es seguro que Dios ha entrado junto con ellas en el alma, como dice el salmo: *“Estoy con él en la tribulación”*¹¹⁷. El mundo invade al hombre con la fuerza de sus tentaciones y el diablo lo ataca con su astucia; asimismo, la carne, los sentidos y las potencias inferiores [o corpóreas¹¹⁸], con su gran debilidad, abaten al hombre y lo inclinan a las realidades exteriores.

¹¹⁶ 1Cor 11,26.

¹¹⁷ Sal 91,15.

¹¹⁸ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 11.

Por el contrario, en el hombre interior, Dios mismo y la propia inclinación natural lo empujan hacia Él. Así se comprende fácilmente cuánta perturbación y cuán amargo dolor invaden a quien tales cosas suceden.

Y si alguien pregunta qué debe hacer un hombre desolado y afligido al hallarse en semejante tribulación y sin posibilidad de huir de ella, le respondo que debe hacer lo que, según el Evangelio, hizo la mujer cananea. ¿Qué es lo que hizo? Se acercó al Señor y gritaba detrás de él diciendo: *“Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David”*¹¹⁹. Del mismo modo, ese hombre afligido, echado a los pies del Salvador, gritará con gran voz –esto es, con gran deseo–: *“Ten piedad de mí, Hijo de David”*.

Así pues, cuando uno está agitado por la tentación, abrumado por la tribulación y cansado de tanta lucha, un grito inmenso surge en el espíritu: es el grito del espíritu que penetra los Cielos con gemidos sedientos e inefables que trascienden todo modo y naturaleza, pues son emitidos en el hombre por el Espíritu Santo, como dice el Apóstol: *“El Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos inefables”*¹²⁰.

Aquí, el fondo del alma se prepara de forma mucho más excelente que cualquier otra preparación que el hombre hubiera podido realizar por sus solas fuerzas. Si uno se encontrara en tan indecibles tribulaciones, agitado interior y exteriormente, ha de invocar al Señor con gemidos inefables y con un deseo tan grande que su clamor penetre hasta los mismos Cielos. Y si el Señor se hace el sordo o se niega a oír este grito, entonces la persona necesita abandonarse, aún más, a la voluntad del Señor para que su deseo de Dios se acreciente y, de este modo, cada vez más, pueda ofrecerle su fondo y permitir que sea Él quien lo prepare. [Pues bien,] si [la persona] hiciera eso, ¿sería posible que la fuente de la perfecta misericordia se secara y que Dios aplazara su consuelo?».

¹¹⁹ Mt 15,22.

¹²⁰ Rom 8,26.

LA CRISIS PASIVA

Dios «abandona» a quien le es fiel

Volvamos a esta dolorosa queja de Jesús en la Cruz:

«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»¹²¹.

Anteriormente Taulero nos decía que Jesús, en la Cruz, *se abandonó totalmente en manos del Padre*, no teniendo ningún otro apoyo. Ahora Taulero subraya que, a su vez, *el propio Padre abandonó a su Hijo*, privándole de todo consuelo divino, con el fin de que experimentara un absoluto abandono. Y, así, Jesús murió por todos nosotros en la Cruz. Pero al tercer día el Padre le resucitó.

Apoyándose en el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor, Taulero nos dice que Dios, antes de ayudar al orante a dar un gran paso en su vida espiritual o, más aún, antes de concederle alcanzar la *perfección espiritual*, desaparece –aparentemente– de su vida dejándole abandonado a su suerte. Un buen ejemplo es Job, al cual Dios dejó que Satanás le arrebatara todo y, por último, Él mismo desapareció de su vida, haciendo que casi se volviera loco, pues no entendía por qué Dios le hacía eso. Por eso exclamó, angustiado:

«¿Cuántos son mis errores y mis culpas? ¡Demuéstrame mis delitos y errores! ¿Por qué me ocultas tu rostro y me tratas como a tu enemigo?»¹²².

San Juan de la Cruz supo plasmar lo que se experimenta durante la crisis pasiva en bellísimos poemas. Disfrutemos de un pequeño fragmento del *Cántico espiritual*. Dice la esposa:

«¿Adónde te escondiste,

¹²¹ Sal 22,2; Mt 27,46.

¹²² Job 13,23-24.

Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decilde que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras»¹²³.

SERMÓN 13,2

«Hay aún otro invierno. Se produce cuando un hombre auténticamente espiritual y piadoso, que busca a Dios con amor y diligencia, y resiste al pecado con todas sus fuerzas, es abandonado por Dios en cuanto a su devoción sensible y queda a merced de una gran aridez, oscuridad y frío, de manera que ya nada siente de la dulzura y el consuelo divino. Este fue el invierno que el Señor experimentó cuando en su amarga pasión fue abandonado por el Padre celestial y por su propia Divinidad, a la que estaba unido por naturaleza. Por eso, en todas sus angustias, dolores e inefables tormentos, no se le ofreció ni la más mínima gota de consuelo divino para aliviar su hu-

¹²³ *Cántico espiritual A*, «Canciones entre el alma y el Esposo», 1-3.

manidad débil y severamente castigada¹²⁴. Fue, sin lugar a dudas, el más afligido y el más desolado de todos los hombres, privado de cualquier tipo de ayuda.

[Pues bien,] por consideración de estas cosas, todos sus amigos predilectos deberán exultar, para gozo pleno de su voluntad, cuando sientan que pueden acompañar a su Pastor, cuyas ovejas desean ser, en tal estado de abandono interior y exterior. Y, en verdad, felices y más que felices serán si pudieren seguir a su Pastor, su Señor y su Dios, sufriendo el invierno de tal abandono, privados del consuelo de las criaturas y del mismo Dios. Y no hay duda de que, en este invierno, la presencia de Dios en ellos será mucho más verdadera y útil que en todos los veranos de gozosa satisfacción. La inteligencia humana no puede entender cuántos bienes encierra este duro y verdadero abandono. Por ejemplo, cuando un hombre, envuelto en las tinieblas y atrapado por la dureza del frío invernal, conserva la paciencia y la ecuanimidad.

SERMÓN 8,10

Taulero nos va a decir aquí algo muy interesante: a algunos perfectos Dios les oculta su perfección para que no caigan en la autocomplacencia y no dejen de esforzarse en estar junto a Él.

«A menudo, el Señor permite que algunos, a pesar de haber sido completamente sanados, yazcan como si estuvieran enfermos. Ellos ignoran que han sido curados y se pasan la vida creyendo estar enfermos. Están convencidos de su debilidad y abatimiento. El Creador, en su bondad y sabiduría, permite esto por el bien de su alma, pues sabe que su auténtica enfermedad es esta: si descubriesen que están plenamente curados, se contemplarían a sí mismos con vana autocomplacencia. Por eso, movido por la gran fidelidad y el amor que siempre les tiene, Dios permite que, mientras viven, permanezcan en tal ignorancia, temor, angustias y humildad, porque ellos, en ese estado, han ascendido a tal grado de virtud que ni por el mundo entero querrían ofender a Dios y preferirían la muerte antes que pecar conscientemente contra Él.

¹²⁴ Cf. Mt 27,46.

¿Qué obtienen, entonces, a cambio de este humilde abandono de sí mismos en tal [estado de] ignorancia? Cuando llega aquel día tan deseado en que el Señor tiene establecido sacarlos de esta miseria y llevarlos consigo a su Reino, en esa hora en que han de abandonar este mundo, los libera de toda esta ignorancia y prolongada oscuridad, los trata como un padre y los consuela dulcemente; incluso a veces, antes de su muerte, les hace gustar y experimentar los gozos que les tiene preparados para la eternidad. Y así ponen su alma a salvo. Y a cuantos le han permanecido fieles en aquellas vastas tinieblas y en la pobreza interior, los introduce inmediatamente en su Luz inefable y eterna, donde son sepultados en la Divinidad y donde están aquellos muertos de los que se lee en el Apocalipsis: “*Bienaventurados los que mueren en el Señor*”¹²⁵».

Dios nos purifica con diversos sufrimientos

Taulero y san Juan de la Cruz consideran que la *noche pasiva del espíritu* es crucial para todo aquel que realmente desee alcanzar la perfección espiritual. Esta crisis la sufrimos sin saber cómo viene ni cuándo acabará. En ella es el propio Dios el que desaparece –aparentemente– de nuestra vida, dejándonos –aparentemente– abandonados. En esos duros momentos, que pueden durar horas, días, meses o años, es muy importante saber que, si somos capaces de soportar dicha crisis, poniéndonos totalmente en manos de Dios (¡aunque nos parezca que Él nos ha abandonado!), Él hará que alcancemos la perfección espiritual. San Juan de la Cruz lo explica así:

«La causa de padecer el alma tanto a este tiempo por él es que, como se va juntando más Dios, siente en sí más el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma con fuego espiritual que la seca y purga, para que purificada se pueda unir con Dios; porque, en tanto que Dios no deriva en ella algún rayo de luz sobrenatural de sí, esle Dios intolerables tinieblas cuando según el espíritu está cerca della, porque la

¹²⁵ Ap 14,13.

luz sobrenatural oscurece la natural con su exceso»¹²⁶.

Y dice en otro momento:

«Esta *Noche oscura* es una influencia de Dios en el alma que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, o MÍSTICA TEOLOGÍA, en que de secreto enseña Dios [a] el alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo»¹²⁷.

SERMÓN 36,7

«El Evangelio dice que Jesús buscó a la oveja perdida. ¿Cómo debe entenderse esta búsqueda? El Señor busca y quiere tener a un hombre pacífico, humilde, pobre, puro y abandonado [a sus manos], que sea siempre ecuánime. Pero esto no debe entenderse en el sentido de que uno tenga que sentarse en alguna parte y cubrirse la cabeza con la capucha. No es eso. Se trata, más bien, de dejarse buscar por Dios, de dejarse abatir y reducir a la nada, hasta que el hombre aprenda la humildad en todas las circunstancias, vengan de donde vengan, acogiéndolas como venidas de Dios mismo, que lo busca a través de ellas.

Dios quiere tener al hombre enteramente apaciguado. Por eso, este debe sufrir todo tipo de adversidades y ser pisoteado largamente en el lagar del sufrimiento, hasta que haya aprendido la docilidad.

Dios quiere tener al hombre pobre. Por eso, si le son arrebatados bienes, amigos o algún tesoro al que le tenga mucho apego, debe ser consciente de que Dios quiere encontrarle a través del sufrimiento y ha de ofrecer a Dios su fondo pobre y desnudo. Dios busca al hombre en estas circunstancias. Y este solo tiene que dejarse encontrar.

Dios quiere, finalmente, tener al hombre puro; por eso permite que caigan sobre él innumerables y múltiples adversidades, hasta que

¹²⁶ *Cantico espiritual*, 13,1; cf. *Noche oscura*, libro segundo, 5,6.

¹²⁷ *Noche oscura*, libro segundo, 5,1.

sea plenamente purificado y limpiado a fondo. En consecuencia, Dios lo busca en todas las cosas que puedan sucederle, o le estén sucediendo, sea cual fuere su origen, ya vengan de un amigo o de un enemigo, incluso de su madre o de su propia hermana. Es de Dios, no de sus semejantes, de quien debe acoger esas pruebas pura y desnudamente, pues Dios las permite para encontrar al hombre en ellas.

Hijos míos, si uno tuviera una herida infectada, permitiría que le hicieran quemaduras, incisiones y todo tipo de tratamientos dolorosos para evitar que ese humor dañino se extendiera y le provocara sufrimientos más intensos. Por este motivo, no tendría miramientos consigo mismo, sino que dejaría que toda la infección fuese atajada a fondo para conseguir, una vez desaparecida esta, el beneficio de la curación».

Qué hacer cuando sentimos que Dios nos ha abandonado

SERMÓN 17,6

«Hay aún otras piedras. Son las que experimenta aquel que, deseando a Dios con toda su alma, es abandonado por Él en cierta desolación interior, que le hace sentirse duro, indolente y frío. Mientras esa dureza y desamparo no le dejen, con tanto más empeño ha de volverse hacia su interior y permanecer allí, atento a su fondo. Asimismo, ha de evitar toda búsqueda de consuelo, sea interior o exterior, porque obstaculiza la inhabitación del hombre interior. Debe permanecer dentro de sí, en perseverante recogimiento. Y si sus defectos se presentan inoportunamente a su conciencia y es severamente juzgado y reprendido por causa de ellos, ha de llevarlo con paciencia, sin huir, sino juzgándose y acusándose más duramente a sí mismo. Y si ese juicio persiste una semana entera, no dude de que eso es lo más provechoso para sí y de que tanto más rigurosamente debe acusarse, humillarse y lapidarse interiormente ante Dios. Esto ha de hacerse cada vez que uno se desvíe del camino recto o incurra en algún desorden o defecto. En cuanto advierta esto, debe confesarlo interiormente ante el Señor su Dios. Después, cuando vaya a confesarlo ante un sacerdote, si no lo recuerda, confíe en que Dios se lo ha perdonado».

La sanación del alma

SERMÓN 8,11

«Sigue diciendo el Evangelio que el Señor encontró junto a la piscina a un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Ha de advertirse, en primer lugar, que yació tanto tiempo en aquella enfermedad que de él puede decirse lo que dijo el Señor sobre Lázaro: que aquella enfermedad no era de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuese glorificado por ella¹²⁸. ¡Ojalá imitáramos todos nosotros la admirable paciencia de este enfermo! Él esperó pacientemente treinta y ocho años hasta hacerse digno de ser curado por el Señor y oír aquellas palabras: *“Levántate, toma tu camilla y márchate sano y salvo a casa”*¹²⁹.

La actitud de este enfermo se opone diametralmente a la de quienes, apenas han dado sus primeros pasos por el camino de la vida espiritual, si no obtienen de Dios inmediatamente grandes atenciones, creen haber perdido el tiempo y el trabajo, y ya no pueden habitar consigo mismos o permanecer en casa, sino que se quejan como si hubiesen recibido alguna ofensa de parte de Dios. Desgraciadamente, pocos poseen hoy día esta noble virtud, es decir, la de saber abandonarse, renunciar a sí mismos y sobrellevar la adversidad; la de querer ser considerados como verdaderamente son y desear sufrir pacientemente sus enfermedades, su cautividad y sus tentaciones hasta que el Señor tenga a bien curarlos. Por eso no oyen las palabras del Señor que les manda levantarse, tomar su camilla y caminar, y así ser sanados de su enfermedad.

Pero si uno aceptara ecuánimemente su cautividad sin hacer esfuerzos por salir de ella antes de que el Señor lo liberara, eso significaría para él un gozo inefable y una nobleza sin igual. ¡Qué poder, qué dominio se le daría! Oiría, sin discusión, estas palabras del Señor: *“Levántate, jamás volverás a estar enfermo. Has sido completamente liberado de toda cautividad. A partir de hoy, eres libre, caminarás confiadamente llevando tu camilla: lo que en otro tiempo te llevó a ti, ahora lo llevarás tú con poder y fuerza”*.

¹²⁸ Cf. Jn 11,4.

¹²⁹ Mc 2,11.

Aquel a quien Dios mismo ha liberado así, bien liberado está, camina lleno de gozo y, después de esta breve espera, llega a una gran libertad, de la que se ven privados quienes se esfuerzan por liberarse a sí mismos antes de tiempo y más rápidamente de lo que conviene».

Para profundizar en el tema de la crisis espiritual: *Sermón 61*.

5. LA UNIÓN CON DIOS

Del Evangelio según san Juan:

«No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que Tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a Mí»¹³⁰.

El Maestro Eckhart comenta con un sencillo símil este texto evangélico:

«Nuestro Señor Jesucristo rogó a su Padre que pudiésemos nosotros hacernos uno con Él y en Él, y no sólo unidos, sino un único uno. Para estas palabras y esta verdad, tenemos también una señal visible y exterior, una clara prueba en el fuego. Cuando el fuego prende en el leño y este se inflama y se convierte en ascua, lo consume y lo transforma totalmente con respecto a su apariencia anterior, le quita la aspereza y su frialdad, su peso y su humedad y lo hace cada vez más semejante a su misma naturaleza de fuego. Pero no se extinguen ni se satisfacen o acallan la leña ni el fuego con el logro de un cierto calor o con una llama mutua; es preciso que el fuego nazca del mismo leño y le comunique su propia naturaleza, su propia esencia, de modo que todo sea un fuego homogéneo y cada vez más indistinto, de modo que desaparezca entre ellos hasta la más pequeña diferencia. Antes de alcanzar este punto hay un rugir y pugnar, un chisporroteo y una lucha en-

¹³⁰ Jn 17,20-23.

tre el fuego y el leño; el fuego se torna tranquilo, se extingue y el leño desaparece»¹³¹.

En efecto, hemos llegado al quinto paso: la unión con Dios, que el Maestro Eckhart y el propio Taulero definen como *el nacimiento de Dios en el alma*. Es entonces cuando nuestro interior, que previamente ha sido vaciado, se llena de Dios. Pero Él no viene de fuera, sino que brota desde dentro. De ese modo, al llegar a la perfección espiritual sentimos que Dios nace continuamente en lo más profundo de nuestra alma, sintiéndonos íntimamente unidos a Él.

Hay tres modos de experimentar la unión con Dios: el éxtasis, el recogimiento y la perfección espiritual.

- El *éxtasis* se produce cuando Dios, súbitamente, nos saca de nuestra realidad terrena y nos introduce en la realidad divina, es decir, en sí mismo. Entonces el creyente, sin perder la plena conciencia, siente que está fuera del espacio y el tiempo, inmerso en un infinito Amor. Pasado un intervalo, Dios le devuelve a la realidad temporal. El éxtasis más conocido es el que experimentó san Pablo. Lo veremos más adelante.

Sabemos que santa Catalina de Siena experimentó muchos éxtasis. Nos dice el beato Raimundo de Capua (1330-1399):

«Más todavía, alguna vez se le presentaba esta santa visión mientras estaba hablando con otros; entonces, mientras con la mente hablaba con el Señor, con la lengua lo hacía con los hombres. Pero esto no duraba mucho, porque su alma se sentía tan atraída hacia el Esposo que, en poco tiempo, perdía el uso de los sentidos y entraba en éxtasis»¹³².

¹³¹ MAESTRO ECKHART, *El libro del consuelo divino*, Olañeta, Palma de Mallorca 2002, pp. 86-87.

¹³² *Legenda Maior* (Vida de Santa Catalina), I, 9 (86). Los textos de esta obra los tomamos de: RAIMUNDO DE CAPUA, *Santa Catalina de Siena*, Edibesa, Madrid 2024.

También santa Rosa de Lima (1586-1617) experimentó varios éxtasis. Uno muy conocido es éste que fue narrado por fray Pedro de Loayza en el *Proceso de Canonización* de esta santa dominica:

«Y los domingos, cuando no comulgaba al ir a Misa, su sustento habitual eran unos guisos hechos con una legumbre ligera y de poco sustento que ella cultivaba en su huerta y a la que llaman “cayhuas”. De estos guisos comía con tanta templanza que más era una ceremonia que una comida. Y lo hacía estando más puesta en Dios que en la comida, pues, como dirá este testigo después, la bendita Rosa siempre estaba en oración.

Y de hecho, esto se pudo ver un domingo, tras regresar a su casa después de haber oído Misa en la iglesia. Era hacia las ocho o nueve de la mañana. Yendo la bendita Rosa a aderezar este guiso, sólo con escuchar el canto de un pájaro, quedó tan avergonzada de que en ese momento los pájaros alabaran al Señor mientras ella se ocupaba en cosas de comida, que se puso a alabar al Señor, y quedó suspendida en un éxtasis hasta la tarde.

Y vuelta en sí, vio que se le había apagado el tizón de fuego que traía para encender la candela, debido a lo mucho que duró su éxtasis. Y pareciéndole que había estado poco tiempo suspendida con el canto del pájaro, volvió a soplar la candela, pero vio que estaba totalmente apagada. Y eso la extrañó, porque aún no era consciente del mucho tiempo que había estado en éxtasis.

Esto se lo refirió la bendita Rosa a este testigo. Y sabe que ella dio siempre un gran ejemplo. Y lo dio todo

el tiempo de su vida, sin haber visto ni oído cosa contraria»¹³³.

- También se experimenta la unión con Dios haciendo *recogimiento*. Cuando logramos aislarnos de todo lo exterior y nos concentramos en el fondo más íntimo, donde Dios habita en nosotros, podemos sentir cómo nos abraza con su Amor. Parece que Jesús habla simbólicamente del recogimiento en esta lección espiritual:

«Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto [interior], cierra la puerta [a lo exterior] y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará [con su Amor]»¹³⁴.

Veamos cómo santa Catalina le explica a la benedictina sor Constanza cómo debe unirse a Cristo cuando haga recogimiento:

«Pues bien, querida hija, es eso lo que debes hacer cuando llegues a la celda del conocimiento de ti misma. Quiero que en él abras el ojo del entendimiento con amor afectuoso. Entra en tu celda interior y vete a la cama, que es la dulce bondad de Dios que ahí encuentras. Y ahí ves que el ser te ha sido dado por gracia y no por obligación. Y ahí ves, hija, que la cama se halla cubierta de una colcha roja, pues es la sangre del Cordero degollado y aniquilado.

Descansa, pues, ahí, y nunca te vayas. Mira que no hay celda sin cama ni cama sin celda. Haz que tu alma prospere considerando la bondad de Dios, porque esto lo puedes hacer. En esta cama se halla el manjar, la mesa y el camarero. El Padre eterno es la mesa, el Hijo es el manjar y el Espíritu Santo es el

¹³³ *Primer proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima* (1617), p. 211. Texto tomado de Julián de COS, *La oración del amor. La experiencia mística de santa Rosa de Lima según las fuentes documentales*, Salamanca 2019 (www.domini-cos.org), pp. 82-83.

¹³⁴ Mt 6,6.

camarero que te sirve y que ha hecho de sí una cama para ti»¹³⁵.

Como veremos más adelante, esta experiencia puede ir acompañada de un éxtasis, sintiendo que nuestra alma es introducida por Dios dentro de su Amor.

- Más arriba Taulero nos ha explicado cómo, en la medida en que vamos ejercitándonos en el recogimiento, éste se logra más fácilmente y con más intensidad. Así, trascurrido un largo proceso de maduración interior, Dios nos eleva a la *perfección espiritual*. Entonces sentimos que estamos continuamente unidos a Él en nuestro interior. Esto, como veremos más adelante, se ve reflejado en nuestras obras: pues todas las hacemos por caridad, teniendo siempre a Dios como fin último. Así expresa san Pablo cómo vive esta experiencia:

«Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí»¹³⁶.

El *perfecto* es la persona que está permanentemente llena del Amor de Dios. Por ello, según fray Juan Taulero, estas personas: nunca se jactan de sí mismas (humildad perfecta)¹³⁷; nunca critican a nadie (benevolencia perfecta)¹³⁸; siempre están dispuestas a ayudar a otros (caridad perfecta)¹³⁹; son plenamente felices (felicidad perfecta o bienaventuranza)¹⁴⁰; Dios les infunde una perpetua serenidad (Paz perfecta)¹⁴¹; y, pasados unos años, el Espíritu Santo les enseña «toda verdad» (Sabiduría perfecta)¹⁴². Todo eso las hace ser, ante nuestros ojos, *imagen y seme-*

¹³⁵ Carta 73.

¹³⁶ Gal 2,19-20.

¹³⁷ Cf. Sermón 48,9.

¹³⁸ Cf. Sermón 39,1

¹³⁹ Cf. Sermón 70,7.

¹⁴⁰ Cf. Sermón 37,5.

¹⁴¹ Cf. Sermón 71,8.

¹⁴² Cf. Sermón 19,6.

*janza de Cristo*¹⁴³. Pero, debido a su modestia, suelen pasar desapercibidos en la sociedad¹⁴⁴.

Anteriormente vimos cómo Job sufrió en toda su crudeza la *crisis espiritual pasiva*, sintiendo cómo no solo se había quedado sin nada, sino que, peor aún, el propio Dios se había retirado de su vida. Pues bien, tras aquella larga prueba, que transcurre durante 35 capítulos¹⁴⁵, Dios volvió hacerse presente en su vida (por medio de la naturaleza) y entonces Job se hizo consciente de lo mucho que había madurado interiormente:

«Job respondió al Señor: “Reconozco que lo puedes todo, que ningún proyecto te resulta imposible. Dijiste: ‘¿Quién es ese que enturbia mis designios sin saber siquiera de qué habla?’. Es cierto, hablé de cosas que ignoraba, de maravillas que superan mi comprensión. Dijiste: ‘Escucha y déjame hablar; voy a interrogarte y tú me instruirás’. Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos; por eso, me retracto y me arrepiento, echado en el polvo y la ceniza”»¹⁴⁶.

Así nos narra el beato Raimundo de Capua lo que experimentó santa Catalina al alcanzar la perfección espiritual. Esta vivencia es conocida como «trueque de corazones»:

«Una vez, mientras rezaba con gran fervor al Señor y le decía con el profeta: “*En mí crea, oh Dios, un corazón puro y renueva en mis vísceras el espíritu recto*”¹⁴⁷ y le pedía con insistencia que le quitase su propio cuerpo y su propia voluntad, él la consoló con una visión. Le pareció que el eterno Esposo venía como acostumbraba a su encuentro, le abría el pecho por el lado izquierdo, le sacaba el corazón y se iba con

¹⁴³ Cf. Sermón 40,6.

¹⁴⁴ Cf. Sermón 29,6.

¹⁴⁵ Cf. Job 3-37.

¹⁴⁶ Job 42,1-6.

¹⁴⁷ Salmo 50,12. Hemos añadido la cursiva a este texto bíblico.

él. Todo esto combinaba tan bien con lo que Catalina sentía dentro de sí, que decía a su confesor que ya no tenía corazón en el pecho. Pero el confesor sacudía la cabeza ante ese modo de expresarse y, bromeando, en cierto modo la reñía. Pero ella repetía y confirmaba lo que había dicho: “En verdad, padre, por cuanto puedo conocer y sentir, me parece estar verdaderamente desprovista de corazón. Fue así: se me apareció el Señor, me abrió el pecho por la parte izquierda, me quitó el corazón y se fue”. El confesor le observaba entonces que es imposible vivir sin corazón, pero la virgen respondía que nada es imposible para el Señor y que estaba convencida de no tener corazón. Así estuvo durante un tiempo repitiendo lo mismo, diciendo que vivía sin corazón.

Un día se hallaba en la capilla de la iglesia de los frailes Predicadores de Siena, donde acostumbran a reunirse las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo [es decir, las laicas dominicas consagradas, las mantelatas]. Las demás habían salido, pero ella se había entretenido rezando. Al recobrarse finalmente del éxtasis, se levantó para volver a casa. Súbitamente la envolvió una Luz del Cielo, y en esa Luz apareció el Señor llevando en sus santas manos un corazón humano, rojo y resplandeciente. Aunque cuando apareció el Autor de la Luz ella cayó temblorosa al suelo, el Señor se le acercó, abrió nuevamente el pecho de ella por la parte izquierda e, introduciéndole el mismo corazón que llevaba en sus manos, le dijo: “Queridísima hija: tal como el otro día me llevé tu corazón, ahora te doy el mío, con el cual vivirás siempre”. Dicho esto, volvió a cerrar la abertura que había hecho en el costado de la virgen y, como signo del milagro, quedó en aquel punto de la carne una cicatriz, como nos atestiguaron a mí y a otros sus compañeras, que pudieron verla. Cuando sin embargo quise saber la verdad de lo ocurrido, ella misma se vio obligada a confesármelo y añadió que desde aquel momento no pudo

decir más que: “Señor, te encomiendo mi corazón”»¹⁴⁸.

DESCRIPCIÓN DE LA UNIÓN CON DIOS

Santa Teresa de Jesús en sus *Séptimas Moradas* describe de diversos modos lo que experimentó al alcanzar la unión con Dios o, como ella lo define, el matrimonio espiritual:

«No se puede decir más de que –a cuanto se puede entender– queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios»¹⁴⁹.

«Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan»¹⁵⁰.

«Ansí en el templo de Dios, en esta morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio»¹⁵¹.

Sin embargo, el beato Enrique Susón, apoyándose en sus amplios conocimientos teológicos y metafísicos, y sobre todo, en su propia experiencia y, muy probablemente, en la de otras personas cercanas a él, nos ofrece esta prolija y sorprendente descripción:

«En este inteligible *donde* [es decir, en la unidad divina] se sumerge el espíritu del hombre perfecto, y vuela por su altura sin límites, nada por su inagotable profundidad, entre estupefacto y admirado ante los altos y maravillosos arcanos de la Divinidad. Pero aquí conserva su naturaleza, mientras goza de las Personas igualmente eternas, igualmente poderosas, igualmente unidad y Trinidad, y permanece

¹⁴⁸ *Legenda Maior*, II, 6 (179-180). Hemos puesto en mayúscula las palabras «luz» y «cielo».

¹⁴⁹ *Séptimas Moradas*, 2,4.

¹⁵⁰ *Séptimas Moradas*, 1,7

¹⁵¹ *Séptimas Moradas*, 3,11.

abstraído de toda ocupación insustancial, en la contemplación de los maravillosos misterios de la Divinidad [...].

Esta desnuda unidad es un oscuro silencio y una sosegada calma que sólo puede comprender quien posee interiormente el brillo de la verdadera libertad sin mezcla de malicia. Pues esta libertad se produce en una verdadera regeneración. Por eso, la Verdad oculta brilla libre de toda falsedad y se engendra a sí misma en la revelación de su oculta desnudez. Aquí el hombre, después de que la Verdad se le ha hecho manifiesta, se desnuda de la oscura luz natural que le ha acompañado hasta entonces al modo humano. Aquí se descubre totalmente distinto: más propia y claramente de lo que se había conocido en la luz anterior, como dice el Apóstol: *“Vivo, pero ya no vivo yo”*¹⁵².

Y así [el hombre] es desnudado completamente y liberado de todos los modos limitados en la simplicidad del ser de Dios, que irradia su luz sobre todas las cosas en su simple silencio»¹⁵³.

Taulero describe la unión con Dios en muchos de sus sermones.

SERMÓN 37,5

«[De este modo,] todo lo que Dios es por naturaleza, lo es ella por gracia en esta unión e inmersión en Dios, y es raptada por encima de sí misma al interior de Dios. Allí, como he dicho, adquiere hasta tal punto “el color de Dios” que, si ella pudiera verse, creería que es Dios. Todo el que la viera la percibiría en la vestimenta, en el color, en el modo y en la Esencia de Dios, [Esencia] no natural, sino [dada]

¹⁵² Gal 2,20.

¹⁵³ *Autobiografía espiritual (Vita)*, c. 52. Texto tomado de: BEATO ENRIQUE SUSÓN, *Obras. Exemplar y cuatro sermones alemanes*, ed. y trad. de Salvador SANDOVAL, San Esteban, Salamanca 2008, pp. 333-335.

por gracia; y [el hombre] sería bienaventurado por la misma visión, puesto que Dios y el alma son, en esta unión, una sola cosa, no por naturaleza, sino por gracia».

EL TRIPLE NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

En uno de sus textos más significativos, el *Sermón 1*, muy recomendable para leer y meditar en Adviento, Taulero, siguiendo fielmente al Maestro Eckhart, habla a sus hermanas de cómo Jesús ha nacido tres veces, de tres formas muy diferentes. Como ya hemos comentado anteriormente, el tercer nacimiento hace referencia a la unión con Dios.

SERMÓN 1,1

«El primer nacimiento, el más sublime, es aquel por el que el Padre eterno engendra a su Unigénito en su Esencia divina y en distinción personal. El segundo nacimiento tiene lugar de la Madre Virgen, la cual, después del parto, conservó intactas su pureza y castidad. El tercer nacimiento se produce en toda alma santa, cada día y cada hora, cuando Dios todopoderoso nace en ella verdadera y espiritualmente por la gracia y el amor».

DIOS BROTA EN EL FONDO DE NUESTRA ALMA

SERMÓN 13,1

«Cuando el hombre se recoge con todas sus fuerzas y con toda su alma, penetra en este templo donde, en verdad, encuentra a Dios no solo habitando, sino también obrando en él. Lo encuentra aquí no por medio de los sentidos o el intelecto, como es el caso de lo que se lee, se oye o entra por los sentidos; sino por medio de cierta experiencia interior, gustando de Él en el mismo fondo y como una realidad que brota de la fuente original, no como algo que ha entrado en nosotros».

LA CHISPA DEL ALMA

San Ignacio de Antioquía, yendo de camino —encadenado— hacia Roma, para morir mártir en el circo (hacia el año 108), escribió durante aquel durísimo viaje siete cartas. Todas ellas comienzan así: «Ignacio, llamado también Teóforo...». «Teóforo» significa «portador de Dios» o «recipiente de Dios». Como buen discípulo de san Pablo, san Ignacio se sentía templo del Espíritu Santo. Y lo mismo podemos decir de todos los que hemos recibido el Bautismo. Veamos cómo se lo comunica san Pablo a los cristianos de Corinto:

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»¹⁵⁴.

«¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios?»¹⁵⁵.

Y aquí surge una interesante pregunta: ¿dónde habita el Espíritu de Dios dentro de nosotros? Siguiendo al Maestro Eckhart, la respuesta de Taulero es clara: el la *chispa del alma*. En este apartado nos lo va a explicar.

SERMÓN 53,7

«Siendo tan grande la nobleza del espíritu [o mente o chispa del alma], debemos considerar con gran seriedad qué es. Es [algo] mucho más elevado e interior que las potencias [del alma], pues estas reciben todo su poder de él, son en él y de él proceden. Pero el espíritu está muy por encima de ellas, puesto que es absolutamente simple, esencial y uniforme.

Algunos teólogos o doctores opinan que la nobleza de este espíritu es tan grande que siempre está activo, tanto si el hombre duerme como si está despierto, sea consciente de ello o no. Su aspira-

¹⁵⁴ 1Cor 3,16.

¹⁵⁵ 1Cor 6,19.

ción a retornar a Dios –que es su Fuente– es eterna y deiforme. Algunos aseguran que [ese espíritu] contempla a Dios, lo ama y goza de Él ininterrumpidamente. No entramos ahora a argumentar este punto. Pero, aunque es criatura, conoce a Dios en sí mismo.

Proclo, un filósofo pagano, lo llama “sueño”, “silencio” y “quietud divina”. Dice que es una *búsqueda secreta del único Uno, del Uno que está muy por encima de la razón y la inteligencia*.

Cuando el alma se recoge interiormente en sí misma, se hace [en cierto modo] divina y vive una vida divina. Pero mientras el hombre lleva una vida exterior y ocupada en lo sensible, no puede conocer [ese espíritu] y ni siquiera puede creer plenamente que [dicho espíritu] está dentro de él, aunque eso sea verdad.

Este nobilísimo espíritu, este fondo purísimo del hombre, ha sido creado por Dios de tal forma y dotado por Él de tanta nobleza, que posee una aspiración eterna y un deseo continuo de volver a su Origen, es decir, a Dios presente en él. Esta inclinación del espíritu a Dios no cesa ni en el mismísimo infierno, porque es una pena especialmente dolorosa [para el hombre] sentirse eternamente separado de Dios y quedar privado para siempre de la Fuente de la que ha brotado en su pureza y verdad».

Contemplar la chispa del alma

SERMÓN 53,3

«Pero dejemos ahora esto y volvamos a las palabras anteriores del Señor: *“Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis”*. Se llama “bienaventurados” a los ojos por dos razones.

La primera es porque contemplan, con la mirada interior y contemplativa, la sublime e incomparable nobleza del alma, que tiene con Dios un especial parentesco, [el cual ha sido] puesto en el fondo del alma por el mismo Dios. Todo el que sabe contemplar esa nobleza adecuadamente, obtiene mucha gracia y una gran felicidad, siempre que tenga el corazón encendido en amor a Dios.

De esa nobleza del alma han escrito abundantemente muchos doctores, tanto antiguos como modernos. [Concretamente, el Maestro san] Alberto Magno, el Maestro Dietrich y el Maestro Eckhart, al hablar de ella, le aplican nombres diversos. Uno [el Maestro Eckhart] la llama “chispa del alma”; otro, “centro del ser”; y el Maestro Alberto, “imagen de la santísima Trinidad”. Esta chispa, si está bien dispuesta, alcanza tal elevación que la inteligencia no puede seguirla. Pues no descansa hasta que regresa al Fondo de la Divinidad, de donde ha salido y donde existía antes de ser creada. Y no ha de ponerse en duda que estos doctores entendieron con su vida [experimentándolo] y con su inteligencia [estudiándolo] aquello de lo que escribían, de tal forma que lo tomaron de [la contemplación interior de] la más pura verdad, de [estudiar a] destacadísimos doctores de la santa Iglesia y de [leer la vida y los escritos de] grandes santos que hablaron de ello.

Aparte de estos doctores, hubo también filósofos paganos que, muchos años antes de Cristo, se dedicaron a investigar y explicar la chispa del alma: Platón, Aristóteles, Proclo, etc.

[Ciertamente,] la reflexión y meditación de esta chispa estimula a hombres santos y buenos, inflamados en amor a [Dios en] la eterna bienaventuranza, a recogerse vivamente y a abismarse en esta nobilísima parte del alma, que tiene su Origen en Dios mismo.

En cambio, hay también algunas personas que, perdidas en un fondo falso y corrompido, se hacen un daño incomparable y eterno».

EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL DE DIOS: EXPERIMENTAR A DIOS

En su *Sermón 69* Taulero expone tres condiciones para poder vivir el Reino de Dios en el fondo del alma: tener una *fe viva*, siendo conscientes de que Alguien (y no algo) vive dentro de nosotros; comunicarnos con Él por medio del *recogimiento*; y tener un *conocimiento espiritual* de Él, experimentando su presencia dentro de nosotros. De esto último nos habla a continuación.

SERMÓN 69,4

«La segunda condición es el *conocimiento espiritual* de Dios, un conocimiento que se encuentra en este Reino [interior]. No hace falta esforzarse mucho ni buscarlo lejos. Se encuentra aquí [en el fondo del alma], [y aquí] se descubre y se revela a sí mismo. Esta Luz resplandece aquí. A este Reino se entra por la puerta principal y el camino recto, no por la puerta de atrás. De quienes han llegado hasta aquí puede decirse con razón: “*El Reino de Dios está dentro de vosotros*”¹⁵⁶. Ellos encuentran la Verdad que ignoran cuantos no habitan en su casa, es decir, en su interior, y que conocen solo aquellos que moran en ella. Encuentran aquí lo que, según Dionisio [Areopagita], está por encima de la razón, del pensamiento y del intelecto: la Luz en la Luz.

Los grandes teólogos de París leen [intelectualmente] gruesos volúmenes y pasan sus hojas. Y eso está bien. En cambio, las personas de vida interior “leen” [espiritualmente] el libro de la vida, en el que todo está vivo; recorren el Cielo y la tierra, y en ellos “leen” [espiritualmente] las maravillosas obras de Dios. Avanzan hasta el conocimiento distinto de los ángeles y, después, llegan a la más alta y excelente comunicación con la santa y venerable Trinidad, contemplando allí cómo el Padre ha generado eternamente al Hijo, cómo el Verbo eterno es dicho¹⁵⁷ eternamente en el Corazón del Padre¹⁵⁸, cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, cómo la santísima Trinidad se derrama en todos los espíritus bienaventurados, y cómo estos, a su vez, se derraman de nuevo en Ella en una maravillosa beatitud.

A esta beatitud se refiere el Señor cuando dice: “*Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*”¹⁵⁹. Esta es la verdadera vida en este templo [del fondo del alma], este es el verdadero y noble espectáculo, aquí está el Sumo Pontífice en su propio palacio, aquí, finalmente, se ha alcanzado este Reino. Aquí está Dios presente, y en su presencia desaparecen todo el sufrimiento, todo el dolor, todas las miserias y todas las aflicciones. Esto lo saben solo quienes lo han experimentado.

¹⁵⁶ Lc 17,21.

¹⁵⁷ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio, en lugar de «es dicho», dice «juega».

¹⁵⁸ Cf. Prov 8,30.

¹⁵⁹ Jn 17,3.

[En efecto,] todos los maestros ricos en *ciencia* no lo conocen porque no tienen *experiencia* de ello. Pero el hombre que lo ha experimentado a lo largo de esta vida: en la vida futura estará más cerca de Dios y esa experiencia se hará en él más evidente, Dios será más alabado en él y será siempre el más feliz de todos».

SERMÓN 73,2

«Los teólogos más insignes y esclarecidos de París, con toda su erudición, sutileza y penetración, serían incapaces de *comprender* [racionalmente] esta unión de Dios con el alma. Si quisieran decir algo al respecto, enmudecerían. Cuanto mayor fuera su empeño en explicarla, tanto menos podrían hacerlo y mucho menos la comprenderían. Y no solo la inteligencia natural es incapaz de expresarla; tampoco una inteligencia agraciada con todos los dones y carismas, ni los ángeles ni todos los santos pueden hacerlo. Solo un hombre simple, que se ha abandonado a Dios en su profunda humildad, experimenta algo de esta unión en su fondo interior y, sin embargo, no puede comprenderlo ni expresarlo en palabras, puesto que es una experiencia que sobrepasa a todo entendimiento creado».

EN LA UNIÓN CON DIOS SE EXPERIMENTA LA ATEMPORALIDAD

Hay que distinguir entre la unión que se experimenta temporalmente en la oración de recogimiento o en un éxtasis y la que se vive continuamente cuando se alcanza la perfección espiritual. Pero, en todos los casos, al experimentar que nos unimos a Dios, sentimos que el tiempo cronológico desaparece, pues nos sumergimos en la eternidad. Esto es así porque, aunque Dios se hace presente en nuestra dimensión humana (y terrena), Él forma parte, o mejor dicho, Él es –en sí– otra dimensión, la divina, en la que no hay espacio ni tiempo.

SERMÓN 15.1,3

«Fijémonos ahora en lo que dijo el Señor: *“Ruego, Padre, que sean uno, como nosotros somos uno”*¹⁶⁰. Esta unión puede hacerse de dos modos: interior y exteriormente, [es decir,] mediata e inmediatamente, en el espíritu y en la naturaleza. Pero a menudo esto se entiende mal, pues la naturaleza divina no admite ninguna circunstancia particular, ni el intelecto humano es capaz de entender esta unión.

[Pero] no hay que asombrarse. Si el hombre no alcanza a comprender cómo el alma está unida al cuerpo, y cómo obra y se mueve en las manos, en los pies y en los demás miembros, ¿cómo va a comprender esta unión? Sin embargo, cuantos llegan a ella obran en una eternidad atemporal, fuera de lo que ha sido hecho. [Habitan interiormente] en lo que no ha sido hecho, en una simplicidad exenta de multiplicidad. Por eso, en la tribulación gozan de una paz íntegra y, abismándose en su fondo con amoroso deseo, refieren y devuelven a Dios todas las cosas como han estado en Él eternamente y como Él las ha amado, y pensado en su eternidad. Esto está mucho más cerca de Dios que la misma oración. Pero a esta unión bienaventurada no pueden llegar quienes han crecido en su intelecto natural nutriéndose [únicamente] de su propia razón y han vivido [únicamente] en sus sentidos.

En otro tiempo, un egregio y venerable doctor [el Maestro Eckhart] os hablaba de estas cosas, pero apenas lo entendisteis. Él hablaba desde la perspectiva de la eternidad, y vosotros interpretasteis sus palabras en sentido temporal. Si he hablado demasiado, amadísimos, aunque para Dios no lo es, os ruego me perdonéis. Yo me corregiré gustoso».

La eternidad

SERMÓN 15.1,2

«Para esta oración y unión interior ha sido hecho y construido este mismo templo en el que nos encontramos y todo lo relacionado con su construcción: cimientos, paredes, piedras necesarias y adecua-

¹⁶⁰ Jn 17,21.

das, y hasta los animales que las acarrean. Y, al mismo tiempo, todas esas cosas, en esta oración, son llevadas esencialmente al mismo Dios, por cuya causa han sido construidas, dando así su verdadero fruto. Y todas, en un instante, son conducidas al amoroso Fondo [divino] del que han fluido, es decir, a aquella eternidad donde han sido eternamente presentes, y aún lo son, y donde todo lo que se haga en el futuro ya ha sido hecho.

En este sentido decía el Señor aquellas palabras: *“He llevado a cabo la obra que me encomendaste”*¹⁶¹. Estas palabras, si las hubiese dicho desde una perspectiva temporal, no podrían ser del todo verdaderas, pues todavía le quedaban muchas cosas por hacer. Aún tenía que padecer y resucitar. Pero miraba a la eternidad, en la que todo es un ahora presente, como lo ha sido y será eternamente. Por eso, aquellos que llegan aquí adecuadamente, llevan a cabo todas sus obras fuera del tiempo y por encima del tiempo, en la eternidad. [Efectivamente,] oran en el Espíritu de Dios y, muertos a sí mismos, en Dios viven y obran, pues una cosa no puede asumir la naturaleza de otra distinta a no ser que antes muera a sí misma y deje de ser lo que es. Estos oran y obran en el Espíritu, allí donde el Padre engendra a su Hijo y donde ellos mismos renacen. En su mismo fondo, su espíritu es reconducido e impulsado hacia Dios. Y ellos, transformados [y elevados] sobre toda forma e imagen, y despojados de la forma e imagen de sí mismos, excediendo todos los modos, alcanzan cierto estado sin modo».

EL ÉXTASIS

En el texto que vamos a ver a continuación, Taulero habla de los éxtasis que podemos experimentar haciendo recogimiento. Pero también podría aplicarse a los éxtasis que Dios concede repentinamente a algunas personas, como vimos que le acontecía a santa Catalina y a santa Rosa. San Pablo también tuvo un éxtasis, aunque de él no sabemos si le sucedió haciendo recogimiento o en algún otro momento de su vida cotidiana:

«Yo sé de un hombre en Cristo que hace catorce años –si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé;

¹⁶¹ Jn 17,4.

Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que ese hombre –si en el cuerpo o sin el cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables, que un hombre no es capaz de repetir»¹⁶².

SERMÓN 11,9-10

«Dios quiere habitar en las potencias superiores del alma –en la memoria, el entendimiento y la voluntad–, y operar en ellas al modo divino que le es propio. Solamente aquí está el lugar de Dios; aquí encuentra su propia imagen y semejanza, aquí habita y opera. Quien quiera encontrarlo, que busque aquí, no en otro lugar. Quien ha logrado llegar hasta aquí, encuentra verdaderamente, y como por un atajo, lo que tanto tiempo anduvo buscando por medio de rodeos. Aquí [en un *éxtasis*] el espíritu es raptado por encima de todas las potencias en una vasta Soledad de la que nadie puede hablar dignamente, en la oscuridad secreta del Bien sin modo; aquí es absorbido e introducido en la Unidad divina, simple y sin modo, donde, si se me permite expresarlo así, pierde la sensación de ser distinto, no esencialmente, sino objetivamente. Pues en la Unidad se pierde toda multiplicidad, y la Unidad unifica toda multiplicidad.

El hombre que ha experimentado esto, una vez vuelto a su estado anterior, posee un discernimiento más perfecto y más lúcido que el que pueda tener cualquier otra persona. ¿Y de dónde procede esto sino de aquella simplicísima Unidad en la que ha sido sobrenaturalmente introducido? Ahora es capaz de comprender y discernir con claridad meridiana todos los artículos de la fe y toda verdad, como, por ejemplo, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios verdadero. Nadie comprende mejor este discernimiento de la Divinidad que quienes han llegado a aquella Unidad. Esta se llama, y verdaderamente lo es, “Tiniebla inefable”; también es llamada, y lo es, “inabarcable y vasta Soledad”, en la que no hay senda ni puente alguno; aquí hay ausencia total de modos, pues todos han sido trascendidos».

¹⁶² 2Cor 12,2-4.

SERMÓN 24,7

En este primer párrafo, Taulero nos va a hablar de los que ya están en el Cielo («la Patria Celestial»), gozando de «la verdadera Unidad» con Dios. Pero después, citando a san Agustín, pasa a hablar de cómo, recogiéndonos, Dios puede elevar nuestro ser (en un éxtasis) a la dimensión divina, en la que no hay espacio ni tiempo. Así, Taulero nos hace ver que en los éxtasis pregustamos, en cierto modo, la Patria Celestial.

«[Efectivamente,] todos los ciudadanos de la Patria Celestial hacen uso de esta verdadera oración, que es la elevación de la mente a Dios. Por ella, toda la mente es llevada fuera de sí directamente a Dios, y, así, Dios mismo –en verdad y en sentido propio– puede entrar en esa purísima, íntima y noble porción del alma, es decir, en su fondo interior, donde hay solo verdadera Unidad.

A ese fondo se refiere san Agustín cuando dice que el alma tiene en sí un abismo oculto que no tiene contacto ni con el tiempo ni con todo este mundo, y está elevado muy por encima de esa parte del alma que proporciona vida y movimiento al cuerpo. En este noble y gozoso abismo que es el reino secreto del alma, se infunde aquella dulzura de la que tanto hemos hablado, pues este es su lugar propio. Entonces, el hombre se hace silencioso, esencial, equilibrado, más desapegado, más recogido, más elevado, más puro, más libre y más abandonado en todas las cosas. Pues Dios llega a aquel noble reino haciéndose verdaderamente presente en él, y allí habita y reina.

Este estado no puede compararse con el precedente, pues aquí el hombre alcanza una vida [en cierto modo] deiforme y divina. El espíritu, fundiéndose por completo, se eleva sobre sí mismo y sobre todas las cosas, y es arrebatado hacia aquel ardiente fuego de Amor que es –natural y esencialmente– Dios mismo».

EL GOZO DE DIOS

SERMÓN 36,8

«Cuando el Señor encuentra a la oveja buscada, “la pone sobre sus hombros lleno de gozo y, al llegar a casa, convoca a amigos y vecinos, diciéndoles: *‘Alegraos conmigo porque he hallado a mi oveja’*”. Los amigos y vecinos son los espíritus celestiales, los ángeles y los santos, y todos sus amados amigos, los del Cielo y los de la tierra, todos los que se regocijan con inmenso e inefable gozo por una oveja tal. Con un gozo que ni el intelecto ni la razón pueden concebir, pues es verdaderamente un abismo.

El Señor “pone a la oveja sobre sus hombros lleno de gozo”, y la lleva consigo. Los hombros están situados entre la cabeza y el cuerpo, y tocan a ambos. El Señor pone a esta amorosa oveja sobre sus hombros, es decir, entre su santísima humanidad y su eterna Divinidad. Su humanidad es, para estas ovejas, el apoyo que las conduce a la Divinidad. La humanidad sostiene a las ovejas en sus acciones y las lleva en todas sus obras. Hasta entonces habían hecho sus obras por sí mismas y consigo mismas; ahora Dios las carga sobre sus hombros, las lleva y realiza todas sus obras en ellas y por medio de ellas. Ya coman, beban, se vayan, se queden, hablen o cualquier otra cosa que hagan, todas las lleva a cabo Dios en ellas, y ellas viven y se mueven en Dios.

De la humanidad pasan a la Divinidad y salen de nuevo de la Divinidad a la humanidad. Así, entran y salen, y encuentran siempre pastos abundantes¹⁶³. En verdad, el gozo y el deleite que se conceden aquí al espíritu, incluso en esta vida, superan en tal grado a los gozos de este mundo que, si todos juntos se fundieran en uno solo, en comparación con el gozo mínimo que aquí se otorga al espíritu, serían como una gotita de agua respecto del mar.

Esos son los pecadores de los que habla el Evangelio cuando dice: “*Mayor gozo habrá en el Cielo por el pecador que hace penitencia que por noventa y nueve*”¹⁶⁴, más aún, por mil veces mil justos, tibios y arro-

¹⁶³ Cf. Jn 10,9.

¹⁶⁴ Lc 15,7.

gantes. Esos [pecadores] dan a Dios honor y gloria. Son pecadores que se acercan verdaderamente a Dios».

EL AMOR

El amor a Dios

Más adelante dedicaremos un apartado al amor. Pero ahora vamos a ver el papel que esta virtud tiene en la *unión con Dios*.

SERMÓN 44,7-8

«Cuando el hombre se encuentra en medio de este ímpetu o vehemencia del amor, no debe pensar en sus pecados, ni en la humildad, ni en ninguna otra cosa salvo en esto: en satisfacer aquello que el amor obra en su alma. Puede experimentarse también su ímpetu en la aridez, la renuncia y la dureza. En tales situaciones, hemos de abandonarnos al amor, conservando una fe íntegra en él, manteniéndonos en la pobreza y el alejamiento de todas las cosas que no son el amor, anhelándolo con un deseo constante, con una confianza plena y certísima, uniéndonos inseparablemente a él. Tenedlo por seguro: cuando el hombre actúa así, la grandeza de lo que entonces recibirá nadie puede expresarla dignamente.

Hijos míos, si no conservamos una fe plena en el amor, nuestro deseo se debilita y el amor se vuelve tibio. De esta manera, no obtenemos fruto alguno y permanecemos huecos.

Y aunque uno tenga todos los signos y pruebas de amor que puedan tenerse, si no encuentra en su interior este testimonio del amor, todo lo demás es oquedad. El diablo alimenta esta oquedad en el hombre manteniéndole en la ilusión de que tiene amor, pero su intención es que no consiga ese testimonio del verdadero amor. Del verdadero amor, insisto. El espíritu maligno le deja disfrutar de un amor engañoso y le hace creer que ama verdaderamente a Dios. Pero si examina bien su fondo, descubrirá cómo es realmente ese [falso] amor [que siente].

Esto es, amados hijos, lo que os falta: saber entrar en vuestro fondo. Si llegaseis a él, veríais que la gracia os alienta y estimula sin descanso a mantener el espíritu elevado por encima de vosotros mismos. Pero la mayoría de los hombres ofrecen tal resistencia a este estímulo que se hacen indignos de recuperarla. La causa principal de esta ruina es su afán de autocomplacencia. Pero si fuesen dóciles a los destellos de la gracia, estos los conducirían no solo a su fondo, sino también a una unión con Dios tan grande que sentirían en el tiempo los disfrutes de la vida eterna, como la experiencia [de los contemplativos] ha probado frecuentemente».

Los cuatro grados de amor a Dios¹⁶⁵

El amor que se experimenta al estar junto al Amado lo narró así san Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual*:

«Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte o al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.
Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.
Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías

¹⁶⁵ El tema de este apartado está muy relacionado con el sermón 18, n. 4.

allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día:
el aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena»¹⁶⁶.

San Juan de la Cruz explica de este modo la última estrofa:

«En esta canción dice el alma y declara aquello que dice le ha de dar el Esposo en aquella beatífica transformación, declarándolo con cinco términos. El primero dice que es la aspiración del Espíritu Santo de Dios a ella y de ella a Dios. El segundo, la jubilación a Dios en la fruición de Dios. El tercero, el conocimiento de las criaturas y de la ordenación de ellas. El cuarto, pura y clara contemplación de la esencia divina. El quinto, transformación total en el inmenso amor de Dios»¹⁶⁷.

Taulero considera que el orante puede llegar a sentir cuatro grados de amor por Dios, los cuales son correspondidos por Él, a su vez, con su Amor. De ahí que, por ejemplo, al amar a Dios con *amor que hiere*, el orante es herido por el Amor de Dios. Desgraciadamente, Taulero no se esmera en explicarlo, quizás porque habló de ello en otro sermón que se ha perdido.

SERMÓN 44,6

¹⁶⁶ *Cántico espiritual B*, «Canciones entre el alma y el Esposo», 36-39.

¹⁶⁷ *Cántico espiritual B*, «Canción 39», 2.

«Hay otro testimonio en las facultades superiores, concretamente en la *facultad amativa*, que es la voluntad. Hoy la Iglesia canta que san Juan era “*una lámpara que ardía y alumbraba*”¹⁶⁸. Una lámpara, como sabéis, desprende calor y luz. Sientes el calor en las manos, pero no ves el fuego, a no ser que mires desde arriba. Tampoco ves la luz si no es a través de la pantalla. ¡Ojalá, hijos míos, consideráramos atentamente [el sentido de] estas cosas y observáramos más frecuentemente este calor y esa luz!

Por medio de estos [es decir, del calor y de la luz que sentimos en el fondo del alma] recibimos [de la facultad amativa] el *amor que hiere*, que nos conduce a este fondo. Mientras permanecemos en este amor, debemos estimularnos, tomar impulso y tensar nuestro “arco” tanto como sea posible [incrementando nuestro amor a Dios].

Pero cuando hayamos llegado al *amor prisionero* en este oculto Abismo [divino], allí hemos de abandonarnos al amor según su voluntad. Entonces no seremos dueños de nosotros mismos, ni habrá pensamiento alguno, ni actividad de las potencias, ni obras de virtud.

Pero si allí se nos concediera un espacio de libertad suficiente como para concebir un solo pensamiento, entonces regresaríamos al *amor que hiere*. En este momento, hemos de recuperar de inmediato nuestro impulso, elevarnos, estimular en nosotros el amor [a Dios], inflamarnos, aguijonear el deseo y suplicar. El amor debe ser forzado por nosotros. Si uno no puede hablar, que piense y desee, y diga con san Agustín: “Señor, me mandaste que te amara ‘*con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente*’¹⁶⁹. Concédeme amarte ante todo y por encima de todo”. Pero si uno se siente tan torpe que no puede expresarlo con el pensamiento, que lo haga al menos con la boca. [Desgraciadamente,] no actúan así quienes se entregan a la quietud sin experiencia alguna, como si todo estuviera ya hecho, y no tienen este amor [a Dios].

Viene después el *amor languideciente* y, finalmente, en cuarto lugar, el *amor delirante*.

¹⁶⁸ Jn 5,35.

¹⁶⁹ Dt 6,5.

[Por desgracia,] ahora, amados hijos, el amor está en decadencia y la razón ha sido exaltada. Nunca antes como ahora los hombres han tenido tanta inteligencia y sagacidad para comprar y vender.

El *amor delirante* es comparado con una lámpara. Quien lo posee, siente su calor con tal intensidad que apenas puede contenerse y se lanza impulsivamente en busca del Amor [divino], sin saber que ya lo tiene. El amor [delirante] le consume entonces la sangre y la médula de los huesos. [...]

Pero cuando este *amor delirante* invade al hombre, toda actividad humana desaparece. Entonces, Dios expresa en el hombre una Palabra [o un Verbo] que es mucho más noble y más útil que cien mil palabras de los hombres. Sobre esto dice Dionisio Areopagita:

“Cuando el Verbo eterno es expresado en el fondo del alma, [...] entonces el fondo se hace uno con el Verbo y es lo mismo en el Verbo, pero el fondo permanece siendo siempre una criatura según su esencia”.

Esto lo atestigua nuestro Señor Jesucristo, cuando dice: “*Padre, quiero que sean uno, como nosotros somos uno*”¹⁷⁰, y cuando dice a san Agustín: “Tú serás cambiado en Mí”¹⁷¹. Hijos míos, hasta aquí no hay otro modo de llegar sino por la vía del amor».

El Amor de Dios: la experiencia de la consolación

SERMÓN 11,6

«Al fin, cuando el ciervo ha vencido a todos los perros, busca un arroyo o una fuente donde hunde su hocico hasta el fondo y bebe cuanto desea a plena voluntad. Así actúa también nuestro hombre interior. Apoyado en la gracia de Dios, vence a los perros grandes y pequeños, es decir, los pecados leves y graves, y, sediento, acude a Dios con plena confianza. Entonces bebe con avidez hasta la ebriedad, y se llena tanto de Dios que, en un estado de gozo extraordinario y exaltación del espíritu, llega a olvidarse de sí mismo. En esos momen-

¹⁷⁰ Jn 17,11.

¹⁷¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, VII,10,16.

tos se ve capaz de soportar cualquier dificultad, incluso de pasar a través del agua, del fuego y hasta de mil espadas, no ya de buen grado, sino con alegría. No teme la vida ni la muerte, la prosperidad ni la adversidad. ¿De dónde le viene esto sino de haber sido embriagado por el Amor de Dios?

Este gozo que tales personas sienten en su interior se llama justamente “júbilo”. A impulsos de semejante gozo, unas veces lloran, otras rompen a reír, otras incluso cantan. Los sabios de este mundo, inflados por el saber que hincha y movidos de la mera curiosidad, aunque están dotados de una inteligencia admirable, como no han tenido esta experiencia, no pueden comprender las maravillas que Dios hace en sus santos y elegidos, recipientes de su misericordia. No tienen otro modo de conocimiento que el que les otorga la naturaleza. Por eso, en cuanto observan algo raro o desacostumbrado en los amigos de Dios, dicen como estupefactos: “¿A qué viene ese proceder tan raro e inusual?”. Pues bien, esto es obra, sin duda, de esa ebriedad espiritual que desconocen los curiosos y eruditos.

Después, embriagados de amor e inundados de un gozo inefable, [esos amigos de Dios] afrontan cualquier situación con una alegría desbordante, de manera que todo lo que les sucede, sea el éxito o el fracaso, lo reciben siempre con paz y alegría. El carbón incandescente del Amor de Dios, encendido en sus corazones, bulle en ellos como agua hirviendo, les proporciona consuelo y les hace abrasarse de gozo y alegría».

LA HUMILDAD PERFECTA

A los *perfectos* no se les distingue por su modo de hablar o de vestir, sino por su perfecta humildad.

SERMÓN 48,9

«Así pues, el hombre debe, ante todo, sumergirse y establecerse en su nada. Cuando ha llegado al grado más alto de perfección, entonces le será especialmente necesario bajar a su fondo más profundo y a la raíz misma de la verdadera humildad. Como la rama más alta del árbol nace de la raíz más profunda, así toda la elevación de esta

vida procede del fondo de la humildad. Por esto, ese publicano, al reconocerse, en su más profunda bajeza, indigno de elevar los ojos al cielo, ha sido ensalzado: “*Bajó justificado a su casa*”¹⁷²».

LA PAZ PERFECTA QUE VIENE DE DIOS

Más arriba veíamos que santa Teresa prefería tener presente en su memoria la humanidad de Cristo para recogerse, en lugar de silenciar su mente. En cambio, una vez que llega a la «séptima morada», es decir, a la unión con Dios, lo que siente es un absoluto silencio:

«...ansí en este templo de Dios, en esta Morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento, que el Señor que le crió le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa, porque aunque a tiempos se pierde esta vista y no le dejan mirar, es poquísimo intervalo, porque, a mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas»¹⁷³.

Curiosamente, si bien Taulero nos anima mucho a silenciar nuestro interior para progresar en el recogimiento y alcanzar la unión con Dios, cuando nos habla de lo que se experimenta al haberla alcanzado, en lugar del silencio nos habla de la paz perfecta.

Es como si para Taulero el silencio fuese un ejercicio ascético que nosotros practicamos para acallar nuestra mente. En cambio, cuando habla sobre la paz, distingue entre la *paz humana* (*apatheia*) que tenemos que esforzarnos en generar dentro de nosotros, como hemos visto anteriormente, y la *Paz divina*, que disfrutamos cuando –con ayuda de la gracia divina– alcanzamos la unión con Dios. Pues bien, a continuación nos habla de esta Paz:

¹⁷² Lc 18,14.

¹⁷³ *Séptimas Moradas*, 3.

SERMÓN 71,8

«En sexto lugar, se dice: *“Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios”*».

Quienes gozan de una Paz [divina¹⁷⁴ y] verdadera son hombres muy amorosos y nadie puede arrebatarnos esta Paz suya ni en el tiempo ni en la eternidad, porque han rendido completamente su voluntad al beneplácito de Dios, en la prosperidad y en la adversidad, en la alegría y en la tristeza, en el tiempo y en la eternidad. Su vida y su actividad están completamente en Dios y, por tanto, no viven ni obran al modo humano, sino divino y sobrenatural. Además, están bautizados en el poder del Padre, en la sabiduría del Hijo y en el dulce amor del Espíritu Santo, y están tan impregnados de ellos que nadie puede quitarles la Paz.

Estas [tres] nobles Personas de la Divinidad los han penetrado tan profundamente, que, si fuera necesario, [los pacíficos] podrían gobernar un país con su Paz y satisfacer a todos los que viven en él. Pues la eterna Sabiduría, que fluye por ellos, los ha inundado con su Luz y su Amor, y, de ser posible, saldrían de sí mismos y se derramarían y desbordarían, interior y exteriormente, por amor a su prójimo. Dondequiera se les examine, no se encuentra en ellos más que Paz y Amor.

Son pacíficos de corazón porque están tan poseídos de aquella *“Paz [de Dios] que supera todo entendimiento”*¹⁷⁵, que nadie puede quitársela. Con razón se les llama *“hijos de Dios”*, pues lo que Este tiene por naturaleza, a ellos se les confiere por gracia. En verdad, nacen en Dios y del Corazón de Dios, pues esa Paz no puede nacer en otro lugar, ni en las propias iniciativas ni en cosa alguna exterior».

LAS EDADES DE LA PERFECCIÓN

Taulero le da mucha importancia a la madurez que nos da el paso del tiempo. Él sitúa en los cuarenta años de edad el momento en el que el creyente que ha seguido

¹⁷⁴ Así lo dice Taulero algo más abajo en el mismo texto.

¹⁷⁵ Fil 4,7.

adecuadamente su camino espiritual recibe la «Paz perfecta» que viene de Dios, alcanzando así la perfección espiritual. Pero aún tienen que pasar otros diez años para que esa persona reciba del Espíritu Santo «toda verdad», lo cual podríamos definir como «Sabiduría perfecta».

Podemos suponer que esto lo descubrió Taulero por propia experiencia y conversando u observando a otras personas que alcanzaron la perfección espiritual. Obviamente, es preciso relativizar estas cifras, pues los cuarenta y los cincuenta años de edad de hace seis siglos no son los de ahora, pues las circunstancias han cambiado mucho.

SERMÓN 19,6

«Cuando el Salvador del género humano vivía en la tierra en compañía de sus discípulos, estos sentían tal apego a la humanidad del Señor, que por amor a ella no podían unirse a su Divinidad. Por eso les dijo: *“Os conviene que me vaya; pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros”*¹⁷⁶. Una vez muerto el Señor, aún tuvieron que esperar cuarenta días hasta su Ascensión al Cielo, adonde llevó consigo las almas de sus discípulos para hacerlas completamente “celestiales”. Después, todavía hubieron de aguardar diez días a la llegada del Espíritu Santo, verdadero Paráclito. Y lo que para sus discípulos fueron días, para nosotros son años, [pues] a quienes debían ser el fundamento de la Iglesia, un año se les contó como un día.

Ciertamente, el hombre, haga lo que haga, no alcanzará la verdadera paz ni se hará esencialmente “celestial” hasta que no cumpla los cuarenta años. Antes de esa edad, el hombre es inestable y cambiante, [pues] la naturaleza le empuja de un lado a otro. Hay muchas ocasiones en las que, cuando cree estar buscando a Dios, es la naturaleza la que lo domina. Por esta causa, hasta dicha edad no puede el hombre llegar a la verdadera paz deífica ni hacerse “celestial”, a no ser que la gracia divina se lo conceda, cosa que ha sucedido a muchos. Después, cuando el hombre ya ha cumplido los cuarenta años, aún

¹⁷⁶ Jn 16,7.

deberá aguardar otros diez antes de que el Espíritu Santo, Espíritu que enseña toda verdad¹⁷⁷, le sea infundido de lo alto.

Así ocurrió con los discípulos, quienes, tras la Ascensión del Señor, hubieron de esperar aún diez días, después de haberse preparado durante varios años viviendo con Cristo, sufriendo y dejándolo todo por Él. [Así] se habían preparado del modo más excelente: abandonando [o renunciando] a Aquel a quien amaban por encima de todas las cosas y por cuyo amor habían renunciado a todo. Además, el Señor se había llevado consigo al Cielo todo el espíritu, toda el alma, todo el corazón y todo el amor de sus discípulos, para que así todo su pensamiento, todo su amor, todo su corazón y toda su alma estuviesen allí en Él y con Él.

[Pues bien,] tras esta excelente preparación, todavía tuvieron que esperar diez días antes de recibir el Espíritu Santo que Cristo les había prometido. Según la Escritura, se encontraban encerrados, reunidos, unánimes y en actitud de espera¹⁷⁸. Esto es lo que debe hacer todo hombre: una vez llegado a los cuarenta años, cuando ha empezado a ser más firme y ya se ha hecho «celestial» y «divino», con una naturaleza en cierto modo ya dominada y estable, aún le faltan diez años antes de que pueda recibir del modo más excelente el Espíritu Santo, Espíritu que enseña toda verdad.

En esos diez años en que la naturaleza ya está sometida, el hombre comienza a ser “divino” y “espiritual”, y ha de recogerse interiormente, sumergirse y fundirse en el puro y sumo Bien, Dios todopoderoso, por medio de la *chispa interior de su alma* [es decir, el centro del ser, donde la persona es imagen de Dios], la cual restituye todas las cosas a su punto de partida, y ella misma, a su vez, refluye [o retorna] a su Principio y Origen, Dios, de donde ha emanado.

[Tened por seguro que,] donde este reflujo se hace de un modo perfecto, todas las deudas quedan enteramente saldadas, aunque fueran todas las que existen desde el principio del mundo. Allí se in-

¹⁷⁷ Cf. Jn 16,13.

¹⁷⁸ Cf. Hch 2,1.

funde toda gracia y toda felicidad, y el mismo hombre al fin es “divinizado”.

Tales hombres son columnas del mundo entero y de la santa Iglesia».

Para profundizar en el tema de la unión con Dios: *Sermón 73*.

6. LAS BUENAS OBRAS

Del Evangelio según san Juan:

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en Mí y Yo en él, ese da fruto abundante; porque sin Mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en Mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante»¹⁷⁹.

Hay importantes corrientes cristianas de espiritualidad que, sin negar el papel fundamental que la caridad tiene en la vida de todo creyente, sitúan en la contemplación de Dios o en la unión con Él el último paso de su camino espiritual. Sin embargo, en la espiritualidad dominicana eso no es así. Santo Tomás considera que, tras contemplar a Dios, debemos dar caritativamente a los demás lo que hemos recibido de Él. Es uno de los lemas de la Orden de Predicadores: «contemplar y dar lo contemplado»¹⁸⁰. Por eso el último paso del camino de la mística renana consiste en *hacer el bien*.

AMAMOS A DIOS LO QUE AMAMOS AL PRÓJIMO

De esto habla mucho santa Catalina, pues ella se vio llamada por Dios a la vida activa: visitando enfermos y presos, ayudando a familias pobres, realizando misiones diplomáticas, acompañando espiritualmente, dirigiendo misiones populares y escribiendo cartas. En una de ellas, dirigida a fray Justo, prior de Monte Oliveto, dice:

¹⁷⁹ Jn 15,5-8.

¹⁸⁰ TOMÁS DE AQUINO, STh II-II, 188, 5.

«Ved, pues, querido padre, que la sangre derramada por Cristo nos evidencia su inefable amor, que ha dado esa sangre por amor y que con ese amor pide de beber. En efecto, el que ama pide ser amado y servido. El que ama debe ser amado. Por eso, el alma del creyente da de beber a su crucificado Creador cuando le da amor por amor.

Pero no se lo puede dar prestándole un servicio a Él directamente, sino por medio del prójimo. Por eso, el alma se entrega con tanta diligencia a servir al prójimo. Piensa en qué agrada a Dios y entonces se ejercita más en el prójimo y en todos los demás servicios que agradan a nuestro Salvador: como sacar un alma de las manos del demonio, apartarla de la sociedad y de la boca de la vanidad del mundo y conducirla hacia el santo estado religioso. No se trata sólo de abandonarlo todo y renunciar a sí mismo cuando viene con ardiente deseo de Dios, sino de exponerse a la muerte del cuerpo por ayudar a las almas»¹⁸¹.

SERMÓN 76,3

«La caridad fraterna [o exterior] debe estar presente en todo lo que hacemos, cuanto sea posible a cada uno. Y debe crecer y aumentar, pues solo a partir de ella sabrás cómo es tu caridad interior, que está orientada a Dios, nuestro Origen.

Aquí necesitamos mucho conocimiento para actuar adecuadamente en ambas obras, la interior y la exterior. Esto es lo que dice el Apóstol: *“Os ruego que vuestro amor abunde más y más”*, pues la primera caridad [la interior] está embarazada y de ella nace la segunda [la exterior], si su ejercicio está presidido por el conocimiento».

¹⁸¹ Carta 8.

EL BUEN OBRAR

SERMÓN 13,6

«En cuanto a lo que sigue, “*el buen obrar de los gentiles*”, está claro que estos no tuvieron norma alguna, ni prescripciones de santidad, ni Ley, como sí las tuvo antes el pueblo judío, sino que recibieron gracia sobre gracia sin mérito alguno de su parte. Los judíos se apoyaban en sus propias obras más de lo razonable, y establecieron diferentes ceremonias, ritos, preceptos y formalidades legales. En cambio, los gentiles no tenían nada en que apoyarse salvo la gracia y la misericordia de Dios. Así serán las buenas obras de los amigos de Dios: apoyarse únicamente en la gracia y en la inmensa misericordia de Dios, desear y recibir la gracia de la sola bondad divina y no magnificar su [propia] preparación, sus [propias] disposiciones o sus [propios] méritos.

Por esto, es muy de lamentar que muchos, como los judíos, se apoyen excesivamente en sus propias normas y obras, con vana auto-complacencia, de manera que dan por perdido todo lo que no hayan hecho ellos mismos. No confían en Dios ni en hombre alguno, ni se atreven a acercarse a Dios. Y así, ocultamente, edifican sobre la voluntad propia todas sus obras y prácticas personales.

Desde luego, no quiero decir que las buenas obras hayan de ser menospreciadas; es más, debemos ejercitarnos siempre en ellas. Solo digo que no se ha de confiar excesivamente en nuestras obras, ni tampoco presumir de ellas como hacen muchos, que se creen completamente seguros después de castigar la carne muchos años con cilicios y cadenas, entregarse a ayunos, vigiliass y oraciones, y vivir cuarenta años en la pobreza y la privación. Estos se forman un alto concepto de sí mismos y creen que por estas prácticas tienen libre acceso a Dios.

Y no pongo en duda que todas estas cosas son buenas y que deben ser practicadas y deseadas por los cristianos. Sin embargo, aunque uno solo hubiese hecho todas las obras de todos los hombres, en su fondo deberá estar tan desnudo de todas ellas –en lo que atañe a su propia reputación y a la excesiva estima recibida de los demás– como si nada bueno hubiese hecho. [Así] recibirá gracia sobre gracia de la inmensa misericordia de Dios, sin atribuir mérito alguno a la preparación [propia] personal. Este es “*el buen obrar de los gentiles*”».

Cómo podemos obrar bien

SERMÓN 45,7

«Ahora, si os apetece escucharme, os mostraré cuatro puntos que, si uno se esfuerza en observarlos, la corrupción jamás tocará sus obras.

El primero es que el hombre debe *considerar sus obras carentes de valor* y hacerlas todas, tanto las interiores como las exteriores, con tal disposición de ánimo que no aspire a recibir nada [a cambio] de ellas, salvo a Dios, amándolo y buscándolo a Él solo, y ha de alegrarse cuando estas obras son agradables y preciosas a los ojos de Dios. Y si no lo son, esté seguro de que las ha hecho en vano porque no ha buscado en ellas únicamente la alabanza y el amor a Dios.

El segundo es tener un *ánimo infinitamente humilde y obediente*, no solo con respecto a Dios, sino también con respecto a todos los hombres, desde el más pequeño al más importante, como hacía el venerable maestro [santo] Tomás de Aquino. De él se lee que, en cierta ocasión, estando en el convento de Bolonia y encontrándose en el claustro, como solía, entregado a la contemplación, un hermano de otro convento, que no conocía al maestro, se acercó a él, previo permiso del prior, para pedirle que le acompañara a la ciudad a realizar cierta gestión. Así le habló: “Querido hermano, el prior manda que me acompañes”. El maestro, inclinando la cabeza, le obedeció de inmediato. Pero al no poder seguir a aquel hermano con igual rapidez y al reprenderle este continuamente, se excusaba con humildad. Más tarde, al enterarse por otros de quién era aquel insigne fraile, el hermano le pidió perdón. Así es como debemos actuar nosotros, con una profunda humildad ante todos.

El tercero es que, anclado en una humildad profundísima, debe *mantener constantemente la consciencia de su propia nada*, que es lo único que tiene como propio, y vivir abismado en ella. Pues si tiene alguna otra cosa fuera de esa nada, eso no le pertenece en absoluto. Todas sus obras y todos sus actos, en cuanto que son suyos, ha de tenerlos por corrompidos, y a sí mismo [tenerse] en el mismo concepto. En este sentido, cierto hermano de nuestra Orden, un hombre santo –por quien el Señor, a causa de su [santidad de] vida, se dignó hacer mu-

chos prodigios y signos—, estando a mi lado en el coro, me decía desde el fondo de su corazón: “Ten por cierto que soy el pecador más grande y vil del mundo entero”. [Pues bien,] esto es lo que debe sentir el hombre de sí mismo y confesarlo sinceramente, porque si Dios hubiera concedido al peor de los pecadores tantos bienes como me entregó a mí, [ese pecador] podría haberse convertido en un gran santo. Cuantos tienen verdaderamente este fondo de humildad, jamás juzgan a nadie ni las obras de nadie. Y si presencian una acción claramente mala, ponen de inmediato ante sus ojos su propia debilidad y así se abstienen de juzgarla.

El cuarto es que el hombre debe seguir siempre *prácticas humildes y temer los ocultos juicios de Dios*, pero no como quienes se desesperan, sino como un amigo sincero que se preocupa de no ofender a su amigo.

Estos cuatro puntos los describió san Bernardo. Quiero que sepáis que, quien no se esfuerce en cumplirlos, aunque haga tantas obras buenas como el mundo entero podría hacer, todas ellas, con absoluta seguridad, estarán invadidas por la corrupción».

La acción del Espíritu Santo

SERMÓN 25,6

«No hay que pensar que para recibir al Espíritu Santo sea necesario dejar todas las buenas obras exteriores, especialmente las de obediencia y caridad, como cantar, recitar salmos, leer, servir a los hermanos y cosas semejantes, como si fueran obstáculos al Espíritu Santo. No hay que descuidar estas cosas.

El que ama a Dios y lo busca sinceramente, todo lo que tenga que hacer por mandato divino, lo hará para gloria de Dios, por amor, con una bondad apacible y un abandono tranquilo, por su propia paz y la del prójimo. Pues, como se ha dicho en otro lugar, no son las obras el obstáculo, sino nuestro desorden».

ORAR CARITATIVAMENTE

Dado que Taulero predica a monjas dominicas, las cuales no han sido llamadas por Dios a salir de su monasterio para atender enfermos o para visitar a familias pobres, sino a orar por toda la humanidad, cuando Taulero les anima a dar caritativamente lo que reciben de Dios en su corazón, les habla de la oración de intercesión.

SERMÓN 48,9

«Ante todo, amadísimos, procurad ejercitaros en la caridad actual, que tiene un fruto y una utilidad mayor de lo que puede expresarse.

Debéis estar enormemente agradecidos a Dios por los innumerables y múltiples beneficios que os ha hecho a vosotros, a todos los hombres y a los ángeles.

Emplead todas vuestras facultades en la contemplación de los signos máximos del Amor que Dios se dignó mostrarnos de tantas maneras, en sus obras en general y, en particular, a cada uno de nosotros en su vida y pasión. Y, por el contrario, dirigid la mirada a vuestra propia maldad e indignidad, a vuestra propia nada. Al mismo tiempo, contemplad el cielo y la tierra, y todo lo que contienen, e invítadles a dar gracias y alabar a Dios junto con vosotros, ya que vosotros mismos no podéis hacerlo dignamente.

Presentad aquí, con una simple mirada, a toda la cristiandad, tanto a los vivos como a los muertos, sobre todo a aquellos por quienes deseáis orar de una forma especial, y ofrecedlos a todos con íntimo afecto y deseo, en un amor especial a la vida y pasión de Cristo, siempre con una simple mirada, como vemos a mil personas de un solo vistazo».

LA CONTEMPLACIÓN EN LA ACCIÓN

Como puede verse claramente por el título que hemos dado a este apartado, nos adentramos en un tema

fundamental de la espiritualidad ignaciana. Vimos anteriormente que Taulero también trata sobre la *indiferencia* y en este mismo apartado veremos la importancia que le da a hacer todo por amor a Dios o, como diría el lema de la Compañía de Jesús: «*Ad maiorem Dei gloriam*» (Para mayor gloria de Dios). Así como la influencia de Taulero en san Juan de la Cruz es clara, pues éste leyó la traducción que Surio hizo de los sermones de Taulero, no parece que san Ignacio leyera a Taulero ni que recibiera alguna influencia de él. En todo caso, consideramos que este apartado puede ser muy enriquecedor para los que viven la espiritualidad ignaciana, pues Taulero la fundamenta muy bien.

SERMÓN 40,3-4

«Como he dicho, esta oración del espíritu es muy superior a la oración exterior, a menos que el hombre tenga tanta experiencia que pueda unir la oración exterior con la interior sin que la una entorpezca a la otra, aunando disfrute [de la oración mental] y acción [de la oración vocal]. Esto es propio de personas iluminadas y bien interiorizadas, en las que acción y disfrute se han unificado, y la una no es un impedimento para lo otro, como ocurre en Dios, en quien la acción más elevada y el disfrute más puro son una sola cosa sin obstáculo alguno.

La acción se atribuye a las [tres] Personas [divinas]; el disfrute, a la [única] Esencia simple [divina]. El Padre celestial, de acuerdo con su propiedad personal de Padre, es acción pura, cuando en el conocimiento de sí mismo engendra a su Hijo amado, y ambos, en inefable abrazo, exhalan al Espíritu Santo, que es el Amor que se tienen uno a otro. Esta es la acción eterna y esencial de las Personas. Pero, según su *aseidad* [pues Dios es la causa de su propia existencia¹⁸²] y su simplicidad de esencia, en Dios hay un disfrute quieto y simple de su Esencia divina. Y así, acción y disfrute en Él son uno.

¹⁸² En efecto, Dios tiene en sí mismo la causa de su existencia, frente al que existe *ab alio*, es decir, «por otro».

A semejanza de sí mismo, [Dios] ha hecho a todas las criaturas activas: el cielo, el sol, las estrellas, y, muy por encima de todas las cosas, a los hombres y a los ángeles, cada una según su naturaleza. Y no hay hoja tan pequeña, ni florecilla, ni brizna de hierba sobre las que no actúen el cielo inmenso, el sol, las estrellas y la luna, y, sobre todo, Dios por sí mismo.

Siendo esto así, ¿cómo no va a ser activo el hombre, criatura más noble, hecha a imagen de Dios, creado en Dios según sus facultades y semejante a Él en cuanto a su esencia? La criatura racional tiene que ser activa en modo mucho más noble que las criaturas irracionales, como el cielo. Por esta razón, el hombre debe imitar aquí la semejanza que él tiene con su Creador, de manera que, con las facultades superiores [o incorpóreas] y las inferiores [o corpóreas¹⁸³], se entregue a la acción al mismo tiempo que a la contemplación. Cuando hace esto, es activo; y podrá actuar fácilmente sobre cualesquiera objetos que se le presenten, sean divinos o creados, de acuerdo con la naturaleza de estos y según se le muestren. Cuando el hombre tiene a Dios por único objeto y da la espalda a lo temporal, hace todas sus obras verdaderamente divinas».

La sabiduría interior que guía la acción exterior

SERMÓN 40,6

«Pero retomemos ahora el discurso donde lo dejamos. Decíamos que, gracias a su semejanza con Dios, el ser humano es capaz de acción y disfrute al mismo tiempo. Esto ocurre cuando el hombre interior se une a Dios inmutablemente por medio de una atención pura, íntima y perfecta. Esta atención interior es tan diferente de la exterior, con la que buscamos a Dios fuera de nosotros, como lo es correr de estar sentado. Se trata de una mirada consciente, íntima e intuitiva. En ella, el hombre goza en su interior, y desde ese disfrute es capaz de volverse a Dios o de atender cualquier asunto que le reclame exteriormente. Es capaz de ver, de una sola mirada, su interior y todo lo que sucede fuera de él. Es como un maestro que tiene a su cargo a muchos oficiales y operarios, a quienes prescribe ciertas reglas según

¹⁸³ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 10 y 11.

las cuales han de realizar lo que se les encomiende. En realidad, él no hace nada y rara vez va al taller. Sin embargo, sus operarios le llaman “maestro” por su condición de jefe de obras, por su preparación y competencia, como si todo lo que ellos han hecho se atribuyese solo a él. Y, en verdad, puesto que es él quien dirige y determina cómo se ha de hacer todo, la obra es más suya que de los operarios.

Así es como el hombre interior e iluminado goza en lo más íntimo de su alma, y por la luz de la razón ve, de una sola mirada, todas sus facultades exteriores y les indica lo que tienen que hacer. Interiormente, está abismado y como fundido en Dios, en una unión gozosa con Él, y conserva esa libertad sin que su acción se vea obstaculizada. Toda la actividad exterior está al servicio de esta obra interior, y no hay obra, por pequeña que sea, que no le sirva, con tal de que sea verdaderamente buena».

Obrar por amor a Dios

Lo que nos van a expresar a continuación el Maestro Eckhart y san Pablo puede ayudarnos a entender la importancia que tiene actuar por amor a Dios (o *para mayor gloria de Dios*). Esto dice Eckhart:

«La gente no debería pensar tanto en lo que tiene que hacer; por el contrario, debería preguntarse lo que podría ser. Pues, si fueran buenos, si tuvieran el modo de ser adecuado, sus obras podrían irradiar mucho. Si eres justo, también son justas tus obras.

No pienses que la santidad se asienta en las obras; la santidad se ha de fundamentar en el ser, pues las obras no nos santifican, sino que somos nosotros los que hemos de santificar las obras.

Por muy santas que sean nuestras obras, no nos santifican en absoluto en cuanto obras. Es más, en la medida en que seamos santos y tengamos el ser [santo], santificaremos en esa medida todas nuestras obras, ya sea comer, dormir, estar en vigilia o hacer cualquier otra cosa. Y aquellos que no tienen

grande el ser, por mucho que hagan, no llegan a sacar [provecho de] nada.

Por lo tanto, date cuenta de que todo el esfuerzo debe consistir en ser buenos, no tanto por lo que hacemos ni por el tipo de obra que realizamos, sino en cómo es el fondo de nuestras obras»¹⁸⁴.

Esta lección de Eckhart está estrechamente relacionada con el *Himno al Amor* de san Pablo:

«Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría...»¹⁸⁵.

SERMÓN 47,3

«A una persona de vida espiritual debería avergonzarle el haber hecho sus obras de forma descuidada y con poca pureza, y que se oiga decir que ello le causa remordimientos. En efecto, eso demostraría que no había hecho aquellas obras [pensando] en Dios, ni con intención pura, ni por verdadero amor a Dios, ni para provecho del prójimo.

Pero si tú quieres saber si has tenido a Dios como única meta de tus obras, observa si te procuran paz o no. Nuestro Señor no reprendía a Marta por sus obras, que eran buenas y santas, sino por su excesiva preocupación¹⁸⁶. Por eso, cuando a alguien se le presente la ocasión de realizar buenas obras, debe echar toda su preocupación en Dios y hacerlas con cuidado y gran prudencia, en silencio, en pro-

¹⁸⁴ *Conversaciones de discernimiento*, 4. Texto tomado de: BARA-COS, *Dios en ti* (o.c.), p. 51.

¹⁸⁵ 1Cor 13,1-3.

¹⁸⁶ Cf. Lc 10,38-42.

fundo recogimiento, procurando tener a Dios presente en ellas. Con el espíritu abismado en Dios, ha de observarse a sí mismo y prestar atención a qué es lo que le mueve a realizar tales obras.

Asimismo, el hombre ha de ser especialmente cuidadoso en la tarea de la escucha interior, atento a las inspiraciones del Espíritu Santo, que unas veces le moverá a la acción y otras a la contemplación. Pero en ambos casos debe actuar siempre siguiendo las indicaciones del Espíritu Santo, y así hará sus obras dulce y apaciblemente. Si en un convento vive un anciano enfermo y débil, que no puede valerse por sí mismo, todos los demás deben ponerse a su servicio y han de ser voluntariamente los primeros en ser caritativos con él. Así, uno podrá llevar las cargas del otro.

Pero quienes pueden hacerlo, porque Dios les ha dado facultades para ello, y no quieren, estén seguros de que Dios les quitará esa facultad, la virtud y la gracia, y se las dará a otros que quieran y puedan cumplir su voluntad. Y si en el curso de tu actividad sientes el toque interior de Dios, observa atentamente esa moción sin interrumpir lo que estés haciendo y aprende a tener a Dios [presente] en tus obras y a no dejarlo inmediatamente después de haberlas acabado».

La caridad es lo más importante

SERMÓN 70,7

«Y si este hombre, por disposición divina, tiene que dejar esa obra tan noble y elevada [del recogimiento] para atender a un enfermo –por ejemplo, preparándole una tisana–, debe hacerlo con gran paz.

[Del mismo modo,] si yo me encontrara disfrutando de esa experiencia [de recogimiento] y me viera obligado a abandonar dicha obra [interior], que es tan elevada, para predicar o para realizar cualquier otra obra exterior, podría ocurrir que Dios, en esa actividad exterior, no solo se me hiciera más presente, sino que también obrara bienes mayores que en ese estado de sublime contemplación.

En consecuencia, estos hombres nobles, cuando se han ejercitado bien en este recogimiento interior, durante la noche y un rato

también por la mañana, deben cumplir en paz con sus obligaciones, según Dios lo haya dispuesto para cada uno. Durante sus obligaciones, estarán atentos a Dios, seguros de que Él dispensará mayores beneficios en estas obras externas que en la contemplación.

Así pues, esto es lo que dice el Apóstol: que trabajemos con nuestras manos *“lo que es bueno”*¹⁸⁷, para nosotros mismos y para nuestro prójimo, en el modo en que cada uno lo necesite».

Para profundizar en el tema de la buenas obras: *Sermón 7*.

¹⁸⁷ Ef 4,28.

OTROS ELEMENTOS FUNDAMENTALES

Además de los seis pasos espirituales que acabamos de ver, Taulero habla en sus sermones de muchos otros temas que nosotros hemos sintetizado así: la oración, la maduración espiritual, el seguimiento de Cristo, la vocación, los amigos de Dios, las virtudes, el amor, la ascesis, la lucha contra las tentaciones, el pecado y la Eucaristía.

LA ORACIÓN

De la carta de san Pablo a los Colosenses:

«Sed constantes en la oración; que ella os mantenga en vela, dando gracias a Dios. Orad al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos dé ocasión de predicar, y de exponer el misterio de Cristo –por el cual estoy en la cárcel–. Pedid que lo exponga como es debido»¹⁸⁸.

Como es lógico, Taulero habla mucho sobre la oración, llegando a centrarse en asuntos muy prácticos como es, por ejemplo, el modo de orar al comenzar el día. También se detiene a explicar cuál ha de ser el contenido y la forma de una buena oración y las condiciones que han de darse para ello. La oración mental es uno de sus temas preferidos y explica cómo la oración vocal puede ayudarla. Dado que predica a monjas, habla varias veces sobre la oración de intercesión y explica por qué a veces nuestra oración no es atendida por Dios. También habla de otros tres tipos de oración: la oración devota, la oración de las lágrimas y la oración continua.

No trataremos aquí la *oración de recogimiento* porque Taulero ya nos habló de ella en 2. *La búsqueda*. Él lo considera el modo de orar más profundo e intenso.

SERMÓN 69,5

«En un sentido más íntimo, la oración es *el recogimiento unitivo del espíritu creado [del hombre] en el Espíritu increado de Dios en virtud de un designio determinado por Dios desde la eternidad*. Quienes oran así «son verdaderos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad»¹⁸⁹, y el Padre desea ser adorado por ellos, como dijo el Señor [a la mujer

¹⁸⁸ Col 4,2-4.

¹⁸⁹ Jn 4,23.

samaritana]. Estos reciben todo lo que piden y encuentran todo lo que buscan¹⁹⁰».

EL COMIENZO DE LA JORNADA

SERMÓN 79,3

«Hacia el amanecer [tras el Oficio de Laudes, durante el posterior ejercicio de recogimiento que se realiza en el coro de la iglesia] llega el sueño, reparador de las fuerzas de la naturaleza. En él la razón se purifica y se ordena, y el cerebro se fortalece. El hombre mismo se tranquiliza y se apacigua para todo el día, gracias al ejercicio interior por el que se ha unido a Dios, en quien, finalmente, todas sus obras pasan a estar ordenadas. Y cuando sus obras están bien ordenadas, conforme al modo de vida que se ha propuesto seguir, y el hombre ha echado raíces en las virtudes y se ha como “armado” de ellas, entonces, cuando llega el momento de actuar, todas sus obras se vuelven divinas y virtuosas.

Aunque es posible que, durante esta introversión, [el hombre] dormite un poco contra su voluntad, no debe inquietarse por ello, pues a menudo resulta más útil una introversión soñolienta que muchos ejercicios sensibles. Por tanto, [si da alguna cabezada,] empiece de nuevo, espabílese una y otra vez con una o dos genuflexiones, diciendo [como en el prefacio de la Misa]: “¡Levantemos el corazón! ”. Y tenga por cierto que cuantas más veces se vuelve a Dios tanto mayor será su deseo de Él.

Así pues, animado por esta fe y esta esperanza, [el hombre] debe dirigir hacia Dios su fondo interior, cantando con el profeta real [David]: “*Mi rostro te ha buscado; buscaré tu rostro, Señor, no apartes de mí tu rostro*”¹⁹¹. Vuelve así tu rostro y tu fondo desnudo hacia el rostro de Dios. Pues cuando el fondo sin nombre se muestra y se ofrece interiormente a Dios, después de ello, o al mismo tiempo, se le muestra y ofrece todo lo que en el hombre puede ser nombrado y responde a lo que es *en Dios*. A su vez, en ese fondo se muestra también al hombre lo que no tiene nombre y es desconocido *en Dios*, y junto con esto todo

¹⁹⁰ Cf. Mt 7,7-11.

¹⁹¹ Sal 27,8-9.

lo que *en Dios* se expresa con algún nombre. Todas estas cosas, insisto, se le manifiestan al hombre en el fondo íntimo del alma».

EL CONTENIDO Y LA FORMA DE LA ORACIÓN

SERMÓN 17,2

«Veamos ahora qué debemos orar y cómo hacerlo. Cuando nos disponemos a orar, ante todo debemos recoger la mente de su dispersión y apartar el espíritu de toda divagación, de todas las criaturas y de toda preocupación. Después, echándonos a los pies del Señor con verdadera y profunda humildad, debemos pedir sus generosas limosnas, golpear su Corazón dulce y paternal, y pedirle “pan”, es decir, verdadera caridad. En efecto, la [verdadera] caridad se recibe por medio del “pan” [que proviene del Corazón del Señor]. [Y así como] los alimentos del mundo, por caros que sean, no son útiles, ni agradables ni comestibles [si se comen] sin pan¹⁹², del mismo modo, ninguna acción agrada a Dios si se hace sin caridad.

Además, pidamos a Dios que nos enseñe a orar y nos haga comprender interiormente qué es lo que más le agrada en nuestra oración y ejercicios interiores, y qué es lo que más nos conviene. Entonces, las inspiraciones que se nos presenten al espíritu, ya sea sobre la muy gloriosa Trinidad, sobre la Esencia divina o sobre la pasión y las llagas del Salvador, esas son las que debemos meditar.

Respecto del modo de orar, por ofrecer alguna enseñanza, ha de saberse en primer lugar que no todos tienen la gracia de poder orar en espíritu, sino que muchos han de valerse de la oración vocal. Estos usan palabras llenas de amor y devoción con el fin de encender el corazón, en la medida de lo posible, en amor a Dios. Han de pedir a Dios, por medio de su Hijo unigénito, se digne dárselos como objeto [de la oración] del modo que le sea más grato. Estas personas deben elegir y seguir el modo que más estimule su devoción, o el que estimen más provechoso u oportuno, sea la meditación de los propios pecados y defectos o cualquier otro. Esto es buscar como el Señor nos manda: escudriñar la gratísima voluntad de Dios y examinar qué es

¹⁹² El pan era un elemento básico en la alimentación europea, y aún lo sigue siendo.

lo más conveniente a nuestra salvación, perseverando en ese empeño hasta el fin. Pues “*no será coronado* –dice el Apóstol– *sino el que ha luchado conforme a la Ley*”¹⁹³».

LAS CONDICIONES DE LA ORACIÓN PARA UNA PERSONA CONTEMPLATIVA

SERMÓN 40,1-2

«Todo el que se dispone a orar debe recoger sus sentidos exteriores y cuidarse de que el espíritu se vuelva a Dios del modo adecuado. Y al hacerlo así, el hombre puede recorrer tres grados [de desarrollo en su oración]: inferior, medio y superior.

Pero aquí sería muy útil que cada uno se diera cuenta de qué es lo que más le conviene y lo que más le estimula y le despierta a la verdadera devoción, para que [, así,] se ejercite en tal modo o en tal obra.

Quien desee iniciarse en la verdadera oración, de forma que merezca en verdad ser escuchado, debe renunciar a todo lo externo y temporal, a todo lo que no es divino, ya sean amigos o extraños, y a toda vanidad en los vestidos y en las joyas, y a todo aquello cuya verdadera causa no es Dios o no pertenece a Dios. Debe “circuncidar” también sus palabras, hábitos, gestos y costumbres de todo desorden interior y exterior. Así se dispondrá y preparará a la verdadera oración, a la cual nos exhorta el apóstol Pedro, diciendo: “*Sed unánimes en la oración*”, lo cual no es otra cosa que unir por completo la mente solo a Dios, y que el hombre tenga orientada a Dios la mirada de su fondo y de su mente, tanto como pueda.

Si todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios¹⁹⁴, ¿cómo nos vamos a negar a entregar de nuevo a Dios, con la introversión de nuestra mirada y de nuestra mente, todo lo que Él nos ha dado, para que el espíritu persevere así siempre indiviso y unánime? Por eso, el hombre debe ocuparse en dirigir todas sus facultades externas e internas a Dios y verterlas totalmente en Él.

¹⁹³ 2 Tim 2,5; cf. Mt 10,22.

¹⁹⁴ Cf. 1Cor 4,7.

Este es, justamente, el verdadero modo de orar. Nadie debe pensar que la verdadera oración consiste en rezar muchas oraciones vocales, en leer muchos salmos precipitadamente y a toda prisa, o en dar vueltas a las cuentas del rosario mientras nuestro corazón vaga de aquí para allá. Tened por cierto que todas las oraciones y todas las obras con las que entorpecemos la verdadera oración interior, sea cual fuere su nombre, por grandes y buenas que parezcan, deben ser dejadas de lado, excepto el rezo del Oficio de las Horas y de las otras oraciones a las que la santa Iglesia o las constituciones de la Orden obligan [a rezar a los religiosos]».

LA ORACIÓN MENTAL

SERMÓN 24,7

«Volvamos ahora a las palabras del apóstol Pedro: *“Hermanos, sed sobrios y velad”*. Y en otro lugar: *“Velad en oración, porque vuestro adversario, el diablo, da vueltas como león rugiente buscando a quien devorar”*. Nos exhorta a velar en oración. Pero ¿en qué clase de oración? ¿Debemos entender que se refiere a oraciones vocales, como, por ejemplo, leer muchos salmos? En absoluto. San Pedro no se refiere aquí principalmente a tales oraciones, sino a la oración mental, con la cual, según palabras de nuestro Señor Jesucristo, *“los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y verdad”*¹⁹⁵. A esta le conviene la definición dada por los Santos Padres: *“Oración es la elevación de la mente a Dios”*¹⁹⁶ [o la elevación del *espíritu* a Dios].

A veces, la oración vocal y la lectura ayudan a la oración mental y preparan a ella, de modo que pueden ser recomendables. Sin embargo, así como mi capa y mis otros vestidos me son muy útiles, pero yo no soy ellos, así también, aunque toda oración vocal sirve a la mental y le es útil, ella no es la verdadera oración definida por los Padres como *“elevación de la mente a Dios”*. [Sin embargo,] esta sí es la esencia de la verdadera oración: que la mente, con amor y deseo interior, se someta humildemente a Dios y sea llevada a Él sin mediación. Solamente esta es la verdadera oración.

¹⁹⁵ Jn 4,24.

¹⁹⁶ JUAN DAMASCENO, *De fide orthodoxa*, 1, III, cap. 24.

No obstante, los eclesiásticos y cuantos viven en conventos están obligados a ciertas oraciones vocales y al rezo del Oficio de las Horas. Pero ninguna oración vocal es tan devota ni está tan llena de amor como el Padrenuestro, que nuestro Señor Jesucristo, maestro y doctor supremo, nos enseñó y Él mismo empleó. Esta es la que más sirve a la oración mental, que, según hemos dicho, es la única oración verdadera y esencial».

LA ORACIÓN VOCAL AYUDA A LA ORACIÓN MENTAL

La oración vocal puede ser para algunas personas una buena ayuda para recogerse. Así lo dice santa Teresa:

«Será muy posible que estando rezando el Paternóster os ponga Dios en contemplación perfecta»¹⁹⁷.

Pero, dado que para otras personas la oración vocal puede resultar un estorbo, santo Tomás puntualiza este importante asunto en la *Suma Teológica*:

«La oración privada, en cambio, es aquella que, a título personal, ofrece cualquier orante por sí o por los demás. No es necesario que sea vocal. Pero, aun sin ser necesario, oramos en voz alta por tres razones. En primer lugar, para excitar la devoción interior con que nuestra mente se eleva hacia Dios. Y es que los signos exteriores, palabras u obras, son estímulos de la mente humana, no sólo en el orden del conocimiento, sino también, y como consecuencia, en el del afecto. A este propósito, escribe san Agustín, *Ad Probam*: Nos sirven de poderoso acicate las palabras y otros signos para acrecentar en nosotros el santo deseo.

Por tanto, en la oración privada hemos de usar de tales palabras y signos en la medida en que sean convenientes para excitar interiormente nuestro espíritu. Pero si nuestra mente se distrae por este ca-

¹⁹⁷ *Camino de perfección*, Escorial, 41,1.

mino, o de cualquier modo se siente impedida, habrá que prescindir de tales recursos. Esto acaece principalmente en personas cuyo espíritu, sin necesidad de estos signos, se encuentran suficientemente preparadas para la devoción. Por esto decía el salmista: *“Te dijo mi corazón”*¹⁹⁸. Y también leemos que Ana¹⁹⁹ hablaba en su corazón».

Sirva el testimonio de santa Teresa y santo Tomás para introducir lo que ahora nos dirá Taulero.

SERMÓN 40,2

«En ocasiones, alguna comunidad, por determinadas causas, se ve obligada a recitar largas oraciones vocales. En este caso uno puede preguntarse cómo debe comportarse un hombre [con una gran vivencia] interior, al que su oración vocal entorpece su oración mental. La respuesta es que debe hacer ambas a la vez.

¿De qué modo?, te preguntas. Así: recogido en lo más íntimo de sí mismo, debe entrar en su fondo interior con la mente elevada, con las facultades desplegadas, con la mirada interior vuelta a la presencia de Dios, con un íntimo deseo de la gratísima voluntad de Dios sobre todas las cosas, despegándose de sí mismo y de todas las criaturas, y abismándose allí cada vez más profundamente en la gloriosa voluntad de Dios. Y hasta aquí ha de llevar con él todas las intenciones que le hayan sido confiadas, rogando a Dios que su alabanza y su gloria redunden en provecho y consuelo de las personas que le han sido encomendadas. Y no le quepa duda de que una oración como esta es mucho más útil y mejor que haber pronunciado mil oraciones vocales.

Esta oración mental, que se pronuncia en el espíritu, es muy superior a toda oración vocal. El Padre busca, de hecho, personas que lo adoren así²⁰⁰. Toda oración exterior [o vocal] está al servicio de esta

¹⁹⁸ Sal 26,8.

¹⁹⁹ Cf. 1Re 1,13.

²⁰⁰ Cf. Jn 4,23.

oración mental; y si alguna no lo hace, debe ser dejada, pues todas las cosas deben servirle.

Pondré un ejemplo. En la construcción de una catedral hay diversos trabajos y diferentes modos [de trabajar]. Es posible que hasta más de cien hombres trabajen en la obra o presten distintos servicios: unos acarrean piedras, otros traen mortero y otros realizan otras tareas. Sin embargo, todos esos trabajos miran a este único fin: que el templo esté bellamente construido y llegue a ser casa de oración.

[En efecto,] todo se hace por la oración, y esos múltiples trabajos y tareas están a su servicio. Y si se hace la oración interior [o mental], es decir, la verdadera oración del espíritu, entonces todos los esfuerzos han sido útiles, todo ha funcionado a la perfección».

LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN EN EL RECOGIMIENTO

Veíamos anteriormente que las monjas dominicas pueden «dar lo contemplado» orando caritativamente por el bien de la humanidad. De eso nos va a hablar Taulero a continuación.

SERMÓN 24,7

«Este estado [de recogimiento] no puede compararse con el precedente [de preparación mediante oraciones vocales], pues aquí el hombre alcanza una vida [en cierto modo] deiforme y divina. El espíritu, fundiéndose por completo, se eleva sobre sí mismo y sobre todas las cosas, y es arrebatado hacia aquel ardiente fuego de Amor que es –natural y esencialmente– Dios mismo.

Los que han llegado a semejante estado atienden todas las necesidades de la cristiandad, profiriendo santas oraciones y fervorosas súplicas por cuantos Dios mismo quiere ser rogado: por todos sus amigos, por todos los pecadores, por todos los retenidos en el purgatorio. Así, alcanzan a todos con el afecto de su caridad y desean velar por las necesidades de cada hombre a lo largo de toda la cristiandad. No se ocupan solo de este o aquel, o de determinadas personas, sino que oran por todos, [y lo hacen] con simplicidad.

Por ejemplo: así como yo os contemplo a todos delante de mí con una sola mirada, así ellos llevan consigo todas las cosas al Abismo de la Divinidad, al fuego del Amor, [y lo hacen] por medio de la contemplación del Abismo y del fuego del Amor divino en el que ellos descansan. Y, a su vez, condensan el fuego de su amor sobre todos los afligidos y sobre cuantos se encuentran en estado de necesidad y miseria en toda la cristiandad. [Después,] se recogen de nuevo en aquel Silencio amoroso, oscuro y sosegado que está en el Abismo de la Divinidad.

Así entran y salen, y, sin embargo, siempre permanecen dentro, en el fondo amoroso y sosegado en el que está su vida entera y su esencia, toda su acción y movimiento. Dondequiera que estén, solo hay en ellos una vida totalmente deiforme. Todo su obrar y su no obrar, todos sus modos son absolutamente divinos. Estos son hombres verdaderamente nobles, utilísimos a toda la Iglesia. Aprovechan a todos y Dios los tiene por dignos de alabanza, siendo un verdadero consuelo para todos los hombres. En toda situación, Dios habita en ellos y ellos en Dios».

LA ORACIÓN NO ATENDIDA

SERMÓN 17,3

«Poco después, dice el Señor en el Evangelio: “¿Quién de vosotros que sea padre, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará en su lugar una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?”²⁰¹. Según una interpretación común, el “pan” simboliza el amor; el “pez” significa la fe sincera; y por medio del “huevo” se representa la certeza de nuestra esperanza. Después de estas palabras, el Señor concluye: “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan”²⁰². Esto es lo que había dicho poco antes: “Todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; al que llama, se le abrirá”. Y las palabras que ha pronunciado la misma Verdad con su boca siempre son ciertas.

²⁰¹ Lc 11,11-12.

²⁰² Lc 11,13.

Entonces, ¿cómo es que hay tantos que recitan cada día largas oraciones y, sin embargo, no merecen recibir ese pan de vida, siendo Dios omnipotente tan inefablemente pródigo y generoso que da y perdona tan de buen grado, y estando Él incomparablemente más dispuesto a dar que el hombre a recibir? ¿Por qué tantas y tan santas oraciones, el mismo Padrenuestro, la recitación de innumerables salmos, santas colectas²⁰³ y otras muchas plegarias, todas ellas enseñadas y escritas por inspiración del Espíritu Santo, no son escuchadas? Esto es sorprendente, pero tiene su explicación.

Te la voy a decir: un amor extraño ocupa sus corazones y el fondo de sus almas; su voluntad y atención no están orientadas al Creador, sino al vano atractivo de este mundo. Este amor ilícito y desordenado, con el que se aman sin medida a sí mismos o a cualesquiera otras criaturas insustanciales y efímeras, los tiene tan atrapados y ha contagiado de tal modo el fondo de su alma y sus corazones, que el Amor de Dios, verdadero pan del Cielo, no encuentra por dónde entrar en ellos, por muchas oraciones que reciten. Pues es cierta la sentencia de Hugo [de San Víctor] según la cual *es tan imposible para el hombre vivir sin amor como para el cuerpo subsistir sin el alma*. Por tanto, que cada uno, mirando en su propio interior, examine qué es lo que ama de manera especial y en qué cosas gusta ocuparse. Pues para que el Amor de Dios pueda entrar, es necesario que antes salga el ilícito amor a sí mismo, como san Agustín dijo: “Vacíate para que seas llenado”²⁰⁴».

LA ORACIÓN DEVOTA

SERMÓN 3,6

«De esta mirra, entonces, brota un noble tallito y una tierna ramita de excelente incienso, otro don ofrecido por los magos. Ciertamente, el aroma del incienso es muy agradable. Pues el fuego, al prender el grano de incienso, libera el perfume cautivo en él, y éste, esparcido por el aire y elevado hacia lo alto, desprende un aroma suave y

²⁰³ Oraciones que recita el sacerdote en la Misa antes de la epístola.

²⁰⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalmos*, in eundem Psalmum 30 enarratio II, sermo III, 11 [v.24].

agradable. Este fuego ardiente simboliza el amor a Dios que toda oración auténtica contiene en sí.

[Por otra parte,] la oración está simbolizada por el incienso cuando exhala y desprende el auténtico y grato aroma de la santa devoción. Pues la oración, según la definen los teólogos, es *la elevación del alma a Dios*²⁰⁵ [o la elevación del *espíritu* a Dios]. Así como la paja crece por el grano, y, sacudido éste, ya no resulta de ninguna utilidad, a no ser para hacer una cama o [mezclarlo con] estiércol, del mismo modo la oración vocal contribuye a que el hombre despierte a otra devoción más noble y, así, empiece a desprenderse en él ese aroma tan grato. Cuando este se exhala, hay que dejar sin duda la oración vocal. Aunque quedan excluidos quienes están sujetos a este tipo de plegarias por el precepto de la Iglesia o cualquier otra obligación, y también quienes sus confesores se las han impuesto».

LA ORACIÓN DE LAS LÁGRIMAS

La «oración de las lágrimas» era muy importante para los antiguos monjes y monjas del desierto. Era necesario experimentarla para madurar interiormente y consagrarse a Dios. Dice Evagrio Póntico:

«Pide, en primer lugar, el don de lágrimas, a fin de ablandar, por medio del arrepentimiento²⁰⁶, la dureza que hay en tu alma; y confesando contra ti tus pecados ante el Señor, te llegue de Él el perdón»²⁰⁷.

Esta oración consiste en sentir un puro y total arrepentimiento por los pecados cometidos. No se trata de sentir un poco de pena o un simple abatimiento. Cuando una persona llora, lo hace toda ella, pues participan, según el esquema antropológico de Taulero, su dimensión exterior (o animal), su dimensión racional y su dimensión espiritual. Dicho de otro modo, lloran al unísono nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro corazón.

²⁰⁵ Así la define santo Tomás de Aquino citando a san Juan Damasceno (cf. STh II-II, q. 83, a.1).

²⁰⁶ El texto original dice «compunción».

²⁰⁷ *Sobre la Oración*, c. 5; EVAGRIO PÓNTICO, o.c., p. 235.

SERMÓN 69,1

«Hijos míos, en el Evangelio del que se han tomado las palabras que acabáis de oír, nuestro Señor y Redentor nos enseña qué hay que hacer para que nuestro interior se convierta en casa de oración. Pues, como dice el Apóstol, *“vosotros sois templo santo de Dios”*²⁰⁸.

En primer lugar, hay que expulsar de este templo a “mercaderes” y “vendedores”, es decir, las imágenes, las fantasías, los placeres que proporcionan las criaturas y la voluntad propia. Hay que lavar el templo con lágrimas para purificarlo. Ciertamente, todos los templos, sea este en el que nos hallamos, los que hay en Roma o en cualquier otra parte, no son santos por el hecho de ser edificios, sino porque Dios habita en ellos. Así, el alma es el amoroso templo de Dios, donde Él mora realmente cuando toda fealdad ha sido eliminada y expulsada de él. Pues ¿cómo va a habitar Dios donde se piensa en Él una sola vez y cuarenta veces en cosas totalmente frívolas?

Ya hemos explicado quiénes son los mercaderes y vendedores, y cuál es su negocio: vivir en su voluntad propia, en los placeres y satisfacciones de las criaturas. Y está fuera de discusión que todo el que desee que Dios habite y obre en él tiene que expulsar de su alma todo obstáculo y toda fealdad, esto es, todo el amor y la satisfacción cuya mismísima causa no es Dios.

Si uno dijera que diez obstáculos dañan menos que uno solo, como por ejemplo que el trato [excesivamente] familiar, el amor y la amistad de diez personas hacen menos daño que el de una sola, sería tomado por tonto. Hasta un niño puede darse cuenta de ese error y de que es más fácil vencer y expulsar a uno que a diez.

Sin embargo, ha de saberse que diez vicios identificados y reconocidos como tales no son tan peligrosos y perjudiciales como uno solo que no es reconocido y tenido por vicio, y en el que se permanece de manera pertinaz y obstinada. Por tanto, debemos temer humildemente nuestros pecados ocultos. Si el hombre se postra humildemente ante la divina misericordia, reconociéndose y confesándose pecador, puede hallar fácil remedio a su mal. Pero si es pertinaz y no busca más que justificar [su conducta], nunca podrá aplicársele la me-

²⁰⁸ 1Cor 3,16.

dicina, como tampoco puede ayudarse fácilmente a quienes consideran que su vida es recta y justa.

En consecuencia, guardaos de esta actitud como del mismo infierno o de la muerte eterna. Si uno preguntara al hombre más santo del mundo si ha llorado [sus pecados] tanto como debiera, respondería, sin duda alguna, que de ninguna manera, sino que aún no había derramado la milésima parte de las lágrimas que debía y que acababa de empezar [a derramar]. Y si así piensan hombres muy santos, tened cuidado de vosotros mismos. Ya que los buenos piensan así de sí mismos, es decir, que no han hecho más que empezar a llorar, quizá alguien se pregunte si es que se ha de llorar siempre. Nuestra respuesta es: sí y no. [En cualquier caso,] nadie debe estar convencido de que ha superado ningún obstáculo, por pequeño que sea».

LA ORACIÓN CONTINUA

Esto dice santo Tomás en su *Suma Teológica* sobre la oración continua:

«Uno ora continuamente, o por la continuidad de su deseo [de Dios] [...]; o porque no omite la oración en los tiempos señalados; o por el efecto conseguido: ya en sí mismo, que después de orar se siente más devoto, ya en otras personas, cuando con sus beneficios las mueve a rogar por él, aun en aquel tiempo en que él deja de orar»²⁰⁹.

Apoyándose en santo Tomás, santa Catalina le habla así al cartujo fray Francisco Tebaldi sobre la oración continua:

«Toda persona está obligada a orar continuamente, que es el verdadero fuego y deseo asentado en la caridad con Dios y con el prójimo. El deseo ora siempre, es decir, el amor caritativo ora continuamente, en todo lugar y tiempo en que la persona se halle y en lo que realice. ¿Qué fruto recibe de ello?: una se-

²⁰⁹ STh II-II, 83,14. Los textos de la *Suma Teológica* los tomamos de: TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología* (5 vols.), BAC, Madrid 1988-1994.

rena tranquilidad dentro del alma, una voluntad acorde y sujeta a la razón, de modo que nada la turba»²¹⁰.

Sin embargo, para hablar de la oración continua, Taulero se apoya en el concepto de oración de san Juan Damasceno, que aparece en la *Suma Teológica* de santo Tomás, por ello afirma que *se ora continuamente cuando siempre tenemos nuestro espíritu elevado a Dios*.

SERMÓN 15.1,1

«También nosotros, amadísimos, si queremos gozar de la auténtica paz del corazón que nuestro Señor concedió a sus discípulos después de su gloriosa resurrección de entre los muertos, hemos de aprender a ejercitarnos en la oración continua, elevando a lo alto nuestra mente, nuestro corazón, todos los sentidos, nuestras manos y nuestras fuerzas, y, así, orar en Cristo, con Cristo y por Cristo. Esta fue la obra extraordinaria que Cristo hizo sobre la tierra: adorar a su Padre celestial. Esta oración sobrepasa por completo el entendimiento humano, y nadie puede llegar a entenderla salvo por iluminación del Espíritu Santo. San Agustín la define como *una elevación del alma a Dios*²¹¹ [o la elevación del *espíritu* a Dios]».

Para profundizar en el tema de la oración: *Sermón 79*.

²¹⁰ Carta 154.

²¹¹ Esta definición de la oración pertenece, en realidad, a Juan Damasceno: «La oración es la elevación de la mente a Dios, o la petición a Dios de los bienes convenientes», *De fide orthodoxa*, Lib. III, cap. 24.

LA MADURACIÓN ESPIRITUAL

De la carta de san Pablo a los Gálatas:

«Por eso también nosotros, desde que nos enteramos, no dejamos de orar por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esa manera vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, fortalecidos plenamente según el poder de su gloria para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz»²¹².

La maduración espiritual es el tema principal de los sermones de Taulero, pues su objetivo es el de ayudar a sus hermanas a crecer interiormente para alcanzar –con ayuda de la gracia divina– la perfección espiritual. En sus sermones están muy presentes los tres grados clásicos de madurez espiritual ideados por Orígenes de Alejandría: principiante, avanzado y perfecto²¹³. A su vez, él considera que hay seis grados de relación con Dios, distinguiendo entre los creyentes que pueden ser considerados verdaderos «hijos de Dios» y los que no lo son. Pero no solo describe los grados de maduración, también nos habla de la importancia que tiene el dejarse sanar pasivamente con el Amor que Dios nos da. Y, como es lógico, también habla del acompañamiento espiritual como ayuda fundamental para que el principiante avance en su camino interior.

²¹² Gal 1,9-12.

²¹³ Sobre este importante tema: Julián de COS, *Historia de la espiritualidad cristiana*, Salamanca 2019 (www.dominicos.org), pp. 52-54. Se puede descargar [aquí](#).

LOS TRES GRADOS DE MADUREZ ESPIRITUAL

SERMÓN 7,3

«Un primer grupo lo forman los *principiantes*, que van a ella por trabajos exteriores y ejercicios sensibles, guiándose según su propio criterio. Les basta con hacer grandes obras de penitencia, ayunar mucho, hacer prolongadas vigiliass y oraciones, sin prestar atención alguna al fondo de su corazón; no aspiran a la pureza interior, sino que se buscan a sí mismos en la satisfacción de sus deseos, en la prosperidad y la adversidad. De aquí se originan en ellos muchos juicios temerarios y pecados no leves, como son: soberbia, amargura, impetuosidad, irritabilidad, voluntad propia, tendencia a las discusiones y conflictos, y cosas semejantes a estas, que obstaculizan extraordinariamente la infusión de la gracia de Dios en ellos. Como todas estas cosas proceden de un fondo falso, estos han de vigilarlo con suma atención, procurando arrancarlo de raíz y subvertirlo antes de que ellos mismos o los prójimos sufran un daño a causa de él.

Un segundo grupo de los que van a la viña son los *avanzados*. Estos, como ya han despreciado los placeres sensuales y han vencido, con la ayuda de Dios, grandes defectos, han ascendido a un grado más alto. Sin embargo, les gusta darse a la meditación discursiva [es decir, a la meditación intelectual o racional], y en ella se encuentran tan a gusto que no se preocupan de progresar más ni de llegar a la suprema Verdad. Pues se apegan al placer que sienten [realizando este tipo de meditación] y no anhelan a Dios, que es la misma dulzura y está más allá de toda delectación. En Dios solo deberían hallar su deleite, no en sus dones [que Él da gratuitamente].

El último grupo lo forman los *perfectos*, hombres excelentes y nobles, que, elevándose por encima de todas las cosas, van a la viña del Señor digna y convenientemente. Nada buscan por interés personal, sino puramente a Dios solo en sí mismo. No les interesan ni el placer ni las ventajas ni ninguna otra cosa que puedan obtener de Dios, sino que, abismándose simplemente en la intimidad de Dios, no quieren sino alabarle y honrarle, guiados por este único deseo: que su amorosa voluntad se cumpla en ellos y, a través de ellos, en todas las criaturas. Por la voluntad de Dios lo aceptan todo y se desprenden de todo; todo lo reciben de la mano del Señor; cualquier don proce-

dente de Él, a Él lo atribuyen siempre con simplicidad, sin apropiarse jamás de ninguno. Como los ríos salen del mar y a él vuelven como a su origen²¹⁴, así estos hombres nobles refieren todos los carismas y dones al Origen del que han fluido, y junto con ellos refluyen [o retornan] a Dios. Todos los bienes recibidos de lo alto los refieren a su Origen divino y no se aferran a ellos ni por placer, ni por conveniencia, ni por esto, ni por lo otro: no les mueve otro interés que una búsqueda pura de Dios. Solo Él es su alimento y sostén interior».

LOS SEIS GRADOS DE RELACIÓN CON DIOS

Taulero distingue entre los creyentes que son verdaderos «hijos de Dios» (porque sus obras le tienen a Él como fin) y los que no lo son. Estos últimos pasan por tres etapas de maduración: los enemigos de Dios, los que le sirven por coacción y los mercenarios. A partir de ahí se les puede considerar verdaderos «hijos de Dios». Su camino espiritual transcurre entonces por estas tres etapas: los apegados a sus prácticas, los que actúan en conciencia haciendo la voluntad de Dios y los llenos de Dios (alcanzando así la *perfección espiritual*).

SERMÓN 45,2-4

«[1º] Ahora, si echamos un vistazo al mundo, vemos que la mayor parte de los hombres parecen ser *enemigos de Dios*.

[2º] Otros sirven a Dios como *por coacción*, porque hay que forzarlos al servicio de Dios; y en lo poco que hacen, no les mueve el amor a Dios ni la devoción, sino el temor. Todos estos son personas sin gracia ni amor, ya sean seglares o religiosos. Casi hay que empujarles para que acudan a la oración comunitaria o al culto divino.

[3º] Otros son vulgares *mercenarios*, como ciertos sacerdotes y monjas, y otros de esta clase, que sirven a Dios por las ganancias que reciben por el hecho de ostentar un cargo eclesiástico o de acudir al Oficio divino, de modo que, si no estuvieran seguros de conseguir

²¹⁴ Cf. Ecle 1,7.

tales ganancias, renunciarían a servir al Señor y volverían a su vómito y al bando de los enemigos de Dios. Todos estos apenas tienen valor a los ojos de Dios y, a la vista de cómo es su servicio, no podrán ser anotados en la lista de sus hijos. Aunque realicen grandes obras exteriores, estas no agradan a Dios porque no las hacen por Él, sino por puro egoísmo.

[4º] Otros son *hijos de Dios, pero no los más queridos*. Entre estos se cuentan aquellos que están apegados a sus propias prácticas exteriores o interiores, a sus ideas y modos, haciendo sus propias obras sin aspirar a otras más perfectas. Esos se quedan pegados a la corteza del árbol y se agarran a ella con todas sus fuerzas, pero no quieren subir al árbol mismo. Se contentan con su manera de hacer, a la que viven aferrados, y piensan de modo totalmente sensible. Tales personas no solo aprecian a Dios siguiendo esa vía espiritual basada en las imágenes, sino que incluso lo aman y a su vez son amadas por Él. Por eso, como he dicho, son hijos de Dios, pero no los más queridos. ¿Por qué? Porque se apegan demasiado a sus propias obras y no tienen paz hasta que las han llevado a término.

Pero los *hijos más queridos de Dios*, de los que habla el Apóstol, esos [en lugar de ser movidos –ascéticamente– por su propio esfuerzo] “*son conducidos por el Espíritu de Dios*” [es decir, actúan pasivamente, esto es: místicamente]. ¿Cómo sucede esto? San Agustín lo explica del siguiente modo. El Espíritu Santo actúa en el hombre de dos modos:

[5º] En el primero, pone orden en el espíritu del hombre y lo mueve poco a poco, lo exhorta, lo invita y lo empuja a una vida ordenada y virtuosa. Esto lo hace en todos aquellos que están atentos a Él y le dejan actuar, siendo *obedientes a sus consejos*.

[6º] El segundo modo es el que usa Dios propiamente con sus hijos. Consiste en que Dios los arrebatara repentinamente, en un instante, por encima de todos los modos y caminos, por encima de su virtud o capacidad, por encima de todas sus obras, y los conduce a un grado mucho más elevado y a una meta más alta. Estos son *los hijos más amados de Dios*».

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

Llama la atención la importancia que Taulero le da a la *experiencia espiritual* del acompañante. Sin embargo, acepta que éste tenga una deficiente *formación teológica*. En ello contrasta claramente con lo que santa Teresa dice acerca de sus confesores:

«Siempre fui muy amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera [...] y buen letrado nunca me engañó»²¹⁵.

El don del discernimiento de espíritus

SERMÓN 47,6

«Pero volvamos a las palabras del Apóstol, que dice: “*El Espíritu da a uno [...] el discernimiento de espíritus*”²¹⁶. ¿Y quiénes son aquellos a quienes Dios les ha concedido el [don del] discernimiento de espíritus? Son, sin duda alguna, personas que han sido ejercitadas a fondo en todos los modos, hasta la carne y la sangre; han soportado todas las tentaciones más horribles y duras, el demonio ha pasado a través de ellas y ellas a través del demonio: sus huesos han sido machacados hasta la médula. Esos son quienes tienen [el don del] discernimiento de espíritus. En cuanto se ponen a ocuparse de esto, no tienen más que observar a los hombres para saber si su espíritu es de Dios o no. Ven con toda claridad cuáles son los caminos que llevan directamente a la perfección y qué es lo que los aparta de ellos».

²¹⁵ *Vida*, 5, 3.

²¹⁶ 1Cor 12,8.10.

La importancia de tener un acompañante espiritual

SERMÓN 55,7-8

«Hay también personas que viven excesivamente apegadas a los dones interiores y no ven más allá. En ellas crece un “vello” dañino del que no son conscientes. Podrá ocurrir que algunos “pelos” les impidan ser admitidos a la presencia de Dios. Esas personas podrían haber vivido con suma pureza y haber realizado grandes ejercicios de piedad. Pero esos “pelos” están muy escondidos en su fondo interior, aunque ellos ni siquiera se dan cuenta porque en ese apego no descubren su falta de abandono. Por eso, la persona que desea vivir de cara a la verdad debería tener algún amigo de Dios a quien confiarse, para que este [, acompañándole espiritualmente,] lo guíe y conduzca *según el Espíritu de Dios*.

En efecto, [dicha persona] no puede descubrir fácilmente tales “pelos” —es decir, esos vicios— a no ser que converse con cierta frecuencia con alguien que esté interiormente apegado a los dones de Dios. [Por eso,] dicha persona debería buscar, incluso en un entorno de más de cien millas, algún amigo de Dios experimentado en el camino espiritual, que lo dirija [ayudándole a hacer la voluntad del Espíritu Santo] y lo instruya. Y si no pudiera encontrarse a un amigo de Dios tan especial, bastaría un confesor ordinario, por rudo que fuera, pues el Espíritu Santo habla a menudo a través de ellos, en razón de su oficio, aunque en ocasiones sean ignorantes y no sepan ni entiendan lo que dicen. A él debería someterse, obedecerle, y no vivir según su propio juicio.

De esto tenemos un ejemplo perfectísimo en la gloriosa y divina Virgen María, que siendo una tierna muchacha estaba sometida a sus padres. Poco después vivía bajo la custodia del sumo sacerdote en el templo, luego bajo la de san José, bajo la del Salvador y, ya al final, bajo la de san Juan Evangelista, a quien el Señor se la había encomendado desde la Cruz.

La celda de esta celestial y bienaventurada Virgen María fue el *Cielo*, donde estuvo totalmente encerrada con todos sus deseos. Su escuela fue la *eternidad*, pues estaba completamente alejada y libre de las cosas temporales. Su pedagogo fue la *Verdad divina*, pues su vida

entera se regía solo según esta. Su libro fue la *pureza de su conciencia*, en la que siempre hallaba motivos para deleitarse en su Señor. Su espejo fue la *Divinidad*, pues no recibió en sí ninguna imagen que no hubiera sido transformada en Dios y revestida de Él. Su ornato fue su *devoción*, pues solo se entregaba a su hombre interior. Su descanso fue su *unión con Dios*, pues el lugar y el tesoro de su corazón eran solo Dios».

Para profundizar en el tema de la maduración espiritual: *Sermón 2*.

EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

Del Evangelio según san Mateo:

«Entonces dijo [Jesús] a los discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por Mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?” »²¹⁷.

Los cristianos estamos llamados a seguir a Cristo, renunciando a todo lo que nos aleja de Él, pues solo así caminaremos hacia la unión con Dios, dándonos caritativamente a los demás, como hizo el propio Jesús, que entregó su vida por el bien de la humanidad. No es un camino fácil, pues exige de nosotros un gran esfuerzo ascético, pero esto se ve ampliamente recompensado por el placer místico que se siente al caminar junto a nuestro Señor. Son las dos laderas de un mismo camino, el camino de la cruz.

CRISTO NOS GUÍA A LA UNIÓN CON EL PADRE

SERMÓN 65,6-7

«Quien llega a este estado [de perfección], puede afirmar que ha sido privado de amor, de conocimiento, de acción y de espíritu. Y no por alguna propiedad natural, sino por una transformación que el Espíritu increado de Dios obra, en un acto de su bondad gratuita, en el espíritu creado del hombre, en respuesta a ese perderse abisal del espíritu creado y de su abandono absoluto. Entonces puede decirse sin temor a equivocarse que Dios se conoce, se ama y goza de sí en

²¹⁷ Mt 16,24-26.

tales hombres. Aquí ya no hay más que una sola Vida, una sola Esencia, un solo obrar, aunque el alma permanece siempre criatura²¹⁸.

Pero si uno mira este camino con una falsa libertad y bajo una falsa luz, este modo [de actuar] sería el más peligroso de todos cuantos pueden seguirse en esta vida.

El único camino que conduce a esta meta es la noble vida y pasión de nuestro Señor. Él es el *Camino* por el que se ha de ir, la *Verdad* que ilumina este Camino y la *Vida* a la que llegaremos. Él es también la *Puerta*, y “*si uno quiere entrar por otro lado, ese es ladrón y salteador*”²¹⁹. Por esta amorosa Puerta se ha de pasar con la dominación y el sometimiento de la naturaleza, por la práctica de las virtudes, como la humildad, la dulzura y la paciencia. Ciertamente, quien no vaya por este Camino se perderá con toda certeza. [Pero es preciso constatar que] Dios camina delante de quienes no siguen este Camino, [incluso] pasa a través de ellos, pero [a pesar de eso] permanecen en su ceguera.

En cuanto a los que siguen esta Senda, nadie tiene poder sobre ellos, pues Dios es su único dueño. Como dice san Pablo: “*Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la [antigua] Ley*”²²⁰. Ningún tiempo es para ellos demasiado largo y no saben lo que es el aburrimiento. [Sin embargo,] esta experiencia no está al alcance de los amantes de este mundo, para quienes muy a menudo el tiempo se alarga en exceso. Pero los que han llegado a este estado [de perfección], están por encima del tiempo en la parte superior de su ser. Y en la parte inferior [o fondo del alma] gozan siempre de una paz tan grande y están tan abandonados en toda circunstancia, que ante cualquier cosa que les ocurra mantienen siempre una paz esencial. Todo lo reciben de la mano de su Dios y a Él lo retornan en toda pureza, gozando siempre de una paz íntegra en cualquier modo que Dios disponga las cosas, aunque entretanto el hombre exterior pueda sufrir e incluso agitarse.

Ellos son personas completamente felices y dondequiera que estén son dignos de alabanza. Pero mucho me temo que esta clase de hombres es rarísima».

²¹⁸ Esta última nota la añade Surio, posiblemente para prevenir del error de panteísmo.

²¹⁹ Jn 10,1; cf. Jn 10,1-16.

²²⁰ Gal 5,18.

LAS DOS LADERAS DEL SEGUIMIENTO

El sufrimiento ascético

SERMÓN 20,5

«Hijos míos, quien quiera seguir a nuestro Señor Jesucristo tiene que escalar este monte, por difícil y penoso que ello sea. No hay sobre la tierra monte tan bello y agradable que no se deba escalar con esfuerzo y fatiga. Por eso, quien aspira a ser verdadero imitador y discípulo de Cristo Jesús, debe renunciar, sin duda alguna, a su propia naturaleza.

Es verdad que hay muchos que siguen voluntariamente al Señor, pero [bastantes] lo hacen rehuyendo todo esfuerzo y sufrimiento, sin querer soportar la más pequeña adversidad. Pretenden subir este monte solo por la parte que da a Jerusalén, es decir, aquella que les resulta agradable y carece de dificultades. Ellos buscan en sí mismos el descanso, la paz y el gozo. Pues bien, estos no madurarán en la virtud a no ser que suban también por la ladera que da a Betania, es decir, la del esfuerzo, la obediencia y la aflicción. De ahí que afirme el profeta real [David]: *“Bienaventurado el hombre cuyo auxilio viene de Ti. En su corazón ha dispuesto las subidas, en el valle de las lágrimas, en el lugar donde él está situado”*²²¹. En verdad, quien no ha puesto su lugar en este valle de lágrimas, permanece estéril y no crece en la virtud, aunque parezca gozar de una hermosa paz.

Por esta causa, todo hombre buscará, entre hondos suspiros, al amado Esposo de su alma, al Señor Jesucristo, que tanto se ha alejado de él y tan desconocido y oculto se le ha hecho. Además, cuanto más verdadera y perfectamente mueve Dios el fondo, tanto más manifestado se hace en él, en una de las laderas del monte, en ese valle de lágrimas. Este [valle], aunque no tuviera ninguna otra utilidad, es muy necesario a causa de aquellos defectos, suciedad y pecados que yacen ocultos en nuestra naturaleza, que impiden al hombre recogerse asidua y noblemente en Dios. Ese recogimiento, por medio de la gracia de Dios, debería ser continuo en nosotros. [El hombre] se ve

²²¹ Sal 84,6-7 (Vulgata).

también impedido a ejercitar un múltiple y amoroso restablecimiento de todas las cosas en Dios, por medio del cual el hombre debería volver a situarlas, pura e ininterrumpidamente, en Dios. Pero con demasiada frecuencia el pesado fardo de su naturaleza se lo impide cuando ella, ocultamente, domina allí donde solo Dios debía gobernar.

[Pues bien,] aquí está una falda del monte, la que da a Betania».

El gozo místico

SERMÓN 20,6

«Ciertamente, si el hombre fuese plenamente consciente de esto, no se dejaría llevar completamente [por la ladera que mira] hacia Jerusalén, es decir, hacia la paz, para poseerla a ella sola. Sin embargo, esa paz, ese consuelo, ese gusto de Dios y esa devoción sensible le serán útiles porque le fortalecerán para poder soportar con ánimo todo el dolor y la miseria de ese valle de lágrimas. Gracias a Jerusalén, no desfallecerá bajo el peso de la pasión o de este penoso exilio, cuando el consuelo y la dulzura divinos lo abandonen y lo dejen en un estado de gran desolación y amargura, como aconseja el sabio [Jesús ben Sirá] al decir: *“En los días malos, no te olvides de los buenos”*²²². [Por eso,] es necesario que ambas faldas del monte, la que mira a Jerusalén y la que da a Betania, estén en todo hombre».

EL CAMINO DE LA CRUZ

Debemos recordar que Taulero habla a monjas contemplativas, cuya vida ha de unirse íntimamente a la de Cristo, su Esposo. Ya que Él sufrió y murió por el bien de todo el género humano, Taulero anima a sus hermanas, y a nosotros, a sacrificarnos caritativamente por el bien común. Eso es «la renuncia y el sufrimiento» del que nos hablará más adelante. Asimismo, debemos renunciar a todo aquello que nos separa de Cristo y nos impide la unión con Él. Y esa renuncia supone un gran sacrificio. Pero sa-

²²² Eclo 11,27 (Vulgata).

bemos que todo sacrificio cobra sentido si, como Cristo, lo hacemos por amor. Es el camino de la cruz.

SERMÓN 35,7

«Volvamos ahora al discurso que hace poco interrumpimos, a estas palabras de Pedro: *“Sabiedo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos”*. Así es, amadísimos: es conveniente que padezcamos. Hagas lo que hagas, estés donde estés, no escaparás a la cruz ni estarás a salvo de aflicciones y dificultades.

[Por desgracia,] muchos jóvenes vigorosísimos expusieron su cuerpo y su vida a mil peligros por servir a este mundo y no consiguieron con ello ninguna otra recompensa que entregar el cuerpo a los gusanos y el alma a los demonios: así paga el mundo a los que le sirven.

[Pues bien,] con mucho mayor motivo debemos nosotros servir voluntariamente a nuestro fiel Creador y afrontar por amor a Él todo tipo de dificultades, puesto que ha prometido a sus siervos: [entregarse] a sí mismo, el Reino de los Cielos y la vida eterna.

Además, si Jesucristo, el Hijo de Dios, Señor y Dios nuestro, Cabeza de todos los hombres, ha querido padecer por nosotros penas tan duras como el desprecio, la pobreza y el exilio, es justo que sus miembros sientan vergüenza por negarse a padecer algo por amor a Él».

SERMÓN 60,8

«Hijos míos, si queremos ser buenos y encontrar a Dios, tenemos que experimentar siempre algún sufrimiento, llevar siempre una cruz, sea cual fuere. Si huimos de una, caeremos en otra. No hay en este mundo hombre tan elocuente que sea capaz de convencernos de lo contrario. Puedes huir adonde quieras, hacer lo que te plazca: así ha de ser, así es siempre la verdad.

Puede suceder que Dios ponga sus amorosos hombros y lleve el peso de la cruz [del sufrimiento] en el trayecto más duro, permitiendo al hombre experimentar su cercanía, y durante un tiempo lo libera del peso de la carga. Entonces, nace en el hombre un júbilo tan grande, todo se le hace tan fácil y liviano, que tiene la impresión de que ni sufre ni ha sufrido nada y, de repente, se olvida de todo su dolor y aflicción. Pero cuando el Señor retira sus hombros, vuelven la antigua amargura y el peso insostenible. Nuestro Señor Jesucristo soportó la carga pesadísima de esta cruz [del sufrimiento], y lo hizo voluntariamente; después de Él, la llevaron sus amigos más queridos.

Esta cruz es el carro de fuego en el que Elías fue arrebatado cuando arrojó su manto a Eliseo²²³».

SERMÓN 60,1-2

«En el libro del Apocalipsis está escrito que vendrán plagas terribles e indescriptibles²²⁴, no inferiores a las del día del Juicio final, aunque no sean las mismas plagas. El tiempo al que se aplican [las plagas] que han de venir ya se ha cumplido, y [por eso] las esperamos cada día, cada año, en todo momento, sin saber cuándo se producirán. Cuando lleguen, solo podrán salvarse quienes tengan marcada en su frente una tau, símbolo de la cruz²²⁵. Así, en Ezequiel está escrito que el Señor ordena a los seis hombres que el profeta ve venir desde el Aquilón, que atraviesen la ciudad y golpeen [a sus moradores], y que su ojo no perdone a nadie ni tengan misericordia de nadie salvo de aquel sobre el que vean la tau²²⁶. Esto significa que solo se librarán los que lleven la cruz en su interior o en la frente.

La cruz representa el sufrimiento. No se ha dado orden de perdonar a los que están dotados de una gran inteligencia, ni a los contemplativos, ni a los activos, sino solo a los que llevan la cruz, es decir, a los que padecen aflicción. Tampoco dijo el Señor en el Evangelio: *“Quien quiera venir en pos de Mí”*, que me siga en la contemplación,

²²³ Cf. 2Re 2,8-12.

²²⁴ Cf. Ap 15.

²²⁵ Cf. Ez 9,4-6.

²²⁶ Cf. Ez 9,2-4.

sino “*niéguese a sí mismo y tome su cruz*”, es decir, que me siga en la renuncia y el sufrimiento».

SERMÓN 21,1

«Amados míos, hoy celebramos la fiesta en que nuestro Señor Jesucristo, que es Cabeza de todos los elegidos, subió con poder al Cielo. Desde entonces, no solo es posible, sino también digno y justo que los miembros [de su Cuerpo místico: la Iglesia²²⁷], es decir, todos los elegidos, sigan a la Cabeza y, subiendo al Cielo en pos de Él, no busquen ningún consuelo, ningún deleite ni apoyo en este mundo inestable para [, así,] seguirlo solo a Él en todo tiempo, en todas las cosas, con amor y aplicación.

Los elegidos deben perseverar hasta el fin por el camino que Cristo ha seguido por su amor ardiente a la salvación de nuestras almas, precediéndonos voluntaria y alegremente a través de intensos sufrimientos y aflicciones. Pues si “*era conveniente que Cristo sufriera y así entrara en su gloria*”²²⁸, considero muy digno que nosotros sigamos valientemente a nuestro amoroso Guía, que, para darnos ejemplo, levantó el primero la bandera de su amarga pasión.

Todos cuantos desean ser verdaderos imitadores de nuestro Redentor, Dios y Señor, deben recibir humildemente sobre sus hombros la cruz de sus pasiones y aflicciones, interiores y exteriores, de dondequiera que vengan, merecidas o no, y llevarlas alegremente detrás de su Señor. Así llegarán a donde él les precedió.

Amadísimos, podemos comprobar cómo muchos amantes de este mundo, en su infelicidad, le pagan una dura servidumbre a cambio de la vil recompensa de una honra y una fama efímeras. Y para conseguir el premio deseado –ya sea honor, riquezas o fama–, renuncian con gusto y hasta con alegría a todo consuelo y tranquilidad, ponen en peligro su cuerpo y todos sus bienes y arden en deseos de experimentar, en tierras lejanas y a riesgo de su propia vida, diferentes e inciertas situaciones de guerra, miserias y calamidades.

²²⁷ Cf. Col 1,18; 1 Co 12,27.

²²⁸ Lc 24,26.

[Pues bien,] cuánto más nosotros, a quienes nos esperan premios eternos, hemos de renunciar con entereza, por el sumo Bien que es Dios todopoderoso, a todo consuelo, amor, gozo, tranquilidad y honor, y seguir a nuestra dulcísima y amorosa Cabeza, Jesucristo, a fin de que seamos vivificados por su Espíritu como miembros suyos. No hay ningún miembro del cuerpo que no se pudra rápidamente y tenga que ser cortado si no está unido a la cabeza y recibe de ella su continuo influjo».

27. Para profundizar en el tema del seguimiento de Cristo: *Sermón*

LA VOCACIÓN

De la carta de san Pablo a los Efesios:

«Después de esto, [Jesús] salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió»²²⁹.

Decíamos en el anterior apartado que todos estamos llamados a seguir a Cristo hacia la unión con Él y la vida caritativa. Pero a cada uno nos ha reservado un camino concreto, aquí en este mundo. Eso es a lo que llamamos «vocación». Unos se sienten llamados para vivir solteros, otros a fundar una familia, algunos al sacerdocio y otros a la vida consagrada. Dado que estos sermones fueron predicados a monjas, Taulero habla fundamentalmente de la vocación religiosa.

Pero también presta atención a las llamadas que Dios nos hace en la vida cotidiana, bien para la *acción*: haciendo algo, o bien para la *contemplación*: realizando algún ejercicio espiritual. Y él considera que hay una tercera vocación cotidiana, la *quietud*, que puede vivirse en la acción o en la contemplación, habitando junto a Cristo en el fondo del alma, experimentando interiormente su presencia.

DIOS NOS LLAMA

SERMÓN 65,1

«Hijos míos, estas palabras del Apóstol que introducen el tema [de este sermón] las hemos tomado de la lectura de la carta de hoy, que dice así:

²²⁹ Lc 5,27-28.

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación a la que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz . Un [único] cuerpo y un [único] Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma [y única] esperanza en vuestra vocación. Un [único] Señor, una [única] fe, un [único] Bautismo, un [único] Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, y por todos, y en todos”²³⁰.

En las primeras palabras de esta lectura, en las que el Apóstol pide que caminemos *“como es digno de la vocación a la que fuimos llamados”*, hay cuatro puntos que destacar. El primero es quién nos llama. El segundo, cuál es el fin de esta llamada, a qué se nos llama, dónde quiere tenernos. El tercero, en qué consiste su llamada y cómo nos llama. El cuarto, cómo debemos responder dignamente a esta llamada.

En cuanto al primer punto, *quien nos llama* es el Padre celestial. Él nos llama con todo lo que es, con todo lo que tiene y con todo lo que puede. Estas son las cosas que nos invitan y atraen: nos invitan y nos llaman hacia Él su bondad, su amor y su ser nobilísimo. En verdad, Dios nos desea tanto como si toda su beatitud y todo su ser dependiera de nosotros. Por eso, todo lo que Dios Padre ha hecho en el Cielo y en la tierra con su bondad y su sabiduría, lo ha creado para invitarnos y llamarnos hacia nuestro Principio y reconducirnos a Él. Todas las cosas creadas no son más que voces que nos llaman e invitan a nuestro Origen.

Un maestro ha dicho: “Todo lo que Dios ha hecho y aún sigue haciendo, lo ha hecho y lo hace para atraer al alma, para que esta escuche su llamada y comprenda que debe amarlo”.

El segundo punto es *adónde nos llama*: a su Hijo amado, para que seamos hermanos y coherederos suyos. El Hijo es el primero y el principal entre los hermanos, y heredero natural; nosotros seremos coherederos por la gracia. Para que merezcamos alcanzar esta meta, nos llama a seguir su ejemplo hasta donde lo permite la fragilidad humana. Pues Él es el Camino que debemos seguir, la Verdad que nos

²³⁰ Ef 4,1-6.

guía en nuestro caminar y la Vida que ha de ser nuestra meta y nuestra felicidad eterna²³¹.

Así pues, nos llama a seguir su ejemplo, no solo [interiormente] por la meditación, sino también [exteriormente] expresándolo en nuestra vida, es decir, viviendo virtuosamente y sobrellevando la adversidad con paciencia.

El tercer punto es *en qué consiste su llamada y a quiénes llama*. La llamada de Dios es una y, al mismo tiempo, diversa. Interiormente llama a los hombres en el fondo mismo del alma. Allí, en el fondo interior, los llama sin cesar noche y día, con múltiples exhortaciones, unas veces con toques interiores, otras con duras reprimendas. También [llama] exteriormente a través de las circunstancias de la vida, favorables y adversas, que Dios permite que ocurran a los hombres de modos diversos. Todas ellas son voces poderosas con las que Dios llama a los hombres. Ciertamente, si estos siguieran su voz dulce y suave, no sería necesario llamarlos con voces tan duras y ásperas, esto es, a través del sufrimiento y pruebas diversas.

El cuarto punto, *cómo debemos caminar de una forma digna de esta vocación*, nos lo insinúa el propio Apóstol al decir [que lo hagamos] con toda humildad y dulzura, con paciencia, y todo lo demás».

BREVE DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

SERMÓN 73,5

«No te impongas un modo de vida como el de este o el de aquel. Gran ceguera es esta. Los caminos que conducen a Dios son tan distintos como diferentes son los hombres entre sí. Lo que a uno le da la vida, es muerte para otro. Lo normal es que la gracia [divina] actúe en los hombres teniendo en cuenta la diversidad de temperamentos y de naturaleza. Por eso, como acabo de decir, no te fijas en el modo de vida de otros. Antes bien, observa sus virtudes: su humildad, su dulzura y otras virtudes semejantes.

²³¹ Cf. Jn 14,6.

En cuanto a la manera de comportarte, sigue la que exija tu vocación. Esto es lo primero que tienes que discernir: cuál es tu vocación, [es decir,] qué quiere Dios de ti, y conforme a esto, sigue una norma de vida. Si en este punto actúas con diligencia, se te hará tan evidente que llegarás a conocerla como la palma de tu mano».

SERMÓN 35,6

«Por tanto, cuando el hombre desea emprender una nueva obra [o un nuevo modo de vida], ha de echarse en los brazos de Dios, rogándole que todo sea para gloria suya.

[También] debe considerar con sumo cuidado si su gracia le basta, si es Dios quien le mueve o es su propia naturaleza, y si dispone de los medios [necesarios] para llevar a término su proyecto.

Al mismo tiempo, ha de dirigir su mirada hacia su propia impotencia y hacia su fondo, y, sin salir de allí, permanecer atento a la voluntad de Dios, comprobando si está dotado verdaderamente de estas virtudes: profunda humildad, amor y prudencia. Si las tiene, puede estar seguro de que Dios obrará grandes cosas en él».

TRES VOCACIONES EN LA VIDA COTIDIANA

Antiguamente, hasta que la vida religiosa asumió lo establecido por el Concilio Vaticano II (1962-1965), en los monasterios femeninos había dos clases de monjas: las de coro, dedicadas a la oración comunitaria y a otras actividades espirituales o intelectuales, y las legas, que se ocupaban de los oficios que requerían mucho trabajo físico, como la cocina, la huerta o la lavandería. Por ello, podemos pensar que cuando Taulero habla de los llamados a la *contemplación* se refiere principalmente a las monjas de coro y cuando se refiere a la *acción* está dirigiéndose a las monjas legas. Pero todas ellas pueden compartir una tercera vocación: la *quietud*, que consiste en habitar junto al Amado en lo hondo del corazón.

Obviamente, estas tres vocaciones las podemos vivir el resto de los cristianos. Pero, dado que Taulero habla a monjas, le da mucha importancia a la *quietud*, porque las personas contemplativas desean estar íntimamente unidas a Cristo en todo momento. A ello exhortaba continuamente santa Catalina a sus discípulos, pidiéndoles que vivieran siempre dentro de su «celda interior», o celda del conocimiento de sí y de Dios. Así se lo dice a una laica consagrada dominica:

«Haz, hija mía, dos moradas. Una ha de ser tu morada material, de modo que no vayas por muchos lugares, a no ser por necesidad, por obediencia a la priora o por caridad. La otra, es tu celda interior, que llevarás siempre contigo. Ésta es la celda del verdadero conocimiento de ti misma, y en ella, además, encontrarás el conocimiento de la bondad de Dios contigo.

Es decir, la celda interior son, en realidad, dos celdas en una. Cuando estés en una, tienes que estar también en la otra, pues, de otra manera, caerá tu alma en turbación o en presunción. Porque si no te mantienes en la celda del conocimiento de ti misma, caerás en la turbación espiritual. Y, por el contrario, quedando sólo en la celda del conocimiento de Dios, caerás en la presunción. Por tanto, es necesario que una y otra se encuentren juntas y se hagan una misma cosa, y así vendrá la perfección»²³².

SERMÓN 74,2

«Pues Dios llama a unos a la *contemplación* interior [realizando algún ejercicio espiritual como, por ejemplo, la meditación de un texto bíblico]; a otros los llama a la *acción* [exterior, realizando alguna actividad caritativa]; y a otros [más elevados] Dios los llama a una gozosa *quietud* interior [en total pasividad], a un sosegado silencio, a unirse a la Tiniebla divina en la unidad del Espíritu. A estos últimos,

²³² Carta 49.

Dios a veces los llama a la actividad [exterior, para hacer alguna obra de caridad o algún trabajo para su familia o su comunidad] y otras veces los llama a la contemplación [interior, para realizar algún ejercicio espiritual]».

Vivir la quietud en la acción y la contemplación

Como decíamos más arriba, vivir en la quietud es lo que pide santa Catalina cuando anima a sus discípulos a vivir en su celda interior.

SERMÓN 74,3-4

«Si el hombre que ha sido llamado por Dios al silencio interior y a [unirse a] la divina Tiniebla quisiera por ello estar siempre exento de hacer obras de caridad –como desgraciadamente ocurre en estos tiempos, en que son muy pocos los que se dignan a realizar tales obras–, se alejaría mucho de la verdad, sin duda alguna. Por tanto, cuando la situación lo exige y a él le incumbe, el hombre debe ocuparse en actos de caridad con un espíritu de renuncia a sí mismo, no por el placer y la satisfacción que proporciona el hacerlos –vicio en el que cae la mayoría–, sino por puro amor [es decir, por caridad], en el desapego y con la intención de volver cuanto antes a la pasividad. Pues a aquel que realiza su actividad en el desapego todo lo que hace le parece estar sujeto a la [dispersante y mundana] multiplicidad [que se opone a la unidad y la simplicidad²³³]. Y nadie conoce mejor la multiplicidad que aquel que permanece siempre en el desapego.

Se debe evitar, asimismo, toda multiplicidad, incluso la de una compañía buena y honesta, es decir, la de hombres que se reúnen simplemente por gusto y suelen hablar de otros y de las acciones de otros [diciendo cosas como]: “Este es de tal manera y aquel, de tal otra”; o bien: “Esto debería ser así y aquello, de este modo”. Así suelen ser estas conversaciones, completamente frívolas y vanas. Tú, en cuanto oigas estas cosas, si no puedes retirarte, aparta al menos tu corazón de la conversación con todas tus fuerzas y con firme decisión. De otro modo, estimularás tu imaginación y caerás en la multiplicidad.

²³³ Sobre la «multiplicidad»: ver sermón 21, n. 4 y sermón 28, n. 6.

Una vez que el hombre del que hablábamos se ha ejercitado con discernimiento y orden en las obras de caridad, debe volver de nuevo a la quietud interior y a la pasividad. Si no entra de inmediato en la pasividad, podrá dedicarse a alguna obra interior [es decir, a algún ejercicio espiritual, como, por ejemplo]: contemplar la inmensa bondad de Dios, que se muestra de forma tan admirable en sus diversas efusiones en el hombre y, de manera especial, en las obras de su santa y noble humanidad, en su dolorosa pasión, en su amarga muerte y, por último, en las obras de sus santos. De este modo, el hombre fluye y se funde todo en Dios con gran deseo, amor y gratitud. Pero esta obra interior, aunque es buena y estimula el deseo y el fervor, es tan diferente de la quietud y el silencio interior como lo externo de lo interno.

A menudo, los hombres se equivocan en esta obra interior tanto como en la exterior, al dar acogida en su alma a formas e imágenes. Y, en efecto, esas obras interiores mencionadas son formas e imágenes. Cuando el hombre se entrega a alguna obra interior como las descritas y le va bien en ellas, si se *apega* a tales ejercicios con placer y disfrute, no podrá alcanzar en ellos la verdadera pobreza de espíritu. La razón es que el hombre interior o espiritual se apega a la dulzura de la gracia divina como el oso a la miel, y en ella detiene su paso [hacia Dios]. Sin embargo, esas prácticas espirituales deberían ser solo un camino hacia el Bien puro y noble que es Dios. Pues no hay que apegarse a ninguna gracia, a ningún don de Dios. En Dios no ha de buscarse otra cosa que su gloria y beneplácito, no sea que nos ocurra lo que al siervo al que su señor le había entregado toda su tierra y lo había puesto al cuidado de todos sus bienes. Pero, al descubrir que aquel siervo se había apropiado injustamente de todos sus bienes y los había empleado en su propio beneficio, se los reclamó y envió al siervo infiel a la “cruz” [es decir, fue duramente castigado].²³⁴

De estas dos obras, la interior y la exterior, si se hacen con orden, nace un bien nobilísimo: la quietud interior del alma, por medio de la cual se llega al silencio de todas las formas e imágenes, a la divina Tiniebla, donde descansamos y gozamos con Dios. Sobre este noble Fondo [divino] hay muchas cosas escritas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Así, Moisés ascendió a la tiniebla²³⁵. Y en los li-

²³⁴ Cf. Lc 12,39-48.

²³⁵ Cf. Ex 24,15-18.

bros de los Reyes se lee del profeta Elías que aquel viento tempestuoso, en el que no estaba el Señor, cesó, pero luego el Señor llegó en el susurro de una suave brisa²³⁶. Asimismo, en el libro de la Sabiduría encontramos escrito: *“Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu Palabra poderosa, Señor, llegó lanzándose desde el Cielo, desde el trono real”*²³⁷».

LA VIDA RELIGIOSA

SERMÓN 12,2

«Hijos míos, todos nosotros, el día en que renunciamos al mundo en nuestra profesión religiosa, hicimos promesa a Dios todopoderoso de *buscarlo, amarlo y servirle fielmente hasta la muerte*. De esta promesa no podrían liberarnos ni Pontífices ni sacerdotes. Y si ha de creerse a los santos doctores, esta promesa obliga más que cualquier juramento prestado ante un tribunal. En consecuencia, cuando voluntaria y deliberadamente entregamos a una criatura todo el corazón y el amor que hemos consagrado a Dios, incurrimos en un delito de perjurio mucho más que si violásemos un juramento. Por esto ha sido instituida nuestra Orden y este es el fin de todas las constituciones religiosas.

Por este motivo, algunos hermanos pedían a nuestro padre santo Domingo, próximo ya a la muerte, que les mostrara el verdadero sentido y meta fundamentales, la esencia y el fundamento de la santa Orden por él creada, y les explicara con qué fin había compuesto todos sus estatutos. Ellos conocían lo accidental [o no sustancial], pero querían saber lo sustancial.

Lo mismo nos pasa a nosotros: conocemos bien todas las leyes y estatutos. Él, entonces, les dijo que el fundamento y la esencia eran un amor verdadero a Dios, humildad profunda y pobreza espiritual y material. Éste es el fundamento de la santidad: amar a Dios con todo el corazón y despreciar todo lo que estorba este amor; conforme a la caridad fraterna, amar a todos nuestros hermanos como a nosotros mismos, con espíritu humilde y sujeto a Dios, mostrándonos afectuo-

²³⁶ Cf. 1Re 19,11-12.

²³⁷ Sab 18,14-15.

sos los unos con los otros; finalmente, renunciar a toda propiedad tanto sobre nosotros mismos como sobre los bienes creados, y hasta sobre nuestra voluntad misma, y ser desnudos y libres de todo aquello, fuese lo que fuese, que pueda apartar a Dios de nosotros. Así, Dios podrá poseer libremente y con pleno poder nuestro muy noble fondo, en el que ha impreso su Imagen. Estas cosas son sus delicias y su gozo, como Él mismo dice: *“Mis delicias son estar con los hijos de los hombres”*²³⁸».

SERMÓN 12,3

«Como bien sabéis, son muchas las disposiciones a que nos obliga la regla. Queramos o no, hemos de ir al coro [de la iglesia conventual] para leer y salmodiar. ¿No es preferible, por tanto, hacerlo con la alegría del que va a una fiesta que con una mente árida, seca, plúmbea, para no ser excluidos de la fiesta eterna?».

Para profundizar en el tema de la vocación: *Sermón 65*.

²³⁸ Prov 8,31.

LOS AMIGOS DE DIOS

Del Evangelio según san Juan:

«Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como Yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy Yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros»²³⁹.

Sabemos que en tiempos de Taulero existían grupos de Amigos de Dios. De hecho, él formó parte de uno. Como ya hemos dicho anteriormente, no se trataba de una organización religiosa sino de un movimiento espiritual que reunía a personas de todo tipo que buscaban ser buenos cristianos. En sus reuniones compartían su fe y su experiencia interior. Pero cuando Taulero en sus sermones habla de los amigos de Dios, no se limita a los miembros de estos grupos, sino que se refiere, en general, a todas aquellas personas que pretenden que Cristo sea el centro de su vida.

LOS FALSOS AMIGOS DE DIOS

SERMÓN 77,5

²³⁹ Jn 15,11-17.

«En ciertos lugares hay personas que se entregan a un falso ocio y se abstienen de todo obrar interior y exterior, apartando de sí incluso los buenos pensamientos. Como dicen que han alcanzado la paz, renuncian al ejercicio de la virtud, afirmando que ellos ya la han trascendido. Esos tienen sentado a su lado a un diablo que aleja y aparta de ellos todos los pensamientos y prácticas que puedan romper esa falsa paz, para mantenerlos retenidos en ella y llevárselos después con él a la agitación eterna, es decir, al mismísimo infierno».

La mundanidad y la falsa piedad

SERMÓN 10,2

«Respecto de lo primero, debe ser algo muy valioso como para apartar al hombre de un bien tan grande. Pero hay dos clases de personas, con sus respectivos impedimentos.

La primera clase la constituyen hombres mundanos, que gustan de satisfacer sus apetitos en las criaturas y en los sentidos externos. Éstos malgastan no solo un tiempo precioso e irreparable, sino también todos sus sentidos y fuerzas. Se hallan inmersos en una densa oscuridad y se resisten a la Luz divina.

A la segunda clase pertenecen hombres piadosos, gente de gran renombre y santidad aparente. Según ellos creen, se han elevado por encima de estas tinieblas exteriores, pero, en su fondo interior oculto, son hombres poco sinceros, llenos de amor egoísta y voluntad propia, que se tienen a sí mismos como objeto y meta en todo. Por fuera es muy difícil distinguirlos de los verdaderos amigos de Dios, pues sus prácticas externas, como la oración, el ayuno, la vigilia o el dominio de las pasiones, son a menudo más abundantes que las de los auténticos amigos de Dios, siendo imposible distinguirlos por ellas.

Pero quienes tienen el verdadero espíritu de Dios, reconocen fácilmente a estos “fariseos”, pues tienen algo por fuera que los identifica claramente: su tendencia a juzgar a los demás, incluso a los verdaderos amigos de Dios, pero nunca a sí mismos. Por el contrario, los amigos de Dios se abstienen de todo juicio ajeno, de forma que a nadie juzgan salvo a sí mismos. Aquella mentalidad farisaica por la que no buscan más que su propio interés en sus relaciones con Dios, con

las criaturas y con todas las cosas, se ha hecho tan fuerte en aquellos hombres corruptos y ha echado unas raíces tan profundas en su naturaleza taimada, que no queda en ellos rincón alguno sin infectar por esta enfermedad. Resultaría más fácil horadar una montaña de hierro que vencer semejante egolatría con el único auxilio de la naturaleza [es decir, empleando las cualidades y fuerzas humanas]».

LOS VERDADEROS AMIGOS DE DIOS

SERMÓN 77,6

«Los justos no siguen ese camino. Muy al contrario, se ejercitan interior y exteriormente, y conservan la paciencia en todos los caminos por los que el Señor los conduce, en las tentaciones y en las tinieblas. Y no osan atribuirse como un logro propio el haber alcanzado la paz. No viven en la perturbación, sino que caminan por la senda estrecha, entre la paz y la inquietud, entre la esperanza y el temor, entre la seguridad y la duda. Y aunque entretanto brillen en ellos la verdadera paz, la seguridad y la libertad de espíritu, las sumergen de inmediato en el fondo del alma, sin apegarse a ellas».

SERMÓN 5,4

«Las del segundo género son aquellas personas nobles que se elevan como es debido y, por esta razón, son iluminadas por Dios. Ellas permiten a Dios preparar su fondo y a Él se abandonan y se ofrecen incondicionalmente. Despojándose de sí mismas y de todo interés propio en cualquier circunstancia, no se aferran a nada, ni en las palabras, ni en las prácticas de piedad, ni en lo que hacen, ni en lo que no hacen, ni en la prosperidad, ni en la adversidad, ni de este ni de otro modo. Buscan a Dios sin descanso y lo aceptan todo de sus manos con humildad y reverencia, y lo devuelven a Dios con espíritu de desnuda pobreza y voluntario abandono de sí mismas; se someten humildemente a su divino beneplácito y estiman como la cosa más amorosa el cumplimiento de su voluntad en cualquier circunstancia, en la paz y en la inquietud, en la tristeza y en la alegría. Pues una sola cosa les sabe bien: la buena y muy grata voluntad de Dios.

Sobre tales personas puede decirse lo que respondió Jesús a sus discípulos cuando le invitaban a subir a la fiesta: *“Mi hora aún no ha llegado, pero vuestra hora está siempre presta. Subid vosotros a la fiesta”*²⁴⁰. La hora de estas personas siempre está presente. Pero ¿cuál es esa hora? Esta, sin duda: aceptar pacientemente la adversidad y abandonarse [a la voluntad de Dios]. Esta hora siempre está aquí. En cambio, la hora de Dios, en la que obra e ilumina según su beneplácito, no siempre está presta. Por esta razón, ellas la dejan al arbitrio de Dios con humilde y paciente constancia.

Por tanto, estas personas se diferencian de las anteriores en que ellas no preparan su propio fondo, sino que dejan a Dios que lo haga. Como todo el mundo, sienten la tentación del pecado. Pero en cuanto este llama a la puerta de su alma, ya sea la soberbia, el placer de la carne, el disfrute de los bienes temporales, la ira, el odio o cualquier otro pecado que les importune gravemente, inmediatamente después del primer ataque se echan humildemente a los pies de Dios, abandonándose a su beneplácito, soportan pacientemente la tentación y ofrecen a Dios su sufrimiento. Su elevación es verdadera, pues se trascienden a sí mismos y a todas las cosas; se convierten en auténticos habitantes de “Jerusalén”, tienen paz en medio de la tribulación y alegría en la adversidad. Por eso, sobre todas las cosas, su deleite es la gratísima voluntad de Dios. Esta paz de que gozan, ni el mundo entero puede arrebatársela. Es más, aunque todos los demonios y la raza humana entera se conjurasen contra ellas, de ningún modo podrían arrebatárles su paz. Pues solo el sabor de Dios les agrada y nada hay en las criaturas que satisfaga su paladar».

El camino que nos lleva a la Luz

Entre otros ejercicios espirituales que Taulero pide a los amigos de Dios, está el de aceptar «como directamente venidas de las manos de Dios todas las cosas, las buenas y las malas». De este complejo tema hablaremos más adelante. Por el momento, baste decir que Taulero no afirma que todo lo que nos ocurre es fruto del expreso *deseo* de Dios, sino que nos pide hacer el ejercicio espiritual

²⁴⁰ Jn 7,6.

de pensar que es así, pues, de ese modo, todo sufrimiento que nos sobreviene en la vida cotidiana nos sirve de ascesis: ganando así en autodomínio para poder seguir libremente a Cristo, uniéndonos –o asociándonos– a su amoroso sufrimiento en la Cruz.

SERMÓN 10,3

«Mostremos ahora el camino más breve, auténtico y fácil para llegar a esa Luz, que es nuestro Origen.

Este es ese camino auténtico: negarse sinceramente a sí mismo; amar a Dios intensamente con un corazón puro, desnudo y sencillo, renunciando por completo a buscar el propio interés en cualquier cosa, sino siempre el honor y la gloria de Dios; aceptar como directamente venidas de las manos de Dios todas las cosas, las buenas y las malas, las dulces y las amargas, y tan pronto como sucedan, sin ambages, referirlas y ofrecerlas directamente al Creador, de manera que allí se produzca un flujo y reflujo [o retorno] inmediatos en Dios. Éste es el camino verdadero y recto por el que se distinguen los auténticos amigos de Dios de los falsos».

Consejos para ser buenos amigos de Dios

SERMÓN 65,6

«El *“ser solícitos en conservar la unidad del Espíritu [divino]”* significa un empeño despierto, santo y vivo en la observación interior del espíritu [humano] y en la vigilancia exterior de las virtudes, cada una de acuerdo con sus propias características, según la realidad lo exija. Por ejemplo: debemos ejercitarnos en el servicio y en realizar santas obras de caridad, cuando la necesidad lo pida y cuando nos toque. Pero, de vez en cuando, retirándonos a un lugar apartado, debemos entregarnos a la oración interior y ocupar el espíritu en [la contemplación de] santas imágenes. Y a veces no haremos ninguna de estas cosas, sino solo lo que san Anselmo nos invita a hacer: “Sustráete a la multiplicidad de las obras externas, aquíetate de la agitación de los pensamientos y, sentado y sosegado, elévate por encima de ti”.

Y cuando hemos hecho un silencio apacible dentro de nosotros, cuando el ruido y la agitación han cesado, entonces, como leemos en Elías, viene el Señor en “*el susurro de una leve brisa*”²⁴¹ y hace resplandecer su Luz sobre el espíritu. Cuando el espíritu –esto es, el hombre– siente la presencia divina, le sucede lo que en otro tiempo a la reina Ester cuando llegó ante el rey Asuero y lo vio: perdió el conocimiento y cayó desfallecida²⁴². Del mismo modo, en presencia del Señor, cara a cara con Él, aunque el alma cubra su rostro con un manto, solo con sentir su presencia ella desfallece y cae en *éxtasis*».

SERMÓN 16,6

«Y vosotros, hijos míos, no aspiréis al conocimiento de ciencias y artes sutiles y elevadas; antes bien, entrad en vuestro fondo interior y aprended allí a conoceros a vosotros mismos. No os preocupe en absoluto conocer el misterio de Dios, o [cómo es] el flujo y reflujo [o retorno] de Aquel que es Ser y es [también] No Ser, o qué es la *chispa del alma* en el ser del alma. No se os ha confiado a vosotros conocer tales misterios.

Nada hay más útil que una fe simple, íntegra y verdadera en un solo Dios en Trinidad de Personas, no múltiple, sino simple y puro. Pues ignoramos por completo dónde están Arrio y Sabelio, que comprendían maravillas sobre la Trinidad, y lo mismo el sabio Salomón y Orígenes, que legaron a la santa Iglesia obras admirables y óptimas enseñanzas. Por eso, miraos a vosotros mismos y que cada uno se preocupe de lo suyo, seguros de que nadie responderá por vosotros, sino que cada uno llevará su propia carga.

Buscad a Dios y guardad su voluntad. Atended a vuestra vocación, cuidando de ella día y noche, de forma que agradéis a Dios y le sigáis pronta y alegremente adondequiera que os llame. Y si aún no conocéis su beneplácito, acudid a guías experimentados e iluminados por la gracia del Espíritu Santo, y seguid sus consejos. Pero, si ni siquiera tenéis tal posibilidad, refugiaos simplemente en Dios. Él os dará cuanto os sea necesario, con tal de que perseveréis en la oración. Y si con eso no os basta, haced lo siguiente: inclinaos a hacer aquello

²⁴¹ 1Re 19,12.

²⁴² Cf. Est 5,1.

que más fastidie a vuestra naturaleza, aquello por lo que sienta menos apego. No os quepa la menor duda: cada vez que la naturaleza es dominada, Dios todopoderoso empieza a vivir y a ser más verdaderamente en nosotros.

El Evangelio, al afirmar que el Espíritu Santo no pudo ser enviado a sus discípulos en tanto no les hubiese sido sustraída la presencia corporal de Cristo, nos está invitando a preguntarnos seriamente cuáles son nuestras preferencias, qué cosas nos atraen y por cuáles sentimos más apego. Yo mismo os exhorto, hijos míos, a que renunciéis a todo por amor a Dios, pues renunciando a todo lo recibiréis todo. Creedme: si lo hacéis, Dios os otorgará una dulce recompensa en esta vida».

SERMÓN 29,6

«Quien desee encontrar a Dios en su fondo y hallar también ese mismo fondo, debe observar cuidadosamente estos tres principios.

Primero: en todas las cosas y por encima de todas las cosas, en desnudez y pureza, ha de buscar a Dios, no a sí mismo, y la voluntad de Dios, no la propia.

Segundo: en todas sus palabras y manifestaciones externas, tenga atento cuidado de sí mismo; no pierda de vista la inmensidad de su nada y vigile atentamente qué hace, en qué se ocupa y qué hay dentro de sí.

Tercero: no se afane por lo de fuera ni por aquello que no le ha sido encomendado. Deje que las cosas sean como son. Sean buenas o malas, no las juzgue ni quiera conocerlas. Por el contrario, recogido en su fondo, persevere en él y oirá en su interior la voz del Padre llamándolo hacia Él. Allí, el hombre morador de su interioridad es enriquecido con tantos dones y carismas, e iluminado con tal claridad, que incluso tendría luz suficiente para repartir a todos los sacerdotes.

Pero si alguien tiene una memoria tan débil que no es capaz de retener lo que acabo de decir, que retenga al menos estas dos cosas que ahora añado y así alcanzará esta vida interior.

Primero: sea humilde y de poco valor a sus propios ojos, sinceramente, por dentro y por fuera, no en apariencia ni en las palabras, sino en su fondo y en la verdad, en todo su intelecto, sin excusas.

Segundo: ame a Dios, pero no con ese afecto dulce y sensible que nosotros llamamos “amor”, sino con un *amor esencial*, por el que estamos interiormente atentos a Dios; no con esa vigilancia simple, externa y sensible que llamamos comúnmente “atención”, sino con una *atención contemplativa*. Esta, para alcanzar su objetivo, fija en él su mirada, como el arquero mira a la diana a la que dirige la flecha».

Para profundizar en el tema de los amigos de Dios: *Sermón 70*.

LAS VIRTUDES

De la segunda carta de san Pedro:

«...poned todo empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia, a la paciencia la piedad, a la piedad el cariño fraterno, y al cariño fraterno el amor. Pues estas cosas, si las tenéis en abundancia, no os dejan ociosos ni infecundos para el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Y quien no las tenga es ciego y miope, que echa en el olvido la purificación de sus propios pecados»²⁴³.

Obviamente, todo buen cristiano debe ejercitar las virtudes, por ello Taulero habla de ellas en varios sermones. Nos anima a practicarlas asiduamente para que se conviertan en un *hábito*, es decir, en una acción espontánea que realizamos casi automáticamente.

A la virtud del *amor*, dada su gran importancia en la vida espiritual, le dedicamos el siguiente apartado.

EJERCITARSE EN LAS VIRTUDES

SERMÓN 66,1

«En la Carta a los Efesios, lectura de este domingo, se leen las palabras que habéis oído y las que les siguen:

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que viváis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y dulzura, soportándoos con paciencia los unos a los otros, en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Un [solo]

²⁴³ 2Pe 1,5-9.

Cuerpo, y un [solo] Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación"²⁴⁴, y lo que sigue.

Todo hombre debería tener siempre ante sus ojos estas dulces palabras, estos saludables consejos del apóstol Pablo. Hiciera lo que hiciese, o estuviera donde estuviese, nunca deberían caerse de su memoria, pues son una ayuda muy efectiva para atender su vocación con toda humildad, dulzura y paciencia. Vosotros, hijos míos, acogiendo estos consejos del Apóstol con los oídos del corazón bien aguzados, soportad mutuamente vuestros defectos en la caridad. Os lo pido por el amor que profesáis a Dios. Y si algo puedo obtener de vosotros con mis ruegos, si en algo puedo seros útil, os pido que os ejercitéis en las virtudes que recuerda el Apóstol y las observéis con sumo celo. Pues todas las buenas obras que podéis hacer interior o exteriormente, bien sea la recepción misma del Cuerpo del Señor o cualquier otra obra importante, no tienen valor ante Dios ni le son aceptables si no las acompañáis de estas virtudes.

Además, nadie adquiere fácilmente estas virtudes si no es enfrentándose a la *adversidad* y experimentando dificultades. Por eso, si se piensa mucho en la humildad, pero no se presenta la ocasión de ejercitarla, o se piensa mucho en la paciencia sin ponerla a prueba, el solo pensar no sirve de nada, y estas virtudes no adquieren hábitos ni solidez alguna; han sido como echadas dentro [de nosotros], pero carecen de fundamento. Cuando un hombre es objeto de un desprecio o de algún agravio de palabra u obra, debe responder con amorosa dulzura, con ánimo bondadoso y pacífico, y mostrarse amable con quien le ha inferido tales ofensas. Y aunque el otro insista en el desprecio e incluso le escupa, no por eso ha de deponer su amabilidad, en la medida en que pueda.

Así pues, la dulzura y la paciencia se adquieren únicamente a través de la adversidad. Si nadie me contraría, ¿cómo me ejercitaré en estas virtudes? El hombre debería ejercitarse, de modo muy especial, en la dulzura, pues esta virtud concierne más al interior, al fondo del alma y a la ejercitación del espíritu, que la paciencia, que mira más a lo externo y a la actividad del hombre exterior».

²⁴⁴ Ef 4,1-4.

LA HUMILDAD

SERMÓN 35,2

«Dios todopoderoso, en su bondad, puso la noble virtud de la humildad en nuestra naturaleza, pues sabía cuánta necesidad teníamos de ella. Por eso la unió a nosotros muy estrechamente, aunque de manera oculta, para que conociéramos la *chispa* noble y teñida de color divino, que nos es mucho más íntima y más interior de lo que pensamos, pero que por nuestra desmedida soberbia –que nos lleva a excedernos en el espíritu y en la naturaleza– nos es completamente desconocida y extraña.

Si la naturaleza se mantuviese en su orden, encontraríamos en nosotros constantemente la materia de esta virtud y no podríamos disimularla fácilmente. Si permaneciéramos en constante atención interior, encontraríamos fácilmente, tanto en el hombre exterior como en el interior, la materia y la causa de la humildad, y especialmente por dos motivos.

El primero son nuestros defectos naturales, que cada uno puede ver fácilmente en sí mismo al considerar la indignidad de su naturaleza, la cual tiene tanta necesidad de cosas para su sustento, y cómo todas ellas se corrompen y, como es evidente para todos, tienden a la nada. Hemos salido de la nada y regresamos a ella. Cualquiera que preste atención a este hecho, encuentra materia abundante para la humildad y para ser humilde.

El segundo motivo son nuestros vicios y pecados. Si uno se observara profundamente a sí mismo y permaneciera en él, si escrutara bien el secreto de su intimidad, vería, sin duda, su constante inclinación al vicio y encontraría a su naturaleza entregada siempre, sin medida, al pecado. Si Dios, en su inefable misericordia, no la protegiera continuamente, esta naturaleza estaría siempre dispuesta, en su fragilidad, a cometer pecado mortal. Y nadie puede concebir cuán funestas son estas cosas».

LA PRUDENCIA

En el *Sermón 35* Taulero afirma algo muy interesante: la *humildad* nos viene de fuera, el *amor* procede de nuestra naturaleza y la *prudencia* es fruto de la razón. Veamos esto último.

SERMÓN 35,2

«La tercera virtud es la prudencia, que procede de la razón, pues el hombre es un animal racional. Es preciso ser conscientes de que toda obra que se hace sin la guía de la prudencia no sirve para nada, carece de utilidad y no es agradable a los ojos de Dios. Por eso, el príncipe de los apóstoles nos exhorta de este modo en la carta citada: “*Sed sobrios y velad*”²⁴⁵. Es decir, [afirma] que la prudencia ha de moderar y guiar sobriamente, de acuerdo con la razón, todas las obras del hombre, toda su vida, sus palabras y acciones, su comer, su dormir y estar despierto, su estar quieto y caminar, en todo lugar, delante de todos los hombres y en todas las circunstancias, tanto externas como internas».

LA FE VIVA

SERMÓN 13,3

«Sigue diciendo el Evangelio: “*Le rodearon, pues, los judíos*”. En aquel tiempo había dos clases de judíos, buenos y malos. Así sigue siendo hasta hoy entre nosotros. La palabra “judío” significa *el que confiesa a Dios*. Cuando las potencias de las que hemos hablado se recogen verdaderamente, de una manera natural o sobrenatural, [entrando] hasta la misma raíz del fondo interior, allí entonces confiesan a Dios “*experiencialmente*”, por así decir. Y si encuentran a Dios así, lo confiesan en la verdad llenos de gozo. Todo esto sucede con una fe auténtica y viva. En todo lo que nace de esta fe, interiormente en el intelecto y la voluntad, y externamente en las potencias exteriores [o

²⁴⁵ 1Pe 5,8.

corpóreas²⁴⁶], tanto en el hacer como en el padecer, en palabras, obras, gestos y conducta, en todo esto, digo, únicamente se encuentra una sincera confesión de Dios, ya sea en la acción como en la contemplación.

Quizá fue esto lo que Cristo quiso decir al afirmar: “*A aquel que me confiese delante de los hombres, Yo también le confesaré ante mi Padre*”²⁴⁷. Pues esto es seguro: si en todo lo que hacemos nos fijamos un fin distinto de Dios mismo, no le confesamos. Dios, por su misma naturaleza, debe ser el fin y la meta de todas las cosas y de todas las intenciones. Y cuando alguien se propone otro fin, al atribuir a una criatura lo que solo a Dios había de ser atribuido, [esta persona] actúa [entonces] como si negara a Dios mismo.

Estas cosas [las he dicho] acerca de los buenos judíos –o confesores–».

SERMÓN 69,3

«¿Qué es la *fe*? Sin duda, no todos los cristianos son personas de fe. Es más, así como en el cementerio yacen muchos muertos, así dentro de la santa Iglesia hay muchos que parecen estar vivos, pero que en realidad están muertos. ¿Qué es, pues, una *fe viva*? Es un *impulso vivo* que [por gracia divina] brota del interior [del hombre] hacia Dios y hacia todo lo divino. Cuando un hombre ve u oye algo relacionado con la fe, sea sobre la humanidad de Cristo o su Divinidad, sea sobre la gloriosa y venerable Trinidad o sobre cualquier otra cosa, si tiene una fe viva dentro de él, [entonces] comprende, de forma más clara y manifiesta de lo que muchos teólogos podrían probar con sus argumentos, que Dios existe y que está [vivo] en él. [La fe viva], en efecto, vive y reside en aquel Reino íntimo donde esta vida [o impulso vivo] mana de su mismísima fuente [que es la gracia divina]».

²⁴⁶ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 11.

²⁴⁷ Mt 10,32.

LA OBEDIENCIA

Taulero es muy realista. Sabe que ante él hay hermanas que, aunque han sido llamadas a la vida contemplativa, no viven hacia dentro, junto a su Amado, sino hacia afuera, en la multiplicidad del mundo. A ellas les dice que la obediencia les es muy necesaria para seguir el buen camino.

SERMÓN 35,6

«Sin duda, estos serán felices, con tal de que hayan perseverado en la obediencia, pues cualquier obra hecha con verdadera obediencia, por insignificante que sea, es mucho más noble y agradable a Dios, y más meritoria de vida eterna para el hombre, que todas las demás obras hechas por voluntad propia, por grandes que estas sean. En esta vida, un corazón humilde y obediente es el sacrificio más grato y digno que puede ofrecerse a Dios».

LA POBREZA

Taulero nos va a hablar de cuatro formas de pobreza: la de los que son pobres a la fuerza; la de los que tienen lo justo y necesario para vivir y no desean nada más; la de los que no se sienten unidos a nada salvo a Dios; y la de los que nada les impide amar a Dios.

SERMÓN 71,3

«En primer lugar, dijo: *“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”*.

Puso primero esta virtud porque es cabeza y principio de toda perfección. En consecuencia, hijos míos, lo miréis como lo miréis, el fondo del hombre debe estar absolutamente desnudo, vacío de toda posesión, libre, ligero, pobre y ajeno a toda preocupación superflua. Solo así Dios podrá realizar su propia obra en él.

Esta pobreza puede entenderse y observarse en cuatro formas:

En primer lugar, hay pobres que lo son contra su voluntad. Nadie debe juzgar severamente lo que hacen estos pobres, pues Dios mismo, precisamente por su pobreza, es más indulgente con sus faltas y defectos.

De la segunda clase de pobreza, santo Tomás afirma que los bienes temporales deben ser deseados y usados en la medida en que uno siente que son una ayuda para obtener más rápidamente la libertad y desnudez del espíritu. En efecto, muchos hombres, cuando tienen lo suficiente para vivir, se sienten más puros y libres en su espíritu que si tienen que mendigar su subsistencia puerta a puerta cada día. Quien tiene lo necesario y lo usa con temor es mucho más libre que quien está obligado a buscarlo. Pero si el hombre se diera cuenta de que siente un apego desordenado a esos bienes necesarios y que no le ayudan a la práctica de virtudes como la piedad, la templanza, la humildad y una pureza libre y desnuda, debería dejarlo todo y ser también materialmente pobre con los pobres.

La tercera forma de pobreza se da cuando Dios es tan íntimamente amado por el hombre que nada puede oponerse a este amor; antes bien, todo le hace progresar, como dice el Apóstol: *"Sabemos que, para los que aman a Dios, todo coopera para bien"*²⁴⁸. Libre y desnudo de todo lo creado y de todo lo que no es puramente Dios, permanece íntegro y pobre, y puede decir con el Apóstol: *"Como quienes no tienen nada, pero lo poseen todo"*²⁴⁹. Estos hombres podrían poseer un reino sin daño para su hombre interior.

Finalmente, la cuarta forma de pobreza consiste en ser pobre interior y exteriormente por amor: por un amor verdadero y auténtico que alimente el deseo de imitar el noble y amoroso ejemplo del Señor, su purísima y desnuda pobreza, guardándose libre y descargado de toda ocupación, cuidado y apego, tanto exterior como interior, sin otra preocupación que la de dejar que el espíritu fluya sin interrupción libre, pura, desnuda e inmediatamente a su Origen y Principio, que es Dios. En verdad, el hombre no puede salir de ahí sin que su

²⁴⁸ Rom 8,28.

²⁴⁹ 2Cor 6,10.

fondo lo advierta y le haga volver a él de inmediato. Esta es, amados hijos, la pobreza más pura.

[En efecto,] la nobleza más alta de la pobreza reside en que el refluir [o retornar] del espíritu a Dios se hace libre, desnudo y sin obstáculos. Y cuanto más libre y puro es ese refluir, tanto más puro y bienaventurado es el hombre, ahora y eternamente».

CINCO VIRTUDES QUE AYUDAN A PROGRESAR ESPIRITUALMENTE

SERMÓN 8,4-8

«Los cinco pórticos [de la piscina de Betesda], en cierto sentido, pueden ser tomados como símbolo de las cinco llagas del Redentor, de las que brota la Sangre salutífera que ha lavado nuestras almas y les ha devuelto la salud. Sin embargo, en otro sentido, esos cinco pórticos significan las prácticas de cinco virtudes especiales. Y aunque todas las virtudes son muy útiles y necesarias a todos, no obstante, como uno es más débil que otro y más propenso a un pecado que a otro, tiene que ejercitarse más aplicadamente en una virtud que en otra.

El primer pórtico –o virtud– es una profunda humildad. Por ella, el hombre se considera nada y soporta pacientemente toda aflicción, sometiéndose a Dios y a las criaturas. Todo lo que le ocurre lo acepta humildemente como enviado por la mano de Dios, y con humilde y casto temor, con verdadero desprecio de sí mismo [considerándose una nada absoluta], a Él se abandona en todas las circunstancias, sean felices o adversas, en la pobreza y la abundancia, sin oposición alguna.

El segundo pórtico –o virtud– es una inhabitación atenta y perseverante [dentro²⁵⁰] del verdadero fondo. Esta virtud sería especialmente necesaria para hombres que en su ingenuidad abandonan su fondo demasiado imprudentemente y ocupan su tiempo fuera de él en prácticas piadosas y lícitas, ya sea que enseñen, hablen o actúen. Así, inconscientemente, viven en la inclinación al mundo exterior de los sentidos y al deleite. Entonces les sucede a menudo lo que dice san

²⁵⁰ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

Agustín: se derraman de tal manera en las criaturas que ya no saben regresar a su interior. Pero estos, en sus ocupaciones exteriores, deben tener un especial cuidado de su fondo, tomando conciencia de él y examinándolo con gran atención cada vez que quieran obrar fuera de él. Si así hicieran, conservarían una paz verdadera e inalterable en toda su actividad externa e interna. Pero la mayoría de las veces, en sus obras exteriores, no tienen esa paz en absoluto o la tienen muy poco, porque se mueven irracionalmente a impulsos de la sensualidad o de acontecimientos externos, no por inspiración o consejo del Espíritu Santo.

El tercer pósito –o virtud– es un arrepentimiento sincero y esencial de los pecados. Este no es sino una verdadera renuncia de todo lo que no es puramente Dios o no tiene a Dios por verdadera causa. Es una perfecta e íntegra conversión a Dios con todo lo que el hombre es y tiene, lo cual es el núcleo y la médula del verdadero arrepentimiento. Es abismarse con una confianza total en ese Bien purísimo que es Dios, con un amor y un afecto tales, que el hombre desea con todas sus fuerzas permanecer siempre en Él y con Él, y unirse a Él con amor perfecto, intención pura y voluntad pronta para cumplir su beneplácito según sus fuerzas. Éste es un arrepentimiento esencial. A todo aquel que experimenta este arrepentimiento se le perdonan los pecados sin duda alguna. Y cuanto más hay en él de tal arrepentimiento, más puro y mayor es el perdón de sus pecados.

El cuarto pósito –o virtud– es una pobreza voluntaria. Aquí ha de tenerse en cuenta que hay dos clases de pobreza. Una es la pobreza exterior, es decir, la privación de bienes temporales. Pero hay otra interior que es la esencia de la verdadera pobreza. Como no todos estamos llamados a la pobreza exterior, tampoco todos estamos obligados a tenerla. Sin embargo, a esa pobreza esencial hemos sido llamados todos cuantos deseamos ser amigos de Dios. Dicha pobreza consiste en que solo Dios sea el dueño de nuestro fondo y que nada fuera de Él nos posea; en que tengamos y poseamos todas las cosas según la voluntad de Dios, es decir, en verdadera pobreza espiritual, como dice el Apóstol: *“Como quienes nada tienen y todo lo poseen”*²⁵¹. Esto significa que por nada debemos sentir tanto apego en esta vida –ya sea amigos, honor, cuerpo, alma, placer o provecho– que, si Dios nos lo reclama, no lo dejemos ir de buena gana por amor a Él, para alabanza

²⁵¹ 2Cor 6,10.

y gloria de su divina y paternal voluntad, de la manera en que Él disponga que lo hagamos.

Y aunque nuestra débil naturaleza se rebele, cosa que suele hacer, esto no será impedimento, siempre que nuestra voluntad se muestre firme y bien dispuesta. Ésta es la pobreza verdadera y esencial en la que militan todos los buenos, y la que Dios exige de ellos. Estos, si tienen un espíritu libre, elevado a Dios, desprendido de todo apego y dispuesto a abandonarlo todo si Dios se lo pide, aunque posean el reino más poderoso, ante Dios son pobres verdadera y esencialmente. Dios no les negará su gracia en tanto no se acomoden a las realidades caducas y transitorias, ni tengan paz o reposo en ellas, sino que mantengan continuamente extendidas las manos de su deseo a las generosísimas limosnas del sumo Bien, que es Dios, pues solo Él basta a su fondo y a su voluntad. Aunque sus potencias inferiores [o corpóreas] y su animalidad sientan deleite en la prosperidad y desagrado en la adversidad, ello no va en detrimento de su perfección: con perseverante paciencia y espíritu de abandono deben ponerlo todo en manos de Dios.

El quinto pórtico –o virtud– significa que el hombre debe referir constantemente y remitir a Dios, Fondo y Origen del que ha emanado, todo lo que ha recibido de Él por la generosidad de su gracia. ¡Oh, qué felicidad sentiría quien hubiese llegado bien a este pórtico! Pero hoy, desgraciadamente, hay muchos que creen encontrarse en el camino correcto y se sienten muy seguros. Pero cuando reciben de Dios carismas extraordinarios y admirables, por medio de los cuales deberían renacer a la nueva vida de la gracia, se apoderan de esos dones buscando su propia satisfacción. Juegan con ellos, pero no refluyen [o retornan] con ellos inmediatamente hacia el Origen del que han emanado. Sienten tal apego por esos dones que se creen sus propietarios, como si tuviesen algún derecho sobre ellos. Es inexpresable el daño que se hacen a sí mismos con esa actitud».

Para profundizar en el tema de la virtudes: *Sermón 66*.

EL AMOR

Del Evangelio según san Juan:

«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como Yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros»²⁵².

Esta conocida cita en la que Jesús habla a sus discípulos del amor, explica la importancia que Taulero le da a dicha virtud teologal, distinguiendo entre el amor *sensible*, el amor *racional* y el amor *espiritual*. También nos habla de dos grados de caridad: la que nos aleja del mal y la que nos une a Dios. Asimismo, siguiendo a santo Tomás²⁵³, también le da mucha importancia a la devoción.

SERMÓN 35,2

«La segunda virtud es el amor a Dios y al prójimo, que Dios todopoderoso introdujo en la naturaleza y en ella plantó sus raíces, puesto que el amar está en la naturaleza del hombre. La humildad no está plantada en el hombre, sino que viene de fuera. El amor, en cambio, está en su naturaleza. Como dice [san] Beda el Venerable, es imposible que el hombre subsista sin el amor, como el cuerpo sin el alma.

Pero el orden de la naturaleza exige que todo hombre ame a Dios con un amor mayor que el que se tiene a sí mismo y a todas las criaturas. Y todos haríamos esto espontáneamente si la naturaleza no estuviese alterada, si subsistiera en su orden. Es lamentable que los hombres perviertan la nobleza innata de su condición hasta el punto de dar voluntaria e insolentemente la espalda a Dios, Creador de la naturaleza, volcando su amor y su afecto en las criaturas volubles y efímeras».

²⁵² Jn 13,34-35.

²⁵³ Cf. STh II-II, 82.

TRES TIPOS DE AMOR

SERMÓN 52,3-4

«San Bernardo, al hablar de este amor que está en el precepto, distingue en él tres aspectos: a uno lo llama amor *dulce*, a otro amor *sabio o prudente* y al tercero amor *fuerte*. Estas tres clases de amor podrán comprenderse mejor por comparación con tres imágenes: una imagen de madera, pero recubierta de oro; una imagen de plata, igualmente dorada; y una imagen de oro purísimo. La primera, la de madera, representa el amor dulce o afectivo; la segunda, la de plata, representa el amor sabio o prudente; la tercera, la de oro, representa el amor fuerte. ...

El amor sensible (superficial): el amor a las cosas y las imágenes

... El amor dulce y sensible, que se basa en la *imaginación*, es semejante a una imagen de madera, pero recubierta de oro. Tal imagen construida con madera, si está esculpida artísticamente y revestida de oro precioso, la contemplamos con gran placer. Pero si se le quita el brillo de oro que recubre su superficie, apenas vale nada. Del mismo modo, si a este amor dulce y sensible le quitamos la capa de oro, que es la buena intención, lo que queda no vale nada o muy poco, por agradable que resulte a la naturaleza y a los sentidos, por mucho placer que proporcione su contemplación.

Pero Dios, en su inmensa bondad, sirviéndose de esa dulzura, atrae y mueve al hombre a seguir adelante, por una senda verdaderamente provechosa, hasta que, finalmente, por medio de esta suavidad y devoción sensibles, nazca en él el verdadero amor. Al mismo tiempo, por este dulce sopor, se extingue totalmente en el hombre todo sabor y deleite de las criaturas y de todas las demás cosas. Por eso, nadie debe rechazar esta dulzura que Dios le da, sino aceptarla con temor reverencial y humildad profunda, y atribuirle a su imperfección y pequeñez, pues así es como Dios le atrae y le llama.

Y toda esta dulzura sensible que se le da al hombre no debe quedarse ahí quieta, sino que ha de servir como rampa hacia lo más

elevado: por medio de las imágenes [el hombre] debe ir más allá de toda imagen y por medio de estos ejercicios externos y sensibles debe abismarse en sí mismo, en el fondo de su alma, donde realmente está el Reino de Dios. Pues hay muchos que son muy entendidos en estos ejercicios sensibles e imaginativos y se sienten muy a gusto en ellos; pero, en realidad, esas prácticas son como una montaña de hierro, que no les permite avanzar y sumergirse en su interioridad. Por esto, no se ejercitan en la vida interior, sino que, por el contrario, se apegan demasiado a esas imágenes y formas sensibles, y en ellas se quedan sin preocuparse de ir más allá ni entrar en su fondo, donde brilla la Verdad viva. “*Nadie puede servir a dos señores*”²⁵⁴, es decir, a los sentidos y al espíritu. ...

El amor sabio (racional): el amor a lo divino

... Otro amor es el que san Bernardo llama *sabio o prudente* y que nosotros podemos llamar amor *racional*. Este es mucho más excelente que el anterior, el amor sensible o dulce. No sin razón, hemos comparado este amor racional y sabio con una imagen de plata recubierta de oro. Esta es en sí misma tan preciosa que, si fuera de grandes proporciones, bastaría ella sola para adornar una iglesia. Del mismo modo, este amor racional y sabio es la cosa más preciosa, noble y grata. Pero ¿quieres saber, amado hijo, tú que deseas conocerlo, cómo se alcanza este amor? Escucha.

Abisma tu espíritu en la contemplación de las realidades eternas, y así como antes solo traías a tu mente imágenes relacionadas con la vida de Cristo, como su nacimiento, sus obras y otros hechos externos, ahora contempla su vida y obras interiores. ¿Que cuáles son? Contempla la generación eterna: el Verbo es generado en el Corazón del Padre, de donde sale y donde, sin embargo, siempre permanece; el Espíritu Santo fluye [del Padre y del Hijo] y se expande con inefable amor y complacencia; y finalmente, la Esencia divina, siendo Trinidad de Personas, es una simple y pura Unidad.

Luego, frente a esto, represéntate tu no ser, tu nada y tus múltiples distracciones. Contemplarás la secreta infinitud de la Divinidad, cuán oculta es en sí misma, y pondrás frente a ella tu gran exteriori-

²⁵⁴ Lc 6,24.

dad. Contemplarás también su eternidad, que no tiene antes ni después, sino que, en un solo instante, se posee a sí misma y a todas las cosas en ella, en un ahora continuo y siempre nuevo, y esto de manera inmutable. Por el contrario, te representarás el fluir y la inestabilidad de tu tiempo, de tu vida mutable y de tu espíritu, para el que no hay estabilidad alguna. De este modo, el amor dulce y sensible se eleva a una cierta abstracción y se esfuerza en subir a lo más alto, hasta que se iguala al amor [racional y] sabio o se transforma en él. Aquí trasciende todas las imágenes, formas y semejanzas y así, por medio de las imágenes, se eleva por encima de todas las imágenes.

Por tanto, ese amor que san Bernardo llama *sabio* aparta la mente del hombre de todo lo que es exterior y ajeno a él, consiguiendo que se olvide completamente de todas esas cosas. En el amor que san Bernardo llama *dulce y afectivo*, el espíritu se aparta con esfuerzo de las realidades externas y visibles. Sin embargo, a quien [antes] ha bebido [y disfrutado] de este amor dulce, [con el amor racional y sabio] todas las cosas visibles [ahora] le parecen de nulo valor, y entonces nacen en él un cierto hastío, desdén y un desprecio por todo lo que es desordenado».

El amor fuerte (espiritual): la unión con Dios

SERMÓN 52,6

«El tercer amor, que llamamos *fuerte*, es el amor esencial, representado por la imagen hecha de oro puro.

Hijos míos, llegados a este punto, mirad lo que os digo: todo el que no encuentra en el fondo de su alma alguno de estos tres amores ni se siente dotado de ninguno de ellos, debe saber que está en una situación peligrosa y que tiene motivos para llorar y lamentarse día y noche.

Este oro bien pulido brilla de tal manera que apenas se le puede mirar. Es lo que le ocurre al espíritu en este amor fuerte, pues la presencia de Dios irradia su fondo tan esencialmente que el espíritu, por su humana fragilidad, no puede soportarlo y debe necesariamente fundirse y ser devuelto a su impotencia. Aquí el espíritu no tiene en qué apoyarse, y no le queda sino sumergirse y anegarse en el Abismo

divino, perdiéndose en él de tal manera que ya nada sabe de sí mismo.

Pero como el objeto de la Divinidad que corresponde al amor fuerte es totalmente incomprensible para él y lo sobrepasa por completo, hace como Elías: permaneciendo de pie frente a la entrada de la cueva –es decir, en su propia debilidad humana frente a la presencia divina–, cubrió su rostro con un manto, que significa que su espíritu dejó aquí su propio conocimiento y actividad²⁵⁵. Pues, aquí, es Dios quien obra, conoce y ama todas las cosas en el espíritu. [Así, el hombre alcanza la perfección espiritual: deja de ser *avanzado* y pasa a ser *perfecto*].

En este amor fuerte, el espíritu desfallece y se sumerge todo en el Amado, en quien se ha perdido como una gota de agua en la inmensidad del mar, y se une a Él de manera mucho más perfecta que el aire al sol en el máximo esplendor de su brillo. Lo que sucede aquí es mejor experimentarlo que expresarlo en palabras.

¿Qué queda entonces en el hombre? Nada, salvo un infinito desprecio de sí mismo [considerándose una nada absoluta] y una perfecta renuncia a toda propiedad, tanto en la voluntad como en el espíritu, en las prácticas y en la vida.

Pues, en esta aniquilación de sí mismo, el hombre experimenta un abismamiento tan profundo que, si pudiera sumergirse aún más y reducirse a la nada por amor y humildad, lo haría de muy buena gana».

Tres propiedades del amor fuerte

SERMÓN 52,7

«Este amor fuerte y ardiente tiene tres propiedades:

La primera es que eleva el espíritu del hombre hacia lo Amado con gran fuerza y lo abstrae de toda propiedad, actividad, capacidad y acción de las potencias superiores, es decir, del intelecto, la memoria

²⁵⁵ Cf. 1Re 19,1-18.

y la voluntad. Esto trasciende por completo todo modo y todos los sentidos.

La segunda es que abate y comprime el espíritu muy profundamente, en su mismo fondo, es decir, en cierta aniquilación abisal. Esta humildad [es tan profunda que] es incomprensible para el conocimiento sensible, y [, de hecho,] aquí pierde el nombre [de “humildad”].

La tercera es que hace al hombre tan “esencial” que causa admiración decirlo. Nada lo perturba. Por el contrario, goza siempre de la misma paz y sosiego de corazón en cualquier circunstancia. No tiene una excesiva actividad, sino que, en una sosegada quietud, está dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, su Señor, adondequiera que desee conducirlo, en cualquier cosa que quiera hacer por él o en él, como el criado que permanece ante la mesa de un poderoso y no hace sino estar atento a los gestos de su señor, presto a cumplir con prontitud y alegría cuanto aquel quiera».

DOS GRADOS DE LA CARIDAD

Primer grado de la caridad: siguiendo nuestro buen discernimiento

Taulero nos anima discernir lo que es un buen deseo humano (nuestro o de otra persona), de lo que es, realmente, la voluntad de Dios.

SERMÓN 76,5

«La caridad presenta otros muchos obstáculos para quien está encendido en amor a Dios. Unas veces querría gozar de la paz divina; otras, desearía ser tan pobre como muchos huérfanos y niños. Pero tú, si piensas así, te lo ruego: no busques tú mismo tu sitio; deja que sea el amor el que te sitúe. Tú olvida lo que es tuyo, sal de ti por medio de un amoroso abandono de ti mismo, en la humildad y en el más absoluto desapego.

Así es como debe abundar vuestra caridad “*en toda ciencia y conocimiento*”, de forma que no os baste tenerla de un modo bueno, sino que aspiréis a tenerla del mejor de los modos.

Y con razón se dice “*en toda ciencia*”. Porque el maligno mezcla por todas partes la cizaña con las rosas, de manera que las espinas ahogan las rosas o al menos las desgarran y traspasan. Por eso, es necesario huir [de ciertas personas y de ciertos ambientes], y es preciso asumir cierta singularidad o desemejanza [respecto del mundo que nos rodea], ya vivas en un monasterio o fuera de él. Y no se puede llamar “secta” a esa singularidad, es decir, al hecho de que los amigos de Dios tengan un modo de vida distinto del de los amigos de este mundo.

Este amor, que Pablo desea que sobreabunde en nosotros, se encuentra, en el modo en que hasta aquí hemos descrito, en las facultades inferiores [o corpóreas²⁵⁶]. En ellas, la naturaleza saborea frecuentes y dulces bocados, y bebe un vino de Chipre excelente y de gran dulzura. Así les sucedía a los discípulos mientras gozaban de la presencia corporal del Salvador. Pero ¿qué les dijo el Señor? “*Os conviene que me vaya*”²⁵⁷, para que no siempre disfrutéis de mi presencia física”. En efecto, para que los discípulos recibieran al Señor de un modo más elevado y noble, era conveniente que no lo tuvieran siempre físicamente, [sino] que se les privara de Él.

Segundo grado de la caridad: siguiendo el «camino apofático»

A la base del conocimiento espiritual de los místicos renanos y, concretamente, de Taulero, está el camino apofático de Dionisio Areopagita (ca. 480-530). Según este autor, dado que solo podemos describir a Dios con términos humanos, ninguno llega, ni de lejos, a plasmar la realidad divina. Por eso, si queremos ascender hacia Dios, debemos prescindir de dichos términos, negándolos, lo que explica que a esta metodología se la llame también *vía negativa*. Veamos un fragmento del empleo de esta vía en su obra titulada *Teología mística*:

²⁵⁶ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 11.

²⁵⁷ Jn 16,7.

«En escala ascendente ahora añadimos. Esta Causa [es decir, Dios] no es alma ni inteligencia; no tiene imaginación, ni expresión, ni razón ni entendimiento. No podemos hablar de ella ni entenderla. No es número ni orden, ni magnitud ni pequeñez, ni igualdad ni semejanza ni desemejanza. No es móvil ni inmóvil, ni descansa. No tiene potencia ni es poder. No es luz, ni vive ni es vida. No es sustancia ni eternidad ni tiempo. No puede el entendimiento comprenderla, pues no es conocimiento ni verdad. No es reino, ni sabiduría, ni uno, ni unidad. No es divinidad, ni bondad, ni espíritu en el sentido que nosotros lo entendemos. No es filiación ni paternidad ni nada que nadie ni nosotros conozcamos. No es ninguna de las cosas que son ni de las que no son. Nadie la conoce tal cual es ni la Causa conoce a nadie como es. No tiene razón, ni nombre, ni conocimiento. No es tiniebla ni luz, ni error ni verdad. Absolutamente nada se puede afirmar ni negar de ella»²⁵⁸.

SERMÓN 76,6

«Hay aún otra caridad mucho más elevada que esta, tanto como el cielo es más elevado que la tierra. Esta caridad la alcanzaron después los apóstoles. Quien llega a esta caridad, ha llegado a buen puerto. En este amor hay negación, no afirmación. No consiste en tener, como los discípulos tenían antes [de la Ascensión del Señor], sino en la privación y en una purísima pobreza.

En efecto, hay en este amor una cierta *ignorancia* que está por encima de todo *conocimiento*, y es muy superior a la razón. [Se trata de una ignorancia] sobreesencial, que trasciende toda ciencia²⁵⁹. Un dolor asombroso se apodera aquí de la naturaleza, de manera que esta

²⁵⁸ PSEUDODIONISIO AREOPAGITA, *De mysticaTheologia*, V: PG 3,1047-1048; ID., *Obras completas*, BAC, 379.

²⁵⁹ *Cunctam scientiam transcendens*: literalmente, «toda ciencia trascendiendo». Es inevitable acordarse aquí del conocido estribillo de una de las poesías de san Juan de la Cruz (cf. *Cántico espiritual* A, «Entreme donde no supe»).

vacila y titubea, como un niño al que han apartado de los pechos maternos.

Esta misma naturaleza, que según santo Tomás tiene innumerables recovecos, es aquí completamente abandonada, porque este amor está muy por encima de su capacidad y actividad. Aquí, [la naturaleza] llega a tal grado de desnudez y despojamiento, que no puede tener el más mínimo conocimiento de estas cosas, ni siquiera un pensamiento, un deseo o una intención. Ella no puede siquiera ofrecer a Dios esta desoladora pobreza, sino que se limita a permanecer en su ignorancia. En este amor se siente empujada a renunciar a sí misma y a morir a todo lo que tuvo en el amor anterior, porque aquí Dios se ama a sí mismo y es el objeto de sí mismo.

En resumen, aquí solo hay abandono y transformación en la oculta Oscuridad divina, de la que habla tanto Dionisio Areopagita [al describir el *camino apofático*, es decir, el camino de la negación de todo lo que no es Dios]».

LA DEVOCIÓN

Aunque a santo Tomás algunos le consideran excesivamente racional, lo cierto es que no es así. Prueba de ello es la importancia que le da a la devoción, a la cual le dedica un capítulo²⁶⁰ de su *Suma Teológica*, y lo sitúa muy apropiado justo antes del capítulo en el que trata sobre la oración. Este autor define la devoción como *nuestra entrega amorosa a Dios para darle culto y hacer su voluntad*²⁶¹. También habla de «las devociones», es decir, del amor que sentimos por Cristo, la Virgen María o algún santo. Y nos anima a fomentarlas, pues éstas nos ayudarán a vivir más unidos a Dios. Dice santo Tomás:

«La devoción que se tiene a los santos de Dios, muertos o vivos, no termina en ellos, sino que a tra-

²⁶⁰ Cf. STh II-II, 82.

²⁶¹ Cf. STh II-II, 82, 1.

vés de ellos se dirige a Dios; lo que equivale a decir que veneramos a Dios en sus servidores»²⁶².

SERMÓN 69,2

«Luego dice el Señor: “*Mi casa será llamada ‘casa de oración’*”. Para la oración se requiere *devoción*. ¿Y qué es la devoción? La devoción es como *una consagración [amorosa] a Dios*, como *un atarse interiormente a Él con un impulso de eternidad*. Por tanto, cuando te consagras y te atas así a Dios, tienes devoción, dondequiera que estés o cualesquiera que sean las buenas obras que hagas, de cualquier género que sean.

Para la devoción no es necesario que exultes siempre de alegría o experimentes una gran dulzura. Esas son cosas accidentales [es decir, no esenciales]. La esencia de la devoción reside en esa consagración de sí, en ese unirse o atarse [amorosamente] a Dios. Esta devoción tiene gran poder y eficacia: actúa como los arietes contra un muro; pronto los muros caen y al hombre se le abre la entrada al Reino de Dios, que está dentro de nosotros».

El aceite de la devoción

SERMÓN 20,7

«Finalmente, en este monte crece el olivo, que da el aceite. Este simboliza la devoción verdadera, que consiste en estar unido espiritualmente a Dios, con la firme voluntad de amar intensamente todo lo que pertenece a Dios y a su culto; es estar constantemente ligado a Él en el fondo, y quererlo y buscarlo en todas las cosas. Esta devoción es un aceite que supera todo gusto, devoción y dulzura sensibles, nadando por encima de ellas. Cuanto más tiene uno de este aceite, tanto más auténticamente devoto es en su fondo.

En esta devoción, el verdadero ejercicio [espiritual] consiste en renovar [o purificar] a menudo nuestro fondo con el fuego del amor a Dios, y en observar cuál es nuestra intención en todas nuestras obras y en el modo de hacerlas, para evitar que se oculte en él la falsedad,

²⁶² STh II-II, 82, 2 ad. 3.

no sea que la naturaleza desplace a Dios y esta opere donde creemos que opera Él.

[En efecto,] es verdaderamente lamentable el gran número de laicos y religiosos que no buscan a Dios sinceramente en todas las cosas, sino a sí mismos o a su propio interés. También resulta deplorable que hoy existan tan pocos que sirvan a Dios por sí mismo, es decir, que no busquen en ello ningún gozo, consuelo, felicidad ni cualquier otra cosa, ni en este tiempo ni en la eternidad, sino solo a Dios».

Para profundizar en el tema del amor: *Sermón 49*.

LA ASCESIS

De la carta a los Hebreos:

«Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec»²⁶³.

Es imposible dejarse guiar –místicamente– por el Espíritu de Cristo hacia la unión con Dios si interiormente no somos libres de todo aquello que nos aleja de Él. Y dicha libertad solo se logra con ascesis, es decir, con autodomínio. Ello supone un sufrimiento que hemos de padecer caritativamente, por amor a Dios y a los demás, como Cristo en la Cruz. Por eso es un sufrimiento que nos une –o nos asocia– al Amor salvífico de Cristo.

Taulero nos advierte de varios peligros que acechan a la ascesis que nos autoimponemos: la soberbia, la voluntad propia y el deterioro de nuestra salud. Por el contrario, nos anima a afrontar como venidos de Dios los sufrimientos de la vida cotidiana, sobre todo las tentaciones. Pero de éstas hablaremos en el siguiente apartado, pues Taulero les da mucha importancia.

EL DOMINIO DEL CUERPO

SERMÓN 78,3

«El hombre necesita cumplir cuatro condiciones para llegar a ser dueño pleno de su cuerpo.

²⁶³ Hb 5,7-10.

La primera es sustraerle comida, bebida, sueño y comodidades. Si ve que el cuerpo se vuelve insolente, debe sujetarlo con la brida de duras disciplinas.

La segunda es renunciar a la sed del mundo, a todas las cosas mundanas y a todos los cuidados del mundo, dejando, como Cristo enseñó, *“que los muertos entierren a sus muertos”*²⁶⁴, para seguir a Dios. Si los amigos mueren, si vienen o se van, o si el honor y las riquezas le sonríen, y el hombre sufre o se alegra por estas cosas, sepa que aún no ha llegado a ese espíritu de renuncia».

SERMÓN 78,3

«La tercera condición [para dominar el cuerpo y gozar de paz junto a Dios] es tener el espíritu elevado a Dios, gozando constantemente de su presencia [interior]. Ciertamente, quien desea tener al Autor de las criaturas, ha de renunciar por completo a todas las criaturas. De otra forma es imposible. En efecto, cuanto más libre y desnuda está el alma, y cuanto menos tiene de las criaturas, tanto más tiene de Dios. Esto no puede fallar».

SERMÓN 78,4

«La cuarta condición [para dominar el cuerpo y gozar de paz junto a Dios] consiste en tener los sentidos naturales tan sujetos y sometidos que el hombre siempre tenga el dominio sobre ellos. Es decir, debe ver y no ver, que sus ojos o sus oídos jamás se abran a la vanidad; que su boca nunca hable salvo para decir algo útil; que sus manos, pies y demás miembros, y todos sus gestos, estén siempre bajo control, estrechamente guardados y vigilados, de manera que nada entre en él, nada vean sus ojos, nada oigan sus oídos, salvo lo que sea completamente divino».

²⁶⁴ Mt 8,22.

LAS PRÁCTICAS ASCÉTICAS Y DEVOCIONALES

Al final del siguiente texto, Taulero habla de los que viven fuera del monasterio. Parece que se refiere a las laicas consagradas, es decir, a las beguinas, algunas de las cuales asistían a las Eucaristías que se celebraban en los monasterios de las dominicas. Dichas laicas realizaban labores caritativas fuera de sus casas, por ejemplo, visitando enfermos o ayudando a familias pobres.

SERMÓN 79,1

«San Bernardo, Isaac²⁶⁵ y otros muchos Santos Padres aseguran que necesitamos ejercitarnos en prácticas como las vigili­as, los ayunos, el silencio y la dominación interior de todos los vicios, del amor a las criaturas y del placer que estas proporcionan. Asimismo, hemos de buscar una amorosa e íntima unión de todas las facultades del alma con Dios, y todo ello en el más humilde de los abandonos, a ejemplo del unigénito Hijo de Dios. Pues así como un buen vino necesita un tonel en buen estado para conservarse [bien], así una naturaleza verdaderamente buena y bien ordenada hace también ejercicios [ascéticos y devocionales] buenos y bien ordenados, y [de ese modo] echa buenos cimientos.

Quizá alguien se pregunte cómo hay que ayunar. A esto respondo: pueden ayunar aquellos a quienes el ayuno no daña o destruye su naturaleza. Estos deben observar al menos los ayunos que llaman “regulares”²⁶⁶. Sin embargo, deben seguir esta regla: en el almuerzo tomarán la cantidad suficiente de alimentos que su naturaleza necesite; además, el alimento será todo lo bueno que se quiera, si es necesario y útil para la naturaleza. Esto lo dejo a su elección, con tal de que no se busque en ello el placer de los sentidos.

Por la tarde deben comer poco o nada, en proporción a las fuerzas de cada uno, pues, como san Agustín afirma, Dios nos exige un

²⁶⁵ Probablemente se refiere al obispo y monje Isaac de Nínive –o Isaac el Sirio– que vivió en el siglo VII y escribió valiosos textos ascéticos. Es santo en la Iglesia ortodoxa.

²⁶⁶ Se refiere a los ayunos determinados por los estatutos de la Orden.

servicio tan razonable que no haya que recurrir después al médico o al uso de medicinas. Y entonces, aislándose de la compañía de los hombres, buscarán recogerse durante algún tiempo. Este ejercicio es muy beneficioso para el espíritu y para la naturaleza. Pues, en efecto, los médicos afirman que el exceso en la comida, la bebida y el sueño es causa de muerte prematura.

Luego, tras el rezo de Completas, deben descansar el tiempo suficiente para que estén más despiertos después de medianoche [en el rezo de Maitines] y puedan recogerse en Dios más vigorosamente. Y si uno no ha podido dormir antes de medianoche, no se inquiete y aplíquese a lo que iba a hacer después de medianoche, y aprenda así a conservar una paz inviolable en toda circunstancia.

Si viven fuera del monasterio, después de Maitines, o al amanecer, levántense y estimulen su devoción mediante el canto o la lectura; o con [la meditación de] la sagrada pasión del Señor, de sus llagas, o de su Amor, o con cualquier otro recurso que encienda y estimule con fuerza la devoción, para que, de este modo, la sensualidad se enfríe y se someta, y el espíritu y la naturaleza aprendan a conservar la paciencia y a mantenerse en la humildad ante los hombres y ante Dios. Pues la vida entera del hombre debe ser sometida por el dominio ascético, ya que la dominación de la naturaleza y del espíritu es condición necesaria para que [el hombre] pueda renacer en Dios».

VARIOS EJERCICIOS ASCÉTICOS

SERMÓN 15.2,2

«En primer lugar, cuando el hombre, llamado o atraído por Dios, renuncia a este mundo, ha de moderar y gobernar todas sus potencias inferiores [o corpóreas²⁶⁷] según el juicio de la razón superior, y aprender a conocerse a sí mismo y a guardar recogimiento.

Asimismo, en actitud de constante alerta, debe esforzarse en observar, en primer lugar, sus palabras, para no decir a nadie lo que no querría que se le dijera a él. En segundo lugar, sus movimientos y afectos, [para averiguar] si vienen de Dios y tienden a Él. En tercer

²⁶⁷ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 11.

lugar, sus pensamientos, para no demorarse, consciente y voluntariamente, en pensamientos vanos y nocivos. Y si le sobreviene algún mal contra su voluntad, se trata entonces de una preparación y purificación para llegar a cosas más dignas. En cuarto lugar, [ha de observar] sus obras, para que solo busque en ellas la gloria de Dios y la salvación de todos los hombres. Así es como Dios lo aparta de este mundo y lo hace su apóstol, y así enseña al hombre exterior a convertirse, poco a poco, en interior y espiritual.

Estas cosas atañen a los *principiantes*».

LA ASCESIS QUE DIOS NOS OFRECE

Esto le comenta Dios a santa Catalina de Siena en *El Diálogo*:

«Si les vienen las tribulaciones de los hombres o de enfermedad, pobreza, reveses de fortuna, privación de hijos o de otras criaturas muy amadas –que son espinas que produce la tierra por el pecado–, las soportan con la luz de la razón y de la santa fe, con la mirada puesta en Mí, que soy suprema Bondad y no quiero sino el bien. *Para bien suyo se las concedo; por amor y no por odio*»²⁶⁸.

Según Taulero, mucho mejor que autoimponernos padecimientos es aceptar como venidos de Dios (como causa primera) los sufrimientos de nuestra vida cotidiana. Dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«Dios es el Señor soberano de su designio. Pero para su realización se sirve también del concurso de las criaturas. Esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio»²⁶⁹.

²⁶⁸ C. 45. Texto tomado de: CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, o.c., p. 134. Hemos añadido las cursivas y puesto en mayúscula el pronombre «Mí» referido a Dios.

²⁶⁹ CIC 306.

«Es una verdad inseparable de la fe en Dios Creador: Dios actúa en las obras de sus criaturas. Es la causa primera que opera en y por las causas segundas: “Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece”²⁷⁰»²⁷¹.

Es decir, si se nos cae una teja en la cabeza mientras paseamos por la calle, Dios es la causa primera, pues la *materia* que compone esa teja y la fuerza de la *gravedad* que la mueve son obra de Dios. Pero el que dicha teja haya caído justo en nuestra cabeza, es fruto de una causa segunda que ha operado por sí misma, no por un expreso *deseo* de Dios. Es decir, Él no ha decidido que se nos caiga una teja en la cabeza. Eso es el azar.

Pero Dios es todopoderoso, por eso, según su infinita sabiduría, puede actuar a veces también en las causas segundas, obrando directamente en nuestra vida. De ahí que, por ejemplo, le pidamos al iniciar un viaje que no nos deje en manos del azar, sino que vele para que no nos suceda nada malo. Eso es ponerse en manos de la divina Providencia.

Cuando Taulero nos pide hacer el ejercicio espiritual de asumir los sufrimientos que nos sobrevienen en la vida como fruto de la voluntad divina, parece que se refiere a que debemos aceptar que Dios ha decidido dejarnos en manos del azar. Y Taulero nos anima a sufrir dicho azar como si fuera venido de Dios. Más abajo veremos que Dios no solo nos puede dejar en manos del azar, también puede dejarnos en manos de las tentaciones. Por eso en el *Padrenuestro* le pedimos que, en lugar de eso, nos libre del mal.

En todo caso, si alguien no ha entendido bien esta breve explicación, que no se preocupe, pues la existencia del mal y el sufrimiento es un *misterio*. A veces en la vida ocurren cosas terribles y absurdas que nunca llegaremos

²⁷⁰ Flp 2,13; cf. 1Co 12,6.

²⁷¹ CIC 308.

a comprender completamente hasta que Dios nos ilumine tras nuestra resurrección.

SERMÓN 3,3

«Hay otra mirra mucho más amarga que la anterior. Es la que Dios mismo da. Esta mirra reviste diferentes formas, como la miseria o la aflicción interior o exterior. Y si uno la aceptara con el mismo amor y desde el mismo fondo desde el que Dios la da, nacería en él un gozo admirable y una vida maravillosa. Cuánta paz, cuánta alegría se sentiría y cuánta nobleza habría en ello, ¿quién podría explicarlo? Sí, la cruz que Dios envía al hombre, ya sea la más pequeña o la más grande, procede del fondo de su Amor inefable, de un Amor tan grande como el mejor de los dones que pudiera concederle jamás.

Cuando se acepta la cruz, ningún don, por grande que sea, aprovecha tanto al hombre como la aflicción. Toda cruz, el más leve sufrimiento, hasta el más pequeño cabello que cae de la cabeza sin que uno se entere –aunque todos están contados²⁷²–, Dios lo ha previsto, ordenado y deseado desde la eternidad, y ha querido que suceda exactamente así. Por ejemplo, te duele un dedo o la cabeza, tienes frío en los pies, padeces sed y hambre, te sientes afligido por palabras o acciones, o sufres cualquier otro contratiempo, todas estas cosas te preparan para aquella noble y gozosa vida [junto a Dios]. Todas han sido previstas y ordenadas para que sucedan con un peso, medida y número determinados, y no menos ni de otro modo. Dios ha previsto desde la eternidad que mi ojo esté colocado en mi cabeza. Y si se cae de la cara, o me quedo ciego o sordo, el Padre del Cielo ha previsto igualmente desde la eternidad que así sucediera. De acuerdo con sus designios eternos, fue su voluntad que esto ocurriera así».

LOS EJERCICIOS ASCÉTICOS AUTOIMPUESTOS

SERMÓN 3,4

²⁷² Cf. Mt 10,30.

«Pero hay muchos que, no contentos con la mirra que han recibido de Dios, quieren imponerse aún más, rompiéndose la cabeza y engendrando fantasías de todo tipo. Y aunque han sufrido mucho durante largo tiempo, como actúan de forma poco sensata, apenas obtienen de ello una pizca de gracia [divina], pues se apoyan únicamente en sus propias ideas y en su orgullosa voluntad, ya sea en el esfuerzo de la penitencia, en el rigor de la abstinencia, en la asiduidad en la oración, en el fervor de la devoción o en otras prácticas por el estilo. Se apegan tanto a estas cosas, que Dios, entretanto, tiene que esperarlos hasta que se liberen de este apego. Pero todos estos hombres fallan. Pues Dios ha decidido recompensar solo sus propias obras [no las puramente humanas]. En la Patria Celestial, en la bienaventurada eternidad, Él premia con perpetua remuneración sus propias obras, no la voluntad del hombre. Entretanto, el hombre debe convertirse a Él y cooperar con su gracia para no recibirla en vano. Pero [no olvides que] lo que Dios no obra en ti, no lo tiene en cuenta».

SERMÓN 7,6

«Pero, así como el viñador poda las vides a su debido tiempo cortando los brotes silvestres, sabiendo que, de no hacerlo, darían un vino ácido, así también estos hombres excelentes han de podar todo desorden en sí mismos y arrancarlo del mismo fondo, en todas las formas posibles, en toda alegría y tristeza; es decir, han de extirpar del corazón todos los vicios, todas las pasiones y todo lo que en ellos es defectuoso. Esto puede hacerse sin destruir la cabeza ni los demás miembros. Pero, antes de podar, es preciso que ellos observen con gran atención qué es lo que se ha de cortar. Pues si uno no fuera un viñador experimentado, cortaría los mejores brotes, que habrían de producir las uvas, con la misma ligereza que los más inútiles, y de este modo destruiría la viña. Esto es lo que hacen algunos que carecen de verdadero discernimiento: dejan en su fondo los vicios y las malas inclinaciones mientras oprimen y amputan su pobre naturaleza.

[Pensemos:] la naturaleza, qué duda cabe, es en sí misma buena y noble. Entonces, ¿de qué la culpan [los “viñadores” no experimentados]?

[Así que,] luego, cuando llega el tiempo de los frutos, es decir, el tiempo de la vida espiritual, la naturaleza [de dichos “viñadores”]

está destruida y no soporta la acción de Dios. Sin embargo, una discreta dominación ascética del cuerpo, especialmente para los principiantes y los que no tienen autodomínio, es muy útil y necesaria».

El peligro de la vanagloria

SERMÓN 45,5

«No destruyamos la obra de Dios por una estima presuntuosa y desmedida de nuestros actos, y por apegarnos a nuestros modos de pensar y a nuestra inteligencia natural. Los que hacen esto se parecen a un huerto sembrado de árboles de gran belleza repletos de frutos, pero podridos, que se caen antes de madurar. Ese mismo huerto contendría preciosas hierbas aromáticas que los gusanos, saliendo de aquellos frutos, corroerían y destruirían. Pero tales frutos, mientras están en la tierra y las manos no los tocan, conservan una belleza [exterior] no menor que los que no están podridos. ¿Qué significa esto? Que debemos poner todo nuestro cuidado en mantener totalmente puro el fondo [interior], pues de lo contrario no complaceríamos a Dios.

Pero, por retomar la imagen de los frutos, en mi opinión apenas podrá hallarse entre ellos dos completamente sanos, no picados. Aunque ofrezcan una apariencia [exterior] de belleza, por dentro los encontrarás defectuosos. Del mismo modo, hay numerosas prácticas de buena apariencia, modos de vida muy elevados, palabras y obras, que en su fondo interior están corroídas por los gusanos o, al menos, pueden llegar a estarlo. Y aquí nada se excluye: ni la vida activa, ni la vida contemplativa, ni el júbilo ni la contemplación, incluso el rapto hasta el Tercer Cielo²⁷³, como le ocurrió a san Pablo, a quien se le dio un ángel de Satanás que lo abofeteaba para que no se enorgulleciera por la importancia de las revelaciones [que se le hicieron]²⁷⁴. Tampoco se excluyen las profecías, ni las virtudes, ni los prodigios, ni la curación de enfermedades, ni el discernimiento de espíritus, ni el conocimiento de todos los secretos. En resumen, todos los modos de vida que pue-

²⁷³ Cf. 2Cor 12,2.

²⁷⁴ Cf. 2Cor 12,7.

dan considerarse, podrán corromperse o corroerse si no permanecemos vigilantes, si no estamos en guardia.

Hablemos de aquellas prácticas que son de uso más común, conocidas por todos. Muchos dan limosnas y hacen grandes obras, son muy caritativos y enormemente generosos. Pero si [en el exterior] nadie tuviera constancia de ellas, salvo Dios, les molestaría mucho y no gozarían de una paz completa. Eso es síntoma de que en el fondo buscan la alabanza. Por tanto, todas sus obras y su generosidad están podridas y viciadas [por dentro]».

El peligro de dañar nuestra salud

SERMÓN 38,4

«Quizá alguien se pregunte por qué no os propongo ayunos estrictos y muchas vigiliass. En mi opinión, los ayunos y las vigiliass, en la medida en que uno puede tolerarlas, son [, ciertamente,] de gran ayuda en la vida divina y espiritual. Pero si uno padece alguna enfermedad de la cabeza (como los hombres en estas regiones, que en su mayoría tienen enferma la cabeza) y siente que su naturaleza se debilita, se daña o se destruye por los ayunos o las vigiliass, absténgase. Y si hay que ayunar por precepto, pida permiso a su confesor y coma algo. Pero si no puede pedirlo a su confesor, y subsiste una verdadera necesidad [de comer], pida licencia a Dios y tome algo de comida, y, al día siguiente, acuda a su confesor y dígale: “Estaba enfermo y he comido algo”, y pídale permiso fuera de tiempo. Porque la Iglesia nunca preceptúa ayunar para que uno se destruya».

SERMÓN 75,4

«Así pues, amados hijos, estas son las armas con las que debéis fortificaros y resistir frente a las asechanzas del diablo. Como dice el Apóstol, “*nuestra lucha no es contra la carne y la sangre*”²⁷⁵. Tendrían que reflexionar sobre esto las personas que, sin discernimiento alguno, [con duros ejercicios ascéticos] castigan y torturan su pobre

²⁷⁵ Ef 6,12.

carne, mientras descuidan las malas semillas y las raíces de sus defectos, ocultas en su fondo.

Tú, quienquiera que seas, dime: ¿qué mal te ha hecho tu pobre carne? ¿Qué pecado ha cometido?

Esos [torturadores de su cuerpo] se empeñan en atravesar un muro con su propia cabeza. ¡Cuánto mejor sería para ellos luchar contra sus defectos [espirituales] y sofocarlos en lugar de declarar la guerra a su carne! ¡Más les valdría inmolar un macho cabrío [es decir, las tentaciones del maligno] y dejar vivo a su hijo [es decir, a su cuerpo]!²⁷⁶».

LA VERDADERA PENITENCIA

SERMÓN 14,1

«Pero ¿qué es la verdadera penitencia? Un aspecto importante de esta consiste en refrenar la lengua cuando el deseo de hablar es incontenible; en imponer silencio a tu boca por amor a Dios, si es que con ello no se comete pecado; en cerrar o apartar los ojos cuando se desea mirar algo con placer, dominado ese deseo; y, por decirlo en pocas palabras, en apartarte de todo aquello que tus sentidos más apetecen y hacia lo que se inclinan con deleite, y en prohibírtelo de buen grado, recluyéndote por amor a tu Dios en lo más profundo de tu alma».

LAS DEBILIDADES HUMANAS

SERMÓN 14,3

«El hecho es que esos verdaderos y perfectos amigos de Dios, en su hombre interior, aceptan y soportan toda adversidad de muy buen grado. Sin embargo, en su hombre exterior, sienten cierta agitación.

²⁷⁶ Cf. Gn 22,13.

No temáis, amadísimos, os lo ruego; no tengáis miedo. Pues ejemplo manifiesto de ello lo tenemos en la persona del mismo Salvador, cuya delicada naturaleza, ante la angustia y el miedo del sufrimiento inminente, sudaba sangre y agua durante la oración en el huerto²⁷⁷. Por eso, aprended a sufrir así, aprended a estar echados no solo a los pies de Dios, sino también a los de todas las criaturas. No tengáis miedo, en modo alguno. A la muerte le sigue la vida que nunca tendrá fin».

Para profundizar en el tema de la ascesis: *Sermón 50*.

²⁷⁷ Cf. Lc 22,44.

LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES

Del Evangelio según san Marcos:

«Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia Él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos: “Tú eres mi Hijo amado, en Ti me complazco”. A continuación, el Espíritu lo empujó al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás; vivía con las fieras y los ángeles lo servían. Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios»²⁷⁸.

Una parte fundamental de nuestra ascesis debe ir orientada a vencer las tentaciones, pues nos incitan a no hacer la voluntad de Dios, alejándonos así del Evangelio, el cual nos permite experimentar –en cierta medida– la verdadera felicidad en esta vida, que no es más que un anticipo de la plena y eterna felicidad que viviremos en el Reino Celestial, gozando del Amor de Dios. Pero Taulero nos dice que no debemos considerar la *lucha contra las tentaciones* como una parte negativa de nuestra vida, sino como una ayuda para progresar interiormente, pues, al vencer las tentaciones, nos unimos más a Dios.

DIOS DEJA AL PRINCIPIANTE A MERCED DE LAS TENTACIONES

Sabemos que Dios dejó a santa Catalina de Siena a merced de las tentaciones durante unos dos años antes de experimentar el *desposorio místico*. Esto ocurrió en su periodo de formación como recién profesa en la comunidad de laicas consagradas dominicas (también llamadas «mantelatas») de su ciudad. El beato Raimundo de Capua nos narra el hermoso diálogo que ella mantuvo con Cristo al finalizar dicha crisis espiritual:

²⁷⁸ Mc 1,10-14.

«Sin bajar de la Cruz, llamó a la santa virgen diciéndole: “Hija mía, Catalina, ¿ves cuánto he sufrido por ti? No te disguste, por tanto, sufrir por mí”.

Luego, cambiando de aspecto y acercándose más a la virgen, para consolarla le explicó con palabras dulces la victoria que ya había conseguido. Pero ella, imitando a [san] Antonio [Abad], respondió: “Señor mío, ¿dónde estabas cuando mi corazón estaba atribulado por las tentaciones?” Y el Señor respondió: “Estaba en tu corazón”. Dijo ella: “Sea siempre salva tu verdad, Señor, y toda reverencia para con tu Majestad; pero ¿cómo puedo creer que vivieses en mi corazón, mientras estaba lleno de pensamientos inmundos y feos?”. Y el Señor le respondió: “Aquellos pensamientos o aquellas tentaciones, ¿causaban a tu corazón contento o dolor? ¿Deleite o disgusto?”. Dijo ella: “¡Gran dolor y gran disgusto!”. Y dijo el Señor: “¿Quién sino Yo te hacía experimentar disgusto, escondido como estaba dentro de tu corazón?²⁷⁹

Si Yo no hubiera estado allí presente, aquellos pensamientos habrían penetrado en tu corazón y hubieras sentido placer; pero mi presencia en tu corazón era causa de disgusto y, mientras intentabas arrojarlos de allí inútilmente, porque te afligían, te entristecías y sufrías. Pero Yo, escondido en tu corazón, lo defendía de los enemigos; permitía que fueses atormentada desde fuera pero no dejaba de hacer cuanto era necesario para tu salvación. Transcurrido el tiempo que establecí para el combate, hice aparecer mi Luz y en el mismo momento huyeron y se disiparon las tinieblas infernales, porque no pueden estar con ella. Ahora bien, ¿quién te ha enseñado, sino mi Luz, que aquellas penas te resultaban provechosas para adquirir la fortaleza y que debías soportarlas gustosamente tanto como a Mí me placía? Y puesto que te ofreciste a soportarlas con todo tu

²⁷⁹ Hemos añadido este punto y aparte al texto original.

corazón, apenas revelé mi presencia, se alejaron de ti. Mi goce no está en las penas, sino en la voluntad de quien las soporta con fortaleza”»²⁸⁰.

SERMÓN 11,3-4

«El profeta David, tocado de un ferviente deseo, dice así en un salmo: *“Como el ciervo anhela las fuentes de las aguas, así mi alma te anhela, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, fuente viva”*²⁸¹. Todos sabemos que, cuando los perros persiguen implacablemente al ciervo y este, acosado por montes, colinas y bosques, vuela a una velocidad admirable, del ímpetu de su carrera se despierta en él una sed ardiente y un deseo de agua mucho mayor que en otros animales.

Pues, del mismo modo que los perros persiguen al ciervo, las tentaciones durísimas acosan, persiguen y fatigan al principiante, que apenas ha empezado a renunciar al mundo y al pecado. En efecto, en el momento en que, tocado por la gracia del Espíritu Santo, da la espalda al mundo y lucha por evitar faltas graves, caen sobre él siete pecados mortíferos²⁸², con horribles y violentas tentaciones, asediándolo quizás con más fuerza aún que cuando vivía en el mundo. Pues entonces no solía estar en guardia contra las tentaciones, por lo que consentía fácilmente al pecado. Ahora, en cambio, ceñido como está para la lucha, comprueba desde el primer momento la violencia de su ataque. El sabio [Jesús ben Sirá], queriendo apercibir de ello al hombre, dice: *“Hijo, si te acercas a servir al Señor, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación”*²⁸³. Y esta es la preparación más sensata: cuanto más fuerte sea el ímpetu de la tentación, tanto más ardientes han de ser tu sed y deseo de Dios.

Sucede con frecuencia que los perros pueden alcanzar al ciervo en su carrera y, si lo tienen a su merced, le clavan los dientes en el vientre. Cuando el ciervo, hallándose en esta situación extrema, advierte que no puede escapar de los perros, los arrastra tras de sí,

²⁸⁰ *Legenda Maior*, I, 11 (109-110). Hemos puesto en mayúscula los pronombres personales y otras palabras referidas a Dios.

²⁸¹ Sal 42,1-2.

²⁸² Los siete pecados capitales.

²⁸³ Eclo 2,1.

cuanto puede, hasta un árbol; entonces, estrellándolos fuertemente contra el árbol, les rompe la cabeza y los mata a todos. Y así escapa de ellos.

Esto mismo es lo que debe hacer el hombre. Cuando no puede vencer a los perros de sus tentaciones ni librarse de ellos, acudirá de inmediato al árbol de la santa Cruz y de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, donde con toda seguridad se han de estrellar las cabezas de los perros, es decir, de las tentaciones. Esto significa que, una vez vencidas y aplastadas todas las tentaciones, la paz y el sosiego vuelven al tentado.

Mas, cuando el ciervo ha agotado las fuerzas de los perros más grandes, y ha golpeado su cabeza, entonces llegan los perros más pequeños, lo rodean y le mordisquean el vientre, produciéndole pequeñas heridas. Pero como el ciervo resta importancia a esas lesiones, por las heridas recibidas viene una grave infección que le quita la vida.

Lo mismo suele ocurrir al hombre recién convertido. Una vez que ha vencido a los perros más grandes –esto es, los pecados más graves–, luchando contra ellos con todas sus fuerzas, vienen los perrillos ante los que baja la guardia, es decir: la compañía de los hombres, un vestido más elegante y caro, pasatiempos humanos, o la indulgencia y adulación de los hombres. Estas cosas y otras muchas, cuando no se vigilan con la atención necesaria, hieren al incauto y desgarran su espíritu, su corazón y todo su interior, de manera que la vida espiritual, el santo fervor y el celo por las cosas de Dios se pudren, se enfrían y se extinguen irremediabilmente. Al final, sin darse cuenta, pierde la gracia sensible de Dios y toda devoción.

La mayoría de las veces, las tentaciones más leves hacen más daño al hombre que las más graves, pues estas últimas inducen a un pecado tan manifiesto, que no puede dudarse de que ha de ser evitado. Pero esos males a los que las tentaciones menos graves incitan al espíritu, son pecados leves, y tan insignificantes le parecen, que ni merecen su consideración. Por eso no se apresta a hacerles frente. Así como los males que no se conocen dañan más gravemente que aquellos que son conocidos y manifiestos, así también esas cosas de las que hemos hablado –esto es, la compañía de los hombres, los entretenimientos humanos o el disfrute de las criaturas–, cuanta menos importancia se les da, más irremediabilmente hieren.

Pero así como el ciervo, a causa del acoso a que es sometido, entra más en calor y poco a poco se incrementa la intensidad de su sed, así también el hombre acosado por las tentaciones debe encenderse en un fuego mayor y en una sed más ardiente del Amor de Dios, de manera que la tentación, cada vez más, le empuje a los brazos de Dios como refugio más seguro. Aquí solo encontrará verdad, paz, justicia y consuelo, como si la propia tentación se convirtiera para él en materia de virtud y provecho espiritual».

LOS TRES ENEMIGOS DEL ALMA

SERMÓN 2,3

«Pues el hombre tiene en su interior tres enemigos de enorme crueldad y fortaleza, que lo acosan al mismo tiempo con un empeño infatigable y un odio implacable.

El primero es el *mundo*, que golpea al alma con la soberbia espiritual cuando, por algunas buenas obras que hace, quiere ser vista y oída de todos, y ser tenida en consideración. También cuando busca complacer al mundo con la forma de vestir, con la conducta, con discursos grandilocuentes, con los gestos, con una sabiduría ostentosa, con una multitud de relaciones familiares, con las riquezas y los honores. Todas estas cosas no son sino signos del diablo.

El segundo enemigo es la propia *carne*, que asedia al hombre con la fornicación espiritual y carnal, deseando inducirlo a entregarse de palabra y obra. A este pecado están sujetos todos aquellos que se dan a los deleites de la sensualidad, cualquiera que sea el modo en que esto se haga. Cada uno debe vigilar en sí mismo esta inclinación, especialmente allí donde los sentidos experimentan más viva la tentación de la impureza. Pero también están sometidos a este pecado quienes, enredados en el amor a las criaturas, las llevan en su corazón voluntariamente, día y noche, deleitándose en ellas. Todas estas cosas empujan al hombre a este pecado de fornicación. Y así como la incontinencia exterior despoja al cuerpo de su decencia e integridad, así la interior arrebatada al espíritu su pureza. Pero cuanto más digno y noble es el espíritu que el cuerpo, tanto más dañina es la fornicación espiritual que la impureza carnal.

El tercer adversario es el *diablo*, que ataca al hombre con pensamientos malvados y amargos, con sospechas siniestras, con juicios temerarios, con odio y deseo de venganza, mientras atiza su imaginación con palabras como éstas: “Aquel te ha hecho esto y lo otro, y te ha ofendido con tales palabras. No lo consentiré”. Entonces muestra al otro un rostro más severo y un gesto amenazador, y le dirige palabras ásperas y llenas de ira, que provocan la ruptura de la paz que existe entre ellos, el trastorno de su amistad y otros muchos males, mientras [la otra persona] se dispone a defenderse de la ofensa. Todas estas cosas, sin duda alguna, no son sino semilla diabólica e inspiraciones y obras de Satanás».

LA DUREZA DE CORAZÓN

SERMÓN 18,1

«Nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba a punto de ascender a los Cielos, increpó duramente a sus discípulos por su incredulidad y dureza de corazón, con el fin de que sus palabras se quedaran bien grabadas en sus corazones. Tampoco hoy deja de reprochar, cada día y cada hora, la incredulidad y dureza de corazón de todos los hombres, sea cual fuere su género, condición y estado.

Pero reprende de manera especial a los religiosos, ya sean miembros de una Orden aprobada o simplemente vivan religiosamente en común, como beguinas²⁸⁴, hermanas, hermanos²⁸⁵ y otros grupos semejantes. A estos el Señor los reprende exteriormente por medio de los doctores de la Iglesia, e interiormente por sí mismo, a poco que quieran prestar atención a sus correcciones. Su reprensión

²⁸⁴ Se trata de laicas consagradas que formaban unas comunidades semejantes a los beaterios. En ocasiones ocupaban barrios de ciudades. Se localizaban en la zona aledaña al río Rin y compartían una especial vivencia espiritual que es la base de la *mística renana* creada por el Maestro Eckhart cuando, tras el Concilio de Vienne (1312-1313) recibió el mandato de predicarlas –junto con otros dominicos– para reconducirlas espiritualmente.

²⁸⁵ Taulero habla aquí de los *beaterios*: comunidades formadas por laicas que hacían privadamente voto de castidad. Hubo también algunos beaterios de laicos. A los miembros de los beaterios se les llamaba «hermanas» o «hermanos». Los beaterios más famosos fueron los formados por beguinas, llamados «beguinatos».

es merecida, porque, aunque viven religiosamente, tienen un corazón muy incrédulo y muy duro. La vocación religiosa es un don especial de Dios, y nosotros, en correspondencia, estamos obligados a amarlo sobre todas las cosas y a tributarle devotas acciones de gracias.

Así pues, a los religiosos, como ya he dicho, los reprende el Señor por su incredulidad y dureza de corazón. Pero si ellos quisieran humillarse y reconocer su culpa, es decir, su falta de fe y la dureza de su corazón, y aceptaran ser reprendidos, no sería difícil ayudarles. Dice el apóstol Santiago: *"La fe sin obras está muerta"*²⁸⁶. Sin embargo, ellos alegan estas palabras de Cristo: *"Quien creyere y fuere bautizado, se salvará"*²⁸⁷. Pues bien, que presten atención a estas palabras de san Agustín: *"No es verdadera una fe que va a Dios sin amor y sin obras, sino que solo se tiene en la boca"*. Esa falta de fe suya se les nota de manera especial en su afición y apego a cosas que no son Dios, de manera que no pueden decir con el salmista: *"He dicho al Señor: mi Dios eres Tú"*²⁸⁸, "porque solo me va bien junto a Ti".

Así pues, se han apartado de la fe viva y verdadera, cosa en extremo peligrosa y terrible, sobre todo en aquellos que tienen fama de espirituales y que incluso han sido visitados por Dios en el sueño o la vigilia, aunque se han alejado de su fondo y lo han echado a perder.

[A estos] el Señor les reprocha también su dureza de corazón. Pues es terrible, amados míos, que religiosos a los que el Señor ha elegido especialmente para sí, dándoles la vocación, se endurezcan tanto que lleguen a perder el gusto por las cosas de Dios, como son la oración u otros santos ejercicios. Todo lo demás se les hace agradable y liviano, pero, con respecto a Dios, sus corazones se vuelven duros como piedras. De ellos dijo el Señor por medio de su profeta [Ezequiel]: *"Arrancaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne"*²⁸⁹».

²⁸⁶ Sant 2,17.

²⁸⁷ Mc 16,16.

²⁸⁸ Sal 140,7.

²⁸⁹ Ez 36,26.

LA SOBERBIA

Taulero nos advierte de que, si queremos madurar y convertirnos al Evangelio, no podemos pretender hacerlo siguiendo nuestras propias pautas, como si fuera un plan personal. Muy al contrario, debemos ponernos en manos de Dios para que dicho cambio se produzca realmente. Pero ello exige de nosotros un «salto ontológico» que consiste en dejar de poner nuestro corazón en la realidad terrena, fuera de nosotros, para pasar a ponerlo en la realidad divina, dentro de nosotros, en el fondo del alma.

SERMÓN 2,2

«Hay muchos que, cuando sienten en su interior el piadoso deseo de mejorar su vida espiritual o algún propósito bueno, caen inmediatamente en la osadía y en la presunción. Y, en la euforia de ese reciente parto del espíritu, se lanzan sobre este deseo con un inoportuno y vehemente esfuerzo de introversión, sin considerar previamente si su naturaleza podrá soportarlo o si su gracia será suficiente para llevar a término la obra empezada. Pues estas personas, antes de abordar un proyecto nuevo, deberían detenerse a pensar en el final²⁹⁰, y, después, dejando ese entusiasmo como suspendido, deberían presentarlo ante Dios rogándole humildemente se dignase llevar a término todas sus obras por medio de ellos, o en ellos, según su santa voluntad.

Además, entre esas personas que he mencionado, hay algunos que, una vez concebido un piadoso deseo, se ponen manos a la obra y emprenden nuevos y extraños modos de vida, ya este, ya el otro. Y en tal acto de presunción, al apoyarse en sus propias fuerzas, no es raro que se dañen en el cuerpo y el espíritu. Con frecuencia sucede que, si bien creían que era Dios lo que estaban buscando, [en realidad] no habían salido de los límites de su propia naturaleza».

²⁹⁰ Cf. Lc 14,28.

La soberbia de los ascetas

Taulero nos va a hablar de aquellos que rehúsan dejarse guiar interiormente por Dios, porque prefieren realizar sus propios ejercicios ascéticos.

SERMÓN 18,2

«Así pues, Dios se queja al cielo y a la tierra, a sus amigos y a todas las criaturas, de este mal intolerable de su pueblo: *“cavaron para sí cisternas que no retienen el agua”*. ¿Quién es ese pueblo del que el Señor se queja tan gravemente? Son los religiosos que han abandonado la fuente de agua viva y, por eso, poco o nada de luz ni de vida tienen en su fondo. Pues llevan una vida puramente exterior y están apegados a modos, preferencias y costumbres que han entrado en su interior a través de los sentidos en formas e imágenes que pueden desaparecer tan fácilmente como entraron. En su fondo, de donde deberían brotar aguas vivas, están absolutamente vacíos y no pueden retener las aguas de la gracia divina. Todo lo que tienen no son sino costumbres y ejercicios que ellos mismos han adoptado según su propio gusto y voluntad. No se recogen en su fondo ni están sedientos de Dios. Tampoco tienen interés en progresar o en lanzarse hacia lo que tienen delante. Al contrario, se sienten satisfechos con sus viejos modos y ejercicios, los cuales han entrado en ellos por los sentidos.

De este modo, apegados a las cisternas que ellos mismos se han excavado, no beberán de las aguas vivas. Es más, ni siquiera Dios les sabe a algo. Al anochecer se van a la cama y por la mañana vuelven a sus prácticas acostumbradas. Con eso les basta. Y no advierten los desdichados que, despreciada la fuente de agua viva, una [mala] costumbre ciega, fría, dura y árida les retiene en sus cisternas agrietadas. Sobre estos, dice el Señor en otro lugar por boca del profeta Jeremías: *“Has fornicado con muchos amantes [...] y has manchado la tierra con tus fornicaciones y maldades”*²⁹¹, abandonándome *“a Mí, fuente de agua viva y excavando cisternas agrietadas”*²⁹²».

²⁹¹ Jer 3,1.2.

²⁹² Jer 2,13.

La soberbia de los intelectuales

SERMÓN 18,2

«También podemos llamar “cisternas” a aquellos que están dotados de gran talento y agudeza intelectual, hombres capaces de comprender conceptos muy elevados y disertar acerca de ellos. Entre estos, a unos les parece suficiente el hacer buenas obras aun con el corazón duro; y a otros les basta con saber hablar sobre ideas de difícil intelección. Pero ¿qué será de ellos cuando tormentas y vientos tempestuosos, irrumpiendo súbitamente, lo echen todo abajo y ellos se vean a merced de todo tipo de terribles calamidades? Es difícil de creer la enorme angustia que se apoderará de aquellos que aparentan una gran santidad en palabras y obras, hombres de gran fama y talento, pero vacíos en su fondo y absolutamente pobres de vida interior. Todo lo que parecen tener les ha entrado de fuera, como dijimos que sucede en las cisternas. Pero cuando les llegue la hora de la muerte, vendrá el diablo con un hacha y golpeará y sacudirá esas cisternas. Entonces, de repente, toda el agua que parecían contener se evaporará, se filtrará por aquí y por allí, y desaparecerá, de manera que no retendrán ni una sola gota en su interior. Ellos quieren parecer algo, ser algo, y tienen un alto concepto de sí mismos. Pero entonces todos podrán comprobar que en su fondo no hay sino agua corrompida. Llegará, llegará el tiempo en que todas estas cosas serán manifestas²⁹³. Cuando paséis al otro mundo, acordaos de lo que os acabo de decir».

La falta de experiencia del Amor de Dios

Ahora Taulero va a hablarnos de aquellos que han *estudiado* qué es el Amor de Dios (leyendo las obras de un místico, por ejemplo), pero no lo han *experimentado*. Éstos no trabajan, estudian ni oran por amor a Dios, sino movidos por su intelecto.

²⁹³ Cf. Mt 24,44.

SERMÓN 74,5

«Por “vestido de bodas”, que según está escrito le faltaba a este invitado, entendemos el *amor verdadero* a Dios, y la *intención pura* [de buscar] a Dios, que excluye el amor a sí mismo y a lo que es ajeno a Dios, para que el hombre no busque nada excepto a Dios.

Ahora es posible encontrar personas que se atribuyen esas cualidades porque su intelecto las ha comprendido, bien por haberlas oído, bien por haberlas estudiado. Las tienen solo en su intelecto, no realmente, es decir, las *conocen*, pero no tienen *experiencia* de ellas. Tienen el conocimiento [del amor verdadero y la intención pura], pero no su esencia, pues no se han preocupado de experimentarla. Por tanto, conocen estas cosas, pero en su fondo no buscan a Dios por Dios mismo, con intención pura y amor [verdadero]».

JUZGAR A LOS OTROS

SERMÓN 39,1

«¿Quieres saber lo que prohíbe [Dios]? Pues prohíbe que cualquier cosa que veamos u oigamos sobre nuestro prójimo la interpretemos en el peor sentido. Incluso aunque algo tenga apariencia de pecado, no debemos juzgarlo ni condenarlo precipitadamente como pecado mortal, sobre todo cuando no podemos ver el corazón ni la intención del otro.

Por tanto, no nos es lícito juzgar a nadie a la ligera como pecador condenado. [Porque,] aunque alguien haya caído, se podrá levantar rápidamente con el auxilio de la gracia [divina], y [ser] incluso más justo que nosotros. En consecuencia, resulta malsano y execrable que alguien, sin conocer con exactitud los hechos, se atreva a juzgar y condenar a su prójimo con palabras duras y severas, puesto que, con esa actitud, lo está matando espiritualmente en los corazones de muchos. De ahí estas terribles palabras de Cristo: “Con el juicio con que juzguéis seréis juzgados; y con la medida con que midáis se os medirá”²⁹⁴, especialmente por Dios».

²⁹⁴ Mt 7,2.

LA VOLUNTAD PROPIA

SERMÓN 49,2

«A otros les producen esta sordera sus propios pensamientos y costumbres. En ellos se sienten muy a gusto porque siguen el criterio de su voluntad propia, como también [lo siguen] en sus prácticas exteriores, inspiradas en [su contacto con] las criaturas a través de su actividad sensible. Todas esas cosas obstruyen los oídos interiores, de manera que tales hombres no pueden percibir al Verbo eterno de ninguna manera, ni con el oído ni con la inteligencia».

LOS ACTOS DE PIEDAD

SERMÓN 49,2

«Es muy cierto, sin embargo, que el hombre debe tener ciertas devociones y hábitos buenos, como oraciones, santas meditaciones y otras prácticas semejantes que mantengan despierta a la naturaleza y la vuelvan más ágil. [Ello favorecerá] que el espíritu se levante y se eleve, y que el hombre dirija su mirada al interior. Pero no debe aferrarse a estos ejercicios, sino entregarse, cada vez más, a la escucha de la Palabra interior del susurro [divino].

Es muy importante no seguir los pasos de personas estériles que siempre están atascadas en el mismo “barro”: apegándose hasta la muerte a sus prácticas y costumbres externas en lugar de avanzar hacia lo que es más perfecto. Cada vez que Dios intenta inspirarles algo, están siempre ocupadas en otras cosas, de forma que no hay ninguna entrada abierta a su inspiración, al Verbo, ningún oído dispuesto a escuchar. Son tantos los obstáculos, son tantas las personas atrapadas en ese tipo de prácticas, que al final, cuando todo se manifieste, será una enorme tristeza verlo».

LA CONSOLACIÓN DE ORIGEN NATURAL

Aquí Taulero va a hacer referencia a la «dulzura natural». Se trata de la felicidad que aporta vivir en armonía con uno mismo (no con Dios), lo cual proponen muchas escuelas de meditación que no son cristianas.

SERMÓN 19,4

«La cuarta cautividad es la dulzura del espíritu. Muchos se dejan seducir por ella cuando la siguen demasiado de cerca, cuando confían excesivamente en ella, cuando la desean y la buscan sin moderación y desordenadamente. Aunque esta dulzura parece ser un gran bien, no es saludable apegarse demasiado a ella y poseerla con delectación. Pues, dado que la naturaleza conserva lo que le es propio, cuando el hombre cree estar experimentando a Dios, lo que realmente experimenta es placer meramente natural. Por eso, es conveniente saber si es Dios o la naturaleza lo que se ha buscado.

Si, perdida esta dulzura, el hombre se vuelve inquieto, trastornado y ansioso, y ya no puede servir a Dios tan fiel y sinceramente como antes –cuando conservaba ese sentimiento–, ello es signo evidente de que tal dulzura tiene poco que ver con Dios. Una persona tal, aunque disfrutara de una dulzura como esa durante cuarenta años, si se viera privado de ella, podría caer en pecados muy graves. Es más, si llegara al grado supremo de esta dulzura y muriera en ese estado, Dios, por así decir, se pensaría seriamente si salvarla o condenarla, y podría perderse».

El peligro de dejarse llevar por el consuelo interior

SERMÓN 24,4

«Cuando ciertos hombres sienten y experimentan en su interior un consuelo poco común y ese gozo inefable, sienten un fuerte impulso a abismarse, adormecerse, aquietarse y permanecer completamente en ellos, como leemos que le ocurrió a san Pedro después de haber probado apenas una gotita del consuelo y la Luz divinos: quiso

construir tres tiendas y quedarse en ellas. Pero el Señor no lo permitió. Estaba aún muy lejos del lugar al que Él le iba a conducir, a pesar de que dijo: *“Es bueno que estemos aquí”*²⁹⁵.

Así, esos a los que me refiero, cuando sienten este único rayo, creyendo haber cogido el Sol entero, quieren descansar y adormecerse en él. Quienes actúan así se equivocan y no aprovechan en la verdadera virtud.

Otros, ante la abundancia de esta dulzura y de este consuelo que sienten en su interior, caen en una libertad y seguridad viciadas y perniciosas. Pues la naturaleza [humana], cuando siente esa dulzura, se vuelve sutilmente hacia sí misma con vana complacencia y, considerándose dueña de sí misma –a lo cual es extraordinariamente propensa–, confía excesivamente en ese [dulce] sentimiento o experiencia.

Según he oído decir a los médicos, lo mismo ocurre con el abuso de las medicinas, lo cual es muy perjudicial para los hombres. Pues cuando la naturaleza [humana] siente que es ayudada por los médicos, apoyándose demasiado en ellos, abandona toda acción y se entrega al ocio y a la inactividad, pues piensa que ya tiene suficiente ayuda. Y, por esta razón, no está tan dispuesta a esforzarse como lo estaba antes. Por el contrario, cuando ella no espera ninguna ayuda de otra parte, entonces sí se esfuerza y actúa, y de este modo se ayuda ella a sí misma».

LA FALSA PAZ INTERIOR

SERMÓN 21,2

«Ciertamente, es fácil encontrar a muchos que desean ser testigos del Señor en la paz, cuando todo sucede como ellos quieren. Les encantaría ser santos, pero sin esfuerzo, sin molestia, sin dificultad, sin ejercitarse. [Pero] cuando llega la prueba, y se ven sacudidos por la amargura, la desolación, las tinieblas y fuertes tentaciones, y ya no sienten el gusto de Dios sino un absoluto abandono exterior e interior,

²⁹⁵ Mt 17,4.

[entonces] desisten rápidamente de su propósito y dejan de ser verdaderos e idóneos testigos del Salvador.

Esto es común a todos [los elegidos para seguir a Cristo], pues en todo lugar y en todas sus obras buscan la paz, desean gozar de [una] paz [caprichosa y egoísta]. Pero es conveniente rechazar por completo y dominar esa búsqueda de paz y dedicarnos con un serio esfuerzo a tener en todo tiempo paz en la tribulación, pues de ahí nace una paz verdadera, segura y perseverante.

[Efectivamente,] mientras buscamos o amamos cualquier otra cosa, nos engañamos a nosotros mismos. Pero si todo nuestro empeño va encaminado a conservar en todo tiempo la alegría en la tristeza, la paz en la tribulación, la simplicidad en la multiplicidad y el consuelo en la amargura, entonces seremos verdaderos testigos de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, como lo eran los discípulos elegidos, a quienes el Señor les deseó siempre la paz, antes de su muerte²⁹⁶ y después de su resurrección²⁹⁷. En esta vida nunca tuvieron paz exterior, pero siempre conseguían [experimentar] paz esencial y auténtica en medio de la tribulación, prosperidad en el dolor, amor en el sufrimiento y vida en la muerte, alegrándose cuando les odiaban, les juzgaban y los condenaban a muerte. Estos [sí] se mostraron como verdaderos testigos de Dios.

Por el contrario, no es difícil encontrar a algunos –yo los he conocido– a los que la dulzura divina les inundó el cuerpo y el alma de tal manera que penetró hasta la médula de los huesos y las venas. Pero cuando a estos les llegan la oscuridad y la aflicción, se sienten abandonados –dentro, por Dios; fuera, por las criaturas– y no saben adónde ir ni en quién refugiarse. Estos raramente obtienen verdadero provecho [de la paz interior]».

²⁹⁶ Cf. Jn 14,27.

²⁹⁷ Cf. Jn 20,19.

LAS SEGURIDADES EXTERIORES

SERMÓN 21,3

«Hay, sin embargo, otros muchos que, mientras sus prácticas funcionan y les parece haber hecho grandes cosas, ponen en ellas toda su confianza y, como si fueran algo, se apoyan en ellas más de lo conveniente. Pero Dios, en su singular e inmensa bondad, les quita frecuentemente esta confianza, impidiendo que puedan actuar de acuerdo con su voluntad propia. [Y, así,] si desean estar despiertos, les entran ganas de dormir en contra de su voluntad; si quieren ayunar, se ven forzados a comer; si buscan descansar en el silencio y la quietud, se les ordena ir en sentido contrario.

Todo esto, por disposición de Dios, ocurre así para que se derriben todas aquellas cosas en las que [algunos] se apoyan o confían excesivamente, y, [de este modo,] siendo llevados al conocimiento de su propia nada, se apoyen totalmente en Dios todopoderoso, lo confiesen con la fe simple y pura que actúa por medio del amor y no den ninguna importancia a todo lo demás».

LAS TENTACIONES DE LOS PERFECTOS

SERMÓN 56,2

«Veamos ahora la primera palabra de nuestro texto: “Venid”. Muchas cosas hemos dicho estos días: que los *principiantes* deben cortar el “vello” más grueso, es decir, los pecados más graves; los *avanzados*, sus malas inclinaciones al pecado; y los que están más cerca de la *perfección*, las raíces interiores del pecado.

Voy a decir algo acerca de estos últimos. Cuando estos amables hombres [espirituales] se han apartado de las criaturas y, con el corazón completamente vuelto hacia Dios, se hacen el firme propósito de buscarlo y amarlo a Él solo, el diablo los acosa con una tentación tan dura que horrorizaría a los hombres mundanos. Ambos, espirituales y mundanos, experimentan esta tentación, pero el fondo de unos y de otros es muy distinto. A los que viven según el mundo, esta tentación les viene de un fondo cuyas pasiones no están dominadas, de su na-

turalaleza de carne y sangre; por eso, se doblegan de inmediato a esta tentación y la cumplen con su obra. El espíritu maligno no necesita tentarlos más; no tiene más que inspirar la tentación y con eso le basta.

A los buenos hombres [espirituales], que viven en estado de pureza, esta tentación les viene de fuera, no de su propio fondo, a no ser de forma muy leve. Pues, aunque sean puros, [el enemigo] los observa y busca en ellos cierta propensión [natural]: por ejemplo, quizás sean por naturaleza proclives a la ira. El espíritu malo, en cuanto se da cuenta de esto, tiende sus lazos con toda clase de artimañas y con su retorcida perversión. Mientras que para vencer a los hombres mundanos no necesita de trabajo alguno, porque estos lo siguen de inmediato, a los hombres espirituales los ataca como quien arroja lapas²⁹⁸ sobre un hombre, una tras otra, hasta que estas lo cubren por completo.

De este modo, el enemigo infernal, en cuanto ve a quienes son propensos a la ira, arroja sobre ellos la imagen de algo que les remueva la amargura. Y [lo hace] no solo una, sino muchas [veces], una tras otra, hasta que finalmente se inflaman de ira, [y entonces] profieren gritos y se comportan como si quisieran golpear y herir a aquellos contra quienes son movidos. Si tales personas pudieran entonces recuperar la cordura y ponerse humildemente ante Dios, si es que no pudieran encontrar un confesor; si se reconciliaran con aquellos a quienes hicieron daño y repararan [el mal hecho]; y si de inmediato, sin buscar excusas, tomaran conciencia de su nada y, por así decir, de su gran deficiencia, todo este pecado, con total seguridad, se desvanecería ante Dios –como la nieve expuesta al calor del sol–, volverían a estar en gracia de Dios, y [entonces] el enemigo, confundido, se vería obligado a retirarse con las manos vacías. Si, en esta situación, los hombres adoptaran esta conducta, se harían mucho más puros y mejor preparados para elevarse».

²⁹⁸ La RAE define así *lapa*: «Telilla o nata que ciertas plantas forman en la superficie de algunos líquidos».

CÓMO VENCER LAS TENTACIONES

SERMÓN 35,4

«Nuestro Salvador dijo: *“Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada”*²⁹⁹. Así que tened bien abiertos los ojos del espíritu a las trampas e insinuaciones del diablo, pues el maligno sugiere al hombre innumerables pensamientos abominables, que a los menos expertos les hacen titubear: “Esto y aquello ha entrado en mi espíritu. ¡Ojalá tuviera a mano un confesor! Pobre de mí, ¿qué pasa ahora entre Dios y mi alma?”.

Esto aconsejo a quien se encuentre en tal estado: sé fuerte. Conozco tales sugerencias. Escucha solo mi consejo. Si te asaltan malos pensamientos, córtalos de raíz. No te inquietes, sino refúgiate en Dios. No les hagas caso, no discutas con ellos, no les respondas. Limitate a cortarlos y a apartar tu atención de allí».

SERMÓN 35,5

«[Pues bien,] tenemos armas muy poderosas con las que podemos derrotar fácilmente al maligno: la fe, la Eucaristía y la Palabra de Dios. Además, tenemos el ejemplo de todos los buenos y las oraciones de la Iglesia y de todos los santos, amén de otros muchos medios de defensa poderosísimos contra el diablo, cuya fuerza contra el hombre pasa a ser menor que la de una mosca contra un oso. [Efectivamente,] si el hombre no es negligente en ofrecer resistencia al maligno y no duda en echar el “ancla” –es decir, su esperanza– en Dios, de quien ha recibido tanto bien, [entonces] el inicuo no podrá hacer absolutamente nada contra él ni podrá obtener ningún triunfo sobre alguien que esté en su contra.

Siendo esto así, amadísimos hijos, alegraos y saltad de gozo, apartaos del pecado con firme resolución y vigilaos cuidadosamente a vosotros mismos. Tened por cierto que, si no resistís aquí al diablo ni os purificáis con un arrepentimiento sincero, iréis a la otra vida en ese estado y todos los demonios se burlarán de vosotros y os tortura-

²⁹⁹ Mt 15,13.

rán con una dureza y crueldad proporcionales a la sumisión que rendís aquí a sus malvadas sugerencias».

La paciencia

Taulero considera que las tentaciones se vencen soportándolas pasivamente (como si fuesen un mal sueño) y, sobre todo, poniéndonos en manos de Dios.

SERMÓN 2,6

«José fue también advertido en sueños. Suele decirse que *el que duerme no peca*, aunque durante el sueño sobrevenga algún mal pensamiento. Esto ocurre cuando en estado de vigilia no se ha sembrado la semilla de sueños pecaminosos. Así pues, el hombre debe estar exteriormente como dormido frente a todas las tentaciones y aflicciones que puedan sobrevenirle, se plegará humildemente a ellas, las soportará pasivamente como en un sueño y no se inquietará por nada. Sí, por amor a Dios las sufrirá hasta el fin con pleno abandono, y lo hará no solo de buena gana, sino también con alegría. Sin duda alguna, esta es la mejor forma, y la más fructífera, para ser liberado y permanecer sin pecado. Y, en este sueño de pasividad y abandono, el hombre será llamado e invitado a salir, como leemos que le ocurrió a san José, protector del Salvador».

El santo temor

SERMÓN 2,7

«San José guardaba en todo momento un santo temor a pesar de que el ángel le había comunicado que todos los que buscaban matar al Niño habían muerto. Por eso indagaba atentamente quién reinaba en Judea. Este hecho pone de manifiesto el error en que están algunos que pretenden perder todo temor. Durante todo el tiempo que nos toque vivir sobre la tierra, nunca debemos abandonar el temor ni desear que desaparezca. Así dice el salmista: *“El temor santo*

del Señor permanecerá eternamente”³⁰⁰. Aunque los ángeles se dignaran comunicarnos algo de parte de Dios, debemos permanecer en el temor y estar vigilantes, no sea que “Arquelao” [el hijo de Herodes el Grande] reine aún en nosotros».

DIOS NOS AYUDA POR MEDIO DE LAS TENTACIONES

Dice el Maestro Eckhart:

«Nuestro leal Dios permite que sus amigos a menudo sucumban a sus flaquezas únicamente para que carezcan de todo sostén que les permitiría reclinarse o apoyarse. Pues, a un hombre amante le daría una gran alegría poder hacer numerosas y grandes cosas, ya sea con vigiliass, ayunos u otros ejercicios, y con cosas especialmente grandes y difíciles: todo esto da gran alegría, apoyo y esperanza de modo que sus obras le brindan sostén y apoyo y confianza. Justamente esto se lo quiere quitar Nuestro Señor y quiere ser, Él solo, su sostén y confianza. Y la única razón por que procede así, reside en su pura bondad y misericordia»³⁰¹.

SERMÓN 65,6

«A veces sucede que, una vez el hombre ha adquirido suficiente experiencia en estos gozosos caminos y ha llegado al grado más alto, el diablo lo asalta con la tentación de la soberbia espiritual. Entonces Dios, para que el hombre conozca aún más a fondo su nada, le deja caer en una pequeña falta, quizás un movimiento de ira o la expresión súbita de una palabra dura o áspera. Como consecuencia de ello, se siente humillado ante sí mismo y ante quienes le han visto u oído. De este modo, se sumerge aún más en su nada.

³⁰⁰ Sal 19,10.

³⁰¹ *Pláticas instructivas*, 19. Texto tomado de una edición en Word de: MAESTRO ECKHART, *Tratados y sermones*, EDHASA, Barcelona 1983.

Pero el siervo de Cristo no debe inquietarse por ello, con tal de que penetre más en su nada y se conozca más profundamente a sí mismo. Podrá corregir fácilmente estos defectos y en adelante se hará más cauto y se esforzará por caminar más dignamente *“en la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*.

Cuando el hombre dirige su vida del modo descrito y sigue el ejemplo de Cristo en la medida de sus fuerzas, con toda humildad, dulzura y paciencia, en él nace una Paz *“[de Dios] que sobrepasa todo entendimiento”*³⁰². Esa Paz empieza en esta vida y continúa por todos los siglos, y resplandecerá en toda la vida del hombre y en todo su ser».

Para profundizar en el tema de la lucha contra las tentaciones:
Sermón 11.

³⁰² Fil 4,7.

EL PECADO

Del Evangelio según san Juan:

«Dijo Jesús a los judíos que habían creído en Él: “Si permanecéis en mi Palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Le replicaron: “Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: ‘Seréis libres’?” Jesús les contestó: “En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres”»³⁰³.

Por mucho que luchemos contra las tentaciones, no siempre somos capaces de vencerlas. Por ello, Taulero habla a sus hermanas sobre los pecados, sobre todo de los veniales, distinguiendo entre los pecados ocasionales, que acontecen accidentalmente, de los pecados habituales o persistentes.

Veamos ahora cómo Taulero comenta este dicho de Jesús: «*Os conviene que me vaya; pues, si no me marchó, el Paráclito no vendrá a vosotros. Cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio*»³⁰⁴.

SERMÓN 16.3

«A continuación, añade: “*de pecado*”. Veamos qué significa esto. Dios es sapientísimo Creador de todas las cosas, y a cada una le ha fijado su propio fin. Puso en el fuego la tendencia a elevarse, y en la piedra, a caer. Hizo los ojos para ver, los oídos para oír, las manos para trabajar, los pies para caminar, y cada miembro obedece a la voluntad natural sin oposición, ya sea fácil o difícil, dulce o amargo lo

³⁰³ Jn 8,31-36.

³⁰⁴ Jn 16,7-8.

que se le mande. Si la voluntad quiere perfectamente, los miembros obedecen con prontitud, tanto para la muerte como para la vida. Esto se ve muy claramente en los desdichados amantes de este mundo, cuyos corazones quiera el Espíritu Santo iluminar con su gracia. Estos, por satisfacer el vano amor que les tiene ocupados, o para adueñarse a su gusto de la cosa amada, renuncian a toda paz no solo voluntariamente, sino incluso audaz y hasta temerariamente, y ponen en peligro todos sus bienes, fama y honor.

Veamos ahora cuáles son nuestros pecados. ¿Quién, en la actualidad, obedece a Dios y acata todos sus mandamientos, renuncia a sí mismo y a todas las criaturas, como debiera, en la adversidad y la prosperidad, por amor a Dios, desde el fondo íntimo de su alma, en el que solo Dios debe estar presente? Estos pecados los denuncia el Espíritu Santo en su venida, revelando al hombre que su empecinada resistencia a la voluntad divina y a sus inspiraciones es la causa de sus numerosos pecados contra Dios. Este y muchos otros defectos ocultos reprende el Paráclito con su venida. Esta reprensión despierta en el hombre una fuerte y áspera conciencia de juicio y de pena infernal insoportable. Sobre estas realidades, los hombres de vida mundana, que viven según los deseos de su naturaleza, poco o nada saben.

Pero quienes sienten esa reprensión en su interior, poseen la prueba segura de la presencia del Espíritu Santo en sus corazones. Donde ese juicio tiene lugar, ahí hay una gran seguridad. Pues mil pecados que reconoces sinceramente y de los cuales te confiesas culpable no dañan tanto ni tienen tanto peligro como un solo pecado que tú rehúsas reconocer y te es puesto en evidencia por otro; un pecado por el cual no sientes dolor ni remordimientos, sino que, como te consideras en posesión de la verdad, lo justificas. Por eso, aquellos que se sienten plenamente satisfechos con su forma de proceder y la consideran justa, pero les desagrada la de los demás y la juzgan como mala, esos están enredados en graves peligros. Fatigados por la lepra de su voluntad propia, nunca llegan a grado alguno de santidad».

DOS TIPOS DE PECADO

SERMÓN 76,3

«Pero es posible saber si [las culpas] proceden de un *hábito* pecaminoso o se producen de forma *accidental*. En efecto, quienes pecan por accidente, en cuanto toman conciencia de su pecado, se reprenden duramente y reconocen su culpa. En cambio, quienes pecan por hábito, persisten obstinadamente en su maldad y justifican su pecado como si hubieran actuado bien, y no se abandonan [en Dios] en modo alguno».

SERMÓN 33,4

«Los pecados veniales –o faltas cotidianas– son de dos tipos, y ambos obstaculizan la efusión de la gracia divina que se transmite en este Sacramento. Unos son habituales; los otros, ocasionales. ...

Los pecados habituales

... Los primeros consisten en que el hombre, voluntaria y conscientemente, se deja atrapar en el amor a las criaturas, buscando en cualesquiera de ellas que hayan sido puestas sobre la tierra, un placer y una satisfacción cuya verdadera causa y fin no es Dios. Pues cada vez que el hombre busca en las criaturas principalmente el disfrute y la satisfacción de sus sentidos, peca al menos venialmente; pues, como aseguran los doctores: todo lo que se hace irreflexivamente es pecado venial. Pero algunos de estos pecados son tan grandes, que si uno muere con ellos sin arrepentimiento ni penitencia, quizá [, quién sabe,] tenga que arder diez años o más en las llamas del purgatorio.

Pongamos un ejemplo de esto: supongamos que uno ama a las criaturas con deleite sensual y no quiere renunciar a ellas por amor a Dios. [Pues bien,] durante todo el tiempo que hace esto, las criaturas ocupan en él el lugar de Dios, de manera que Dios no puede habitar ni obrar en él.

[Por tanto,] el hombre debe vigilarse estrechamente en este aspecto, examinando con atención dónde se ocultan en él las criaturas. [La causa de este pecado] puede ser él mismo, un desorden personal, o sus amigos, las riquezas... o quizás lo sea nuestra vana autocomplacencia en lo que pensamos o hacemos».

Los pecados ocasionales

SERMÓN 33,5

«Los pecados ocasionales consisten en esto: el hombre no es poseído por el amor desordenado a ninguna criatura y siempre está dispuesto a dejar todo lo que sabe que Dios quiere que deje, sea lo que fuere, personas, amigos o bienes temporales; sin embargo, no se guarda tan escrupulosamente como debiera, y la naturaleza, es decir, las inclinaciones naturales, cualesquiera que sean, acaban venciendo fácilmente: ira, soberbia, apatía, indolencia, incontinencia verbal... En cuanto al hombre se le ofrece la ocasión, cae en el exceso, en todos esos vicios o en otros: locuaz en exceso, intemperante en la comida y la bebida, o demasiado alegre o demasiado triste. Y aunque estas faltas fueran por sí culpas mayores, mientras se hagan por debilidad o falta de atención, son obstáculos menos graves que los habituales porque el fondo es puro, aunque lo accidental [es decir, lo no esencial] sea malo.

Pero si este hombre, mañana u hoy mismo, quisiera acercarse al Sacramento y no se hubiese guardado de tales faltas, estas serían un gran obstáculo para su unión con Dios, disminuirían su confianza, escindirían y disiparían su espíritu, y volverían al hombre incapaz [de recibir] la efusión del Amor divino y su Luz resplandeciente. Pero si esas faltas hubiesen sucedido ayer contra su voluntad y este las llorase con sincero arrepentimiento, no le dañarían ni le obstaculizarían tanto como lo hubieran hecho de haber sucedido hoy. Pues la propia amargura del arrepentimiento, la opresión y el dolor del corazón con que son lloradas eliminan en gran parte la herrumbre de estas faltas.

Pero si ese hombre hubiese caído ayer en ellas y hoy, por negligencia, lo volviese a hacer, provocando así la distracción de su espíritu —sea por hablar demasiado, sea por una actividad desmedida—

entonces [dichas faltas] serían un obstáculo no pequeño, pues se añadirían a las de ayer.

Pero no por ello hay que abstenerse siempre de la sagrada Comunión ni interrumpirla por completo. Si el hombre comulga, no peca con tal de que se duela de haber cometido esas faltas, pues podrá reparar el daño al día siguiente».

Para profundizar en el tema del pecado: *Sermón 9*.

LA EUCARISTÍA

Del Evangelio según san Juan:

«Entonces Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en Mí y Yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y Yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por Mí. Este es el pan que ha bajado del Cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre”. Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún»³⁰⁵.

Dejamos para el final este sacramento por la importancia que tiene en nuestra relación con Dios. Dice santo Tomás:

«Hablando en absoluto, la Eucaristía es el más importante de todos los sacramentos. Y esto resulta de tres consideraciones.

Primera, porque contiene realmente a Cristo en persona, mientras que los otros contienen una virtud instrumental participada de Cristo, como se ha dicho más arriba³⁰⁶. Y ya se sabe que ser una cosa por esencia es más importante que serlo por participación.

Segunda, por la relación de los sacramentos entre sí. Todos los demás sacramentos están ordenados a la

³⁰⁵ Jn 6,53-59.

³⁰⁶ Cf. STh III, 62, 4 ad 3; a.5.

Eucaristía como a su fin. Es claro, por ej., que el sacramento del orden está destinado a la consagración de la Eucaristía, el Bautismo tiende a recibirla, la Confirmación dispone a no abstenerse de ella por vergüenza, la Penitencia y la Extremaunción preparan al hombre para recibir dignamente el cuerpo de Cristo y, finalmente, el Matrimonio se aproxima a la Eucaristía al menos por su significado, en cuanto que significa la unión de Cristo con la Iglesia, cuya unidad está representada en el sacramento de la Eucaristía, por lo que el Apóstol dice en Ef 5,32: *Este sacramento es grande, lo digo refiriéndolo a Cristo y a la Iglesia.*

Tercera, por el mismo ritual de los sacramentos, porque la recepción de casi todos ellos se completa recibiendo también la Eucaristía, como dice Dionisio en III *De Eccl. Hier.* Y así vemos cómo los ordenados y los recién bautizados comulgan»³⁰⁷.

Taulero trata sobre la Eucaristía en varios sermones, preocupándose por animar a sus hermanas a prepararse interiormente a recibir con frecuencia este sacramento, para que así obtengan de él abundantes frutos espirituales. También les sugiere cómo deben realizar la meditación tras la comunión.

LOS MODOS DE RECIBIR LA COMUNIÓN

SERMÓN 33,2

«Hay en Colonia una costumbre muy loable que consiste en que los hombres reciben la sagrada Comunión frecuente y voluntariamente. Pero estos lo hacen con diferentes disposiciones.

Unos reciben el Cuerpo de Cristo solo sacramentalmente, pero no también espiritualmente, y por tanto no lo hacen por su salvación.

³⁰⁷ STh III, 65, 3. Hemos puesto en mayúsculas los nombres de los sacramentos.

Estos son los que comulgan con conciencia cierta de pecado mortal y [por ello,] son compañeros del traidor Judas.

Otros lo reciben en sus almas sacramental y espiritualmente, pero de ello apenas obtienen algo de fruto, gracia y consuelo. Estos son los que toman la Comunión sin estar debidamente preparados, con muchos pecados veniales.

Otros lo reciben con mucho fruto, con una utilidad inmensa y con gran aumento de santidad.

Otros, finalmente, lo toman espiritualmente, no sacramentalmente. [Se trata de] personas piadosas y de corazón limpio, que quieren y desean recibirlo también sacramentalmente, pero en el momento en que desean hacerlo no pueden comulgar. Estos tal vez reciben la gracia del Sacramento de una forma más abundante que los que lo reciben sacramentalmente, en proporción a su deseo e intención. De este modo, un hombre bueno puede tomar la Comunión hasta cien veces al día, donde quiera que esté, sano o enfermo, aunque sacramentalmente solo es posible tomarla una vez. Pues podemos tomarlo espiritualmente tantas veces como queramos, con inmenso fruto y gracia copiosa, siempre que no nos falten santos deseos y una piadosa devoción».

La comunión espiritual

Taulero llama «comunión espiritual» a un encuentro profundo e íntimo con Dios Padre, en el que le ofrecemos a su Hijo, que nace dentro de nosotros, en el fondo del alma. Y nos anima a aprovechar esta experiencia para interceder por el bien de todos.

SERMÓN 43,4

«Pero escuchad ahora en qué consiste [en la Iglesia católica] el oficio de sacerdote: ha de ofrecer por el pueblo al Hijo unigénito a su Padre celestial [en la Eucaristía]. [...]

Pero este sagrado oficio lo desempeñan en representación de la Iglesia y, por tanto, sacramentalmente. Por esta razón, a nadie, salvo a un hombre consagrado, le está permitido desempeñar este oficio; a ellos solos, y a ningún otro, les ha sido dada la potestad de consagrar el santísimo Cuerpo de Cristo.

Pero en sentido espiritual, en lo que se refiere al sacrificio, una mujer puede ofrecerlo a Dios Padre en su alma tanto como un varón. Y cuando se disponga a ofrecerlo, sea de noche o de día, debe entrar sola en el «sancta sanctorum» y todo el «pueblo» ha de quedar fuera; es decir, una vez recogido su espíritu, entrará en sí misma y, dejando fuera todo lo sensible, ofrecerá allí al Padre celestial la Hostia amorosa, a su Hijo unigénito, con todas sus palabras y obras, con su santísima vida y pasión, y lo hará por todos cuantos ella desee. Al mismo tiempo, con toda su devoción, atraerá a todos los hombres, a los pobres pecadores y a cuantas almas buenas se hallen prisioneras en el purgatorio. Esta práctica tiene, sin lugar a dudas, gran fuerza y eficacia».

EL ALIMENTO MATERIAL Y ESPIRITUAL

SERMÓN 30,3

«Ninguna cosa material está tan íntimamente unida al hombre como la comida y la bebida que tomamos por la boca. Por eso, para unirse a nosotros en la forma más estrecha e íntima, Él encontró este modo maravilloso. Pero para que se entienda correctamente lo que decimos, es preciso hablar primero del alimento material. Quizá sea un poco grosero lo que vamos a decir, pero ayuda a entenderlo.

San Bernardo dice: “Dios nos come y es comido por nosotros”³⁰⁸. Ciertamente, el alimento material que tomamos por la boca se mastica primero con los dientes, luego por el esófago pasa suavemente al estómago, donde después se consume por el calor del hígado. A continuación, el estómago digiere la comida, separa lo bueno de lo malo y rechaza y expulsa lo que sobra. [Y, así,] de lo que el hom-

³⁰⁸ Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *In cantica canticorum sermones*, LXXI,5.

bre come solo aprovecha una mínima cantidad. Todo lo demás el estómago lo expulsa por diversos lugares.

Pero, cuando la comida pasa al estómago, quedan aún tres pasos antes de que pueda incorporarse a la naturaleza [es decir, al cuerpo humano]. La comida, cocida y digerida por el estómago, es distribuida a cada miembro por una potencia del alma que ha sido creada por Dios para tal fin, suministrando también parte a la cabeza y al corazón. [Y, de este modo,] la comida pasa a la carne y a la sangre, y circula por todas las venas.

Lo mismo sucede en este Sacramento del Cuerpo del Señor. Pues así como la comida corporal pasa a la sustancia del que la come, así [también,] quien toma dignamente este Sacramento se transforma en Él, como dijo el Señor a san Agustín: “No me cambiarás Tú en Ti, como la comida corporal, sino que tú serás cambiado en Mí”³⁰⁹. Esta comida va, a través de las venas, hasta el fondo íntimo de quien lo recibe dignamente. Pues, como ha dicho san Bernardo: así como nosotros tomamos el alimento corporal [del santísimo Sacramento], así [también] nosotros somos comidos por el Señor».

COMULGAR SIN ESTAR BIEN PREPARADO

SERMÓN 30,7

«[Pero] quien no siente esto en sí, sino que tiene un corazón hueco y entregado a la vanidad y al ocio, mostrándose descuidado y superficial en la risa, en las palabras, en el cuidado del cuerpo, entregándose a cualquier estupidez y perdiendo un tiempo preciosísimo en diversiones inmoderadas, y en fin, teniendo un corazón negligente y perseverando en él consciente y voluntariamente, [que tenga mucho cuidado, porque] si toma este nobilísimo Sacramento en tal estado, se expone a un gran peligro.

Creedme: así como el estómago rechaza una comida inconveniente, así también el Señor vomita a tal hombre [mal preparado] de su boca. Más le valdría no tomarlo.

³⁰⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, XIII, 7,10.

¿[Y qué decir del hombre que] se confiesa, pero no evita las ocasiones de pecado? En verdad, ni el Sumo Pontífice, que es la suprema autoridad en la tierra, puede absolver a un impenitente y a quien no quiere huir del pecado. [Pues bien,] a pesar de ello, [algunos hombres así] toman este Sacramento vivificante junto con los demás».

LA COMUNIÓN FRECUENTE

Así como la madera se prepara para arder si la apilamos cerca del fuego, nosotros nos preparamos para transformarnos interiormente si frecuentamos la Eucaristía.

SERMÓN 32,7

«En este Sacramento, Dios se da a sí mismo de manera esencial, propia, personal y real, y no hay otro auxilio sobrenatural de Dios que sea tan seguro, fácil, propio y sensible. Siendo esto así, cuantos aspiran a la más alta perfección con amor y deseo, han de procurar vivir de tal modo que se hagan dignos de recibir este Alimento de vida a menudo y en el tiempo oportuno. Y quienes, por la recepción frecuente de este Sacramento, sienten que progresan en el amor a Dios y que no disminuye su respeto y aprecio por tan gran don [de este Sacramento], esos, cuanto más a menudo lo tomen, tanto mayor beneficio obtienen de él. Así lo afirma claramente san Agustín al hablar de aquellos que sacan provecho de él y lo aman y desean profundamente.

Y si esos tales se hacen dignos de recibir este Alimento en momentos determinados, ¿por qué no podrían hacerse dignos incluso cada día, sobre todo cuando esta dignidad procede principalmente, no de las obras o méritos del hombre, sino de la gracia y los méritos de nuestro Señor Jesucristo, y fluye de Dios a nosotros? Pues si una vez al año, al mes o a la semana, el hombre interior se hace digno de tomarlo, ¿por qué no podría recibir esa misma gracia, incluso cada día, si la desea y hace lo que está en su mano y cuanto entiende que debe hacer?

Para el hombre interior que aspira a la perfección más elevada, no conozco ningún camino más seguro y breve [que este] para alcanzarla. Con toda confianza, a mis amigos les doy este consejo: si sienten que con ello no les abandona el temor divino y filial, y que el amor y devoción a tan gran Sacramento crecen dentro de ellos, tómenlo frecuentemente. Si se quiere que cualquier materia arda, no hay nada mejor que acercarla al fuego y dejarla expuesta al poder del calor. Aunque la materia sea húmeda, o tan dura como la piedra o el hierro, si se mantiene junto al fuego, este actúa en ella y la vuelve semejante a él, e incluso cambia su naturaleza si se trata de una materia susceptible de ser transformada en fuego.

Del mismo modo, nadie hay tan perverso y tan duro, nadie tan hundido en el fango del pecado, nadie tan inclinado al vicio y tan entregado al mundo y a las criaturas, cuyo corazón, si se acerca frecuentemente a este fuego divino con devoción sincera e intención pura, haciendo cuanto está en su mano y permaneciendo firme junto a este fuego, no se haga ardiente, tierno y divino, aunque sea tan árido y duro como una piedra o el hierro».

LOS FRUTOS DE LA EUCARISTÍA

SERMÓN 34,2

«Este dulce Sacramento ahuyenta y extingue el pecado, confiere una gracia grande y siempre nueva, hace progresar al hombre en la vida espiritual y lo preserva de futuras caídas y de los lazos del diablo. Pues el maligno no cesa de tender trampas al hombre siempre y en todas partes. Por ello, el hombre caería gravemente, tanto corporal como espiritualmente, si no le asistiese esta eficacísima protección.

Este Sacramento, en fin, concede una gracia muy grande a las almas detenidas en el purgatorio. Innumerables almas habrían de soportar el fuego de aquel ardentísimo horno hasta el día del Juicio final si el santo sacrificio de la Misa no las socorriera y las rescatara rápidamente de tamaños tormentos. Y aunque la Misa les aprovecha siempre, el provecho es mucho mayor si la celebran sacerdotes santos y perfectos, los cuales obran maravillas tanto en el purgatorio como en este mundo por medio de la ofrenda de este sacrificio».

LA MEDITACIÓN TRAS LA COMUNIÓN

SERMÓN 48,7

«Si los hermanos o las hermanas, por la mañana, después de la sagrada Comunión, no pueden prestar atención a los frutos inmensos y a los bienes innumerables que obra en el hombre este dignísimo Sacramento, al no tener posibilidad de recogerse porque tengan que leer o cantar, o por seguir el ritmo conventual en aquellas cosas que la costumbre o los estatutos de la Orden lo exigen, como [, por ejemplo,] ir al comedor, o por cualquier otro motivo, entonces mediten en dichos frutos y en dichos bienes después de la comida o después de Vísperas, o incluso después de Completas. Pues el Señor puede obrar igual en ese momento que durante la mañana, a condición de que se le preste una atención solícita. Este venerable Sacramento obra dondequiera que se le deje actuar».

Para profundizar en el tema de la Eucaristía: *Sermón 31*.

Lo que hemos estudiado sobre la mística renana predicada por fray Juan Taulero nos ayuda a descubrir el mensaje más profundo que nos ofrece el pasaje de la mujer samaritana, uno de los más espirituales de las Sagradas Escrituras. Sirva la lectura y meditación de este pasaje como conclusión de este libro.

«Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: “Dame de beber”. Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice ‘dame de beber’, le pedirías tú, y Él te daría agua viva”.

La mujer le dice: “Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?”.

Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”.

La mujer le dice: “Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla”.

Él le dice: “Anda, llama a tu marido y vuelve”. La mujer le contesta: “No tengo marido”.

Jesús le dice: “Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad”.

La mujer le dice: “Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y voso-

tros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”.

Jesús le dice: “Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad”»³¹⁰.

³¹⁰ Jn 4,7-24.

Tras el regreso de fray Juan Taulero de su larga estancia en Basilea, las monjas dominicas percibieron un gran cambio en sus predicciones. Ya no era aquel sobrio teólogo de sermones doctrinales, sino que se había convertido en un profundo místico que sabía mostrar con gran sencillez la espiritualidad del Maestro Eckhart, tan apreciada por sus hermanas. Por ello, decidieron copiar sus sermones, pues deseaban que aquella sabiduría se conservase y se transmitiera a más personas.

En este libro hemos sintetizado ordenadamente las principales líneas de pensamiento de fray Juan Taulero, lo que equivale a decir de la *mística renana*, una de las corrientes espirituales que más y mejor ha profundizado en el alma humana y su camino hacia la unión con Dios o, como diría el Maestro Eckhart, hacia *el nacimiento de Dios en el alma*.